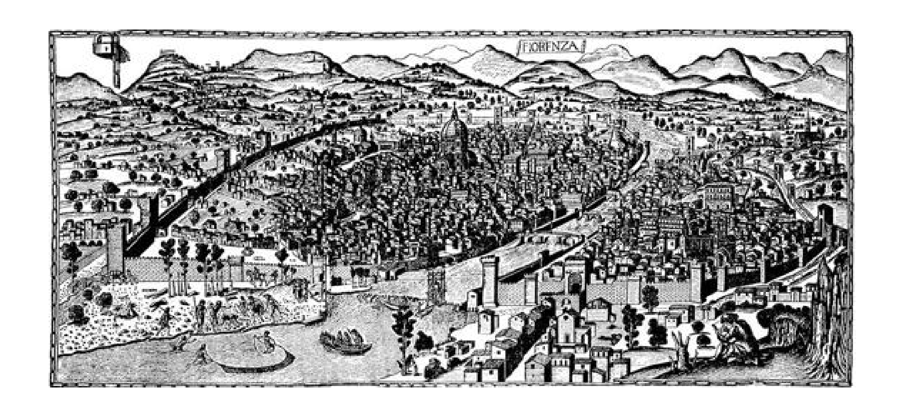

SÒNIA LLEONART DORMUÀ
NACIDA DE
VENUS
Grijalbo

SÒNIA LLEONART DORMUÀ

Nacida de Venus

Traducción de
Noemí Sobregués

Grijalbo


FIORENZA

Para Yago y Èric

Florencia, barrio de Ognissanti
17 de mayo de 1510

El padre Sorvino y su ayudante llegaron a la casa y se apoyaron en el dintel de la puerta para recuperar el aliento que habían perdido en la carrera desde Ognissanti. Los habían hecho acudir con urgencia, el maestro estaba muriéndose. El sacerdote llamó a la puerta, pero nadie les abrió. Miró a su ayudante e insistió, esta vez con más vehemencia.

Finalmente abrió una sirvienta.

—¡Está muriéndose! —dijo alarmada junto a la puerta.

Al entrar, el hedor de la cámara los obligó a cubrirse la nariz con un pañuelo. La joven les abrió camino entre los desechos y las ratas que corrían por la casa, se apartó la maraña de pelo que le caía por la cara y cogió una escoba para golpear a una.

—¡Malditas bestias del demonio! —exclamó cogiéndola de la cola y lanzándola por la ventana.

Les dedicó una sonrisa que les mostraba la encía desdentada y continuó el camino hasta detenerse delante de una estancia.

—Está aquí —dijo abriendo la puerta.

El sacerdote entró en la pequeña habitación iluminada solo con la luz de una vela. Vio un cuerpo inmóvil tumbado en la cama, apenas podía distinguirle el rostro. La muchacha cogió la vela y la colocó encima de la mesa.

—Maestro, ha venido el padre Sorvino.

El hombre se movió bajo la manta y abrió los ojos muy despacio.

—Creía que ya no vendríais… —dijo con un hilo de voz.

El sacerdote miró el largo pelo y la tupida barba blanca que le cubría la cara. Se quedó impresionado.

—Alessandro, ¿cómo estáis?

—Cansado, muy cansado.

El hombre empezó a toser. El sacerdote se sentó en la silla que

había junto a la cama y se fijó en las paredes dañadas por la humedad y en la suciedad del cuarto. Sintió lástima, él había sido testigo de la grandeza de ese hombre.

—Amadeo, se acerca mi hora —dijo entre tosidos.

—¿Queréis confesaros?

—Estoy al día en mis pecados, pocos he cometido estos últimos años.

—Y entonces ¿qué necesitáis? —le preguntó apenado.

— Debo pediros un favor. —El hombre se llevó la mano al pecho, cada vez que respiraba sentía el dolor de una daga atravesándolo—. Necesito que entreguéis una carta a una persona.

—¿Una carta? ¿A quién?

—Al hijo de Simonetta, Alessandro Vespucci.

La sirvienta se acercó y le dio un sobre lacrado. El padre Sorvino leyó el nombre que aparecía escrito y lo metió entre las hojas de la biblia que llevaba en las manos. Lo miró extrañado por esa petición.

—Hay una deuda que debo saldar antes de partir de este mundo… Ella me lo pidió… —Volvió a toser—. También tengo un cuadro para él, debéis darle las dos cosas.

El hombre vio la duda en los ojos del sacerdote. No le asustaba la muerte, pero sí la posibilidad de que no se cumpliera su petición. Subió el tono.

—¡Amadeo, prometedme que lo haréis!

El sacerdote asintió, y el hombre suspiró al fin aliviado.

—¿Creéis que la encontraré ahí arriba? Apenas recuerdo su rostro.

—El Señor acoge a todas sus criaturas —le recordó el cura con una ligera sonrisa.

—Podré volver a pintarla. Allí no sentiré dolor —dijo alzando las manos deformadas por la enfermedad.

El sacerdote se quedó horrorizado.

—Quisiera pediros una última cosa.

El hombre tosió de nuevo.

—Vos diréis.

—Me gustaría que me enterraran en Ognissanti, cerca de ella.

—Así será, Alessandro —aseguró asintiendo con la cabeza.

El hombre se sintió liberado, sabía que el padre Sorvino cumpliría su palabra. Esbozó una tenue sonrisa antes de cerrar los ojos. Ya no volvió a abrirlos.

El sacerdote le acercó la mano a la frente y le hizo la señal de la cruz.

—¡*Requiescat in pace*, hijo mío!

Se quedó en la habitación encomendando su alma. Le dolió verlo acabar con tanta penuria.

El ayudante, al observar cómo salía, se dio cuenta de que estaba afectado.

—Padre, ¿estáis bien?

—El Señor se esfuerza en conceder a algunos la virtud, y, a cambio, los hace descuidados, porque, como no piensan en el final de su vida, fallecen solos y miserables.

—¿Lo conocíais?

—Lo conocía toda Florencia, era Alessandro di Mariano di Vanni Filipepi.

—¿Sandro Botticelli? —preguntó el ayudante, sorprendido.

—Sí, el mismo —se lamentó.

Los dos hombres se dirigieron hacia la puerta.

—¡Padre, no olvidéis el cuadro! —gritó la sirvienta arrastrando un lienzo de grandes dimensiones.

El sacerdote se dio la vuelta; cuando miró la tela, sintió un escalofrío. Reconoció a las dos personas representadas en él.

—¡Hay que cubrir este cuadro! —sentenció con los ojos fuera de las órbitas.

La sirvienta, veloz, les acercó una sábana hecha jirones. De ella cayó un pequeño cuaderno de piel marrón. El ayudante lo recogió del suelo y se lo guardó raudo en el jubón. Acto seguido, cubrió el cuadro para calmar el espanto del sacerdote y se lo cargó sobre los hombros.

—Padre, ¿por qué no queréis mostrarlo? —preguntó con preocupación.

El hombre permaneció un instante en silencio.

—Este cuadro puede destruir a los Médici y, con ellos, a toda Florencia —dijo con el rostro desencajado.

Cuando salió de la casa, miró al cielo y pidió perdón a Dios por no poder cumplir la promesa que acababa de hacerle a un hombre en su lecho de muerte.

En el cielo se desataba una tormenta.

El ayudante llegó a su casa pasadas las ocho de la tarde, empapado. La tormenta los había sorprendido en mitad del camino de vuelta y el padre Sorvino le había pedido que fuera a la iglesia a guardar el cuadro antes de dejarlo marchar. Sabía que su madre lo reñiría.

—¿Se puede saber por qué llegas tan tarde? —lo reprendió mientras se levantaba de la mesa para llenarle un plato con la sopa del caldero, que todavía humeaba en la chimenea—. Tus hermanos hace ya rato que duermen.

El joven la miró sin inmutarse, el frío se le había metido hasta los tuétanos. Se quitó la ropa mojada y la acercó a la chimenea. Con las prisas, el cuaderno que había guardado en el jubón se le cayó a la hoguera. Vio cómo el fuego empezaba a chamuscar las hojas. En una exhalación, lo recuperó de las llamas, que le quemaron los dedos, e intentó como pudo que el fuego no se propagara frotándolo con la ropa húmeda.

—Pero ¿cómo puedes ser tan desmañado? ¡Me hago cruces de que te hayan aceptado en el monasterio! —lo regañó su madre.

El joven no la escuchaba, solo quería evitar que el cuaderno se quemara. Se sentó a la mesa, lo dejó a su lado con mucho cuidado y empezó a sorber la sopa caliente.

Cuando acabó, fue al dormitorio y se quedó mirando a sus hermanos pequeños, acurrucados como hurones en las camas. No volvería a verlos. Hojeó el cuaderno, contenía anotaciones de Botticelli en las que hablaba de la admiración que sentía por una mujer, Simonetta Vespucci. En las últimas páginas encontró cuatro retratos de ella, los acarició con los dedos, estremecido por su belleza.

Antes de quedarse dormido, arrancó las hojas quemadas y lo escondió bajo la cama. Al día siguiente lo llevaría al monasterio. Nunca había tenido un libro, sería su tesoro.

San Gimignano, palacio Verini
21 de marzo de 2023

El profesor Belletti dejó el coche delante de la verja de hierro forjado que rodeaba la finca y recorrió a pie el camino que lo conducía hasta el palacio. Estaba nervioso, hacía años que no veía al conde y sabía que era una persona impredecible. Admiró la hilera de olivos centenarios que bordeaban la propiedad.

Al entrar en el jardín, lo vio ocupado con los rosales de delante de la fachada principal. Iba vestido de color claro y llevaba un sombrero de fieltro para protegerse del sol primaveral, que se quitaba de vez en cuando para peinarse los cabellos blanquecinos. Le sorprendió la delicadeza con la que sus manos grandes y firmes cuidaban las flores; pensó que no había cambiado mucho con los años.

—Buenos días, Arnaldo —lo saludó muy serio el profesor.

El conde se volvió y lo miró con sus ojos pequeños. Apretó las tijeras de podar.

—Tendré que hablar con Aurelio para que revise la lista de visitas —le dijo volviéndose de nuevo hacia los rosales.

El profesor forzó una sonrisa.

—Veo que todavía no soy bien recibido —dijo negando con la cabeza—. Ha pasado mucho tiempo, ¿no crees?

El conde lo miró, ese hombre lo sulfuraba. ¿Qué querría? La última vez habían discutido mucho. No le perdonó que no le hubiera advertido de la marcha de Graziela y, sobre todo, que intentara manipularlo para sacar provecho después del accidente. Era su mejor amigo.

—Dime, Domenico, ¿a qué debo esta visita? —le preguntó molesto.

—¿Te importa que me siente?

El conde se esforzó por no mandarlo a paseo.

—¿Servirá de algo si te digo que sí?

El profesor era un hombre bajito de rostro serio que siempre parecía enfadado. Su notable falta de pelo le hacía aparentar más edad. Dejó el sombrero en la mesa de mármol y se sentó mirando al jardín con unos ojos negros como el azabache.

—Veo que conserva su magnificencia, siempre he pensado que es el palacio más impresionante de la Toscana.

El conde lo observó irritado.

—¡Domenico, no creo que hayas venido para admirar el palacio!

—Sin duda, no. Estoy aquí para proponerte un proyecto.

El conde murmuró algo para sí mismo.

—Estoy pensando en organizar una exposición en los Uffizi. Dentro de un año me jubilaré como director del Departamento de Restauración y no querría dejar el cargo sin hacer un homenaje al Maestro.

—Un cargo que te recuerdo que tienes gracias a mi familia —dijo el conde mirándolo.

El profesor negó con la cabeza.

—En fin, el problema es que el director dice que Botticelli ya está muy representado en el museo y que hay que dar a conocer a otros artistas. Me cuesta pedírtelo. Le he dado muchas vueltas antes de venir, pero sé que en este punto estamos de acuerdo, siempre lo hemos estado.

El conde lo miraba de reojo mientras cortaba las rosas.

—Necesito tu financiación para situar a Botticelli en el lugar de la historia que le corresponde.

—Claro —dijo el conde pensando que siempre quería sacarle algo.

Al ver que sus palabras no conseguían captar su interés, el profesor se acercó a él.

—Será la exposición de Botticelli más extraordinaria que se haya hecho nunca. He pensado en contratar a los alumnos más brillantes con los que he trabajado hasta ahora. Tuve dos realmente excepcionales.

A continuación sacó una fotografía del bolsillo de la americana y se la mostró. El conde la miró con desinterés hasta que algo le llamó la atención. Le quitó la foto de las manos. Las tijeras se le cayeron al

suelo.

—Pero es…

El profesor sonrió.

—Es increíble, ¿verdad?

—¡No puede ser! —exclamó el conde con los ojos clavados en la imagen, blanco como una hoja de papel.

—Ven mañana a los Uffizi y te lo contaré todo.

El profesor cogió el sombrero de la mesa y se marchó dejando al conde conmocionado con la fotografía en las manos. Cuando llegó a la entrada, se volvió para mirar la finca.

—¡Siempre lo has tenido todo!

Se puso el sombrero y deshizo el camino por el que había llegado.

Barcelona, Sant Gervasi
20 de junio de 2023

Carla estaba de pie en la terraza con la mirada perdida en los frondosos tilos del Turó Park. El pelo mojado le acariciaba el rostro mientras pequeñas gotas de agua le resbalaban por la espalda en una sugeridora danza ondulante. Se anudó el cinturón del albornoz y dejó que el sol de la mañana la confortara. Cerró los ojos y recordó las caricias de Àlex, se le erizó la piel. Se inclinó ligeramente sobre la barandilla hasta que un estremecimiento la detuvo.

—¿No estarás pensando en tirarte?

Se volvió y vio a Àlex, que la observaba con sus ojos azul noche. Ya se había vestido. Llevaba la chaqueta gris con el chaleco y una camisa blanca. «El traje de los juicios importantes», pensó. Lo rodeó con los brazos, lo besó y sintió el olor a pomelo y bergamota de su colonia.

—¿Sabes que me haces muy feliz? —le susurró Carla.

—Sé que estoy loco por ti —le respondió él devolviéndole el beso.

Àlex se separó de ella mirándola a los ojos de color miel.

—Te has levantado muy temprano.

—Necesitaba hacer yoga antes de ir al trabajo. Si no, no sé cómo aguantaría.

—No acabo de entender cómo hacer cuatro posturas en una esterilla puede ayudarte.

Carla lo miró, no perdía la esperanza de que algún día entendiera el yoga y los muchos beneficios que le aportaba.

—Un día tendrías que practicar conmigo —dijo colocando las manos en namasté delante del pecho.

Àlex soltó una carcajada.

—Sabes que lo que yo necesito es una raqueta, unas pelotas y poder derrotar a mi adversario.

—Tú siempre tan profundo.

Àlex sonrió mientras se ajustaba el nudo de la corbata.

—Princesa, si quieres que te acompañe, deberías vestirte. No puedo perder el vuelo a Madrid. Hoy presento el alegato final.

—Tranquilo, este caso lo ganarás.

—¿Es lo que te dice tu brujita?

—Sí —le respondió guiñándole un ojo.

Àlex sonrió de nuevo, el sexto sentido de Carla no solía equivocarse.

—Es un caso muy importante y, si lo gano, al viejo no le quedará otra opción que dejarme hacer las cosas a mi manera —afirmó, y se volvió para entrar en la habitación.

Àlex era alto, tenía los hombros anchos y se movía con seguridad. Carla lo observaba desde la terraza mientras él colocaba las camisas, las corbatas y la ropa interior en una maleta, siguiendo un orden minucioso, casi ritual. Los movimientos eran calculados, como en una partida de ajedrez que ejecutara a la perfección. «Igual que cuando se prepara los casos», pensó.

—¡Amor, voy sacando el coche! —dijo él yendo hacia el recibidor con la maleta.

Carla entró en la habitación y dejó caer el albornoz. Se puso un vestido blanco que le realzaba el bronceado y unas sandalias marrones atadas al tobillo. Se secó el pelo con la toalla y dejó que le cayera por la espalda. Se pintó los labios de rojo y se puso rímel negro en las pestañas. Se miró al espejo y sonrió.

Cuando llegó a la entrada, se encontró a Àlex mirando el móvil.

—Creía que ya estarías abajo.

—Estaba revisando los mensajes.

Àlex la miró. El largo pelo castaño le acariciaba el rostro de ojos almendrados; él se perdió en el escote, que prometía el paraíso debajo del vestido.

—¿En qué momento tuve la pésima idea de ir a Madrid?

Se acercó a ella y le acarició el hombro con el dorso de la mano, Carla se estremeció.

—Me temo que tendré que coger el siguiente vuelo —dijo mirándole los labios con deseo.

—¡Pero hoy es el alegato final!

—Tú eres mi alegato —respondió Àlex.

Carla sonrió y lo besó.

Carla subió corriendo el último tramo de escaleras de la entrada al Museo Nacional de Arte de Cataluña. Una vez arriba, aún le dio tiempo de ver el Porsche de Àlex avanzando por la avenida de María Cristina en dirección a la plaza de España. Antes de entrar, observó la imponente fachada neoclásica coronada por la gran cúpula central. No se cansaba de admirarla.

Al pasar el control de seguridad, el vigilante le sonrió. Carla lo saludó como cada mañana y pasó el bolso por el escáner para dirigirse a los vestuarios. Miró el reloj colgado encima de las taquillas, volvía a llegar tarde. «Recasens me va a matar», pensó. Abrió rápidamente el armario y dejó el bolso. Se puso la bata y se recogió el pelo aún húmedo en una coleta. Mientras se ponía las zapatillas de trabajo, pensó en las aburridas tareas de control de las salas que le habían asignado. Creyó que sería un trabajo puntual, pero ya se había alargado más de dos meses. Estaba desperdiciando su talento.

Caminó hasta la sala de restauración para ver a Pau y Júlia. Los tres eran buenos amigos desde la universidad, pero en cuanto coincidieron en el MNAC se volvieron inseparables. Cuando se conocieron, creyeron que Carla era una niña mimada a la que la vida se lo había puesto todo fácil. Hija única de una familia acomodada, sus padres eran dos reputados cirujanos del Hospital Clínic. La belleza y el talante idealista tampoco la ayudaban demasiado. Pero Carla les demostró que era mucho más de lo que parecía a simple vista y, por encima de todo, que era una persona con la que se podía contar.

Cuando entró, los encontró inmersos en la restauración del mural de Boí.

—¡Hola, chicos! —los saludó acercándose.

Al verlos trabajar, sintió un cosquilleo en el estómago.

—Carla, ha venido a buscarte tu amiga. Le hemos dicho que estabas en los vestuarios, pero no creo que se lo haya tragado —dijo Pau

levantando la cabeza.

—Àlex se iba a Madrid y nos hemos alargado más de la cuenta —confesó con una sonrisa.

—Ahora entiendo ese brillo en la cara —le dijo Júlia.

Carla contempló el mural.

—No sabía que empezabais hoy. ¡Es impresionante! —dijo acariciándolo con los dedos—. ¿Qué tengo que hacer para que me den un maldito trabajo de restauración en este museo?

—Podrías ayudarnos con el color —propuso Júlia.

—Nunca he trabajado en un mural.

—Se parece bastante al trabajo que hacéis en la tela. Lo que hacemos es pintar por fases, ya que el mortero tiene que estar húmedo para que el color quede bien fijado. Si nos ponemos los tres, lo tendremos listo antes. Es un argumento que ni Recasens podrá rechazar.

—Sí, además, es la primera restauración integral de una pintura mural traspasada en el MNAC. ¡Querrán que sea un éxito! —concluyó Pau.

Los ojos de Carla se iluminaron.

—¡Me encantaría! Esa mujer me tiene defenestrada haciendo tareas de conservación. Ya no recuerdo cómo es el trabajo de restauración, y lo peor de todo es que no entiendo qué he hecho mal.

—Ese es el problema, que no has hecho nada mal —observó Pau.

—¿Qué quieres decir? —preguntó frunciendo el ceño.

—Que se siente amenazada. Tu trabajo en la Virgen de Fra Angelico causó mucha admiración. Recasens está protegiendo su plaza.

—¿Se siente amenazada por mí? —Negó con la cabeza.

Empezó a entender muchas cosas del comportamiento de su supervisora. El ruido de unos pasos detrás de ellos les hizo volverse.

—¡Señorita Bas, qué placer verla entre nosotros!

Al oír esa voz, Carla se puso tensa.

—Disculpe el retraso, he tenido un problema con el coche —mintió.

La señora Recasens le lanzó una mirada inquisitiva.

—¡Sí, claro! —dijo cortante—. ¿Me acompaña al despacho? Tengo que hablar con usted.

Carla miró a Pau y a Júlia, notó un calor que le subía desde el vientre. Siguió a esa mujer con el moño tieso y la falda por debajo de las rodillas. Recasens entró en su despacho, cerró la puerta y la observó con sus ojos de búho. Esa mujer la intimidaba.

—Señorita Bas, ¿le gusta su trabajo? —le preguntó con ironía.

—¡Sí, claro que me gusta! —se apresuró a responder.

—Pues no lo parece, la verdad. Casi siempre llega tarde y, cuando contamos con la inmensa suerte de tenerla entre nosotros, parece estar con la cabeza en otro sitio.

El corazón se le aceleró, sintió la adrenalina fluyéndole por el cuerpo.

—¡Es que no entiendo por qué me paso el día haciendo trabajos de mantenimiento en lugar de dedicarme a la restauración, que es para lo que se me contrató! —estalló.

La señora Recasens hizo una mueca.

—¿Está cuestionando mis decisiones? —le preguntó en tono de amenaza.

Carla visualizó las posturas de los guerreros que había hecho esa mañana en la sesión de yoga, estaba dispuesta a luchar.

—Solo quiero entender por qué me han relegado, ¡no sé qué he hecho mal!

La señora Recasens se dio cuenta de que no se echaría atrás.

—Señorita Bas, no tengo que darle ninguna explicación sobre mis decisiones. Cuando considere que está cualificada para algún trabajo, se lo comunicaré. Y ahora, ¡no me haga perder más tiempo y vuelva al trabajo si quiere seguir en este museo! —dijo imponiendo sus galones, y abrió la puerta.

A Carla se la llevaban los demonios, la miró tiesa como un palo junto a la puerta. «Es una trepa amargada», pensó, y salió del despacho.

Florencia, palacio Médici
3 de enero de 1475

Los soldados llevaban un buen ritmo, los siguió todo el camino procurando no quedarse atrás. Casi sin darse cuenta, pasaron por la basílica de San Lorenzo y, después de tomar la via Ginori, se detuvieron frente a la magnífica puerta dovelada que flanqueaba el muro del palacio Médici.

Los guardas apostados en la entrada los dejaron pasar, y atravesaron los jardines mirando las esculturas grecorromanas hasta llegar al patio porticado. Los siguió subiendo la gran escalinata de mármol mientras miraba las columnas corintias que sostenían la construcción, obra de Michelozzo. Lo dejaron esperando en la imponente sala de visitas, con el corazón todavía acelerado por la caminata. Contempló los tapices y las pinturas que vestían los muros de la cámara; se imaginó a todos los artistas que, antes que él, habían aguardado allí. «Quizá ha llegado mi momento», pensó.

Cuando se abrió la puerta, vio el rostro de Giuliano. El pelo negro le enmarcaba unas facciones armoniosas, llevaba un jubón rojo con ribetes de cuero negro alrededor del cuello y las mangas.

—¡Sandro, el artista que está deslumbrando a Florencia! —le dijo abriendo los brazos para darle la bienvenida.

Le sorprendió ver a Giuliano, creía que lo había hecho llamar Lorenzo.

—Gracias —respondió con una sonrisa.

—Mi hermano Lorenzo está entusiasmado con el cuadro de la *Adoración de los Magos*. Es un trabajo magnífico, será la pieza perfecta para la capilla Lama.

Esas palabras lo confortaron, sus obras empezaban a gozar de consideración en Florencia. Gaspare Lama, banquero y amigo de la familia Médici, se lo había encargado. Comenzaba a ser costumbre

incluir a personas reales en las pinturas; Botticelli pintó a Cosme, Piero y Giovanni de Médici como los tres reyes adorando al Niño Jesús. En segundo término, Lorenzo y Giuliano, junto con artistas y humanistas del círculo de los Médici, incluyéndose a sí mismo en primer plano mirando al espectador. Estaba orgulloso de ese cuadro, que además había significado su entrada en la familia Médici.

—Dentro de tres semanas organizaremos una justa para celebrar la alianza con Venecia y Milán. Un hito muy importante para Florencia y para Lorenzo; no puedo faltar. Participaré en el combate con los demás caballeros, como ya lo hizo Lorenzo en su día.

No entendía por qué Giuliano le contaba todo aquello, lo observó mientras caminaba con paso firme hacia el ventanal. De repente, se volvió.

—Quiero que dibujéis el estandarte que llevaré en la justa, quiero que retratéis a Simonetta Vespucci —le pidió con un brillo en los ojos.

Botticelli se sorprendió.

—Pero Messer… Simonetta es una mujer desposada… —dijo desconcertado por la petición.

Giuliano lo miró fijamente.

—¡Debe ser ella! —respondió sin darle opción.

Pensó que había perdido la cabeza, pero no se atrevió a contrariarlo.

—De acuerdo… —cedió—. Veré cómo puedo representarla.

—Confío en que la retrataréis con toda su belleza. —Giuliano sonrió, estaba acostumbrado a conseguir lo que se proponía—. Mi secretario organizará el encuentro. Tengo entendido que vuestro taller está junto al palacio Vespucci.

—Sí, la casa en la que vivo pertenece a la familia.

—Fantástico. ¡No se hable más!

Giuliano dio media vuelta para abandonar la sala. Al instante entró un sirviente que lo acompañó escaleras abajo.

Justo cuando salía del palacio, se encontró con su amigo Poliziano, que entraba apresurado detrás de unos soldados. «Me han mandado llamar», le dijo cuando se cruzaron. Pensó que también había sido Giuliano. ¿Qué querría de él?

De vuelta a su taller en el barrio de Ognissanti, Botticelli maldijo su mala fortuna; después de demostrar su talento a la familia Médici, Giuliano lo mandaba llamar para que pintara un estandarte. Lorenzo no le habría pedido jamás semejante menudencia.

Mientras enfilaba la via Servi, recordó el primer día que vio a Simonetta. Fue en la fiesta que Lorenzo organizó en honor del casamiento de Eleonora de Aragón con el duque de Ferrara; la nobleza y la burguesía de Florencia, con los Médici a la cabeza, se reunieron en los jardines del palacio Lenzi.

Botticelli nunca había asistido a un festejo como aquel; hacía poco que había entrado en el círculo de artistas e intelectuales de los Médici. Las florentinas bailaban a orillas del Arno siguiendo el ritmo de las flautas y las violas, y entre ellas aparecieron tres ninfas resplandecientes. Simonetta Vespucci, Eleonora de Aragón y Albiera degli Albizi, cogidas de las manos, interpretaron una danza que esparció su exultante belleza hasta hacer que enmudeciera toda la Toscana. Una, sin embargo, destacaba sobre las otras dos.

—¿Quién es? —preguntó Botticelli, conmocionado—. ¡Parece una Venus!

—Simonetta, la esposa de Marco Vespucci, el hijo de Piero —respondió Poliziano.

Botticelli miraba embelesado esas facciones puras como el más bello alabastro, el sol dorado en sus cabellos. Con la mirada, la sonrisa y los gestos, guiaba dulcemente la danza que la descubrió a los ojos de Florencia.

—¡Nunca la había visto! —dijo fascinado por sus movimientos.

—Simonetta es hija de Gaspar Cattaneo della Volta y Cattocchia Spinola, dos de las familias nobles más antiguas de Génova. Marco la conoció allí cuando realizaba sus estudios de banca.

En un momento Giuliano de Médici se acercó, cautivado por la danza de las tres damas.

—¡Tanta belleza hace estremecer! —les dijo, incapaz de apartar los ojos de Simonetta.

Botticelli sonrió, contento de que Giuliano se dirigiera a ellos. La única vez que había tratado con él fue cuando pintó el cuadro para la

capilla Lama, donde aparecía la familia Médici.

—Messer, ¿vos también os habéis dado cuenta?

—¿Quién es? —quiso saber Giuliano.

—Simonetta Vespucci —respondió Poliziano.

—¿De verdad? ¿La mujer de Marco? —preguntó incrédulo.

—Creía que la conocíais. Simonetta ha estado tutelada por la mujer de vuestro tío Giovanni para introducirla en la sociedad florentina —le explicó Poliziano.

—¡Si la hubiera visto, no la habría olvidado! —respondió Giuliano, cautivado.

Cuando llegó al taller, Botticelli pensó que esa danza había sido el origen del encargo de Giuliano y, mal que le pesara, no podía rechazarlo; al fin y al cabo, se trataba de un Médici.

Poco imaginaba que esa petición lo cambiaría para siempre.

Unos días después, el sirviente entró en el taller y anunció la visita de Madonna Vespucci. Botticelli llevaba dos días esperándola y ya creía que no aparecería. «Tanto trabajo preparando los bocetos del estandarte para nada», había pensado.

Al volver la cabeza, la vio entrar tranquila, orgullosa de su belleza; llevaba un vestido azul con un fruncido que le resaltaba la forma de los pechos; los cabellos, adornados con una cinta blanca, le caían en una dorada cascada por la espalda. «Es un ángel», pensó.

—Messer, disculpad el retraso, he tenido unos asuntos familiares que me han impedido venir antes.

Observó sus facciones armoniosas, los ojos azules y profundos; la frente se dibujaba amplia y la nariz descendía en una delicada línea recta que se abría para anunciar unos labios finos y bien formados. La melancolía de su sonrisa lo embriagó.

—¿Tenéis alguna propuesta para el estandarte? —preguntó Simonetta acercándose.

Conmocionado, dio un paso atrás y se topó con un taburete;

Simonetta se rio tapándose la boca con la mano. Botticelli pensó que no habría podido empezar de una forma más zafia. Avergonzado, la acompañó a la mesa donde tenía los bocetos que había preparado.

—Os mostraré mis ideas —consiguió decir turbado por su presencia.

Los dispuso uno al lado del otro mientras Simonetta los observaba en silencio; en ese instante, ante ella, ninguno le parecía lo bastante bueno. La dama señaló uno.

—Me gusta este.

Botticelli suspiró.

—Palas Atenea, la diosa de la sabiduría. Una gran elección, si me lo permitís.

—Quizá sea un tanto pretencioso —dijo Simonetta con el dibujo en las manos.

—En absoluto, Madonna —respondió él, cautivado por su perfume.

Simonetta sonrió, pensó que, aunque había sido su esposo quien le había pedido que fuera, posar para Botticelli sería divertido.

—De acuerdo, pues, ¿os parece si empezamos?

—Claro… —dijo abrumado.

Le señaló la silla frente al lienzo. Simonetta se acomodó mientras su dama se apresuraba a colocarle el vestido y a retirarle un mechón de pelo que le caía por el rostro. La contempló, casi le dolía tanta belleza.

Cogió el carboncillo y empezó a dibujarla. La mano se movía rápida, el trazo era puro, preciso, sincero; enseguida comprendió que ella lo haría alcanzar la excelencia. «¿Dónde estabas, Simonetta? Todo este tiempo había estado esperándote».

Miró al cielo y agradeció a Dios que la hubiera llevado ante él.

Madrid, Audiencia Nacional
20 de junio de 2023

La sala número dos de la Audiencia Nacional estaba vacía. Àlex llegó con la suficiente antelación para familiarizarse con el lugar. Echó un vistazo al tribunal y, con las manos en los bolsillos, paseó repasando la estrategia que había seguido durante los seis meses del juicio.

El caso era complejo, las pruebas que presentaba el ministerio fiscal eran bastante determinantes. La policía llevaba más de un año investigando la entrada de drogas procedentes de Italia por los puertos de Barcelona, Ibiza y Valencia. Habían encontrado al enlace en Barcelona, un siciliano que tenía una cadena de restaurantes donde presuntamente blanqueaba el dinero del narcotráfico. Lo acusaban de distribución y tráfico de cocaína en Europa, procedente de Colombia. Traían la droga en contenedores que viajaban en barcos de mercancías desde el puerto de Calabria hasta Valencia y Barcelona. Para Àlex era un caso especial porque su padre y socio principal del despacho se lo había confiado en persona.

Àlex era un abogado plenamente vocacional. Consideraba que todo el mundo tenía derecho a una defensa. Le apasionaba analizar las diferentes caras de la conducta humana y utilizar el ingenio para buscar los resquicios de la justicia y colarse por ellos con impunidad. Lo hacía sentir poderoso. En cuanto se ponía la toga, dejaba de lado sus principios para centrarse en conseguir la mejor defensa para sus clientes. A veces no era una carga de conciencia fácil, pero se desenvolvía bastante bien, mucho mejor que otros colegas de profesión.

El auxiliar de la sala abrió las puertas y entró el abogado del ministerio fiscal; se saludaron con frialdad. Se sentaron el uno frente al otro mientras sacaban la documentación del juicio. Àlex sintió la descarga de adrenalina en el cuerpo. Entraron los jueces, y el

presidente de la sala ordenó el inicio de la vista.

El primero en hacer las alegaciones fue el fiscal. Recordó las pruebas que habían presentado durante el juicio y las conclusiones de los delitos de los que acusaban al cliente de Àlex, después de más de un año de investigación y colaboración entre la Policía Nacional y la policía italiana. Fue claro, directo y categórico. Hizo un alegato sobre la reincidente conducta delictiva del acusado, al que ya habían detenido y juzgado en Italia por el mismo crimen. El fiscal pidió la pena máxima por la suma de los dos delitos: tráfico de drogas y blanqueo de capitales. En cuanto acabó su exposición, cedió la palabra a la defensa.

Àlex miró al tribunal antes de empezar su alegato. Cuestionó procesalmente la obtención de las pruebas por parte de la policía y la fuente de conocimiento del delito. Recordó las evidencias que había presentado y que demostraban que el origen de la investigación provenía del aviso de un agente de la policía italiana que había participado en el anterior juicio del acusado en Italia. Este agente alertó sobre la empresa que, desde Calabria, transportaba las drogas en contenedores, que al final la policía española confiscó en un barco en Barcelona. Àlex aseveró que en ese juicio su cliente había sido absuelto de todos los cargos porque las pruebas se habían obtenido de forma ilegal.

—Señorías, toda la investigación tiene su origen en un juicio que fue declarado no válido. Por tanto, pido la nulidad probatoria por invalidez de las pruebas.

Miró de nuevo al tribunal y, ordenando los papeles que tenía encima de la mesa, siguió hablando:

—En cuanto al delito de blanqueo de capitales, las pruebas periciales que he presentado de la empresa auditora prueban que la cadena de restaurantes es un negocio rentable por su propia actividad y que las aportaciones económicas de los socios son de procedencia legítima. Por tanto, señorías, no veo ningún indicio del delito del que se acusa a mi defendido.

Antes de que el presidente de la sala diera por concluido el juicio, otorgó la última palabra al acusado. Este dijo que no tenía nada que

añadir. El presidente declaró el juicio visto para sentencia. Àlex sonrió. Sabía que había ganado.

Barcelona, Museo Nacional de Arte de Cataluña

Esa tarde, cuando con su voz pretenciosa la secretaria la avisó de que el director quería hablar con ella, se le encogió el estómago. «Le ruego que no haga esperar al señor Pladellorenç», le dijo. En el ascensor, estuvo considerando los motivos de esa entrevista. Enseguida le vino a la cabeza la conversación con Recasens, «¿por qué no me habré callado?».

Se encontró ante el despacho del director con el corazón pendiendo de un hilo y sin atreverse a entrar. Hasta un rato después, no llamó a la puerta.

Entró. Una gran cristalera ofrecía la imagen de los magníficos jardines del parque de Joan Maragall con las fuentes del palacete Albéniz delante. Era el despacho más luminoso de toda la planta. El director levantó la mirada del ordenador y esbozó media sonrisa.

—¡Señorita Bas, pase y siéntese, por favor! —dijo extendiendo el brazo hacia una de las sillas del otro lado del escritorio.

El corazón le latía deprisa, pero aun así ese hombre no la hacía sentir mal. Era reservado y algo excéntrico; Carla lo atribuía a su vertiente artística. No encajaba como director del museo. Se rumoreaba que no era un buen gestor ni tenía grandes dotes sociales, pero lo compensaba con una plena dedicación al arte y a la institución.

Carla intentó devolverle la sonrisa.

—Hoy he recibido una llamada —le dijo.

Le pareció que el tiempo se detenía.

—He hablado con Domenico Belletti, jefe de restauración de la Galería de los Uffizi.

—¿El profesor Belletti? —preguntó Carla, extrañada.

—Sí, tengo entendido que fue su tutor durante el Erasmus, ¿verdad?

Una sonrisa le iluminó el semblante.

—Sí, una de las mejores experiencias que he tenido.

El director, mientras ordenaba unos papeles del escritorio, refunfuñó:

—Claro, claro, quién puede competir con Florencia. No lo conozco personalmente, pero tiene buena reputación entre sus colegas en Italia y es un apasionado de la pintura del Renacimiento. Tiene un doctorado en pintura italiana de los siglos XIV y XV. —Antes de continuar, hizo una pausa y se bajó las gafas para mirarla—. En fin, está organizando una exposición de Sandro Botticelli en los Uffizi y le gustaría contar con su participación como subcomisaria. Tiene muy buena opinión de su trabajo durante el Erasmus y cree que cuenta con las aptitudes idóneas para este proyecto. Imagino que el máster de Restauración de obra pictórica que hizo en Madrid también tendrá algo que ver —dijo volviendo a fijar la mirada en el portátil.

Carla estaba atónita. No pudo articular ni media palabra.

—Ese máster tiene homologación europea, ¿verdad?

—Sí. Fue uno de los motivos por los que lo elegí.

—Ya veo… Para serle sincero, me ha sorprendido esta petición, y más teniendo en cuenta los informes de su supervisora; pero, qué quiere que le diga, sería absurdo que dejase escapar una oportunidad como esta.

Carla sintió una punzada en el estómago, cuánto odiaba a esa mujer.

—¿Qué edad tiene usted? —le preguntó.

—Veintiocho años.

—Por experiencia le digo que ocasiones como esta se presentan muy pocas, y menos aún siendo tan joven. —Dejó el ordenador y centró su atención en ella—. Bueno, ¿qué me dice?

Carla estaba paralizada.

—Es que… no me lo acabo de creer.

—Pues, jovencita, puedo jurarle que esto acaba de pasar en este despacho —dijo moviendo el brazo alrededor de la sala.

Carla exhaló soltando toda la tensión que acumulaba, sintió que se le humedecían los ojos.

—Señorita Bas, si acepta la propuesta, querrá decir que se irá unos

meses a Florencia y trabajará en uno de los mejores museos del mundo con el profesor Belletti y su equipo. Las condiciones nos las enviarán por escrito, pero ya le adelanto que le ofrecerán un trabajo remunerado y la manutención durante el proyecto.

La invadió una sensación de felicidad. Alguna vez había soñado con volver a los Uffizi, pero le parecía inalcanzable. Recordó el Erasmus y el nivel de exigencia del profesor Belletti. No fue fácil, tuvo momentos en los que se planteó abandonar, pero la calidad que consiguió en su trabajo fue extraordinaria. Volvió a sentir esa emoción.

—¡Me encantaría! —dijo al fin.

El director sonrió.

—Debemos esperar la oferta formal, tendrá unos días para dar una respuesta. Hablaré con su supervisora. Espero que sepa aprovechar esta oportunidad y que deje en buen lugar al MNAC.

Carla tragó saliva antes de asentir con la cabeza. Le entraron ganas de darle un abrazo. El director volvió a mirar el ordenador.

—¡Que tenga un buen día, señorita!

Carla salió del despacho tan emocionada que los pies no le tocaban al suelo. Nunca habría imaginado que le llegaría una propuesta como esa. Se dirigió al ascensor y sonrió al espejo antes de pulsar el botón de bajada.

Esa tarde, cuando salieron del MNAC, el taxi ya los esperaba delante de la puerta de los empleados. Pau se adelantó y les abrió. Carla a duras penas seguía la conversación de Júlia, que no dejaba de interrogarla.

—No te han echado, ¿verdad? —quiso saber, preocupada.

—No jodas, Júlia. Ya nos lo habría dicho.

—Es que aún estoy en shock. Primero la bronca de Recasens y después la reunión con Pladellorenç.

—¡No nos tengas con esta intriga! ¿Qué narices te ha dicho? —preguntó Júlia, inquieta.

—No os lo vais a creer. Lo han llamado de los Uffizi porque quieren que participe en una exposición que van a hacer sobre Botticelli.

—¿De verdad? —dijo Pau volviéndose hacia el asiento de atrás.

—Sí, el profesor que tuve en el Erasmus quiere que forme parte de su equipo.

—¿El que te hacía la vida imposible? —añadió Júlia.

—Con el tiempo he entendido que lo único que pretendía era sacar lo mejor de mí.

—Si te quiere en los Uffizi, está claro que quedó satisfecho —concluyó Pau.

—¡Carla, es fantástico! ¿Cuándo te vas?

—Es que, después de haberle dicho que sí a Pladellorenç, he caído en que aceptar este proyecto implicará pasar un tiempo en Florencia.

—¿Y dónde está el problema? —preguntó Júlia, extrañada.

Carla se quedó en silencio.

—Hostia, no fastidies. ¡Te lo estás pensando por Àlex!

—Es que como mínimo serán tres o cuatro meses —se excusó.

Júlia estalló.

—Vale, te lo presentaré de otra manera. ¿Cuánto crees que tardaría él en aceptar una propuesta parecida en su trabajo? ¿Cinco segundos?

Carla negó con la cabeza.

—Pero es que ahora estamos tan bien…

—¡Los Uffizi es tu sueño! —dijo Júlia, indignada.

—Solo digo que tengo dudas.

Júlia la miró, no pensaba aflojar.

—Sabes que Àlex no es santo de mi devoción, pero no lo digo solo por él. Es la oportunidad que estabas esperando.

Carla se quedó mirando el frente marítimo que pasaba ante sus ojos a través de la ventana.

—Quizá tengas razón.

—¡Claro que la tiene! —exclamó Pau mientras daba indicaciones al conductor. Unos minutos después el taxi se detuvo delante del Hotel Vela.

—¿Dónde estamos? ¿No íbamos de tapas? —preguntó Carla, extrañada.

—¡Los Uffizi se merecen una celebración por todo lo alto!

Los tres bajaron del taxi y caminaron hasta la playa para entrar en



la terraza del restaurante.

Madrid, Hotel Wellington

La había deseado desde que la vio caminando hacia él por el pasillo de la Audiencia con un vestido negro que se le ceñía al cuerpo como si fuera una segunda piel. Ella le dedicó una cálida sonrisa antes de darle la mano.

Más tarde, en la habitación del hotel, se dejaron llevar con la complicidad que les otorgaba la noche. La besaba mientras le cogía la cabeza con las manos. Ella se separó un momento y lo miró. Àlex sonrió. La agarró de nuevo, le desabrochó, uno a uno, todos los botones del vestido y lo dejó caer al suelo. Contempló excitado la belleza insolente de aquel cuerpo desnudo y se dio la vuelta para coger una papelina de encima del escritorio. Depositó el polvo blanco en una pequeña bandeja. Antes de inspirar, se recreó contemplándola de pie en medio de la habitación. El recogido se le había deshecho y un mechón le caía delante del rostro. Se acercó a ella; lo esperaba deseosa. La tomó por las caderas y la apretó contra su cuerpo. Sintió que la piel se le erizaba, la tenía bajo control. Poco a poco, fue llevándola hasta encararla al ventanal, mostrando su trofeo al mundo. Miró las calles iluminadas de Madrid a sus pies. Le besaba el cuello mientras la acariciaba, con el deleite de quien sabía que sería suya. En unos segundos, la euforia de la droga se apoderó de él. La besó de arriba abajo hasta que la poseyó con todo el ímpetu que tenía dentro. Ella gimió de placer.

Barcelona

Durante la cena en la terraza del Hotel Vela estuvieron recordando los motivos por los que habían decidido estudiar Bellas Artes. Pau reflexionó en voz alta sobre las expectativas de cada uno y lo que habían conseguido profesionalmente. Carla se dio cuenta de lo lejos que estaba de lo que había imaginado que sería su carrera.

—Carla, te has quedado callada —le dijo Pau.

Ella cogió la copa.

—Es que no entiendo cómo he aguantado tanto tiempo el desprecio de Recasens —dijo dando un trago largo.

—No lo pienses más, Florencia es tu oportunidad. El máster que hiciste en Madrid te permite trabajar en cualquier museo de Europa —le recordó Pau.

Ella sonrió. Se imaginó cómo sería volver a los Uffizi y sintió un cosquilleo en el estómago.

—¿Os he dicho alguna vez que sois cojonudos?

—Sí, pero nos gusta oírlo —dijo Júlia guiñándole un ojo.

—¿Eso quiere decir que aceptarás?

—Mañana mismo se lo confirmaré a Pladellorenç.

—¡Brindemos por Florencia!

Los tres amigos levantaron las copas. El camarero se acercó con una botella de Moët & Chandon.

—Champán francés, ¡qué generoso, Pau! —exclamó Júlia.

—No he sido yo… —contestó confundido.

El camarero les indicó que era un obsequio de otra mesa. Carla miró hacia donde les señalaba. Vio a un chico con traje y camisa blanca ajustada que se acercaba.

—¿Pol? —exclamó sorprendida.

—Hola, Carla. ¿Cómo estás?

Se levantó y le dio dos besos. Era la última persona a la que

esperaba ver esa noche.

—¡Qué casualidad! ¿Qué haces aquí?

—He venido a cenar con unos amigos —dijo volviéndose hacia la mesa que quedaba a su espalda—. De hecho, han sido ellos los que te han visto. ¡Estás impresionante!

Pol admiró el vestido blanco que le ceñía la figura. Habían sido pareja en la universidad hasta que Carla se fue de Erasmus a Florencia y conoció a Max. Pol no llevó bien que lo dejara por otro.

—Hacía mucho que no nos veíamos —le dijo Carla colocándose el tirante del vestido, que le había resbalado por el hombro.

Pol no le quitaba los ojos de encima.

—Desde que hiciste el Erasmus —respondió sosteniéndole la mirada.

Pensó que seguía resentido.

—¿Te acuerdas de Pau y Júlia?

—Sí, claro. ¿Cómo estáis, chicos?

—¡No tan bien como tú! —dijo Pau en tono jocoso.

—Estamos celebrando que Carla irá a trabajar a los Uffizi —anunció Júlia.

—¡Vaya, vuelves a casa! —dijo Pol, irónico.

Estaba claro que lo decía por Max. No le sentó bien el comentario.

—Y a ti, ¿cómo te va? —preguntó Carla para cambiar de tema.

—Después de Bellas Artes, estudié Económicas en ESADE, y mira, ahora me dedico a la banca. No es tan divertido, pero me da dinero —dijo pasándose la mano por el pelo cuidadosamente despeinado.

—Siempre pensé que llevabas un banquero dentro —le dijo Carla.

Pol sonrió mostrando unos dientes perfectos.

—No me va mal, la verdad. Creo que he encontrado mi vocación.

—Me alegro.

—Puede que incluso te arrepientas de haberme dejado —comentó guiñándole el ojo.

Pol la miró de arriba abajo y se despidió con dos besos húmedos. Carla se pasó la mano por las mejillas.

—¿Cómo pude salir dos años con este tío? —se dijo horrorizada.

—Nunca lo he soportado —admitió Pau.

—Pues a mí me recuerda a Àlex —apuntó Júlia.

—¡Qué dices, tía! —saltó poniendo cara de asco.

—Qué quieres que te diga, es un prototipo parecido.

Carla pensó que Júlia tenía a Àlex atravesado, pero no le dio más importancia. Pau llenó las copas de champán.

El taxista la avisó de que ya había llegado a su destino. Bajó del coche y estuvo un rato buscando las llaves en el bolso; siempre metía más cosas de las necesarias. Aprovechó que un vecino salía de la finca para entrar. «Gracias, no encontraba las llaves», le dijo educadamente. El hombre le sonrió mientras le aguantaba la puerta.

Una vez arriba, se preparó una infusión de rooibos con canela en la cocina y salió a la terraza. Estaba un poco mareada. «Demasiado alcohol», pensó. Miró al cielo, la noche era clara. Se tumbó en la hamaca de mimbre, se puso los AirPods que llevaba en el bolso y empezó a escuchar «Caure no feia mal». Le gustaba Dausà. Buscó la estrella polar y recordó los ratos que pasaba en el jardín de su casa con su padre contemplando los astros en la oscuridad. Podían pasarse más de una hora sin decir nada, cautivados por la belleza de una noche estrellada. De repente se acordó de Max y su sonrisa soñadora. La propuesta del profesor Belletti le había despertado viejos recuerdos.

Empezaba a refrescar. Miró el reloj, era la una y media de la madrugada. No pudo resistirse y marcó el número de Àlex, quería contarle la propuesta de los Uffizi. Una voz femenina le respondió. Pensó que se había equivocado y estuvo a punto de colgar, pero entonces la reconoció. Un escalofrío la recorrió de arriba abajo, se quedó en silencio hasta que la llamada se interrumpió. El móvil se le cayó al suelo mientras un ahogado grito de dolor le salía de la garganta. Se cubrió el rostro con las manos, todo le daba vueltas. Sintió que la humedad de la noche la envolvía hasta tragársela.

Un resquicio de luz se filtró por la ventana del dormitorio y despertó a Carla. No tenía claro cuántas horas había dormido. Se volvió y miró al

otro lado de la cama, Álex no estaba. Al instante sintió un pinchazo, recordó la llamada de la noche anterior y se cubrió la cara con la almohada. «¿Qué cojones has hecho?», gritó bajo el cojín de plumas. El sonido de una alerta le hizo incorporarse para mirar el móvil, pero el mensaje no era de Àlex, sino de Marta Solanes. Sintió el brutal embate de un tren pasándole por encima. El mundo se detuvo mientras leía el texto de Marta, que le decía que llevaba más de un año liada con Àlex. «¡Serás cabrón!», gritó tirando el móvil al suelo y cayendo de espaldas a la cama. La habitación empezó a dar vueltas mientras las lágrimas le llenaban los ojos desconsoladamente.

Poco después se levantó y salió a la terraza para despejarse. Los primeros rayos de sol, implacables, le hicieron cerrar los ojos. Se llevó una mano a la frente para controlar el dolor de cabeza. Sintió una presión en el pecho, se ahogaba; le dolía como si le hubieran arrancado la piel. Las lágrimas volvieron y se agarró a la barandilla mirando al infinito. ¿Por qué le había hecho algo así? Tenía que irse, tenía que alejarse para bloquear ese dolor.

Entró en la habitación y abrió el armario para sacar la maleta naranja de Hermès que Àlex le había regalado. Observó la ropa de él en un orden impecable: las camisas ordenadas por colores, las corbatas alineadas, los trajes dispuestos de mayor a menor formalidad. Se dio cuenta de que el engaño con Marta no había sido algo puntual, lo tenía todo estudiado. «¡Mentiroso, hijo de puta!», gritó enfurecida tirándole la ropa al suelo; las lágrimas eran cada vez más amargas, más dolorosas. Llenó la maleta con sus cosas y miró el armario vacío. Pensó que ese ya no era su sitio, y que quizá nunca lo había sido. Era el piso de la madre de Àlex, y ella fue a vivir allí un poco por inercia. Nunca hubo un propósito formal de convivencia. Ahora se planteaba si eso había sido un indicador del compromiso de Àlex, que ella había pasado por alto.

Antes de marcharse se sentó frente al escritorio y cogió una hoja. Le temblaba el pulso, le costaba escribir. Cuando acabó, la metió en un sobre y lo puso en el bufet chino de la entrada. Nunca le había gustado ese mueble. Cerró la puerta y dejó las llaves y la felicidad que habían compartido durante tres años debajo del felpudo. Estaba



devastada.

Florencia, Academia de Bellas Artes
20 de junio de 1970

Era una cálida noche de junio. Una imponente tarima de madera presidía los jardines de la Academia de Bellas Artes de Florencia con motivo de la fiesta de graduación. El sonido de los violines afinándose acompañaba el rumor de los estudiantes nerviosos en las sillas. Una lluvia de farolillos azules y rojos colgaba de los robles centenarios y llenaba de colores la celebración.

Arnaldo miró la platea. Después de cinco años en la universidad conocía a poca gente, pero no le importaba. A la hora en punto, el rector salió al escenario y, solemne, caminó hasta el atril, desde donde esperó unos instantes a que el murmullo de los estudiantes se atenuara para iniciar el discurso. Arnaldo miró a Domenico y resopló. Le parecían absurdas esas ceremonias; solo había asistido para acompañarlo. Domenico había hecho la carrera con una de las pocas becas que concedía la universidad y había simultaneado los estudios con el trabajo en el taller de su padre. Por eso Arnaldo de alguna manera lo admiraba.

Una vez finalizado el discurso, el rector dio paso al decano, que empezó a nombrar a los graduados de la promoción de 1970. Domenico fue de los primeros en levantarse; su cuerpo pequeño no conseguía llenar la americana que le había dejado su padre. Se ajustó serio la corbata y miró a Arnaldo, que le dio un golpe en el brazo al pasar por delante de él. Cuando el decano lo nombró, todas las miradas se dirigieron hacia él; se levantó tranquilo, indiferente al interés que despertaba. En cuanto llegó a la mesa presidencial, el rector le sonrió. «¡Felicidades, señor Verini!», dijo entregándole el título. Arnaldo lo cogió con indiferencia. Poco después, ante la mesa de los profesores desfilaba una larga fila de estudiantes que recogían su título, gozosos.

El rector dio por finalizada la ceremonia y anunció la orquesta, que empezó a tocar. Los estudiantes lanzaron los birretes por los aires soltando un grito de euforia. Arnaldo se quedó impasible en su silla pensando en lo lejos que se sentía de todos aquellos infelices. Rápidamente la pista de baile empezó a llenarse de parejas con ganas de diversión. Arnaldo miró a Domenico, orgulloso, con su título en la mano.

—¡Esto tenemos que celebrarlo! —le dijo agarrándolo por los hombros, y lo llevó a la mesa de las bebidas.

Domenico sonrió de oreja a oreja, por fin dejaría de trabajar en el taller de su padre; se merecía algo mejor. Arnaldo pidió una botella de chianti.

—Arnaldo, gracias por haber venido, sé que estos actos te parecen absurdos.

—Son un mero enaltecimiento de la vanidad humana —dijo mientras dejaba el título en la mesa con displicencia.

—Bueno, ¡brindemos por nosotros, por estos cinco años compartidos! —exclamó Domenico levantando la copa.

Los dos chicos brindaron.

—¡Al final me echarás de menos! —le dijo Domenico.

Arnaldo soltó una sonora carcajada.

—Lo que no echaré de menos será tu obsesión por no perderte ni una clase y por entregar los trabajos a tiempo. ¡Qué pelmazo!

Domenico se rio mientras Arnaldo observaba a su alrededor.

—Míralos, están pletóricos. Creen que la licenciatura los convertirá al instante en grandes artistas, y no son más que unos mediocres. No he visto nada mínimamente interesante en estos cinco años.

—Bueno, ¡yo sí que he visto alguna cosa interesante! —exclamó Domenico desviando la mirada hacia Graziela y Maria, que charlaban unos metros más allá.

—No hace falta que me lo recuerdes. Es una de las razones para estar hoy aquí, ¿no?

Domenico levantó la copa.

—¡Por la chica más guapa de la facultad!

—No sé qué le ves, la verdad —dijo Arnaldo con suficiencia.

—Un día, cuando bajes a la tierra con el resto de los mortales, te lo contaré.

—Recuerda que me has prometido que hoy hablarás con ella.

—Sí, lo haré…

—¡Es que hace dos años que no te oigo decir otra cosa!

—¿Y si me rechaza?

—Amigo mío, la vida es de los que toman la iniciativa.

Domenico apuró la copa y lo miró.

—¿Puedo preguntarte por qué narices te queda tan bien el esmoquin?

—Será una cuestión genética. Son varias las generaciones de mi familia que lo han llevado antes que yo, debe de transmitirse de alguna manera.

—¡Qué rabia me das! —dijo Domenico dándole un golpe en el brazo.

Los dos amigos se rieron y volvieron a llenar las copas.

—Y dime, Domenico, ¿cómo te las arreglarás para entrar en los Uffizi? Sabes que es la aspiración del noventa por ciento de los que hoy están aquí, ¿verdad?

—Sí, lo sé, pero también sé que tu padre conoce al director. Si pudiera hablarle de mí…

Arnaldo frunció el ceño.

—¿Por qué tengo la sensación de que siempre sacas algo de nuestra amistad?

—No todos tenemos la suerte de ser el hijo del conde Verini.

—Ya… —dijo Arnaldo negando con la cabeza.

—Y tú todavía no me has dicho lo que harás aparte de aburrirte gastando la fortuna familiar.

Arnaldo se quedó un instante en silencio, no le gustaba que Domenico le echara en cara su privilegiada posición social.

—Iré en busca de un cuadro.

—¿Un cuadro? No parece muy interesante —comentó Domenico, que esperaba algo mejor.

—¿Un cuadro desconocido de Botticelli no te parece lo bastante interesante? —preguntó Arnaldo, desafiándolo.

—¿Un cuadro desconocido? ¿De verdad te crees esas historias de cuadros perdidos?

—He tenido acceso a un diario de Botticelli —dijo muy serio.

Los ojos codiciosos de Domenico le hicieron darse cuenta de que había hablado de más.

—¿Un diario escrito por Botticelli? ¿Es auténtico? ¿De qué cuadro habla?

Arnaldo se mantuvo impasible ante el interrogatorio; a pesar de su amistad, siempre se había mostrado reservado con Domenico.

—Es auténtico —se limitó a responder.

El rector los interrumpió.

—Señor Verini, es un honor que haya venido hoy. No lo esperaba, la verdad.

—No podía dejar solo a Domenico.

El rector se fijó en la americana de Domenico, dos tallas más grande de lo que le correspondería.

—Tengo curiosidad por saber qué hará a partir de ahora. Con sus calificaciones y sus aptitudes, podría hacer lo que quisiera.

—Mi padre espera que estudie Economía, dice que ya es hora de que me prepare para la vida real.

—Claro, claro, las obligaciones familiares. En fin, ha sido un placer tenerlo estos años entre nosotros.

El rector se despidió y continuó saludando a los demás graduados.

Unos metros más allá, Graziela y Maria mantenían una conversación apoyadas en la mesa de las bebidas. A su alrededor, un grupo de chicos bebían y fumaban sin dejar de mirarlas.

—Graziela, ¿estoy bien? —preguntó Maria tocándose el vestido, que se le ceñía a la cintura.

—Estás guapísima. Este recogido te favorece muchísimo, los chicos no dejan de mirarte.

—¡Después de dos horas en la peluquería, ya puede ser favorecedor! —dijo pasándose la mano por el pelo.

—Quizá yo también debería haber ido —se lamentó Graziela pensando que no estaba a la altura.

—Graziela, estás increíble con este vestido rojo. Cuando te he visto,

me ha costado reconocerte.

Graziela sonrió. Viniendo de Maria, el comentario era todo un cumplido.

—De todas formas, a mí el único que me interesa ya sabes quién es —susurró mirando a Arnaldo.

—No tendrá nada que ver con que sea el hijo del conde, ¿verdad? —dijo Graziela, mordaz.

—Claro, eso también ayuda —reconoció Maria, y sacó un espejito del bolso para retocarse los labios.

—Tengo que admitir que es atractivo, pero es tan distante… Siempre da la sensación de que está por encima de los demás.

—Ahora que lo dices, nunca lo he visto con una chica, y no será por falta de pretendientas —dijo al darse cuenta de que Graziela tenía razón.

—Maria, si quieres algo con él, te recomiendo que sea hoy. Después de la graduación ya no volveremos a vernos.

Maria se quedó pensativa. De repente, miró a Graziela y la cogió de la mano.

—¡Ven, tú iniciarás la conversación!

No se esperaba que le pidiera algo así, Maria era la más lanzada de las dos. Cuando estuvieron cerca de los chicos, tomó aire.

—¿Qué os ha parecido la ceremonia? —preguntó Graziela luciendo su mejor sonrisa.

Arnaldo se volvió, miró el vestido rojo de escote sugerente que le dejaba los hombros al descubierto y se quedó impresionado. Domenico se apresuró a hablar.

—Nos ha gustado mucho, incluso el discurso de Morelli, más corto de lo que habíamos calculado.

Las chicas se rieron.

—¿Nos haríais el honor de acompañarnos? —dijo Domenico señalando una mesa con cuatro sillas.

Aceptaron de buen grado y se dirigieron hacia allí. Domenico pidió dos copas más y sirvió el chianti. Arnaldo no podía dejar de mirar a Graziela.

—Por fin hemos conseguido graduarnos. ¡El último curso ha sido

durísimo! —dijo Maria mientras se sentaba en la silla y se tocaba el recogido.

Arnaldo la miró, le parecía terriblemente artificiosa.

—Las clases del profesor De Luca han sido muy exigentes. ¡Nos ha hecho ir a todos de cabeza! —continuó Maria.

—¿Has pensado que quizá no estabais a la altura? —soltó Arnaldo.

—¿Te refieres a toda la clase?

—Es posible —dijo él con aires de suficiencia.

Domenico le dio un golpe por debajo de la mesa. Graziela y Maria se miraron, Arnaldo estaba rozando la impertinencia.

—En fin, Verini, no todos nos hemos graduado *magna cum laude*.

Domenico le lanzó una mirada suplicándole que fuera amable. Graziela intervino:

—Bueno, ¿ya habéis pensado qué haréis ahora que estáis graduados?

—Arnaldo quiere ir en busca de un cuadro perdido.

Arnaldo lo miró para que se callara. Llevaba un rato arrepintiéndose de habérselo contado.

—¿De verdad? —preguntó Graziela.

—No le hagas caso, me está gastando una broma —dijo Arnaldo, cautivado por los ojos almendrados de Graziela.

—Lástima, habría sido divertido.

Domenico miró a Graziela, sentada a su lado. Por fin, se lanzó.

—¿Me harías el honor de bailar?

Graziela miró a Maria y aceptó. Los dos se levantaron y se dirigieron a la pista de baile. Arnaldo la siguió con la mirada.

—¿Es que no piensas sacar a bailar a una chica? —dijo Maria al ver que Arnaldo no la invitaba.

—Lo siento, no me gusta bailar.

Maria se quedó helada.

—¿Alguien te ha explicado alguna vez cómo tratar a una señorita?

Arnaldo hizo un esfuerzo por ser amable.

—Maria, no pierdas el tiempo conmigo. Eres muy guapa, y seguro que hay chicos más interesantes que yo en esta fiesta.

—Verini, eres un cretino. ¡No sé qué veía en ti! —dijo levantándose

sulfurada.

Arnaldo suspiró aliviado, era el momento perfecto para marcharse, pero en lugar de eso se quedó mirando la pista de baile; la buscaba a ella. La vio bailando frente a Domenico, que intentaba seguir sus movimientos con bastante torpeza. Se reían, parecía que la divertía, la cogió de la cintura y le susurró algo al oído. Ella asintió con la cabeza. No le gustó ver esa escena. ¿Por qué Graziela lo había turbado de esa manera?

Decidió que allí ya no hacía nada y se dirigió al guardarropa para recoger el sombrero. Al volverse, vio que Graziela caminaba hacia él.

—Arnaldo, ¿ya te vas? ¿Dónde está Maria?

—Creo que no le he caído muy bien —dijo señalando la mesa en la que estaba sentada.

—No la culpo, la verdad. No has sido muy amable.

—Seguramente tienes razón —dijo mirando sus ojos cautivadores—. ¿Y Domenico?

—Ha ido a por bebidas, pero hay mucha gente.

La orquesta anunció la canción «Il mondo».

No, stanotte amore
non ho più pensato a te.
Ho aperto gli occhi
per guardare intorno a me,
e intorno a me
girava il mondo come sempre.

Los ojos de Graziela se iluminaron. Empezó a mover las caderas siguiendo la cadencia de la melodía. Levantó los brazos y los movió en una sinuosa danza mientras el vestido rojo le ceñía las curvas hasta el infinito. Arnaldo, cautivado, le cogió la mano y la acercó hacia él hasta que sus rostros casi se tocaron. Sintió una punzada que le sacudió el alma. Se miraron a los ojos buscándose, la sujetaba con firmeza por la espalda, se movían lentamente acompasando sus cuerpos. El mundo desapareció, solo eran ellos dos descubriéndose el uno al otro. Graziela sonrió y Arnaldo comprendió que no podría

haber ninguna otra. Cuando la música acabó, se quedaron parados sin dejar de mirarse.

Domenico apareció con dos copas en las manos.

—¡Lo siento, Graziela, han tardado una eternidad! —se disculpó sin entender lo que estaba pasando.

Graziela se separó de Arnaldo bruscamente. Domenico le dio su copa.

—Gracias… —dijo descolocada.

Domenico miró a su amigo con mala cara.

—¿Dónde está Maria?

—No lo sé… —respondió Arnaldo, todavía conmocionado. Buscó una salida—. Voy a saludar a Giorgio…

Se alejó lo más rápido que pudo y fue a la barra a pedir un whisky; se lo bebió de un trago. El corazón le latía con fuerza, pidió otro para recomponerse. Giorgio se acercó y lo saludó, se pusieron a hablar de las opciones de futuro para los licenciados en Bellas Artes. Arnaldo a duras penas lo escuchaba intentando asimilar lo que acababa de suceder. Alargaron la charla hasta que la orquesta tocó la última canción y la gente empezó a abandonar la fiesta. Arnaldo vio que Domenico y Graziela se acercaban.

—Voy a llevar a Graziela a su casa.

Domenico hablaba con dificultad, había bebido más de la cuenta.

—No sé si estás en condiciones de conducir —le dijo Arnaldo.

—¡Estoy perfectamente! —respondió apelando a la complicidad masculina.

—Vale, pero ten cuidado.

Arnaldo se quedó mirando cómo se iban. Una vez en el coche, a Domenico le costó meter la llave en el contacto; antes de arrancar, miró a Graziela.

—¿Sabes que eres muy guapa?

Graziela no dijo nada.

—Siempre lo he pensado, desde el primer día que te vi en clase.

—Domenico, es tarde, llévame a casa.

—Vale, pero antes quiero que me des un beso.

Graziela le dio un beso en la mejilla para quitárselo de encima.

Domenico intentó besarla en los labios, pero ella volvió la cara.

—¡Solo un beso! ¡Después de la noche que hemos pasado, me lo merezco! —protestó envalentonado por el alcohol, pensando que era ahora o nunca.

—¡Domenico, has bebido demasiado!

De repente Domenico cambió el semblante y se abalanzó sobre ella. Graziela gritó intentando quitárselo de encima, pero no podía con él, que empezó a acariciarle los muslos.

—¡Venga, lo pasaremos bien!

—¡Déjame, no quiero! —Intentaba desesperadamente detenerlo.

La miró ansioso, Graziela probó a abrir la puerta del coche.

—¡No seas mala!

Volvió a abalanzarse sobre ella y Graziela gritó impotente. De pronto, Domenico sintió una fuerza que tiraba de él con violencia y lo sacaba del coche. Arnaldo había abierto la puerta.

—Pero ¿qué coño haces? —lo increpó Arnaldo, enfadado.

Domenico no tuvo tiempo de responder, se estampó contra el suelo. Graziela vio a Arnaldo rojo de rabia junto a la puerta del conductor.

—¡Graziela, sal!

Domenico se levantó del suelo y cogió a Arnaldo del cuello, fuera de sí. Este se deshizo del brazo que le oprimía la tráquea y se dio la vuelta pegándole un puñetazo. Domenico gritó de dolor y cayó de rodillas con las manos en el rostro manchadas de sangre.

—Pero ¿se puede saber qué haces? ¡Solo estábamos divirtiéndonos!

Arnaldo ni lo miró, fue a buscar a Graziela, que había salido disparada del coche.

—Te llevaré a casa.

Domenico empezó a increparlo desde el suelo. Arnaldo la rodeó con el brazo y la llevó hacia su coche. Tenía la cara desencajada y el vestido descompuesto.

—¿Estás bien? ¡No sé qué le ha pasado!

—No debería haber ido con él. No ha dejado de beber.

—Tranquila, ya ha pasado.

Arnaldo puso en marcha el coche, pero Domenico se lanzó rabioso sobre el parabrisas.

—¡Eres un cabronazo! —gritó con la cara ensangrentada.

Arnaldo pisó el acelerador haciendo caer de nuevo a Domenico al suelo, y Graziela chilló. El coche salió precipitadamente del aparcamiento y cogió la carretera, ella se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar.

Después de un rato conduciendo, Arnaldo vio el letrero que anunciaba la entrada al pueblo de San Gimignano. Graziela estaba en el asiento, temblorosa, colocándose el vestido arrugado por el forcejeo. Arnaldo la miraba de reojo, se sentía culpable por haberla dejado sola con Domenico en el estado de embriaguez en que este se encontraba.

—¿Estás mejor? —preguntó intranquilo.

Graziela habló con voz entrecortada:

—Ahora solo quiero llegar a casa —dijo sin dejar de mirar la carretera.

—Lo siento mucho, Graziela. Nunca lo había visto hacer algo así.

Arnaldo pisó el acelerador y en poco más de media hora llegaron a una bonita casa de piedra con el jardín rodeado de cipreses.

—Es aquí, ¿verdad? No teníamos a mucha gente de San Gimignano en clase.

Graziela fijó los ojos en el caminito de adoquines que conducía a la puerta.

—Sí, aquí es… —dijo apoyando la mano en la manilla del coche para salir.

De repente, se detuvo.

—¿Puedo quedarme un rato? No me veo con ánimos para entrar y encontrarme con mi madre.

—Sí, el que necesites.

Graziela sacó un espejito del bolso y se peinó. Arnaldo se preguntó cómo no se había fijado antes en ella. Domenico decía que siempre tenía algún pretendiente bajo la ventana de su casa. Pensó que su soberbia lo hacía pasar por la vida sin darse cuenta de lo que tenía delante. Habló con ella para tranquilizarla.

—Bueno, ¿ya sabes qué vas a hacer este verano?

Graziela contestó sin apartar los ojos del caminito de entrada.

—Trabajaré en la *trattoria* de unos amigos de mis padres y haré prácticas de restauración en un pequeño taller de pintura.

—Claro, que te has especializado en pintura.

Al oír estas palabras, Graziela se volvió hacia él.

—Me encanta pintar. Mi sueño sería trabajar en el departamento de restauración de un museo.

—¿Los Uffizi?

—Ya me gustaría, pero es muy difícil conseguir una plaza.

—Yo puedo ayudarte, si quieres.

—Arnaldo, no tienes ninguna obligación.

—No me malinterpretes, lo digo porque creo que tienes talento, tus trabajos son de los mejores que he visto en estos cinco años —dijo sorprendido de sus palabras, no solía regalar elogios.

Graziela sonrió.

—De acuerdo, te tomo la palabra. Y tú, Verini, ¿qué vas a hacer?

—Si te soy sincero, no lo tengo claro. Mi padre quiere que trabaje en las bodegas de la familia, pero no me motiva demasiado.

—A mí no me parece tan terrible, siempre me ha interesado el mundo del vino.

Arnaldo se sentía cómodo con Graziela, sin necesidad de aparentar nada ni representar ningún personaje. Se habría quedado hablando con ella toda la noche.

—Quizá tengas razón.

Graziela sonrió y miró el reloj.

—Bueno, ahora sí que me voy, está haciéndose tarde. Buenas noches, Arnaldo.

Le dio un beso en la mejilla antes de abrir la puerta.

—Espera, me gustaría volver a verte.

Graziela tardó unos segundos en contestar.

—Sí, podemos volver a vernos —le dijo mientras salía del coche.

Arnaldo sonrió. A medio camino, Graziela se dio la vuelta.

—No sé qué habría pasado si no hubieras venido.

Arnaldo contempló su esbelta silueta en mitad del jardín, Graziela le había tocado el corazón. Sonrió antes de arrancar el coche.

Madrid, Hotel Wellington
21 de junio de 2023

Cuando Marta se despertó, oyó a Àlex en la ducha. Aprovechó para remolonear un rato bajo las sábanas antes de vestirse. Ese día los dos volverían a Barcelona en vuelos distintos. Se recogió el pelo en un moño alto y se pintó los labios. Dio un beso al espejo dejando la marca en el cristal y se dedicó una sonrisa antes de salir de la habitación.

Al salir de la ducha, Àlex vio que Marta ya se había ido. Se sintió aliviado, no le apetecía mantener una conversación que no los llevaría a ninguna parte. Marta había sido su perdición desde que la conoció en el despacho. Llevaban más de un año liados, pero él le había dejado claro que estaba con Carla, y así limpiaba una parte de su conciencia.

Empezó a recoger la ropa tirada por la habitación. Una capa de niebla le enturbiaba la mente. Necesitaba unas horas más para eliminar los restos de cocaína de la noche anterior. Antes de bajar a desayunar, cogió el móvil para mirar su agenda. Vio una llamada de Carla a la una y media de la madrugada, había durado seis segundos. No recordaba haber hablado con ella; un sudor frío le impregnó el cuerpo. Lanzó el teléfono al sofá maldiciendo a Marta a voz en grito. Se sentó en la cama con la mirada perdida hacia el gran ventanal, intentando calcular los daños de esa llamada.

La mera posibilidad de perder a Carla le provocaba una angustia que no lo dejaba respirar.

Sant Pol de Mar

Los altavoces anunciaron la llegada a la estación de Sant Pol de Mar. Carla se había pasado el viaje dormitando, le dolía mucho la cabeza y tenía los ojos rojos de tanto llorar. Estaba en una pesadilla de la que no conseguía despertar. Se levantó del asiento para coger la maleta del portaequipajes. El revisor la ayudó a bajarla al andén. «Un poco pesada para ti», le dijo.

El tren volvió a ponerse en marcha y Carla se quedó inmóvil sin saber qué hacer. Le costaba respirar. Tuvo que apoyarse en la pared de ladrillos rojos para no caerse. Se quedó un rato allí con los ojos cerrados hasta que consiguió serenarse. Hacía mucho tiempo que no estaba en esa estación.

Una vez fuera, tomó el camino que bordeaba el mar. El sol, todavía un poco rojizo, convertía la superficie del agua en un gran espejo en el que se reflejaba el cielo. Recordó cuando, de pequeña, su abuelo la llevaba a la playa a pescar. Le contaba que el sol emitía un suave zumbido cuando salía del mar, pero que solo las personas excepcionales podían oírlo. Miró la arena y le pareció verlo allí de pie, con la caña de pescar. Se volvió hacia ella y le sonrió con sus ojos pequeños, llenos de vida. Ella le devolvió la sonrisa. Hacía ya dos años que los había dejado.

Continuó el camino y cruzó el parque; el olor de las mimosas la transportó a los años en que volvía a casa desde la universidad. Una brisa de recuerdos la hizo sonreír. De lejos distinguió la casa de paredes ocres con grandes ventanas y tejado marrón. Dos farolas verdes a ambos lados de la verja anunciaban la entrada al jardín, rodeado de cipreses. Entró arrastrando la maleta. Las ruedas no se deslizaban bien por los adoquines irregulares que marcaban el camino hasta la casa. Clavó los ojos en la fachada mientras pensaba dónde dejar la decepción y el dolor que sentía. Se quedó un rato frente a la

puerta hasta que reunió el valor para llamar.

Abrió su madre.

—Carla… ¿Qué haces aquí? —le preguntó alarmada al verla con la maleta.

Se quedó inmóvil, sin poder decir nada.

—Mamá… —murmuró antes de romperse.

Su madre la abrazó. Carla cerró los ojos y dejó que la consolara. Su padre apareció con un periódico en las manos. La madre le indicó que las dejara, y así lo hizo; Joan sabía cuándo no debía intervenir. Isabella la rodeó con el brazo y la condujo a la sala de estar. Se sentaron en el sofá una junto a la otra; Carla no paraba de llorar. Isabella la dejó hacer porque sabía que las penas deben derramarse para que no duelan tanto. Así estuvieron hasta que Carla agotó el llanto y empezó a hablar de Àlex.

Barcelona
22 de junio de 2023

A la mañana siguiente, el ruido de la puerta de su casa al cerrarse despertó a Àlex. Se levantó de inmediato creyendo que se trataba de Carla, pero cuando llegó al rellano no fue capaz de reconocer a la chica que le dedicó una sonrisa antes de que se cerraran las puertas del ascensor. Volvió dentro. La cabeza le daba vueltas. Se miró desnudo al espejo; se le marcaban unas bolsas violáceas bajo los ojos.

La tarde anterior había vuelto de Madrid sin atreverse a llamar a Carla. Había dejado la maleta en el recibidor y la había buscado nervioso por toda la casa. Cuando entró en la habitación, encontró su ropa tirada por el suelo. Corrió a abrir el armario y confirmó su sospecha: se había ido. Una sensación de angustia lo invadió. Lanzó con rabia las prendas que aún quedaban en las baldas y salió furioso hacia el garaje maldiciendo a Marta una y mil veces.

Recorrió la Diagonal con el Porsche a toda velocidad en dirección al puerto y llamó a su proveedor. Cuando llegó al muelle de la Barceloneta, el vigilante lo saludó y le abrió la barrera del aparcamiento. Bajó del coche y le dio las llaves al portero que estaba en la entrada. Caminó por la amplia lengua de madera que conducía hasta el agua y entró en el local. Dentro, su camello lo esperaba en la barra. Lo saludó, le dio la mercancía y fue directo al baño. Se encerró en el váter, depositó el polvillo blanco en la tapa e inspiró. En pocos minutos la euforia se apoderó de él. Fue a buscar a sus amigos, que estaban sentados en la zona de los sofás. Al verlo, le aplaudieron. Àlex sonrió y les contó satisfecho su alegato final del caso del siciliano acusado de blanquear capitales. Marcel, con la copa en la mano y una sonrisa, le mostró su premio. Àlex dirigió la mirada hacia la chica que estaba de pie delante de él. Se levantó, la cogió por la cintura y la llevó al privado con vistas a los yates. Los dos se sentaron en los

grandes sillones de piel azul. Àlex miró a través de los ventanales, la noche era oscura. A lo lejos, la silueta del Hotel Vela se alzaba en el cielo de Barcelona. El camarero les llevó una botella de Bollinger y brindaron. Àlex se bebió la copa de un trago, y después otra. La cabeza le daba vueltas, cerró los ojos y se cubrió la cara con las manos. Se tumbó de espaldas y apoyó la cabeza en el regazo de ella mirándola a los ojos. «Carla, nos iremos a casa y todo se arreglará», le dijo.

De nuevo, el espejo de la entrada le devolvió el reflejo de su rostro cansado. Fue al dormitorio y cogió el móvil. Seguía sin saber nada de Carla. El teléfono sonó. Era su secretaria, le dijo que su cliente lo esperaba en el despacho. Se metió rápidamente en la ducha y se colocó bajo el chorro de agua fría para despejarse.

Cuando salió, se secó con la toalla, se puso el único traje que seguía colgado en el armario y se tomó un café.

Antes de salir, se fijó en un sobre que estaba encima del mueble de la entrada; la tarde anterior no lo había visto. Era la letra de Carla. Sintió un sudor frío por todo el cuerpo. Lo cogió y lo sostuvo en las manos sin encontrar el valor para abrirlo. Se lo metió en el bolsillo interior de la americana y salió hacia el despacho.

Sant Pol de Mar

Cuando Carla bajó a la cocina, se encontró a sus padres desayunando antes de irse al hospital. Lamentó haberse despertado tan temprano, no tenía fuerzas para volver a hablar de Àlex sin romperse. No le gustaba mostrar su dolor, la hacía sentir vulnerable. Iba a dar media vuelta cuando su madre la vio en el umbral.

—Buenos días, princesa, ¿cómo has dormido?

—Dadas las circunstancias, bastante bien.

La miró. Sus ojos enrojecidos no mentían. Carla entró y se dirigió a la barra de mármol y encendió el hervidor de agua. Dejó escapar la mirada a través de la ventana. Sentía que iba a explotarle la cabeza. Quería quitarse toda esa telaraña de dolor que la envolvía. Se había pasado la noche pensando en Àlex. Ya habría vuelto de Madrid, y el hecho de que no la hubiera llamado no hacía más que confirmar el engaño con Marta. Cogió una taza, metió una bolsa de té y vertió poco a poco el agua caliente.

De camino a la mesa, la taza se le resbaló, se le cayó al suelo y se rompió en mil pedazos derramando el té sobre las baldosas. Se quedó inmóvil mirando los pequeños fragmentos esparcidos en medio de la cocina; pensó que así era como se sentía en ese momento. Le entraron ganas de llorar.

Su madre se levantó veloz de la mesa y cogió la escoba para barrer los pedazos del suelo. Carla se quedó inmóvil.

—¡No pasa nada, princesa! —dijo acariciándole el brazo.

Se sentó a la mesa y miró el plato con las fresas, la piña y las tostadas que su madre le había preparado.

—Perdonad, tenía la cabeza en otro sitio —se disculpó con la voz rota.

Su padre se levantó y le dio un beso en la frente.

—Carla, ¿qué te parece si esta noche vamos a cenar al Observatorio

Fabra? Organizan cenas bajo las estrellas.

—Sí, estaría bien… —le contestó sin prestar atención. Era el momento de decirles que se marchaba a Florencia.

—¡Fantástico, haré la reserva!

—Antes de que os vayáis, me gustaría comentaros una cosa.

Los dos se quedaron mirándola de pie en la cocina.

—Veréis, ayer recibí una propuesta para trabajar en una exposición que organiza la Galería de los Uffizi. ¡Empiezo la semana que viene! —dijo mirándolos con determinación.

Su padre sonrió.

—Es…

—¡Precipitado, Joan, es muy precipitado! —lo interrumpió su madre.

—No sabía si aceptarla, y solo por no dejar a Àlex. ¿Cómo he podido ser tan idiota?

A Carla se le hizo un nudo en la garganta.

—A mí me parece una gran oportunidad, ¿verdad que sí, Isabella? —le dijo su padre.

Su madre se quedó callada.

—Podrías volver a instalarte en casa de mi prima Emilia, en San Gimignano, como hiciste durante el Erasmus —comentó por fin.

A Carla se le iluminó el rostro.

—Sí, es una buena idea, estuve muy bien allí. La prima Francesca es una pasada.

—Esta mañana llamaré a Emilia. Estarán encantados de volver a tenerte en su casa.

Carla se quedó pensativa.

—¿Por qué se fue la abuela de San Gimignano?

—Encontró trabajo en la Universidad de Génova y allí se enamoró de tu abuelo.

Carla sonrió.

—Igual que tú con papá.

—Sí, cuando vino de Génova a estudiar Medicina en Barcelona, cayó rendida a mis pies —dijo Joan levantando una ceja.

—Fuiste tú el que no dejó de perseguirme. Mi madre decía que eras

incansable.

Carla los miró.

—Habéis tenido mucha suerte de encontraros.

Isabella se acercó a Carla y la abrazó.

—¿Seguro que no quieres que me quede? . Puedo anular las citas de la consulta.

—No te preocupes, estaré bien. Llamaré al director del MNAC para aceptar formalmente la propuesta de los Uffizi. Nos vemos esta tarde.

—Vale, pero si necesitas algo nos llamas.

—Sí, mamá.

Sus padres salieron. Carla se levantó y los miró desde la ventana mientras se alejaban. Una lágrima le resbaló por la mejilla.

Barcelona

Cuando Àlex llegó al despacho, la secretaria lo esperaba nerviosa delante del ascensor. No era la primera vez que no se presentaba a una reunión.

—¡No puedo mentir continuamente por usted, señor Costa! —le soltó molesta—. ¿Recuerda que tenía dos reuniones esta mañana?

—¡Chantal, no tengo un buen día!

Entró en el despacho sorteando la pétrea figura de la secretaria. A sus espaldas, oyó la voz de su padre.

—Àlex, cuéntame un poco cómo fue la vista. Marta me ha dicho que los destrozaste.

Àlex hizo entrar a su padre, cerró la puerta y dejó la americana en el perchero. Se aflojó el nudo de la corbata, le costaba respirar.

—¡Sí, dalo por hecho!

Su padre se acercó y le dio una palmada en el hombro.

—¡Buen chico, sabía que no me decepcionarías!

Àlex tuvo ganas de mandarlo a paseo.

—Oye, Chantal me ha dicho que no has ido a la reunión de esta mañana con Masferrer. ¿Qué ha pasado?

Àlex se sentó en la silla y encendió el ordenador.

—Tampoco he ido a la de Monés… Tendrás que bajarle el sueldo, no te tiene al corriente de los últimos acontecimientos.

Su padre lo miró enfadado. Àlex estaba pálido, unas gotas de sudor le humedecían la frente.

—¿No has dormido?

—He salido con mis amigos.

Su padre se encendió.

—¿Se puede saber a qué coño juegas? El triunfo se consigue con esfuerzo, disciplina y compromiso. Y tú no sabes lo que significan

estas tres palabras. ¡Ya es hora de que empieces a comportarte como un adulto!

Àlex explotó.

—¿Y qué significa comportarse como un adulto? ¿Que tu pareja se vaya de casa?

—¿Cómo dices?

—Es lo que hizo mi madre…

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que Carla se ha ido. ¡Ahora ya soy un adulto responsable como tú!

—¿Y se puede saber qué coño ha pasado?

—Es largo de contar…

—No me lo cuentes, pero no puedes permitir que te afecte tanto. ¡Demuestras debilidad, joder!

—¿No me preguntas cómo estoy?

—No es necesario… —Salió del despacho dando un portazo—. ¡Eres frágil como tu madre!

Àlex no aguantó más. Se levantó y, al coger la americana, tiró el perchero al suelo. Ya en el ascensor volvió a aflojarse el nudo de la corbata, sentía náuseas.

Caminó por paseo de Gràcia con el corazón a mil. Entró en un bar, se sentó a la barra y pidió un whisky acompañado por otros clientes solitarios como él. Miró el móvil, llevaba dos días sin saber nada de Carla. Se bebió el whisky de un trago y dejó la carta en la barra. Miró la letra redondeada con su nombre. Pidió otro whisky, y al tercero decidió leerla.

Florencia, piazza de la Santa Croce
28 de enero de 1475

La piazza de la Santa Croce lucía engalanada con motivo de la justa que celebraba la alianza entre las tres ciudades italianas. Una palestra de madera de más de veinte metros de largo separaba los dos campos de batalla cubiertos de arena. Las ventanas y los balcones estaban adornados con tapices y terciopelos amarillos y rojos, los colores del escudo de los Médici.

Años antes, en esa misma plaza se había celebrado otra justa en honor al casamiento de Lorenzo con la noble romana Clarisa Orsini. A los Médici les gustaban los torneos y las fiestas, y por encima de todo les gustaba que el pueblo participara. Era un momento difícil para Lorenzo en el gobierno de la Signoria, pero la alianza con Venecia y Milán garantizaba la paz en Florencia, lo que lo fortalecía frente a sus enemigos, liderados por la familia Pazzi.

Botticelli llegó a la plaza cuando el torneo estaba a punto de comenzar. Desde lejos, vio a Poliziano sentado en la tribuna de los Médici. Simonetta estaba dos filas por delante, con su esposo. Se sentó junto a Poliziano.

—¡Creía que ya no vendríais!

—Estaba trabajando en unos dibujos.

—Dejad que lo adivine. ¿Simonetta?

—Vos no lo entendéis…

—Recordad que, el mismo día, Giuliano me pidió una composición poética sobre ella, y desde entonces vivo trastornado; no he conocido a mujer con una belleza tan turbadora.

Las trompetas anunciaron la entrada de los contendientes, y el pueblo gritaba enfervorizado tras la cerca de madera que rodeaba el campo. Giuliano entró primero. Llevaba una capa de seda blanca con un reborde escarlata y un jubón azul. Su escudero caminaba delante

de él portando orgulloso el estandarte de Simonetta representada como Palas Atenea, sosteniendo con una mano una rama de olivo y con la otra su casco. Giuliano dio una vuelta a la plaza, se detuvo delante de la dama e inclinó la cabeza. Simonetta se ruborizó, no esperaba que Giuliano le dedicara el combate. El público enmudeció.

—Se ha vuelto loco. Mirad la cara de Marco. Una cosa es que la lleve en el estandarte, pero esto es humillarlo en público.

—¡Hay leyes que ni los Médici pueden traspasar! —exclamó Botticelli, preocupado.

—¿Qué pone debajo del retrato?

—*La Sans Pareille*. Fue una petición de Giuliano para dejar claro que no hay mujer como Simonetta.

Las trompetas anunciaron el inicio del torneo. Los primeros contrincantes se situaron a ambos lados de la palestra y cambiaron la ropa del desfile por la armadura y las armas.

Al oír la señal, Giuliano espoleó a su caballo y cogió con fuerza la lanza. Los jinetes corrieron a lo largo de la palestra hasta que la lanza de Giuliano embistió la armadura de su contrincante haciéndolo caer al suelo. El público lo ovacionó. Lorenzo se levantó y lo aplaudió mientras Giuliano se preparaba para el siguiente combate.

—Giuliano es muy superior a los demás contendientes. El único rival que puede hacerle sombra es Francesco Pazzi —comentó Poliziano.

—Francesco es peligroso, le han enseñado a odiar a la burguesía.

—Su tío Jacopo le está complicando el gobierno a Lorenzo al vetar todas sus propuestas en la Signoria. Quiere hundir a los Médici, y eso sería terrible para Florencia.

—Pero Lorenzo ha conseguido acabar con las rivalidades entre las familias y ha traído paz y prosperidad a la ciudad —dijo Botticelli, que no entendía esa enemistad.

—Precisamente por eso, amigo mío. Los Pazzi han visto que los Médici han obtenido el gobierno de Florencia y han conseguido la devoción del pueblo y el enriquecimiento de su banco sin formar parte siquiera de la nobleza. Para ellos son una amenaza.

Las trompetas tocaron anunciando el último combate.

—¡Le toca combatir con Francesco! —exclamó Botticelli.

La tensión se apoderó de los palcos. Los dos contrincantes se observaban en silencio desde ambos extremos de la palestra. El juez se acercó para dar la salida, pero Francesco azuzó a su corcel antes de que diera la señal. Giuliano salió veloz para recuperar los segundos de ventaja y espoleó al caballo confiando en su habilidad como jinete. Cuando estaba a punto de llegar, levantó la lanza, pero el brazo, cansado, le falló. Francesco cabalgaba enfurecido con el arma orientada hacia Giuliano, como si quisiera acabar de un solo golpe con todos los Médici; el público enmudeció. Momentos antes del embate, Giuliano consiguió levantar la lanza, y los dos caballeros impactaron. Giuliano recibió un golpe en el hombro que lo tumbó hacia atrás. Gritó de dolor mientras se agarraba con fuerza a la silla. Francesco se cayó del caballo estampándose contra el suelo. Giuliano sonrió.

Las tribunas se levantaron para aclamar al menor de los Médici. Giuliano salió del campo de batalla con el brazo derecho sobre el hombro dolorido, se dirigió al palco entre los vítores del pueblo y se detuvo delante de Simonetta. Se hizo un silencio. La armadura de plata de Verrocchio, pese a los embates de los contrincantes, todavía lucía poderosa. Se quitó el casco dejando su hermoso rostro al descubierto, se atusó el cabello y, con una sonrisa, le ofreció la corona que la proclamaba reina del torneo. Simonetta lo miró a los ojos antes de inclinar la cabeza. Un ardor le subió desde el vientre. El público enloqueció.

Florencia, iglesia de Ognissanti
2 de febrero de 1475

Esa mañana, Giuliano se dirigió con el carruaje al taller de Botticelli. Le había pedido que lo acompañase a la misa de la iglesia de Ognissanti para ver a Simonetta. La familia Vespucci era miembro de la misma parroquia que Botticelli, lo que le permitía verla en misa cada mañana.

Mientras caminaban hacia el templo, Botticelli le contaba a Giuliano que, días antes, le había propuesto a Marco una idea para un cuadro en el que apareciera Simonetta, pero, tras la demostración pública de Giuliano, Marco fue muy reticente a exhibir a su esposa. Giuliano, nervioso por ver a Simonetta, apenas lo escuchaba.

—Marco no pagará una obra así, es un avaro —le dijo zanjando el tema—. ¡No nos entretengamos, que llegaremos tarde!

Botticelli aceleró el paso intentando seguirlo.

—¿Y cómo sabéis que no encontraréis a Marco en misa?

—Porque hoy tenía una entrevista con Lorenzo.

—¿Lo habéis arreglado vos? —le preguntó atando cabos.

—Para acercaros a la reina debéis hacer los movimientos adecuados, como en el ajedrez —le contestó Giuliano con una sonrisa victoriosa.

Entraron los dos en la iglesia y se situaron en el banco que había justo al lado del de la familia Vespucci, donde se sentaba Simonetta. Llevaba un vestido dorado con el corpiño de pedrería, que se movía al ritmo de su respiración. Giuliano admiró su perfil; estaba serena, tranquila, una seda blanca le cubría el rostro y el cabello dorado. Estuvo toda la ceremonia pendiente de sus movimientos.

Al terminar la misa se levantaron y caminaron por el pasillo, entre la gente, sorprendida por la presencia de Giuliano. Botticelli se detuvo delante de una pequeña capilla para observar uno de los cuadros de la pared.

—Mirad, la Virgen de la Misericordia resguardando a la familia Vespucci. Fijaos en la joven del manto rosa —dijo a Giuliano.

—¿Es Simonetta? —le preguntó dubitativo.

—Sí, lo ha pintado Ghirlandaio. Para mi gusto, la ha retratado demasiado joven.

—Me cuesta reconocerla —comentó acercándose—. Vos captáis mejor su esencia, Sandro, tenéis que pintar ese cuadro del que me hablabais antes.

Botticelli sonrió. Si convencía a Giuliano, seguro que conseguiría pintar el cuadro. Los dos hombres salieron y esperaron ante la puerta.

—Estoy inquieto, no he vuelto a verla desde la justa —dijo Giuliano ajustándose el jubón.

—¿Qué vais a decirle?

—Le propondré que demos un paseo.

Botticelli pensó que era demasiado atrevido, pero no tuvo el valor de decírselo.

En ese momento, Simonetta salió acompañada de su dama, Caterina. Sus miradas se encontraron y Giuliano la saludó haciendo una reverencia.

—¡Madonna Vespucci, qué placer!

—Messer Médici, no sabía que veníais a la misa de Ognissanti —le contestó sorprendida de verlo.

—He querido acompañar a mi amigo Sandro. Me había hablado muy bien de la misa del padre Sorvino —le dijo sin poder apartar los ojos de ella.

Simonetta se sintió incómoda. Giuliano se saltaba todas las convenciones; su exhibición pública en el torneo fue del todo inapropiada. Marco se había enfadado mucho por su atrevimiento, y ahora se presentaba en Ognissanti.

—Sí, a mí también me gusta cómo oficia la misa el padre Sorvino; además, me ayudó mucho cuando llegué a Florencia —respondió muy seria.

—No habrá sido fácil para vos dejar a vuestra familia y cambiar de ciudad.

Giuliano le leía el pensamiento. Su adaptación a Florencia había

sido más difícil de lo que había supuesto en un principio.

—Florencia es una ciudad de gente amable y acogedora —le contestó por cortesía.

—¿Y qué pensáis de nuestras costumbres? ¿Os gustó el combate? Aún no había podido agradeceros que aceptarais posar para mi estandarte.

—Es una actividad peligrosa, podríais haberos hecho daño. El último combate con Francesco Pazzi fue terrible.

—¿Os preocupáis por mí? ¡Me halagáis, Madonna! —exclamó con una sonrisa pícara.

Simonetta lo miró avergonzada.

—Lo que quería decir es que me parece innecesario luchar montado a caballo para celebrar un acontecimiento importante.

—A mí de algún modo me parece romántico —respondió, seductor.

La espontaneidad de Giuliano la turbaba. Le hizo un gesto a Caterina para marcharse.

—Madonna, ¿conocéis el mercado del Arno? Sandro y yo estábamos hablando de visitarlo. ¿Nos haríais el honor de acompañarnos? —le preguntó señalando a Botticelli, unos metros más allá.

Simonetta pensó que no estaría bien visto que paseara con dos hombres sin su esposo, pero al fin y al cabo había sido Marco quien le había pedido que posara para el estandarte. Aceptó.

—Sí, será un placer.

Caterina se quedó helada. Giuliano sonrió y le hizo una reverencia ofreciéndole el brazo. Simonetta no se atrevió a cogerlo, se situó a su lado y caminaron uno cerca del otro. Botticelli y Caterina los seguían unos pasos por detrás.

Giuliano la miraba cautivado. La luz de la mañana se colaba a través del pañuelo iluminándole el rostro. Se detuvo frente a un puesto de flores y cogió un lirio blanco.

—Es la flor de los Médici —le dijo ofreciéndoselo a Simonetta.

—El lirio representa la pureza, la inocencia y la alegría —comentó ella oliéndolo.

—Un poco como vos. —La miró a los ojos.

Turbada, volvió a dejarlo en la cesta. Siguieron caminando hasta

que Simonetta se detuvo ante un puesto de esencias y perfumes lleno de pequeñas botellas de cristal. La mujer del puesto le ofreció un bastoncillo impregnado con perfume para que lo oliera. Simonetta lo sostuvo cerca de la nariz con los ojos cerrados. Giuliano la miró.

—¿Os gusta?

—Mucho, me recuerda los paseos que daba de pequeña por los campos de lavanda, en Génova.

—Es fresco e intenso a la vez —le dijo Giuliano acercándose para oler el bastoncillo delante de su rostro.

De inmediato sacó unas monedas de la bolsa y las dejó en el tablero. La mujer sonrió y le dio una botellita del perfume. Giuliano se lo ofreció a Simonetta.

—Es para vos.

—No puedo aceptarlo… —dijo retirando las manos, sorprendida por su atrevimiento.

—De acuerdo, me lo pondré pensando en vos. —Giuliano se lo guardó en el jubón y sonrió—. ¿Sabíais que mi bisabuelo fue comerciante antes que banquero? Quizá por eso me gustan los mercados. Me siento cómodo con los mercaderes.

—Mi familia forma parte de la nobleza, pero de alguna manera siempre me he sentido extraña entre ellos —le confesó Simonetta.

—No quisiera ofenderos, Madonna, pero siempre he pensado que los nobles son distantes y que nunca sabes lo que piensan de verdad.

—Seguramente tengáis razón.

Le gustaba la sinceridad de Giuliano, lo sentía próximo. Se miraron. Botticelli advirtió la atracción entre ellos. Caterina se acercó y le dijo algo al oído.

—Messer, tendréis que disculparme, a mi esposo le extrañará mi ausencia —dijo con cara de preocupación.

Giuliano se puso serio y estuvo a punto de pedirle que no se marchara, pero Botticelli se lo impidió agarrándolo del brazo.

—No es prudente.

—Pero…

—Dejad que se marche.

Giuliano la siguió con la mirada hasta que se perdió entre la gente.

—Cupido me ha atravesado con su flecha.

—Pensaba que no creíais en el amor.

—Y no creía…

—Lo que me temo es que a ella le sucede lo mismo.

Giuliano sonrió.

—¿De verdad lo creéis?

—Solo ved cómo le brillan los ojos cuando os mira.

—¡Es la criatura más maravillosa de la tierra!

—Giuliano, debéis recordar que es una mujer desposada.

—¡Vos no dejáis que lo olvide! —exclamó mirándolo fijamente—. ¡Yo puedo ofrecerle mucho más que el insignificante de Marco!

—Pero, Messer, no podéis saltaros las leyes y las normas de convivencia.

—¿Es que no me habéis oído? ¡Simonetta me gusta de verdad! —gritó enojado.

Dio media vuelta y, ya en el carruaje, atizó un puñetazo al techo. La quería para él.

Florencia, jardines de San Marco
28 de febrero de 1475

La familia Médici organizó una velada en los jardines de San Marco para inaugurar la Academia de las Artes de Florencia. Lorenzo, al igual que su abuelo Cosme, creía en el arte como medio para el desarrollo de la sociedad y procuraba mecenazgo a los artistas con más talento de la Toscana. La Academia, creada hacía poco tiempo, pretendía estimular la creación artística en la ciudad a través del estudio de las obras de arte clásicas de la mano de los grandes maestros. Lorenzo había elegido a su amigo Bertoldo di Giovanni, escultor formado en el taller de Donatello, para dirigirla. Al entrar, Lorenzo miró satisfecho al gran número de artistas allí reunidos. Era un hombre corpulento, con un rictus severo y un don de la palabra que imponía respeto. Vio a Verrocchio y a Ghirlandaio hablando justo en la entrada; ellos habían aportado de sus talleres a la mayor parte de los artistas de la Academia. Les sonrió y se dirigió hacia Bertoldo.

—¡Amigo mío, estoy muy orgulloso del talento que hemos reunido! —dijo mirando a su alrededor.

—Ha sido gracias a vos, de ninguna otra manera habría sido posible. Quería agradeceros que hayáis confiado en mí para liderarla.

Lorenzo sonrió satisfecho. Había sido un acierto escoger a Bertoldo.

—Ha llegado a mis oídos que tenéis un joven que empieza a destacar del resto.

—Os referís a Leonardo. Ha demostrado tener un talento excepcional para la pintura. Ayudó a Verrocchio a pintar el *Bautismo de Cristo*, y este, al verse superado por su aprendiz, rompió los pinceles y prometió que no volvería a pintar.

Lorenzo se rio.

—El ego de los artistas, ya lo he visto otras veces.

—El ángel que pintó Leonardo se distingue por su elegancia, consiguió un dinamismo que contrasta con la rigidez del que pintó Verrocchio.

—Me gustaría conocer a ese joven.

—Está allí, hablando con Sandro.

Lorenzo hizo una seña a Giuliano.

—Giuliano, quiero que conozcas a alguien.

Lorenzo y Giuliano se acercaron a ellos.

—Leonardo, estoy entusiasmado por teneros aquí. Ya tengo ganas de ver las obras que realizaréis en la Academia.

—Messer, estamos muy agradecidos por su generosidad —le dijo Leonardo, impresionado por ver a Lorenzo.

—Me han dicho que habéis hecho un excelente trabajo con Verrocchio.

—Sí, he aprendido mucho del maestro —contestó Leonardo, humilde.

Botticelli aprovechó para hablarle de su cuadro a Lorenzo.

—Messer, me gustaría contaros una idea que hemos tenido con Poliziano —dijo Botticelli, entusiasmado—. Imaginaos a la diosa del amor, Venus, emergiendo de las aguas del mar sobre una concha y empujada por el dios del viento del oeste, Céfiro, hasta la tierra. ¿Puede haber mayor grandeza que pintar el nacimiento del amor? He pensado en Simonetta Vespucci para representar a Venus.

En ese instante entró Simonetta acompañada de su marido.

—Me parece una magnífica idea, Sandro, pero primero tendréis que pedirle permiso a su esposo —le respondió Lorenzo mirando a Marco.

Los hombres se rieron. Lorenzo se disculpó y fue a recibir a los recién llegados.

—Pero ¿qué estáis haciendo? Ya os dije que yo me encargaría de hablar con Marco —dijo Giuliano.

—Disculpadme, me había parecido que Lorenzo podría ayudarnos.

—¡Lorenzo tiene otros asuntos de los que ocuparse! —contestó contrariado dando media vuelta.

En un momento en que Marco estaba hablando con Lorenzo y había dejado sola a Simonetta, Giuliano aprovechó para acercarse a ella.

—¡Buenas tardes, Madonna!

—Messer Médici. —Sonrió.

—Creía que no vendríais. Me moría de aburrimiento rodeado de tantos artistas.

—Marco tenía que ultimar unos asuntos.

—Si me permitís que os lo diga, hoy estáis muy hermosa, os favorece el azul —dijo admirando el vestido de seda ajustado en la cintura.

Simonetta miró a su esposo al fondo, que hablaba con Lorenzo.

—¡Sois un imprudente, Messer!

—¡Vos me obligáis a serlo! —respondió mirándola con deseo.

Simonetta se ruborizó.

—Me gustaría mostraros las esculturas de la colección Médici. ¿Me haríais el honor de acompañarme?

Simonetta volvió a observar a su marido, que seguía distraído con Lorenzo. Se topó con las miradas de los invitados, pero quería estar con Giuliano. Inclinó ligeramente la cabeza para asentir. Giuliano sonrió y ambos se adentraron en el jardín.

—Lorenzo pensó que estos jardines serían la ubicación ideal para la Academia —le contó Giuliano.

—¡Es un entorno inmejorable! —exclamó Simonetta mientras admiraba las imponentes esculturas de mármol. Se detuvo ante una figura de bronce—. ¿Quién es?

—David, el pastor que venció a Goliat.

—Nunca había visto una interpretación de David desnudo.

—Fue un encargo de mi abuelo Cosme a Donatello. Era la primera vez que se representaba un desnudo masculino desde la antigüedad clásica. Fue un escándalo.

—Me gusta, es un desnudo natural pero a la vez expresivo, todavía se ve la fuerza que empleó para vencer a Goliat —comentó extendiendo la mano para acariciar el bronce.

Giuliano la miró de perfil acariciando la escultura, puso la mano sobre la suya y acercó el rostro a ella hasta que casi sintió sus labios. Simonetta se estremeció.

—No… —dijo, turbada.

Se marchó apresuradamente sin mirarlo. Giuliano se quedó conmocionado con la mano en el bronce.

Florencia, aeropuerto Amerigo Vespucci
24 de junio de 2023

El vuelo VY3552 de la compañía Vueling aterrizó en el aeropuerto de Peretola a la hora prevista. Carla miró por la ventana las verdes colinas bañadas por la luz de color miel que se perdían en el horizonte. Al salir de la cabina, el aire cálido de la Toscana le acarició el rostro. Sintió un cosquilleo en el estómago. Volvía a Florencia.

Bajó por la estrecha escalera metálica y se dirigió andando a la terminal. Entró en el pequeño aeropuerto y se fijó en las cuatro cintas de recogida de equipaje medio destartaladas. La maleta naranja de Hermès salió la primera de esa lenta procesión. Se apresuró a cogerla pensando que Francesca ya debía de estar fuera esperándola. Antes de salir, encendió el móvil con la ahogada esperanza de recibir un mensaje de Àlex, pero solo vio dos llamadas perdidas de su madre y de Júlia. Arrastró la maleta hasta pasar el control de seguridad, le pesaba, le dolía. Los tres agentes que estaban de pie en la puerta la devoraron con la mirada. Carla ni se percató.

Fuera, observó a la gente que entraba y salía ajetreada de la terminal. Un autobús rojo recogía a los pasajeros que querían ir al centro, delante de la puerta principal. Vio a Francesca unos metros más allá, apoyada en un Cinquecento azul eléctrico y mirando el móvil. Llevaba unos vaqueros ajustados y una camiseta blanca de Greenpeace, y se apartaba el largo y ondulado pelo que le caía sobre el rostro. Se acercó a ella pensando en cómo le iría con el italiano. Hacía mucho que no lo hablaba.

Al verla, Francesca la recibió con un cálido abrazo.

—¡Bienvenida a Florencia, primita!

—¡Francesca, estás guapísima! —exclamó en un italiano fluido.

Francesca la miró de arriba abajo.

—Tú sí que estás guapa, Carla. Estos cuatro años te han sentado

muy bien. ¡Tienes que contarme cómo te ha ido todo!

Carla le sonrió. Si supiera cómo estaba realmente… Francesca miró la llamativa maleta de grandes dimensiones.

—Madre mía, ¿qué llevas ahí? El Cinquecento es un buen coche, pero no tiene el maletero más grande del mundo —dijo mientras le mostraba el diminuto espacio de atrás.

—Es que no sé cuánto tiempo me quedaré —se excusó.

Entre las dos levantaron la maleta y la encajaron en el maletero.

—Lo que no sé es si podremos sacarla —le comentó Francesca guiñándole el ojo.

Carla sonrió. Subieron al coche, Francesca arrancó el motor y puso música. La voz rota de Van Morrison inundó el vehículo.

—Tu madre me contó el proyecto para el que te han contratado. ¡Tienes que ser muy buena para que te llamen de los Uffizi!

—Bueno, yo…

—Perdona —la interrumpió—, es que estoy viendo a la abuela Graziela de joven. ¡Con el paso de los años todavía te pareces más a ella!

—Mi madre también me lo dice.

—No me extraña. Bueno, ¿has podido comer algo?

—Dos bolsas de pretzels en el avión.

—Es lamentable, con lo que cuesta el billete al menos podrían darte un bocadillo. En fin, te llevaré a un sitio donde comerás de verdad.

Francesca dio un volantazo para coger la salida de San Gimignano, haciendo inclinar a Carla hacia la ventana. Pensó que conducía con el mismo ímpetu con el que hablaba.

Al rato aparcaron el coche en una calle junto a la muralla medieval que rodeaba el centro.

—Está cerca, sígueme. No sé por qué no te había traído nunca.

Las dos chicas se adentraron en un callejón hasta llegar a una pequeña *trattoria*. Francesca saludó a la mujer de pelo gris que estaba detrás de la vieja barra de madera rojiza. Al ver a Carla, se quedó de piedra.

—¡Alfredo, ven, mira a quién tenemos aquí! —gritó abriendo la puerta de la cocina.

Salió un hombre corpulento de más de setenta años con un delantal de color blanco.

—¿Por qué me haces salir? ¿No ves que tengo trabajo? —le preguntó señalando las ocho mesas llenas.

—Deja de refunfuñar y mira.

Al hombre le cambió la cara.

—Pero…

No dejaban de mirarla.

—¿No es increíble? —le preguntó Francesca.

Carla no entendía el efecto que estaba provocando en la pareja.

—¿Quién es? —quiso saber la mujer.

—La nieta de Graziela.

Carla les sonrió.

—Encantada, me llamo Carla.

—Te pareces muchísimo a tu abuela… —le dijo la mujer.

—Sí, ya me doy cuenta. —Sonrió.

—Graziela venía a menudo. Decía que mis espaguetis a la amatriciana eran los mejores de la Toscana —aseguró el hombre del delantal con orgullo.

—¡Me encantaría probarlos!

—*Presto!* —exclamó entrando en la cocina.

Poco después, la mujer les llevó los platos de pasta, que enseguida llenaron la sala de un delicioso aroma a tomate. Las dos chicas se dispusieron a comer.

—Me alegro mucho de que hayas venido, Carla. Mis padres se han ido una temporada a Nápoles y la casa es demasiado grande para mí sola. Me irá bien tener compañía. Además, no hace mucho que he roto con Mario… ¿Por qué tengo tanta mala suerte con los hombres? —le preguntó levantando las manos.

Carla pensó en Àlex. Por un momento se había olvidado de él.

—Te he preparado la habitación de tu abuela, será mejor que compartir cuarto conmigo; además, tiene mejores vistas al jardín. Mi madre dice que los chicos del pueblo se pasaban las noches bajo la ventana.

—Gracias, será perfecta —le dijo Carla, y probó los espaguetis—.

¡Madre mía, están buenísimos!

Francesca se rio.

Cuando terminaron de cenar, salieron de la *trattoria* y cogieron el coche. Desde su asiento, Carla miraba las torres medievales que se veían desde cualquier punto del pueblo.

—Son extraordinarias. ¿Cuántas hay?

—Quedan catorce, pero en el siglo XV llegó a haber más de setenta.

—Es una maravilla que se hayan conservado.

—El centro histórico ha mantenido la arquitectura y el trazado medieval, por eso es Patrimonio Mundial de la Unesco desde 1990.

A los pocos minutos, Francesca aparcó delante de una antigua casa de piedra situada a las afueras.

—¡Ya hemos llegado!

Carla miró la casa de ventanas azules y con un encantador jardín rodeado de cipreses. Bajaron del coche y avanzaron por el caminito de adoquines hasta la entrada. Francesca abrió la puerta y Carla entró y dejó la maleta en el pequeño recibidor. Las paredes estaban llenas de fotografías de la familia.

—Debes de estar cansada, te acompaño a tu habitación —dijo Francesca indicándole las escaleras que subían al piso de arriba.

Entre las dos pudieron subir la maleta.

—Es aquí, como si estuvieras en tu casa —añadió abriendo la puerta.

Carla recorrió con la mirada el cuarto de paredes blancas. Tenía una cama de madera clara de pino con una colcha de algodón azul índigo que llegaba hasta el suelo. Encima, cinco cojines de distintos tamaños coloreaban de verde y azul la habitación. Una gran alfombra de esparto cubría las baldosas de terracota hasta el armario. Pensó que era acogedora.

—¿A qué hora te despertarás mañana?

—Temprano, tengo la entrevista con el profesor Belletti a las nueve, pero antes me gustaría practicar un poco de yoga. Me va bien para serenarme.

—¿Estás nerviosa? ¡Pero si ya te han aceptado!

—Con el profesor Belletti nunca se sabe, es muy exigente.

—Vale, pues despiértame. Me encantaría practicar contigo.

—¿También haces yoga?

—Llevo unos años enganchada al jivamukti.

—Sí, te pega —le dijo Carla poniendo las manos en namasté e inclinando la cabeza—. Yo hago vinyasa; los asanas son los mismos, pero sin los mantras ni las meditaciones del jivamukti. Si te parece bien, podemos hacer una práctica a las siete.

—Me parece genial. ¡Buenas noches, primita!

—Buenas noches.

Carla dejó la maleta delante del armario y se acercó al tocador para mirar la fotografía que había encima, en un ornamentado marco de plata. Era su abuela, y debía de tener su edad. Tenía el pelo castaño ligeramente ondulado y los ojos grandes y almendrados. Se miró al espejo y se recorrió el rostro con los dedos. En ese momento cayó en la cuenta del gran parecido que había entre ambas. Tocó el anillo de diamantes con el zafiro azul de su abuela, que llevaba colgando de una cadena en el cuello. Cogió la fotografía, se tumbó sobre la cama y cerró los ojos. Tuvo la sensación de estar en casa.

Florencia, Galería de los Uffizi

Al día siguiente, Carla caminaba nerviosa de un lado a otro del despacho del tercer piso del Departamento de Restauración de Pintura. Recordó lo mucho que le había costado alcanzar el nivel de exigencia del profesor Belletti; volver a ese lugar después de cuatro años la impresionó. Por un momento se lo imaginó diciéndole que había habido un error y que no era la persona que necesitaban para el proyecto. Se le hizo un nudo en el estómago; no sería capaz de soportar otra decepción. Cerró los ojos y respiró profundamente. Se acercó a la ventana y miró la larga fila de turistas que hacían cola para acceder al museo. Justo en ese momento recibió un mensaje en el móvil; su padre le deseaba que la entrevista le fuera bien. Sonrió.

La puerta del despacho se abrió y entró el profesor con bata blanca y una carpeta en las manos. Se había dejado barba y bigote. «Quizá para disimular una alopecia cada vez más evidente», pensó Carla. Al verla, esbozó una media sonrisa.

—¡Señorita Bas!

Se puso tensa.

—Profesor, es un honor…

—¡Siéntese, por favor! —la interrumpió.

Pasó por su lado sin mirarla y se sentó en la silla de detrás del escritorio. Abrió la carpeta y empezó a leer los papeles que contenía. Carla estaba nerviosa.

—Sí, hizo un buen trabajo en las prácticas.

Dedujo que se trataba de su expediente académico.

—Gracias…

El profesor siguió leyendo en silencio, marcando en bolígrafo algunas partes del informe. La miró sentada frente a él con un vestido blanco sin mangas y el pelo recogido.

—No tuvo que ser fácil acceder al máster de conservación y restauración de Madrid. Es uno de los mejores de Europa.

—Solo hay veinticinco plazas cada año. Los profesores son excelentes y el trabajo en la tela es muy completo. He aprendido muchísimo.

—No me cabe duda. Bueno, debe saber que esta exposición es el proyecto más ambicioso y personal de mi carrera. Ya me conoce, no me gustan las mediocridades, no quiero repetir las anodinas exposiciones que se celebraron en Londres y Berlín.

Lo escuchaba con atención. Sintió que el tiempo se detenía.

—Dígame, ¿por qué cree usted que es la persona adecuada para liderar esta exposición?

Aquel hombre seguía intimidándola; con él siempre había tenido la sensación de no estar a la altura. Se armó de valor.

—Porque el arte es mi pasión, mi vida, y porque pienso que el Renacimiento aportó las mejores obras de arte de toda la historia y debemos mostrar esa excelencia al mundo. Estamos en deuda con los grandes maestros.

El profesor se la quedó mirando, Carla oía los latidos de su corazón. Anotó algo en el expediente y se levantó para tenderle la mano.

—Mañana a las ocho en la sala veinticinco. ¡No llegue tarde!

Sintió deseos de saltar por encima del escritorio y darle un abrazo. El profesor la acompañó hasta la puerta y llamó al secretario.

—Mauro, hazle una acreditación a la señorita Bas. Mañana empezará en el equipo de la exposición.

Mauro forzó una sonrisa.

—Por cierto, lo olvidaba. El otro subcomisario será Max Stern. Recuerdo que trabajaban bien juntos.

Carla sintió un pinchazo en el estómago.

—Ah, ¿sí? —exclamó sorprendida.

—Son los alumnos más brillantes que he tenido, sin duda formarán un buen equipo —le dijo el profesor, que dio media vuelta y se metió en el despacho.

—¿Me acompañas? —le preguntó Mauro, y se dirigió a la entrada.

Carla lo siguió y se quedó delante del mostrador con la mirada

perdida. Algo se le había removido por dentro al oír el nombre de Max.

—A ver, reina, para hacerte la acreditación necesito tus datos, una fotografía y la huella del dedo índice.

—Eh…, sí…, claro.

—Cuanto antes empecemos, antes acabaremos… ¿Sonríes un poco? —le pidió cogiendo el móvil.

Esbozó una sonrisa mientras Mauro pulsaba el botón de la cámara.

—Anótame aquí tus datos.

Cogió el bolígrafo y rellenó el formulario. En unos minutos Mauro le entregó la acreditación.

—Aquí la tienes, has quedado bastante favorecida. Que sepas que estoy desaprovechado haciendo de secretario. Si tienes un momentito, hazme el favor de decírselo a Belletti. A ti te escuchará, he visto cómo te mira.

Mauro tenía un punto de impertinencia que la divertía.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —quiso saber Carla.

—Tú dirás.

—¿Le has hecho ya la acreditación al otro subcomisario?

—Max lleva años trabajando en los Uffizi. Ya tiene acreditación.

Estaba descolocada. Nunca se hubiera imaginado que volvería a coincidir con Max. Leyó la acreditación: «Subcomisaria Exposición Sandro Botticelli, Galería de los Uffizi, Florencia». Sintió un cosquilleo en el estómago.

—¿Está activa? Me gustaría hacer una visita a la sala Botticelli.

—Desde ahora mismo. ¿Qué te crees? ¡Soy un profesional!

Le dio las gracias y se dirigió al ascensor para bajar a la segunda planta, donde el edificio de Vasari mostraba su máximo esplendor.

¿Por qué había sentido ese pinchazo en el estómago cuando el profesor había mencionado a Max? Hacía cuatro años que no sabía nada de él. Desde el primer momento en que se vieron en el taller de restauración, se sintieron muy atraídos, y eso derivó en una apasionada aventura. Siempre tuvieron claro que su historia no podía

durar, así que, cuando Carla volvió a Barcelona, la dieron por terminada sin demasiados dramatismos.

En la entrada, el vigilante le pidió que pasara la acreditación. La luz verde se encendió y el torniquete giró. Avanzó por el largo corredor del Este con la fachada de ventanas iluminando las esculturas de la colección Médici, colocadas sobre unas baldosas de mármol negras y blancas. Siempre le había fascinado la entrada de los Uffizi. Se detuvo un rato para deleitarse con los frescos de grotescos del techo, le parecían excepcionales. Siguió avanzando por el pasillo con la emoción contenida de saber lo que estaba a punto de ver. Al llegar a la sala diez, se le aceleró el corazón. Entró despacio y admiró el jardín de las Hespérides con la figura de Venus en el centro, sintiendo en los pies el tacto de la hierba poblada de flores. Miró a las tres Gracias en su danza sensual, etérea; la belleza de las manos entrelazándose y las túnicas transparentes, y a Mercurio, abstraído ante el encanto de las Gracias, apartando las nubes con el caduceo. Y la vio a ella, Flora, con el vestido blanco de flores y su belleza ausente anunciando la llegada de la primavera.

Una voz la sobresaltó.

—¡Una magnífica alegoría!

Carla vio a un hombre de unos setenta años ataviado con un elegante traje azul y un sombrero. Estaba sentado en el banco delante del cuadro, apoyado en un bastón con el mango de plata.

—Una alegoría del amor y de la primavera —le respondió Carla con educación.

El hombre la miró con sus ojos pequeños.

—Es un cuadro lleno de significados alegóricos de interpretación compleja y misteriosa. Una especie de lenguaje codificado que solo una persona que formara parte del círculo íntimo de los humanistas era capaz de entender.

—¿Se refiere a los humanistas de la Academia Neoplatónica? —le preguntó Carla.

—Sí, Botticelli era un miembro destacado. La Academia afirmaba que el amor es un círculo bueno que gira eternamente de bien a bien, que se inicia cada primavera. Dios entrega su gracia al mundo, y sus

criaturas buscan la unión con él. El amor es un deseo, pero no solo físico, sino guiado por la razón hacia un fin más elevado: la contemplación de la belleza.

Pensó que se trataba de un profesor jubilado que pasaba las mañanas en el museo deleitándose en la contemplación de las obras. El hombre se acercó a Carla.

—Permítame que me presente. Soy el conde Arnaldo Verini —dijo, y le estrechó la mano con firmeza.

Carla se quedó impresionada.

—Encantada. Me llamo Carla Bas. Veo que es un gran conocedor de Botticelli.

—Su pintura es el equivalente visual a la palabra de los humanistas. Pura poesía y sentimiento lírico. Visión de luz, amor, belleza y alma.

—Cada vez que lo contemplo, este cuadro me conmueve, y me sucede con pocas pinturas. —Le sonrió. Lo miró de pie con su bastón, tenía un aire distinguido—. Perdone mi atrevimiento. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—¡Sí, claro! —contestó apoyando las manos en el mango de plata.

—¿Quién cree usted que comisionó el cuadro a Botticelli? Nunca me ha convencido la teoría de que fue Lorenzo de Pierfrancesco como regalo de boda a su mujer.

El conde sonrió.

—Dicen que él aparece representado como Mercurio, y su esposa, Semiramide, como la Gracia del centro, Castitas —añadió Carla.

El conde le hizo un gesto con la mano para que se acercara al cuadro.

—Querida, fíjese bien en Mercurio. ¿Usted cree que se trata de Pierfrancesco?

Carla lo miró con atención.

—¿No cree que se parece más a los retratos de Giuliano que pintó Botticelli?

—¿Giuliano de Médici? —le preguntó extrañada.

Carla volvió a mirar al conde. No parecía un hombre cualquiera. Observó con detenimiento al dios Mercurio, vestido con la túnica roja cubierta de llamas que le caía con asimetría sobre el hombro derecho.

—Ciertamente, sí —admitió.

El conde sonrió.

—Entonces, si Mercurio es Giuliano, no pudo ser Pierfrancesco el que encargó el cuadro —concluyó Carla.

—Muy perspicaz, querida. En realidad, lo comisionó su tío, Lorenzo.

—¿Lorenzo el Magnífico?

—Cuando Botticelli pintó el cuadro, Lorenzo de Pierfrancesco tenía solo dieciséis años. En ese momento, Lorenzo de Médici era su tutor. ¿Quién más podría encargar una representación de la concepción neoplatónica del amor y de la naturaleza, integrando diferentes escenas mitológicas en un mismo escenario de una manera que los estudiosos todavía hoy no son capaces de interpretar?

—Bueno, parece clara la inspiración en los *Fastos* de Ovidio —argumentó Carla.

—Es la escena mitológica más reconocida, pero la principal inspiración de *La Primavera* surgió del poema «Le Stanze per la giostra di Giuliano de' Medici», del poeta Angelo Poliziano.

—Pero «Le Stanze» fueron escritas para alabar la justa de Giuliano de 1475. ¿Qué tiene que ver con *La Primavera*?

—Querida, en las ciento setenta y una octavas del poema, hasta la última Giuliano no ha subido al caballo para lanzarse al combate. Lo que narran en realidad es el amor que sentía por Simonetta Vespucci, como le encargó a Poliziano.

Carla lo escuchaba con atención.

—¿El amor de Giuliano y Simonetta? Sabía que Giuliano pidió que la retrataran en su estandarte, pero Simonetta estaba casada… —dijo Carla, extrañada.

—¿Cree de verdad que eso era un impedimento para un Médici?

—Ciertamente, no.

—En «Le Stanze», Giuliano va de cacería con sus amigos, y Venus lo lleva por un laberinto mientras persigue a un ciervo blanco hasta que llega a un prado cubierto de flores, y allí el animal se transmuta en una bella dama, Simonetta.

Cándida ella y de candor vestida,

con el vestido de flores y de hierba;
la raya de oro en rizos repartidos,
su frente enmarca humildad superba.

—¿No cree que, en estos versos en los que Poliziano describe a Simonetta, esta tiene un gran parecido con Flora?

Carla se quedó observando a Flora con su vestido blanco de flores.

—En el poema, Cupido, satisfecho por su triunfo, corre a darle la noticia a Venus. Giuliano ha caído enamorado de Simonetta.

Séquito fiel a tus hijos acompaña,
oh, madre del Amor, Venus divina,
Céfiro, de rocío el prado baña
y en él sus mil aromas disemina;
a su paso, en el huerto y en la montaña,
Flora sonríe blanca y purpurina;
policroma la grama resplandece
y en su propia belleza se estremece.[1]

—¡Poliziano describe *La Primavera*! —exclamó Carla.

—Más bien fue Botticelli el que se inspiró en «Le Stanze» para representar el amor de Simonetta y Giuliano, como Lorenzo le había pedido —la corrigió el conde.

Carla lo miró emocionada.

—¿Por qué Lorenzo le pidió que pintara el amor de su hermano Giuliano con Simonetta?

—Porque tenía una deuda con ellos.

Carla estaba descolocada. El conde sabía cosas sobre el cuadro que no estaban documentadas.

—Querida, ha sido un placer conversar con usted, pero me temo que debo irme ya —le dijo con una sonrisa cortés mientras salía hacia el pasillo.

Carla observó cómo el conde cruzaba la puerta antes de quedarse de nuevo embelesada mirando el cuadro.

El conde pasó por delante del mostrador del Departamento de Restauración como alma que lleva el diablo. Abrió la puerta del despacho y se dirigió al escritorio levantando las manos.

—¡Son como dos gotas de agua!

El profesor Belletti levantó la cabeza alarmado por la irrupción del conde, que se había sentado en la silla de delante. Detrás de él entró Mauro, aterrado, pensando en la reprimenda que iba a recibir.

—Perdone, profesor, no he tenido tiempo de…

El profesor hizo un gesto con la mano indicándole que podía marcharse, y Mauro dio media vuelta resoplando.

El conde dejó el bastón en la mesa y sacó un pañuelo del bolsillo para secarse el sudor de la frente. El profesor sonrió.

—¡Te lo dije!

—¡No creía que se pareciera tanto! Acabo de verla en la sala diez. Aún estoy conmocionado. Es que incluso los gestos, ¡es increíble! —Seguía secándose el sudor de la cara—. ¡Era como si hubiera retrocedido cincuenta años!

El profesor cogió un expediente de encima de la mesa y sacó una ficha con una fotografía de tamaño carnet de Carla.

—De alguna manera, es como volver a tenerla entre nosotros. A mí a veces se me va la cabeza.

El conde miró la fotografía.

—Quiero volver a verla.

El profesor cogió del expediente un boceto del cartel de la exposición y se lo tendió.

—Puedes participar en la organización de la exposición; al fin y al cabo, eres el que la financia.

Se quedó pensativo mirando el boceto.

—No, mejor pídele que venga a mi casa; el Ghirlandaio necesita una restauración. Me dijiste que era buena, ¿verdad?

—Sí, es excelente. Ha acabado especializándose en una de las escuelas más prestigiosas de Europa. Solo aceptan a los mejores.

—Pues no se hable más.

Cogió el bastón y se levantó. Antes de salir del despacho, miró por la ventana.

—¿No crees que hace un día muy bonito?

El profesor lo siguió con la mirada.

Cuando el conde salió, volvió a coger el expediente. Recordó el primer día que la vio en los Uffizi. Como siempre, empezó a pasar lista a sus alumnos. Al levantar la cabeza, la vio sentada en la primera fila mirándolo con sus ojos almendrados. Se le cayó la lista y toda el aula se echó a reír.

Al terminar la clase, fue a hablar con ella. Carla le contó que su madre era de Génova y que tenía familia en San Gimignano, los Ferrara. Se quedó conmocionado.

Carla llegó a casa de Francesca a las siete y media de la tarde. El tiempo se le había pasado como una exhalación paseando por las inabarcables galerías de los Uffizi. Se había detenido en la cafetería para pedir un té. Miró el reloj de la torre de la Signoria; siempre le habían gustado las vistas desde esa terraza. Se sentía satisfecha, había superado la entrevista con el profesor Belletti y mañana empezaría a trabajar en la exposición. Aprovechó para llamar a sus padres y darles la noticia.

Cuando entró en el vestíbulo, un agradable aroma a trufa la llevó hasta la cocina. Vio a Francesca de pie delante de los fogones.

—Has llegado a punto para la cena. No recuerdo si te gustaba la trufa —le dijo volviéndose hacia ella.

—¡Me encanta, huele increíble!

—Es una receta de mi madre. A mí no me sale tan buena, pero la estoy perfeccionando —comentó mostrándole la cazuela con la trufa rallada sobre una salsa cremosa.

Carla cogió una cuchara y la probó.

—¡Madre mía, está espectacular!

Francesca sonrió orgullosa.

—Por cierto, ¿cómo te ha ido la entrevista?

Carla levantó los dos pulgares y sonrió.

—¡Empiezo mañana!

—¡Sabía que nuestra sesión de yoga te iría bien!

—He estado a punto de salir del despacho antes de comenzar la entrevista, pero he cerrado los ojos y he empezado a respirar.

—Si la gente conociera los beneficios del yoga, el mundo iría mucho mejor. Venga, ponte cómoda mientras acabo de preparar los *tagliatelle*. Lo celebraremos con un vino que me han traído de una bodega biodinámica de Montalcino.

—¡Genial!

Carla dio media vuelta y subió a la habitación. Dejó el bolso encima de la cama y se quitó el vestido. Se puso una camiseta y un pantalón corto y se deshizo el recogido. No había pensado en Àlex en todo el día. Desde el pasillo, se dirigió a Francesca.

—¿Por qué no cenamos en el jardín? Hace una tarde muy agradable.

—Como quieras.

Carla salió y desplegó sobre la mesa de piedra el mantel de girasoles que le había dado Francesca. La luz anaranjada del atardecer bañaba el jardín; pensó que era un lugar maravilloso. Francesca salió con la pasta en una bandeja e impregnó el jardín de ese delicioso aroma.

—¿Qué tal la visita a los Uffizi?

—Un sueño. Nunca habría imaginado que tendría la oportunidad de volver.

—¿Sabes que tu abuela también estuvo un tiempo en los Uffizi antes de marcharse a Génova?

—Debía de ser buena, allí solo quieren a los mejores.

—Mi madre dice que lo era —dijo Francesca mientras llenaba las copas.

—Tengo muchas ganas de empezar. La visita de hoy me ha hecho recordar todo lo que aprendí. ¿Sabes que voy a trabajar con un antiguo compañero del Erasmus? Cuando me lo ha dicho el profesor Belletti, me he quedado de piedra.

—¿Lo conozco?

—Sí, Max Stern.

—¡Qué morbo! Me acuerdo de él.

—Tenía la sonrisa más deslumbrante que había visto jamás. Me tenía loca.

Francesca se rio.

—Qué envidia, tú en los Uffizi con un ex, y yo en la cooperativa comprando trigo y vino. ¡Me equivoqué de profesión!

—Pero ¡qué dices! Deberías sentirte orgullosa. Gracias a ti viven muchas familias de la región.

—Pero no tiene tanto glamour —dijo posando como una modelo.

Carla se rio. Francesca la divertía.

—Esta tarde he conocido a un señor en los Uffizi.

—¿Un señor?

—Estaba sentado delante de *La Primavera* y nos hemos puesto a hablar.

Francesca se incorporó en la silla.

—No es lo que estás pensando, debe de tener más de setenta años.

Francesca movió la mano para indicar que no le interesaba.

—No dejo de pensar en él. Tiene la teoría de que el que encargó *La Primavera* a Botticelli fue Lorenzo de Médici.

—Disculpa mi ignorancia, pero ¿no fue así?

—Una de las grandes incógnitas del cuadro es quién lo encargó, pero la teoría más aceptada es que fue Lorenzo de Pierfrancesco, el sobrino de Lorenzo de Médici.

—Quizá estaba quedándose contigo.

—Al principio lo he pensado, pero sabía de lo que hablaba. Dice que Lorenzo se lo encargó para alabar el amor entre su hermano Giuliano y Simonetta Vespucci.

—Perdona, ¿quién es Simonetta Vespucci?

—La modelo que aparece en muchos de los cuadros de Botticelli. Simonetta era su musa, su ideal de belleza, su devoción; quizá incluso su obsesión.

—¿La Venus que emerge del mar encima de una concha?

—Sí, ella.

—Muy guapa, no me extraña que Botticelli le tuviera devoción.

Carla sonrió.

—Hablando de devociones, ¿sabes algo de tu chico?

Carla se puso seria. No le había contado nada sobre Àlex.

—No te enfades, me lo ha dicho tu madre.

—Hoy ha sido el primer día que no he pensado en él…

—Perdona, soy muy inoportuna.

—Tranquila… No es culpa tuya.

Carla se quedó con la mirada perdida en el gran olivo situado en un rincón del jardín.

—¡El cabronazo no ha tenido el valor ni de llamarme! —exclamó enfadada.

Francesca intentó decir algo, pero Carla empezó a encenderse.

—Me siento estúpida. Hemos estado tres años juntos… y el último se lo ha pasado follándose a otra. —Se le empezaron a anegar los ojos—. Mis amigos me lo decían, pero yo llevaba una encantadora venda en los ojos… Lo más triste es que no sé de quién me enamoré.

—No te castigues, Carla. No es culpa tuya.

Carla dejó el plato y se acurrucó en la silla. Francesca se levantó y la abrazó.

—Que le den. Ahora tienes la oportunidad de volver a empezar, y dónde mejor que en la tierra de la que provienen parte de tus raíces.

Carla pensó que tenía toda la razón y esbozó una media sonrisa.

San Gimignano, palacio Verini
1 de septiembre de 1970

Era casi mediodía. El sol entraba por la ventana de la habitación iluminando la majestuosa réplica de *La Primavera* que cubría toda la pared del vestidor. Arnaldo estaba de pie observando cómo Flora esparcía por el césped las flores que llevaba en la falda del vestido. Esa figura de belleza ausente lo tenía fascinado. Siempre se había preguntado qué ocultaba ese bello rostro, la bella Simonetta Vespucci, y, después de haber conocido la verdadera historia en el diario de Botticelli, le despertaba aún más admiración.

Se volvió, cogió una camisa del armario y, al ponérsela, el gemelo de la mano derecha se le cayó al suelo. Estaba nervioso, había invitado a Graziela a la fiesta de la vendimia que se celebraba cada septiembre en el palacio. Era una de las fiestas con más tradición en la familia. Allí se reunía lo mejor de la nobleza y la burguesía de la Toscana, y había elegido ese día para presentarla en sociedad.

Mientras terminaba de vestirse, recordó el atardecer en el que se besaron por primera vez. Había ido a recogerla a los Uffizi, como cada tarde, y, mientras paseaban por las tiendas del Ponte Vecchio, una gitana cargada de flores los detuvo.

—Qué pareja tan bonita. ¡Señor, cómprale una flor!

La mujer les sonrió mostrándoles unos dientes carcomidos.

—No, nosotros no… —le dijo Graziela.

La gitana dejó las flores en el suelo y le cogió la mano.

—Déjame ver, guapa. Sí, tendrás un gran amor, un amor de los que no se olvidan. Aquí veo un vínculo que os unirá para siempre.

Arnaldo cogió a Graziela y se la llevó, pero la gitana lo agarró del brazo impidiendo que se marchara.

—¡No podrá ser tuya! —le aseguró atravesándolo con la mirada.

Arnaldo sintió un escalofrío y le lanzó unas monedas para que los dejara en paz.

—¿Qué te ha dicho?

—¡Tonterías, es una embaucadora!

—Me ha intrigado lo que me ha dicho sobre ese gran amor.

—No creo que eso tenga que anunciártelo una gitana —dijo mirándola a los labios con deseo.

La rodeó con los brazos, la acercó a él y la besó. Sintió sus labios suaves, dulces, placenteros. Un calor le subió hasta el pecho haciendo que el beso fuera más intenso. Sus bocas se fundían mientras él la abrazaba con fuerza. Unos carabineros que hacían la ronda les llamaron la atención. Los dos se separaron y caminaron arrebatados por el Ponte Vecchio. Graziela se detuvo.

—Perdona si te he hecho sentir incómoda —se disculpó Arnaldo, todavía inflamado por el beso.

Ella lo miró ruborizada. Cuánto la deseaba. Arnaldo se sinceró.

—Graziela, desde el baile de graduación no dejo de pensar en ti y en lo que me hiciste sentir ese día. Espero deseoso cada tarde para recogerte en los Uffizi y pasear juntos por la orilla del Arno…

Graziela le puso un dedo delante de los labios para hacerlo callar.

—Arnaldo, me ha gustado —confesó turbada.

Él sonrió.

—¿Me harías el honor de cenar conmigo esta noche?

—¡Me encantaría!

Arnaldo le hizo una caballerosa reverencia y caminaron cogidos de la mano hasta el coche.

Al cabo de media hora conduciendo llegaron a San Gimignano. Aparcaron en el centro, detrás de la muralla medieval, y fueron callejeando hasta llegar a una pequeña *trattoria*. Entraron y se sentaron en una mesa junto a la ventana, con un jarrón de lirios blancos y una vela. La tenue luz de la sala apenas permitía ver los manteles verdes y blancos que vestían las ocho mesas del comedor.

—¡Es muy acogedor! —exclamó Graziela.

—Es mi restaurante favorito, ya verás cuando pruebes la comida.

Graziela sonrió y se recogió un mechón detrás de la oreja. Arnaldo

miró los labios con sabor a pomelo que acababa de besar.

El dueño de la *trattoria* se acercó a su mesa.

—Arnaldo, hoy vienes muy bien acompañado. ¿Qué queréis tomar?

—¿Puedo aconsejarte? —le preguntó a Graziela.

—Siempre —le respondió con una sonrisa arrebatadora.

—Tráenos la especialidad de la casa, Alfredo.

La luz de la vela acariciaba el rostro de Graziela. No podía dejar de mirarla.

—Quería agradecerte que me recomendaras para entrar en los Uffizi. ¡Hacer las prácticas allí es un sueño!

—No te habrían cogido si no tuvieras talento. Son muy exigentes.

—Recibir una carta de recomendación del conde Verini seguro que ayuda de algún modo.

Arnaldo sonrió y le llenó la copa.

—¡Brindemos por tu experiencia en los Uffizi!

Graziela sonrió y bebió de su copa.

—Por cierto, tenías que hablarme del proyecto en el que quieres trabajar.

—Es que no sé si puedo fiarme de ti —dijo en broma.

—¡No seas bobo!

Arnaldo hizo una pausa para dar importancia a lo que iba a decir.

—¿Estás preparada?

—¡Sí, no me tengas en vilo!

—Tengo un diario de Botticelli en la biblioteca de mi casa.

Graziela frunció el ceño.

—Perdona, ¿tienes un diario de Botticelli en casa? —le preguntó incrédula.

—Sí —se limitó a responder.

Lo miró intentando descubrir si lo que le estaba diciendo era cierto.

—¿Y cómo sabes que es auténtico?

—Contiene unos dibujos de Simonetta con su firma. No hay duda.

—Pero… ¿cómo lo has conseguido? —quiso saber impresionada.

—Lo descubrió un antepasado mío entre los libros de una biblioteca que pertenecían a un antiguo monasterio cercano a Florencia.

—¡Arnaldo, es increíble!

Graziela lo miraba atónita.

—¿Y qué pone en el diario?

—Escribe sobre la muerte de Simonetta Vespucci y el amor que sentía por ella. Habla de un cuadro que ella le pidió que pintara.

—Pero… no hay constancia de que fueran amantes. De hecho, Vasari sugiere que Botticelli era homosexual.

—No he dicho que fueran amantes, sino que Simonetta fue su gran amor, seguramente platónico, idealizado.

Graziela estaba conmocionada.

—¿Simonetta le pidió que pintara un cuadro? Es lo que dijo Domenico que estabas buscando el día de la graduación, ¿verdad? —le dijo atando cabos.

—Sí, muy poco prudente por mi parte habérselo contado. Simonetta le pidió que pintara una representación de su amor con Giuliano de Médici, y Botticelli pintó a Venus y Marte.

—Pero *Venus y Marte* está en la National Gallery de Londres, no es un cuadro perdido.

—El cuadro del que habla el diario lo pintó cuando Simonetta todavía estaba viva. El que está en la National Gallery es de 1483, hacía ya siete años que Simonetta había fallecido.

—¿Estás diciéndome que hay otro cuadro de Venus y Marte?

Arnaldo asintió. Graziela lo miró y se apoyó en el respaldo de la silla, sobrepasada.

—Me gustaría ayudarte a encontrar el cuadro.

Arnaldo sonrió. Esa búsqueda solo podía hacerla con ella.

La mayordoma llamó a la puerta de la habitación, haciendo que volviera a la realidad.

—¿Dónde le dejo la americana, señor Arnaldo?

—Encima de la cama, gracias.

Terminó de vestirse y cogió un estuche negro de la mesita de noche antes de salir.

Florencia, palacio Médici
1 de marzo de 1475

Los ventanales que daban a la via Larga tenían los cortinajes recogidos para dejar que entrara la luz de la mañana. Giuliano estaba sentado en la mesa desayunando. Le gustaba la tranquilidad que se respiraba a esas horas, cuando la familia todavía dormía y los sirvientes empezaban su actividad. Sin embargo, esa mañana estaba inquieto. No podía quitarse de la cabeza el encuentro con Simonetta del día anterior.

Lorenzo entró en el comedor.

—Giuliano, quería hablar contigo antes de ir a la Signoria.

Sumido en sus pensamientos, apenas le prestó atención. Lorenzo se sentó frente a él y lo miró con el semblante severo.

—¿Qué pretendes con Madonna Vespucci?

Giuliano dejó en el plato la manzana que estaba comiéndose.

—Ya me pareció osado que la retrataras en tu estandarte para la justa, pero ahora te dedicas a perseguirla por Florencia y no tienes reparos en cortejarla delante de su esposo con nuestros invitados presentes.

Giuliano se levantó de la silla.

—¡Es asunto mío con quién quiero estar!

—Escúchame bien, los Vespucci son amigos de la familia, el padre de Marco lleva tiempo trabajando con nosotros. Además, es un aliado en la Signoria, y sabes que ahora, con el enfrentamiento con los Pazzi, los necesitamos más que nunca.

Giuliano estaba de espaldas a Lorenzo, mirando hacia los ventanales; no quería escuchar esas palabras.

—Ayer Marco me expresó su malestar. Aún no ha dicho nada por la relación que tiene con nosotros, pero, si no lo dejas correr, puede que acabe haciendo una barbaridad.

—Tú no lo entiendes. ¡Simonetta me gusta de verdad!

Lorenzo dio un puñetazo en la mesa.

—¡Los Médici no podemos dejarnos llevar por las pasiones! ¡El matrimonio es una pieza clave para fortalecer y consolidar la familia!

Giuliano miró a su hermano.

—He encontrado una esposa para ti. Es amiga de Clarisa y pertenece a una de las familias más antiguas de Roma.

—¡No me importa quién sea!

—Es muy hermosa y, además, su padre tiene una fortuna que procede de las minas de alumbre del papa. Vendrá a Florencia la semana que viene para que os conozcáis. Esta unión nos dará mayor influencia entre los círculos nobiliarios y prioridad en el comercio del alumbre para expandirlo por Europa.

—Lorenzo, quiero elegir con quién compartir mi vida.

Este se acercó y lo miró a los ojos.

—¿Es que no lo entiendes, hermano? ¡Yo aún amo a Lucrezia!

Giuliano nunca le había oído decir esas palabras. Lucrezia Donati había sido el primer gran amor de Lorenzo, pero creía que la había olvidado después del matrimonio con Clarisa.

Entendió que no podía luchar. Salió del comedor dando un portazo.

Florencia, taller de Botticelli
4 de marzo de 1475

Botticelli repasaba una y otra vez con el carboncillo el rostro que había memorizado el primer día que la dibujó. Dio un paso atrás. «No, no es ella», pensó, y arrancó el dibujo del atril. Volvió a colocarse frente al papel. Poco a poco contorneó la cara, los ojos y la fina línea del cuello; lo observó unos segundos antes de torcer el semblante y tirar el carboncillo al suelo, enojado. Le vino a la cabeza el boceto que había dibujado para el estandarte y se dirigió a la alargada mesa de madera cubierta de dibujos amontonados. Fue pasándolos uno a uno hasta que encontró el que quería. Se sentó con la lámina en las manos y la vio bailando en los jardines del palacio Lenzi, con todo su esplendor. Veloz, fue al atril y su mano empezó a dibujarla, delineando sus ojos profundos y su sonrisa melancólica. En ese momento, el sirviente entró y anunció la visita de Giuliano de Médici.

—¡Sandro, veo que no descansáis! —dijo al entrar, y se acercó al atril.

Botticelli lo miró de reojo mientras dibujaba. No esperaba esa visita. ¿Qué querría?

—¿Es esa idea sobre el mito del nacimiento de Venus?

—Sí, pero la necesito a ella, ¡me cuesta mucho pintar de memoria! —contestó arrancando el dibujo y tirándolo al suelo.

Giuliano lo recogió.

—¿Puedo quedármelo?

Botticelli asintió.

—Lorenzo me ha pedido que no vuelva a verla. Me ha buscado una esposa —comentó mirando el dibujo.

—Lorenzo es un hombre sensato, deberíais hacerle caso —dijo aliviado al oír esas palabras.

—¡Pero es que Simonetta no es un entretenimiento!

Lo entendía, pero era ella lo que le preocupaba.

—Si no hacéis lo que os pide vuestro hermano, podéis ponerla en peligro —aseveró muy serio.

—Jamás me había sentido tan fascinado por una mujer —respondió mientras acariciaba el boceto con los dedos desdibujando su rostro.

—Messer, debéis pensar en su bienestar —insistió Botticelli.

Giuliano lo miró enfadado. De un golpe en la mesa hizo caer los bocetos al suelo, y salió del taller como alma que lleva el diablo.

Botticelli recogió el dibujo de Simonetta. «Yo os protegeré», pensó.

Florencia, palacio Médici
12 de marzo de 1475

Los invitados disfrutaban del banquete con el que la familia Médici los había agasajado esa noche. Las fiestas en el palacio, con Lucrezia Tornabuoni como anfitriona, eran conocidas por su elegancia y fastuosidad. A su señal, los sirvientes ofrecieron las últimas bandejas con dulces, malvasías y licores, lo que elevó un murmullo de complacencia.

Lucrezia, sentada en la cabecera de la mesa, observaba orgullosa a sus hijos. Lorenzo, el primogénito, se había convertido en el cabeza de la familia cuando tenía solo veinte años, debido a la muerte prematura de su esposo, Piero de Médici. Lorenzo tenía inteligencia, astucia y un excepcional don para la política que enseguida lo hicieron destacar. Desde que había ocupado el puesto de su padre en la Signoria, había conseguido llevar la paz y la prosperidad a Florencia. Lucrezia solo había tenido que intervenir una vez con Lorenzo. En un momento difícil para la familia, le pidió que se casara con la noble romana Clarisa Orsini, sobrina del cardenal Orsini, que tenía una gran influencia sobre el papa. De esta forma, los Médici establecieron una poderosa alianza con Roma que aseguraba su estatus en la convulsa Florencia.

Lucrezia, preocupada por la ofuscación de Giuliano por la mujer de Marco Vespucci, había adelantado el encuentro con Fioretta, la amiga de Clarisa. Giuliano no tenía el sentido de hombre de estado de Lorenzo, pero su amor por la familia era incuestionable, y esa era la carta que Lucrezia pensaba jugar. Miró a su hijo, que parecía inquieto, lanzando miradas furtivas a Simonetta, sentada al final de la mesa. Fioretta estaba al lado de Giuliano, pero este no le prestaba la menor atención.

Lucrezia se dirigió a ella.

—Clarisa me ha contado que sois amigas desde la infancia.

—Sí, de pequeñas compartíamos juegos y enseñanzas. Es como una hermana para mí —dijo mirando a Clarisa.

Lucrezia miró a Giuliano, animándolo a intervenir.

—Fioretta, ¿qué os parece Florencia? —le preguntó Giuliano con desgana.

La muchacha se ruborizó ante la interpelación de Giuliano, que hasta ese momento apenas se había dirigido a ella.

—Una próspera ciudad que cuida de su pueblo. Me han dicho que los Médici sois en buena medida los responsables —contestó con una tímida sonrisa.

—Nos enorgullece decir que el Banco Médici ayuda a las personas en sus negocios.

—Es admirable. Los banqueros de Roma deberían aprender de vuestra política.

Giuliano se fijó en sus ojos verdes como los prados de la Toscana. Pensó que Lorenzo tenía razón, era muy hermosa.

La música empezó a sonar y Giuliano se levantó y miró al padre de Fioretta.

—¿Me permitís que saque a bailar a vuestra hija?

Fioretta se volvió hacia su padre y este asintió con la cabeza. La pareja se dirigió a la sala; ella sonreía complacida mientras avanzaba cogida del brazo de Giuliano. Enseguida las parejas formaron una larga fila y, a la señal de los músicos, iniciaron el baile. Se cogían las manos y bailaban siguiendo la música, los hombres acompañaban a las mujeres en el giro. En un momento de la danza, Giuliano se encontró delante de Simonetta, ella le sonrió y le ofreció la mano para que la acompañara. Se quedó helado, pensó que moriría allí mismo. Al sentir el contacto con su piel, tuvo un escalofrío que le sacudió el alma. Simonetta cambió para dejar paso a Fioretta, que se situó delante de Giuliano.

—Me habían dicho que erais un hombre de justas y cacerías. No imaginaba que también sabríais bailar.

Giuliano, atónito, volvía la cabeza buscando a Simonetta.

—Sí… Espero no haberos avergonzado —consiguió responder.

—De momento lo hacéis bastante bien.

La música se detuvo y varias parejas abandonaron la danza. Simonetta y Marco salieron al jardín. Giuliano la seguía con la mirada.

—¿Buscáis a alguien, Messer?

—No… Miraba a mi hermana Bianca —mintió.

Necesitaba salir para encontrarla, pero pensó en la conversación con Lorenzo. La música volvió a sonar y cogió la mano de Fioretta para reanudar el baile.

Más tarde, el matrimonio Vespucci se despidió de los anfitriones y salió del palacio Médici. El cochero se acercó para recogerlos. Marco le tendió la mano a Simonetta para ayudarla a subir al carruaje y acomodarle el vestido. Simonetta era su tesoro más preciado y no dejaba que ningún sirviente se acercara a ella. Rodeó el coche y subió junto a su esposa. Esa noche estaba especialmente contento. La conversación con Lorenzo había sido provechosa. La familia había buscado una joven para Giuliano, que había dejado de perseguir a Simonetta.

—Magnífica velada, ¿no crees, querida? —le preguntó eufórico.

—Sí —se limitó a responder.

—Las fiestas de Madonna Lucrezia son incomparables. Los Tornabuoni ayudaron al abuelo de Lorenzo y Giuliano a volver de su exilio en Venecia. Si no hubiera sido por ellos, los Médici no estarían en el poder.

—Es una gran señora.

—Ha sido ella la que ha sacado a la familia adelante. Su marido, Piero, siempre estaba enfermo. Cosme decía de ella que era el único hombre de la familia —dijo Marco, y soltó una grosera carcajada.

Simonetta miraba por la ventana, no le interesaban las palabras de Marco.

—Hermosa, la prometida de Giuliano, ¿no crees?

Ella no respondió.

—Está claro que la elección ha sido de Lucrezia, como hizo con Clarisa en su momento. Fioretta goza de una buena posición entre la

nobleza romana, por no hablar de su fortuna. Para los Médici, los matrimonios son movimientos estratégicos que fortalecen su poder.

Ella seguía en silencio. Las palabras de Marco le dolían. Ver a Giuliano con Fioretta la había incomodado.

—Estás muy callada.

—No me encuentro muy bien —mintió para que la dejara tranquila.

Marco le cogió la mano para besarla y la miró con deseo. Se vio atrapada, cada vez se sentía más lejos de él. Desde su entrada en la Signoria, se habían distanciado. Marco se había vuelto muy codicioso y solo pensaba en prosperar y entrar, aún más, en el círculo de los Médici.

—¡Me siento gozoso por los acontecimientos de esta noche! —exclamó mirándola triunfal.

Sabía lo que Marco quería, pero desde que había conocido a Giuliano no había vuelto a yacer con él.

—Déjalo, te he dicho que no me encuentro bien.

—Siempre estás indispuesta. Me merezco un poco de consideración. ¡Soy tu esposo! —le reprochó enfadado.

Marco la tumbó en el asiento del carruaje y le subió el vestido para saciar sus instintos. Simonetta quería gritar.

San Gimignano
1 de septiembre de 1970

Arnaldo llegó puntual a las siete y media de la tarde a casa de Graziela. Miró la fachada de piedra con ventanas azules y sacó el estuche del bolsillo de la americana para mirar el anillo. Bajó del coche y avanzó por el caminito de adoquines hasta las escaleras con un cosquilleo en el estómago. Se ajustó la americana antes de pulsar el timbre; quería causar buena impresión.

La señora Ferrara abrió la puerta. Llevaba el pelo recogido y un delantal de cocina de flores rojas. Tenía un gran parecido con Graziela, pensó que de joven debía de haber sido una mujer de gran belleza.

—Debes de ser Arnaldo —dijo mirándolo de arriba abajo.

—Encantado de conocerla, señora Ferrara. —Se quitó el sombrero.

—Habría preferido una presentación más formal, pero, en fin, así se hacen las cosas hoy en día… —supuso haciendo una mueca desde la puerta.

Arnaldo pensó que no lo dejaría entrar.

—Pasa, pasa, no te quedes aquí. Voy a avisar a Graziela —añadió indicándole dos sillas de madera con asiento de piel marrón, apoyadas en la pared del pequeño recibidor.

Arnaldo entró. La observó mientras subía las escaleras hacia el piso de arriba; suerte que Graziela ya le había advertido del temperamento de su madre.

Cuando la señora Ferrara llegó arriba, entró en la habitación y encontró a su hija frente al espejo con el vestido azul de la tienda de Concetta que le dejaba los hombros al descubierto.

Al oírla, Graziela se volvió.

—Mamá, ¿estoy bien?

—¡Estás preciosa!

—Es que no sé si estaré a la altura de la fiesta.

—¡Con cualquier cosa que te pusieras serías la más guapa! —le aseguró sabiendo de lo que hablaba.

—Dime la verdad, mamá —le suplicó Graziela—. Sé que Concetta es tu amiga, pero quiero causar buena impresión a los condes.

Se acercó y la cogió por la cintura para situarla delante del espejo.

—Ela, estás espléndida.

Graziela sonrió.

—Arnaldo acaba de llegar, te espera en el recibidor.

—Tengo que darme prisa. ¿Me ayudas con la cremallera? Llevo un rato peleándome con ella.

Su madre le recogió el pelo y le subió la cremallera del vestido.

—Es muy apuesto, ahora entiendo muchas cosas.

—Mamá, no estoy con él solo por su atractivo.

—Supongo que el hecho de que sea hijo del conde también ayuda —dijo desafiándola—. Pero te equivocas con esa gente, no son como nosotros.

Graziela se contuvo, no era el momento de empezar una discusión.

—Mamá, ya lo hemos hablado, él es diferente.

—Graziela, eres tan joven… No quiero que te hagan daño —le respondió acariciándole la mejilla.

—No te preocupes, mamá, sé cuidarme.

La abrazó mientras su madre refunfuñaba para sus adentros. Después cogió el bolso de encima de la cama y comprobó que no se dejaba nada.

Antes de bajar, vio a Arnaldo sentado en el recibidor jugando con el sombrero en las manos. Al verla, se levantó y miró el impresionante vestido azul que contorneaba su figura.

—¡Estás preciosa! —exclamó impactado.

—Gracias —respondió ella ofreciéndole la mano.

Arnaldo le dio un beso en la mejilla y la cogió del brazo. Su madre los acompañó y los despidió mientras subían al coche.

Cuando se marcharon, miró al cielo y pidió a Dios que cuidara de su hija.

En el coche, Arnaldo apenas podía mantener los ojos en la carretera. El vestido de Graziela le ceñía la silueta y evidenciaba su voluptuosidad.

—Arnaldo, ¿quieres mirar la carretera? —le dijo preocupada.

—¡Es que estás impresionante!

Graziela sonrió.

—Espero que mi madre no haya sido muy dura contigo. Le habría gustado una presentación más formal.

—Entiendo que solo lo hace para protegerte. No debe de haber sido fácil criar sola a dos hijas.

—Los que me preocupan son tus padres. ¿Y si no les gusto?

—¿Cómo no vas a gustarles? Es imposible, ¡les encantarás! —le aseguró acariciándole la pierna para tranquilizarla.

Los dos se quedaron mirando la carretera en silencio, conscientes de la importancia de lo que iban a hacer.

Cuando llegaron al palacio, el vigilante de la entrada los saludó y abrió las pesadas puertas de hierro, que exhibían dos grandes uves doradas en el interior de una circunferencia. El coche entró a poca velocidad por un sendero rodeado de viñedos que conducía a los jardines de cipreses y olivos. Graziela miró las gigantescas cestas llenas de uva que adornaban el recorrido; contó ocho. Pensó que eran tan grandes que podría bañarse en ellas.

En medio del jardín había dos suntuosas mesas cubiertas con manteles blancos, con jarrones de girasoles y bandejas llenas de *antipasti*, quesos, frutas y botellas de los mejores vinos de las bodegas Verini.

—¡Nunca había estado en un lugar así! —exclamó Graziela, deslumbrada.

—No te dejes impresionar, detrás de toda esta opulencia hay personas normales.

Arnaldo detuvo el coche en la zona de aparcamiento. Enseguida un mayordomo le abrió la puerta. «Bienvenido, señor», le dijo. Bajó del coche y fue a buscar a Graziela.

—¿Estás lista?

Graziela asintió con la cabeza y salió del coche; estaba

arrebatadora. Arnaldo sintió el deseo de perderse con ella en algún rincón del palacio. Le ofreció el brazo y recorrieron el camino hasta la entrada del jardín. Estaba intranquilo, sabía que Graziela no encajaba con los rígidos arquetipos de sus padres, pero estaba decidido a seguir adelante.

En la entrada, un camarero sostenía una bandeja llena de copas de champán.

—Bienvenido, señor.

—Buenas noches, Aurelio.

Arnaldo cogió dos copas y ofreció una a Graziela.

—¡Por esta velada!

Graziela se la bebió de un trago.

—Mira, allí están mis padres, vamos.

—No sé, yo…

Arnaldo la miró a los ojos.

—Ela, sé tú misma.

Graziela tragó saliva mientras los tacones se le hundían en la tierra del jardín y le dificultaban los movimientos. Avanzaron hasta donde estaban los condes y Arnaldo se dirigió a su madre.

—Madre, os presento a Graziela.

La condesa miró el vestido azul que le ceñía la figura hasta los tobillos.

—Así que tú eres el motivo de que Arnaldo esté desaparecido.

Graziela la saludó inclinando la cabeza; cuando la levantó, se encontró con los ojos fríos de la condesa.

—Encantada, señora condesa.

—Belleza no te falta.

—Gracias —le respondió con una sonrisa.

—¡Alessandro, mira a quién ha traído Arnaldo!

El conde estaba de espaldas saludando a unos invitados. Se volvió y miró a Graziela.

—Teníamos ganas de conocer a la chica que Arnaldo no deja de mencionar.

Graziela le dio la mano e hizo una pequeña reverencia.

—Encantada de conocerlo.

—Me ha dicho Arnaldo que tienes un gran talento para la pintura, ¿es cierto?

Graziela se ruborizó.

—Padre —protestó Arnaldo.

—Solo quiero saber si mis recomendaciones son acertadas. ¿Cómo te va en los Uffizi?

—Muy bien, es la mejor escuela que puedo tener ahora mismo. Quería agradecerle su recomendación.

—Así me gusta, una chica agradecida —le dijo asintiendo con la cabeza.

La condesa intervino:

—Y bien, Graziela, ¿sabes ya a qué quieres dedicarte?

—Madre… —se quejó Arnaldo.

—Me encantaría trabajar en un museo —respondió ella con una sonrisa.

—Ah, ¿lo que estás haciendo ahora? —le preguntó la condesa con desdén.

—Sí, me apasiona la pintura.

—Interesante… —La condesa bebió de su copa sin dejar de mirarla.

Unos invitados los interrumpieron y Arnaldo aprovechó para escabullirse.

—Si me lo permitís, iré a presentarla al resto de la familia.

Los dos jóvenes se adentraron en el jardín con los demás invitados. Graziela suspiró.

—¡Parecía que estuviera pasando un examen!

—En cierto modo, lo estabas haciendo. Debería haberte prevenido sobre mis padres, pero no quería alarmarte.

Arnaldo la besó en los labios y miró su generoso escote. No podría contenerse toda la velada sin comérsela a besos.

—Voy a buscar una copa, ¡vengo enseguida!

Graziela aprovechó para dar una vuelta por la finca, tenía curiosidad. En su casa había oído hablar de los Verini, y no siempre se decían cosas buenas de ellos y de lo que habían conseguido gracias a sus privilegios. Contempló el edificio del siglo XV con fachada de almohadillados de piedra y generosos ventanales; debía de tener unas

quince estancias, como mínimo. Una agradable fragancia dirigió su mirada a un mar de lavanda violeta que se extendía a uno de los lados del jardín. Inspiró hondo.

Un joven muy elegante con un sombrero fedora de ala estrecha se acercó a ella.

—¡Tú debes de ser Graziela! —exclamó mirándola de arriba abajo.

—Sí, ¿nos conocemos?

—Soy el primo menos favorecido de Arnaldo, no creo que te haya hablado de mí.

El chico se quitó el sombrero y la miró de reojo mientras le besaba la mano.

—Así que eres la conquista de mi primito.

—Supongo que sí… —le contestó, molesta.

—La verdad es que nos ha sorprendido a todos. Es tan vanidoso que creíamos que no encontraría a nadie que estuviera a su altura.

El chico no dejaba de mirarle el escote. Graziela se sentía incómoda.

—Me pregunto cómo lo has hecho. Tu belleza salta a la vista, pero no será solo por eso.

Arnaldo apareció con dos copas de vino.

—Fabio, ¿cómo estás? Veo que ya has conocido a Graziela.

—¿Cómo se te ha ocurrido traerla?

—En algún momento tenía que conocer a la familia.

—¿Qué tal el día de la boda?

Graziela se ruborizó.

—Tú siempre tan agudo.

—No me queda más remedio, si quiero sobrevivir en esta familia.

—No le hagas caso, Graziela, somos todos encantadores.

Fabio se quedó mirando a una chica con vestido blanco hasta los pies y una diadema de brillantes que caminaba por el jardín.

—¿Quién es esa preciosidad?

Arnaldo y Graziela se volvieron.

—Es Bianca, la hija de los Bandini —le respondió Arnaldo.

—No la recordaba así —comentó Fabio mirándola libidinosamente.

—Ha pasado unos años estudiando en Suiza.

—Pues le han sentado muy bien. ¡Quiero casarme con ella! —

exclamó mientras la saludaba con la mano.

Bianca sonrió y se acercó a ellos. Arnaldo se puso tenso; Bianca y él habían tenido una historia antes de que se marchara a estudiar fuera y no acabaron muy bien.

—Hola, Bianca, ¿te acuerdas de mí? —le preguntó Fabio quitándose el sombrero.

—Claro, Fabio, ¿cómo te va? —dijo ella tendiéndole la mano.

—Mejor ahora que has venido, aportas otro aire a esta aburrida fiesta. —Le besó la mano.

Arnaldo sonrió.

—Buenas noches, Bianca, ¿cómo estás?

—¡Júzgalo tú mismo! —contestó dando una vuelta delante de él.

Arnaldo miró su esbelta figura.

—Has cambiado.

—¿Eso es un cumplido? —le preguntó coqueteando con la mirada.

Arnaldo le sonrió. Graziela le pellizcó el brazo, haciéndole reaccionar.

—Bianca, te presento a Graziela.

Las dos chicas se miraron, y Bianca le dio dos besos.

—Encantada, ¿nos conocemos?

—No creo, soy compañera de la universidad de Arnaldo.

—Ah, ¿compañeros de clase? —atacó con suficiencia.

—Sí, estudiamos Bellas Artes —respondió muy seria.

Arnaldo, al ver la tensión entre las chicas, intervino:

—¿Cómo te han ido los estudios en Suiza?

—Bien, la verdad, ahora hablo alemán y francés a la perfección, y conozco todas las técnicas de protocolo. Podría ser la mujer del primer ministro.

Los dos chicos se rieron.

—Y a ti, ¿cómo te va? Me han dicho que llevas las bodegas familiares.

—Al final ha ganado mi padre —admitió resignado.

La condesa se acercó a ellos e interrumpió la conversación.

—Bianca, querida, me gustaría que vinieras a saludar a la abuela. Tiene muchas ganas de verte.

—Claro, si me disculpáis —le respondió mirando a Arnaldo.

Las dos mujeres se alejaron cogidas del brazo en dirección a los bancos situados bajo los olivos, donde estaba sentada la abuela. Al verlas, sonrió.

Arnaldo se dirigió a Fabio.

—Fabio, creo que te reclama tu madre.

—Vale, ya os dejo solos. Encantado de conocerte, Graziela. Estoy convencido de que serás capaz de convertir a Arnaldo en una buena persona.

—¡Déjalo ya, primito!

Fabio le besó la mano y se despidió.

—Bianca es muy guapa —comentó Graziela, molesta.

—Sí, lo es.

Graziela frunció el ceño.

—¡Pero nada que ver contigo! —exclamó besándola en los labios.

Ella se apartó.

—¡No es lo que me ha parecido!

—No te enfades. Hacía mucho que no nos veíamos. No podía ser descortés…

—¡Ha coqueteado contigo descaradamente!

Arnaldo le cogió el rostro con las manos y la besó.

—¿Crees que esto no es auténtico? —le preguntó mirándola a los ojos.

Graziela sonrió; el beso le había enrojecido los labios.

—No me ha gustado verte con ella.

—Me halaga que te pongas celosa —dijo con un rictus de satisfacción.

—¡Pues a mí no! —Lo empujó.

—Venga, vamos. Me gustaría mostrarte el palacio antes de que dé comienzo la cena. ¿Por dónde te gustaría empezar?

—Por la biblioteca. He oído todo tipo de historias sobre lo que contiene.

—¿En serio?

—Me han hablado de un cuaderno manuscrito del siglo XV.

—No creas todo lo que dicen.

Arnaldo la cogió y la llevó por la escalinata de mármol hasta la puerta de cristal y hierro forjado que daba entrada al palacio. Graziela recorrió la barandilla con los dedos sintiendo el calor de la piedra tocada por el sol. Desde arriba, miró los campos de vides que se perdían en el horizonte.

—¡Qué maravilla!

—Entremos, ahora viene lo más interesante —dijo cogiéndola de la mano.

Una gran alfombra roja reposaba con elegancia en el suelo del recibidor. Graziela miró el brillo de los cientos de cristales de la suntuosa lámpara de araña colgada en mitad de la sala. Observó el aparador de madera tallada de más de cuatro metros de largo que presidía la estancia. Arnaldo la llevó de la mano por el pasillo decorado con frescos de colores suaves. Entraron en una amplia sala de paredes azules forrada con estanterías de cedro hasta el techo. Graziela estaba impresionada.

—Bienvenida a la biblioteca Verini.

Se acercó a las estanterías y acarició el lomo de los libros con los dedos.

—¿Cuántos títulos tenéis aquí?

—Casi treinta mil.

—¿Y pretendes leerlos todos?

—Hubo una época en la que leía más de cinco libros por semana.

—Es un privilegio tener todo este conocimiento en casa. ¿Os habéis planteado hacer alguna donación a la biblioteca del pueblo?

—Lo pensaré —contestó riéndose.

Arnaldo se dirigió a una de las estanterías, movió unos libros de la cuarta balda y pulsó un botón escondido. La estantería retrocedió dejando al descubierto una sala de poco más de diez metros cuadrados con una pequeña ventana. Encendió la luz. Delante de ellos apareció un escritorio de madera con una lámpara de color dorado y un sofá de piel de dos plazas apoyado en la pared. Parecía una sala de lectura privada. Un cuadro colgado por encima del sofá llamó la atención de Graziela.

—¿Es un Ghirlandaio? —preguntó sorprendida de verlo allí

escondido.

—Sí, es uno de mis cuadros favoritos. Vengo a menudo para admirarlo en silencio.

Se quedaron de pie, uno al lado del otro, observando la pintura. El aroma a lavanda del perfume de Graziela le avivó los sentidos. Volvió la cabeza y la miró inflamado antes de besarla. Llevaba toda la noche deseándola. Sintió sus labios carnosos, sensuales, el sabor de su boca; la cogió por los hombros arrebatado y la llevó hacia la pared. Ella sintió el frío yeso en la espalda. Arnaldo le cogió las manos y las sostuvo en alto sintiendo la agitación de sus pechos. Se besaban anhelantes, llenos de deseo, las bocas se fundían con desespero la una con la otra. Le acarició el muslo, las caderas, sintió la turgencia de su vientre, de sus pechos. No podía parar. Le subió el vestido y entró dentro de ella, acompasaron sus cuerpos lentamente. Ella sintió su vigor placentero y cerró los ojos dejándose ir hasta que se quedaron saciados, mirándose.

El ruido de alguien que entraba en la biblioteca los alertó. Arnaldo se separó de ella, se recolocó la ropa y la miró apoyada en la pared con el vestido descompuesto.

—No te preocupes. Ahora vuelvo —dijo, y salió de la sala enardecido.

Vio a Aurelio de pie en mitad de la biblioteca.

—Señor Arnaldo, su madre quiere que le diga que los invitados ya están en la mesa.

—Dile que ahora vamos —respondió acalorado.

Cuando volvió, Graziela estaba peinándose y colocándose bien la falda del vestido.

—Amor, nos esperan para cenar —le dijo con dulzura.

Graziela no respondió.

—¿Estás bien? —le preguntó acercándose, y le dio un beso.

—Lo que ha pasado, yo… —Lo miró avergonzada.

Arnaldo le apoyó el dedo en los labios.

—Tranquila, está bien. Después hablamos. Nos esperan en la mesa.

—¡Pero no podemos dejarlo aquí!

—De acuerdo, si insistes…

Arnaldo empezó a desabrocharse la camisa.

—¡Lo que quiero decir es que aún no me has mostrado el diario! —dijo mientras lo empujaba.

—Vendremos después de cenar. No podemos hacer esperar a los invitados.

Graziela se recolocó los tirantes del vestido y sacó un espejo del bolso para retocarse los labios. Salieron cogidos de la mano.

Al final de la velada, los invitados disfrutaban de los pasteles y barquillos que llenaban con opulencia las bandejas de las mesas. Las conversaciones se habían animado con el vino y la buena comida con la que los condes los habían agasajado durante la cena.

Arnaldo escuchaba a Bianca sin interés, y esta, coqueta, le apoyaba de vez en cuando la mano en el hombro. Pensó que su madre lo tenía todo calculado. Miró a Graziela, sentada unas sillas más allá, hablando con su abuela. Su sonrisa deslumbraba a todos los que la rodeaban. Le vinieron a la cabeza imágenes de los dos en la sala secreta y sintió la imperiosa necesidad de volver a estar a solas con ella. Se levantó y fue hasta ella para susurrarle algo al oído. Graziela se disculpó con los presentes con una sonrisa. La condesa, al ver que se marchaban, intervino:

—Arnaldo, ¿adónde vais? —le preguntó rápidamente.

Él se le acercó.

—Le he prometido a Graziela que le mostraría la biblioteca.

La condesa puso cara de desagrado, pero Arnaldo ya había dado media vuelta.

—No he podido dejar de pensar en lo que ha pasado —le dijo mientras se alejaban.

Graziela se ruborizó.

—Arnaldo, yo no quería…

—¿Te arrepientes?

—No, pero… es que… —Se quedó en silencio—. Para mí ha sido la primera vez.

Arnaldo lo sospechaba.

—¡Ela, te quiero! —le aseguró mientras la besaba.

—Yo también te quiero, pero no sé si lo que hemos hecho está bien.

Arnaldo le acarició el rostro con el dorso de la mano.

—Lo nuestro es auténtico, no tienes de qué preocuparte —le dijo cogiéndola de la mano.

—Es que no sé cómo ha pasado, y además aquí, en casa de tus padres… ¿Qué pensarían de mí? —se lamentó mirándolo avergonzada.

Arnaldo se enterneció y la besó con cariño.

—Yo no pienso decírselo —bromeó—. De verdad, Ela, no te preocupes por nada. Lo que ha pasado no cambia lo que siento.

Graziela esbozó una media sonrisa.

—Venga, vamos a la biblioteca. ¿Qué te ha parecido la cena? —le preguntó cambiando de tema.

—No sabía qué cubierto debía coger. ¿Por qué la clase alta lo ponéis todo tan complicado?

Arnaldo se rio, le encantaba su naturalidad.

—Lo has hecho perfecto.

—Sentía todos los ojos observándome y he estado algo tensa.

—Te miraban porque estás arrebatadora. Yo tampoco podía dejar de hacerlo.

—Tu abuela me ha contado historias de cuando Bianca y tú erais pequeños. Le tienen mucho cariño.

—Siempre han intentado unirnos; para ellos es una especie de alianza estratégica.

—Me parece que Bianca ve en ti algo más que una simple alianza. ¡Ha flirteado contigo descaradamente durante toda la cena!

Arnaldo dudó si contarle que habían tenido una aventura, pero pensó que Graziela ya se sentía bastante insegura.

—¡Qué dices, hace muchos años que nos conocemos, eso es todo! —mintió.

Antes de entrar, Arnaldo le mostró una ventana del primer piso.

—Es mi habitación, por si un día necesitas algo de mí —dijo guiñándole el ojo.

Graziela negó con la cabeza.

—¡Si crees que algún día escalaré por esa ventana, ya puedes esperar sentado!

—¡Te sorprenderían los efectos de haber probado mis artes amatorias! —bromeó en tono fanfarrón.

Entraron y cruzaron el recibidor para dirigirse a la biblioteca. Arnaldo accionó el mecanismo que abría el acceso a la sala secreta.

—Me están viniendo a la cabeza unas imágenes fascinantes de esta sala —le dijo. Se colocó delante del Ghirlandaio y pulsó un botón oculto bajo el marco inferior.

El cuadro se elevó dejando al descubierto una caja fuerte empotrada en la pared. Arnaldo hizo girar la ruedecilla mecánica varias veces hasta que la puerta se abrió. Sacó un pequeño cuaderno de piel marrón dañado por la humedad. Graziela sintió un escalofrío.

—¿Puedo? —le preguntó extendiendo las manos.

Lo cogió con cuidado, se sentó al escritorio y olió la tapa antes de acercar la lámpara para iluminar el papel desvaído con borrones de tinta que dificultaban la lectura; vio que las esquinas estaban quemadas. Tragó saliva antes de empezar a leer.

26 de abril de 1476

El dolor me penetra con fuerza y me desgarra por dentro, no me deja respirar. Cuando he visto el rostro de Giuliano desencajado, no han sido necesarias más palabras. He maldecido a Dios mil veces. ¿Por qué vos? ¿Por qué tan pronto? ¿Por qué de este modo tan miserable?

Ni quienes se hacen llamar los mejores físicos de Florencia han podido salvaros. Sé que habéis luchado, no queríais marcharos; demasiada vida por vivir todavía. Giuliano está herido de muerte, nos hemos abrazado. Los dos hombres que más os hemos amado, los únicos capaces de entender la dimensión de esta tragedia.

Hemos permanecido sentados en silencio sin mirarnos, golpeados por el dolor. He recordado el primer día que vinisteis al taller y cómo me sobrepasó vuestra belleza. Pensé que Dios me había enviado a un ángel para poner a prueba mi talento; yo, que tantas veces le había prometido la perfección… Y allí aparecíais, con esos ojos azules y profundos y una sonrisa melancólica. Cuán vanidoso fui al despreciar el encargo del estandarte de Giuliano, obsesionado como estaba por llegar a ser meritorio en esta ciudad. Giuliano me dio la oportunidad de pintaros. ¿Quién no caería rendido a vuestros pies? Incluso un Médici. Elegisteis sabiamente entre los bocetos que había preparado. El trazo me salió fácil y dibujé a la Palas más excelsa que había hecho nunca. Enseguida comprendí que vos conseguiríais hacer que emergiera lo mejor de mi arte. Y ahora me encuentro cara a cara con vuestra ausencia feroz, salvaje, despiadada, y me da miedo. ¿Quién llenará este silencio que me rompe, este terrible vacío que me quema?

Graziela levantó la cabeza. Le brillaban los ojos.

—Ha sido como entrar en el alma de Botticelli…

—Sí, es extraordinario.

—Arnaldo, este diario dará luz a las diferentes interpretaciones de su obra. ¡Es la historia del Renacimiento narrada en primera persona!

—Sí, tiene un valor histórico incalculable.

—Hay mucho dolor en sus palabras. Simonetta era su musa, su devoción, lo era todo —dijo, y volvió a leer la entrada del diario.

El ruido de unos pasos los alertó. Arnaldo se asomó y vio a su padre pasando por delante de la biblioteca con unos invitados.

—Será mejor que nos vayamos. No quiero que mi padre nos vea aquí.

—¡Pero solo he leído las primeras páginas! —protestó.

—Vendremos mañana y continuaremos —dijo, y le dio un beso en los labios.

—¡Tienes que prometérmelo!

—Hecho.

Arnaldo cogió el diario y lo depositó en la caja fuerte.

Florencia, Galería de los Uffizi
26 de junio de 2023

A la mañana siguiente, Max entró a toda prisa en la sala veinticinco del departamento de restauración de la tercera planta. Carla estaba delante de la pizarra hablando con el profesor Belletti. Al oír la puerta, se volvieron.

—¡Perdone el retraso! —se disculpó reparando en la presencia de Carla.

El profesor miró el reloj.

—¡Media hora tarde, señor Stern! Espero que esto no sea un indicador de su implicación en el proyecto.

—Lo siento, esta mañana he tenido un percance doméstico —contestó sin dejar de mirar a Carla.

El profesor refunfuñó.

—No me importan sus problemas, ¡lo quiero a la hora en punto!

Max se mordió el labio.

—Descuide, no volverá a pasar.

—Bien, pues, ya que está aquí, salude a Carla. Ella será la otra subcomisaria de la exposición.

Max la miró. La bata entreabierta dejaba ver un vestido azul ajustado hasta las rodillas.

—¿Carla? —preguntó sorprendido.

Carla pensó que se le habían endurecido las facciones; su mirada era más intensa.

—Hola, Max, ¿cómo estás? —lo saludó tendiéndole la mano con una sonrisa.

Max no podía quitarle los ojos de encima.

—¡No sabía que venías! —exclamó desconcertado mirando al profesor—. De hecho, creía que el subcomisario era yo.

—Y lo es, junto con Carla. Trabajarán juntos para conseguir la

mejor exposición de Botticelli que se haya hecho jamás.

Max resopló.

—Le contaba a Carla que también podrán contar con el personal de conservación; es un equipo de cuatro personas. Usted ya los conoce, Max. —Cogió un rotulador y escribió en la pizarra—. Orientación de la exposición. Este es el primer gran punto que habrá que tratar. Supongo que ya tienen alguna propuesta.

Max se apresuró a hablar:

—He pensado en hacer una muestra diferente, centrándonos en la influencia de Botticelli en diversas generaciones de artistas y creadores hasta los siglos XIX y XX, como Andy Warhol y René Magritte. La idea sería exponer estas obras junto con las de Botticelli, empezando el itinerario con las obras actuales e ir retrocediendo hasta el siglo XV con una amplia muestra de Botticelli y otros artistas del Quattrocento.

—Pero ¿no cree que perderemos el foco? —le preguntó el profesor.

—Al contrario, haremos más grande a Botticelli. Mostraremos cómo su obra ha condicionado las creaciones de diferentes artistas hasta la actualidad.

—¡Botticelli ya es grande en sí mismo! —argumentó el profesor volviéndose hacia Carla—. A ver, señorita Bas, ¿cuál es su propuesta? Sorpréndame.

Carla miró a Max antes de hablar; creía que su idea era muy buena.

—Había pensado en mostrar al hombre que hay detrás de Botticelli, un artista de extraordinarias cualidades y gran sensibilidad que encontró la ciudad, el momento y a la modelo que lo llevaron a la genialidad.

Max frunció el ceño.

—Perdona, ¿de quién hablas?

—De su musa, Simonetta Vespucci.

Max se rio.

—¿Estás de broma?

Carla se puso tensa.

—Mi teoría es que Simonetta despertó su virtuosismo.

—¿Qué quieres decir, que sin Simonetta no habría sido quien fue?

—Pues sí.

—Muy bonito para una novela —comentó con sorna—. Carla, creía que harías una aportación más interesante. Tanto tiempo en Barcelona te ha ablandado.

Resopló de aburrimiento. Carla enrojeció de rabia. ¿Qué se había creído? Intentó replicar, pero se le hizo un nudo en la garganta. Sintió que se le humedecían los ojos y salió precipitadamente de la sala.

El profesor fulminó a Max con la mirada.

—Me temo que tendrá que pedirle disculpas porque mañana empezaremos a trabajar en la propuesta de Carla.

—¿Me he perdido algo? —preguntó Max caminando hacia el fondo de la sala—. Llevo cuatro años trabajando aquí y, sin previo aviso, el día que empieza el proyecto me encuentro con que ha incorporado a otra subcomisaria. No tengo nada en contra de Carla, pero me habría gustado saberlo antes de aceptar. ¿Y ahora hace que prevalezca su absurda propuesta sobre la mía?

El profesor se encendió.

—Escúcheme bien, Max, no voy a tolerar que nadie cuestione mis decisiones. ¡Si no le gustan, es muy libre de abandonar el proyecto! —dijo, y salió de la sala dando un portazo.

Max dio una patada a la mesa.

Veinte minutos después, Carla llamó a la puerta del despacho del profesor Belletti.

—¡Adelante! —dijo dejando en el escritorio los papeles que estaba leyendo.

—Mauro me ha dicho que me buscaba… —Entró avergonzada.

—Sí, siéntese, por favor.

Se sentó en la silla. Todavía tenía los ojos enrojecidos.

—Perdone, profesor, no debería haberme ido de esa forma.

—No se preocupe. Quería pedirle disculpas por el comportamiento de Max y comunicarle que he elegido su propuesta.

Carla sonrió sorprendida. No se esperaba esa decisión.

—¿En serio?

—Me gusta su idea. Quizá descubramos a otro Botticelli y las verdaderas motivaciones de su obra.

—Es una gran noticia, profesor.

—Ya se lo he comunicado a Max. Empezaremos mañana. La exposición debe estar lista antes de final de año.

—¡Cuente conmigo! —exclamó emocionada.

—Antes de que vuelva al trabajo, quería comentarle otra cosa.

—Usted dirá.

—Sé que su especialidad es la restauración de óleos. Recuerdo que tenía talento.

—Gracias —respondió preguntándose a dónde quería llegar.

—Quería saber si durante sus horas libres podría restaurar un Ghirlandaio.

Carla inclinó el cuerpo hacia delante, mostrando interés.

—¡Un Ghirlandaio! ¡Me encantaría!

—Es de un buen amigo, pero el cuadro no está en los Uffizi.

—¿Y dónde está?

—En su casa. Es uno de los benefactores más importantes del museo. Debería restaurar el cuadro allí.

Se emocionó, por fin volvería a trabajar en una tela.

—Si le parece bien, puede ir esta tarde a hablar de las condiciones.

El profesor anotó una dirección en una hoja y se la tendió. Carla la leyó.

—San Gimignano, es el pueblo de mi prima.

—Sí, me había dicho que tenía familia allí —le dijo con una sonrisa —. Llamaré para confirmarle que acepta.

Esa misma tarde, Carla se dirigió acompañada de Francesca a la dirección que le había dado el profesor Belletti. El Cinquecento se detuvo frente a unas grandes puertas de hierro forjado que daban entrada a la finca.

—¡Pero si es un palacio! —exclamó Carla mirando las dos grandes uves doradas ubicadas en la parte superior de cada puerta.

—Cuando me has dicho la dirección, he pensado que podría ser el

palacio Verini. El conde es uno de los hombres más ricos de la Toscana.

—Claro, Verini. ¡Es el señor al que conocí ayer en los Uffizi!

—¡Llevo toda la vida en San Gimignano y solo lo he visto un par de veces, y tú te lo encuentras el primer día!

—Es amigo del profesor Belletti y uno de los benefactores más importantes de los Uffizi.

—Dicen que en el palacio tiene una colección digna de un museo. Se rumorea que contaron con el favor del régimen de Mussolini —comentó Francesca mirando la finca.

—¡Me lo imagino, si vengo a restaurar un Ghirlandaio!

Francesca extendió el brazo y pulsó el botón del interfono.

—Tiene fama de arisco y solitario. No se deja ver muy a menudo por el pueblo.

—A mí ayer me pareció bastante agradable —dijo extrañada.

Una voz desde el interfono las interrumpió:

—Residencia Verini.

Carla se acercó al aparato.

—Buenas tardes, soy Carla Bas, vengo de parte del profesor Belletti, de los Uffizi.

—El conde la espera, pase.

Un automatismo abrió las puertas poco a poco y entraron con el coche.

—¡Cuando le cuente a mi madre que hemos estado en el palacio no se lo va a creer! —exclamó Francesca.

Siguieron el camino que bordeaba la finca hasta llegar a la zona de aparcamiento. Al bajar del vehículo, miraron los magníficos jardines de rosales, cipreses y olivos que rodeaban el palacio, de fachada blanca y amplios ventanales. Subieron por la escalinata de mármol y Carla se sintió transportada a otro tiempo.

—¡Parece que estemos en el siglo XV!

Las dos chicas se dirigieron a la puerta de cristal y hierro forjado donde las esperaba un mayordomo con uniforme y cara amable. Al ver a Carla, se quedó helado.

—Buenas tardes, venimos a ver al conde.

El mayordomo no dejaba de mirarla.

—Sí… La espera en la biblioteca. Síganme, por favor.

Las hizo pasar. Una amplia alfombra cubría el suelo del recibidor. Carla miró los cristales de la lámpara de araña suspendida en mitad de la estancia. Las paredes del pasillo estaban decoradas con deliciosos frescos de colores pastel. El mayordomo las llevó a una sala forrada con gigantescas estanterías de cedro repletas de libros. Francesca le dijo a Carla en voz baja:

—Seguramente tiene más libros que la biblioteca del pueblo.

El mayordomo anunció la visita al conde, que leía el periódico en uno de los dos sofás de piel que se encontraban en el centro de la estancia. Miró a las dos chicas.

—¡Señorita Bas, qué placer tenerla aquí! —le dijo mientras dejaba el periódico a un lado.

Carla sonrió.

—El placer es mío. Después de nuestro encuentro en los Uffizi, tenía ganas de volver a verlo.

El conde se levantó y se acercó a ella apoyándose en el bastón.

—Le presento a mi prima Francesca. Me alojo en su casa, en San Gimignano. Me ha hecho el favor de acompañarme.

—Encantado, no tenía el placer. No paseo mucho por el pueblo, la verdad.

—Tiene una residencia extraordinaria —le dijo Francesca mirando a su alrededor.

—Cuatrocientos años de historia. Para serles sincero, ya empiezan a pesarme. En fin, me alegra que haya aceptado restaurar el Ghirlandaio. Es una pieza muy importante para mí —dijo mirando a Carla.

—Es un privilegio poder trabajar en una pintura como esta —le aseguró.

—¿Le parece que vayamos a verla?

Carla miró a Francesca indicándole que podía marcharse.

—Bueno, pues yo me voy. ¿Vengo a buscarte dentro de una hora?

—No se preocupe, señorita, mi chófer la llevará cuando acabemos.

—Sí, claro —dijo Francesca.

—Aurelio, acompaña a la señorita Francesca a su coche. Señorita Bas, si es tan amable de seguirme hasta el taller…

Carla observó su andar aristocrático. Pensó que estaba acostumbrado a mandar. Cuando llegaron al taller, abrió la puerta con una llave que sacó del bolsillo del chaleco.

—Esta sala está acondicionada con la temperatura, la luz y el grado de humedad óptimos para la conservación de las pinturas. Aquí podrá trabajar bien.

Al entrar, Carla se fijó en el lienzo del atril protegido con una tela blanca. El conde se acercó y dejó caer la sábana al suelo.

—Me temo que tendrá trabajo —le dijo mirándolo.

Carla observó la pintura y tuvo esa sensación de tristeza que la invadía cuando miraba una obra en mal estado. El conde se dio cuenta.

—No me siento orgulloso, lo he dejado abandonado.

Carla ya no lo oía, estaba perdida entre las oleadas de colores y las humedades que apagaban la pintura. El conde no quiso molestarla.

—No quiero engañarlo, será un trabajo difícil y sé que requerirá tiempo. Me gustaría devolverle la luz y la intensidad de los colores originales, pero en esta parte —le dijo señalando con el índice— la humedad ha llegado al interior de la tela y ha hecho saltar un buen trozo de la capa pictórica, que tendré que restaurar por completo.

—Por mí no hay inconveniente. Mi única preocupación es recuperarlo. —Lo cogió y lo levantó del atril—. Le tengo mucho cariño. Lo tenía en una pequeña sala de lectura privada que llevaba un tiempo sin visitar, y por desgracia hubo una filtración de agua.

—¡Qué lástima!

—Ciertamente —le dijo dejando la pintura—. ¿Cuándo podría empezar?

—He pensado en venir por las tardes, cuando acabe el trabajo en los Uffizi. Quizá no pueda venir todos los días, pero haré lo que me permita el profesor Belletti.

—Hablaré con él, si es necesario. Me debe más de un favor.

Carla se quedó mirando el jardín a través de los grandes ventanales. Se sentía a gusto en esa casa.

—Bueno, pues, si le parece, empezaré mañana a las seis.

—¡Pero si no hemos hablado de su remuneración! —protestó.

—Tener la oportunidad de restaurar un Ghirlandaio ya es suficiente pago.

El conde sonrió.

—Antes de marcharme, me gustaría hacerle una pregunta sobre lo que hablamos ayer en los Uffizi de *La Primavera*.

El conde asintió.

—Usted dirá.

—Si la Gracia que está en el centro no es Semiramide, la mujer de Pierfrancesco, ¿de quién se trata?

—De Simonetta.

—Pero Simonetta es Flora… —dijo Carla, extrañada.

—Sí, pero también es Castitas. La inspiración de Botticelli para pintar las tres Gracias de *La Primavera* fue la danza que Simonetta, Albiera degli Albizi y Leonor de Aragón interpretaron en la boda de esta última con el duque de Ferrara en los jardines del palacio Lenzi. —Hizo una breve pausa y añadió—: La sensual y provocativa Voluptas es Albiera. En el centro, la sencilla y prudente Castitas es Simonetta, y a la derecha, la sofisticada y elegante Pulchritudo es Leonor. ¿Recuerda adónde dirige la mirada Castitas?

—Hacia Mercurio… ¡Giuliano! —exclamó Carla.

—Botticelli vuelve a representar a Simonetta como una de las tres Gracias, la que mira a Mercurio, totalmente ajeno a los encantos de las ninfas, como lo describe Poliziano en «Le Stanze».

A Carla le bullía la cabeza.

—¿Cree que Giuliano y Simonetta consumaron su amor?

—No tengo ninguna duda, querida.

—Pero ¿por qué representó a Simonetta dos veces? Flora y Castitas.

—Después de su muerte, Simonetta se convirtió en una obsesión para Botticelli.

Carla sonrió. Su teoría tomaba más consistencia.

Cuando Carla salió del palacio, el conde se dirigió al despacho y se

sirvió un vaso de whisky del carrito de bebidas que tenía delante de la ventana.

Se acercó al viejo tocadiscos, sacó un vinilo de la funda y lo colocó con cuidado en el plato. Cogió la aguja, la dejó caer muy despacio encima del disco y la voz de Jimmy Fontana empezó a sonar. No había vuelto a escucharla desde su viaje a Génova. Se estremeció.

Se sentó en el escritorio, abrió el primer cajón y sacó una libreta de tapa dura. Saboreó el whisky antes de abrirla. Eran retratos dibujados a carboncillo del rostro de Graziela; sintió una punzada en el corazón. «Maldito Jimmy, no es verdad. Sin ella, el mundo dejó de girar», dijo mientras una lágrima le caía por el rostro.

El mayordomo entró exaltado.

—¡Es igual que ella!

—Sí… —contestó sin dejar de mirar los dibujos.

Se quedó embelesado observando su sonrisa hasta que la música dejó de sonar.

Florencia, barrio del Oltrarno

Marina abrió la cremallera de su bolso, sacó las figuras y las depositó con cuidado en el mostrador de la desordenada trastienda. El anticuario se puso las gafas, cogió una y la recorrió con los dedos de la otra mano. Sintió la frialdad del bronce.

—Puedo darte diez mil por cada una.

—¡Si como mínimo valen veinticinco! —exclamó volviéndolas a meter en el bolso.

El anticuario la detuvo con la mano.

—Espera, puedo llegar a quince. No son fáciles de vender.

—¡No aceptaré menos de veinte! —respondió desafiándolo.

El hombre volvió a mirar las dos figuritas.

—De acuerdo… —cedió por fin.

Marina sonrió mientras el anticuario sacaba un fajo de billetes de un cajón y empezaba a contarlos encima del mostrador.

—Cuarenta mil.

Ella los cogió y se los guardó en el bolso. El anticuario le guiñó el ojo.

—Un placer hacer negocios contigo. Tu mercancía es cada vez más interesante.

Marina puso cara de asco y salió de la trastienda haciendo tintinear la campanilla de la puerta. Le sonó el móvil.

—¿Sí?

—Empezamos.

—¿Tan pronto?

—Todo va según lo previsto.

—De acuerdo.

—¿Cómo ha ido la transacción?

—Cuarenta mil —le contestó tocando el fajo de billetes del bolso.

—¿Estás loca? ¡Si valen treinta mil cada una!

—¡Me ofrecía diez mil! —gritó.

La voz del teléfono resopló. Marina cortó la llamada y lanzó el móvil dentro del bolso.

—¡Pero qué se ha creído!

San Gimignano

Anochecía. El chófer del conde la llevó a casa de Francesca. Le abrió la puerta y Carla bajó del coche y le dio las gracias con una sonrisa. Estaba emocionada. La restauración del Ghirlandaio se le presentaba como un reto para comprobar si después de tanto tiempo seguía conservando su talento. Abrió la puerta y dejó el bolso y la chaqueta en el perchero del recibidor. Se sentía cansada, tenía ganas de cenar algo y acostarse. Al entrar en la sala de estar vio a Àlex sentado en el sofá hablando con Francesca. Un escalofrío la recorrió de arriba abajo.

—¡Carla, han venido a verte! —se apresuró a decirle Francesca con cara de circunstancias.

Sintió el impulso de salir corriendo, pero las piernas no le respondieron. Àlex se levantó del sofá.

—Hola, Carla.

Sus miradas se encontraron. Sintió una punzada en el corazón.

—¿Qué…, qué haces aquí? —le preguntó descolocada.

Francesca se acercó a ella.

—Acaba de llegar, no he tenido tiempo de avisarte… —le susurró al oído.

Carla estaba blanca como una hoja de papel, le costaba respirar.

—Le pediré que se vaya —añadió Francesca, preocupada.

Carla la cogió del brazo.

—Yo me ocupo.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Vale. Si me necesitas, estaré en la cocina.

Francesca lo miró, de pie inmóvil frente al sofá, y se fue a la cocina. Àlex se acercó.

—Carla, yo…

Ella fue directa hacia él y le cruzó la cara de una bofetada.

—¡Eres un hijo de puta!

Se quedó quieto con la mano donde había recibido el impacto. El corazón de Carla latía rápido y sentía la adrenalina fluyéndole por el cuerpo.

—¿Cómo has podido?

Àlex miró al suelo y negó con la cabeza.

—¡He sido una idiota! ¡Aún tenía la esperanza de que me dijeras que no era verdad!

—Carla, yo…

No era capaz de hablar, sentía la mirada de desprecio de Carla.

—¿Por qué has venido?

—Quería hablar contigo…

—¿Después de cinco días?

—No sabía cómo hacerlo… —le dijo encogiéndose de hombros.

—¡Muy sencillo, no tirándote a Marta Solanes! ¿En qué cojones pensabas? —gritó enfurecida.

—No pensaba… Se me descontroló todo. —Àlex movía las manos intentando explicar con gestos lo que no podía decir con palabras—. Lo último que pretendía era hacerte daño… Tú ya veías que el trabajo en el despacho era cada vez más exigente, hacía más de doce horas diarias, muchas noches sin dormir… Me junté con malas compañías y perdí el norte.

Carla le dio la espalda, no quería escucharlo. Sus palabras le dolían demasiado.

—¿Qué te daba ella que no tuviera yo? —le preguntó volviéndose.

—No era lo que ella me daba, era yo…

Los dos se quedaron en silencio, un silencio que a Carla le rompía el alma.

—No estoy bien, Carla. Hace un tiempo que no lo estoy.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

—¿Qué querías que te dijera? ¿Que me daba miedo enfrentarme a mi padre, a los casos que me asignaba? ¿No estar a la altura de sus expectativas? ¿Que empecé a beber y a drogarme para convivir con mis miedos? —le preguntó mirándola con ojos vidriosos.

Carla no reconocía al hombre que tenía delante quitándose la

máscara.

—No quería mostrarte mi debilidad…

—Yo no te hubiera querido menos si hubiese conocido tus inseguridades.

Àlex la miró a los ojos.

—Estos días han sido los peores de mi vida, la mera idea de perderte…

Carla estalló.

—¿Los peores de tu vida? ¡Eres un maldito egocéntrico! —Caminó por la sala de estar enfurecida—. ¡Aquí a la única a la que han engañado durante más de un año ha sido a mí!

Àlex se quedó de nuevo en silencio.

—Pau y Júlia ya me lo habían advertido, y no quise escucharlos. Tanto criticar a tu padre y resulta que no sois tan distintos.

—¡Yo no me parezco a mi padre! —exclamó enfadado.

—¿De verdad lo crees? ¿Qué hizo con tu madre?

Àlex saltó hacia Carla y se quedó a pocos centímetros de ella apretando los puños. Ella creyó que la agrediría.

—¡No quiero parecerme a ese cabronazo!

—Te pareces más de lo que crees. Si no, ¿cómo has podido engañarme con tanta impunidad?

Àlex no dejaba de negar con la cabeza.

—No sé quién eres. ¡Todo lo que hemos vivido ha sido mentira!

—Mentira no… ¡Yo te quiero!

—¡Qué cínico eres! ¿A eso lo llamas «querer»?

—Lo siento, Carla. Siento mucho lo que te he hecho.

Carla se quedó inmóvil escuchando sus palabras.

—Sé que ahora no podrás perdonarme, pero voy a demostrarte que eres lo único que me importa.

—Tienes razón, no puedo perdonarte.

—Carla, escúchame, he dejado el despacho, lo he dejado todo, solo te pido otra oportunidad. Me quedaré en Florencia hasta que vuelvas a confiar en mí.

Carla lo miraba con desprecio. Àlex sacó una tarjeta del hotel donde se hospedaba y la dejó en la mesa.

—Me alojo aquí. El móvil no me funciona bien, pero puedes llamarme al hotel —le dijo, y dio media vuelta.

Carla miraba sus anchos hombros mientras se dirigía a la puerta.

—Ha sido mi madre, ¿verdad? —le preguntó.

—¿Tu madre?

—Sí, la que te ha dicho dónde estaba.

—Sí —admitió antes de cerrar la puerta.

Carla se dejó caer en el sofá y se abrazó temblorosa. Sentía un fuego que la quemaba. Gritó con rabia.

Florencia
13 de marzo de 1475

Los dos carruajes salieron del palacio Médici para dirigirse a la misa de domingo en la catedral. Lorenzo, sentado en el primer coche, habló con Giuliano, que miraba distraído por la ventana.

—No mentí cuando te hablé de la belleza de Fioretta. Era la doncella más hermosa de la fiesta.

—No estoy de acuerdo —replicó Giuliano sin mirarlo.

Lorenzo fingió no haberlo oído.

—Fioretta es una dama elocuente y sensata. ¿Sabías que le gusta la poesía y leer las Sagradas Escrituras? Será una buena esposa para ti.

—¿Quieres decir como Clarisa? —le preguntó volviendo la cabeza hacia él.

—Sí. Y quizá con el tiempo llegarás a quererla.

—¿Igual que tú? —le dijo desafiante.

Lorenzo no respondió. Era su hermano menor y tenía el instinto de protegerlo. Sabía qué significaba lo que le estaba pidiendo.

—No siento nada por Fioretta. Contemplo su belleza, pero no me conmueve.

—Giuliano, ya lo hemos hablado. El matrimonio no es cuestión de sentimientos.

Giuliano dio un fuerte puñetazo que agrietó el techo de madera.

—¡Después hablaremos, hermanito! —dijo Lorenzo, enfadado.

Los carruajes entraron en la plaza de la catedral y se detuvieron delante de la puerta. Una vez abajo, los dos hermanos se dirigieron al segundo coche para ayudar a bajar a su madre, a Clarisa y a Fioretta, acompañada esta de su padre.

La catedral iba llenándose. Las familias acomodadas de Florencia entraban y saludaban a sus conciudadanos antes de ocupar sus bancos en la nave principal. Lorenzo encabezaba la entrada en el templo con

su madre y Clarisa. Los seguía Fioretta del brazo de su padre. Giuliano, algo más atrás, cerraba la comitiva. Entraron por el pasillo central bajo la atenta mirada de la gente hasta situarse en el banco de la primera fila, delante del altar mayor. Giuliano buscaba a Simonetta, pero no la encontró. Los domingos, la catedral se llenaba de cientos de feligreses que celebraban orgullosos el día del Señor. Observó a Fioretta sentada a su lado, tan distinta de Simonetta, e imaginó cómo sería la vida con una mujer a la que no amaba. Un sudor frío lo empapó por completo. Se secó las gotas de la frente con un pañuelo y escuchó la misa desde su banco.

Al terminar la ceremonia, el obispo se dirigió a la salida para saludar a los feligreses. Lucrezia se detuvo para presentarle a Fioretta.

Cuando Marco y Simonetta salieron del templo, vieron a los Médici en la entrada.

—Mira, allí está Lucrezia. Vamos a darle las gracias por la invitación de ayer.

Simonetta vio a Giuliano al lado de Fioretta.

—No me encuentro muy bien. Me gustaría irme a casa.

—¡Son los Médici, no podemos hacerles ese feo!

Marco la cogió del brazo. Simonetta deseaba huir, no quería volver a verlo con ella.

—Madonna Lucrezia, mi esposa y yo queríamos agradeceros la invitación de ayer. Fue una gran velada, como todas las que celebráis en vuestra casa —le dijo luciendo orgulloso a su esposa ante Giuliano.

Al ver a Simonetta, a Giuliano se le encendió la mirada. Llevaba un vestido blanco con pedrería e incrustaciones doradas que hacían que sus ojos resplandecieran.

—Nos complace celebrar las buenas nuevas con los amigos —contestó Lucrezia—. Ya conocéis a Fioretta y a su padre; nos hacen el honor de quedarse unos días con nosotros.

Simonetta se fijó en los ojos verdes de Fioretta; por primera vez se sintió insegura de su belleza.

—Madonna Vespucci, quizá podríais darle algún consejo a Fioretta sobre Florencia. Simonetta es de Génova, pero se ha adaptado muy bien a la ciudad.

—Sí, por supuesto. Florencia es una ciudad muy acogedora, y también su gente.

Le dolió su belleza. Durante un momento su mirada coincidió con la de Giuliano y sintió un ardor en el pecho. Marco la cogió de la mano.

—Tendréis que disculparnos, pero mi esposa se encuentra algo indispuesta.

La pareja se marchó bajo la atenta mirada de Giuliano. Lucrezia se dirigió al obispo.

—Excelencia, nos complacería mucho invitaros a comer.

—Por supuesto, será un honor.

—Fantástico, enviaremos un coche a recogeros.

Los Médici se dirigieron a los coches. Justo antes de entrar, Giuliano vio a Botticelli hablando con Poliziano en las escaleras de la catedral. Lo llamó.

Cuando Botticelli se acercó a él, le dijo al oído:

—Necesito vuestra ayuda.

—Vos diréis.

—Debéis buscar una razón para que Simonetta vaya a vuestro taller. Tengo que verla como sea.

—Pero Messer…

Giuliano lo agarró con fuerza del brazo.

—¡Si queréis seguir trabajando en Florencia, haréis lo que os pido! —lo amenazó antes de subir al carruaje y sentarse junto a Lorenzo.

Botticelli negó con la cabeza mientras miraba el coche que se alejaba.

Florencia, taller de Botticelli
15 de marzo de 1475

Las gotas de sudor que le caían por el rostro lo despertaron a medianoche; había tenido una pesadilla. Se levantó en la penumbra y se refrescó con el agua del barreño; la sombra de su cara reflejada en el espejo hizo que se sintiera miserable. Había roto la promesa de protegerla. Encendió las velas alrededor del atril e hizo lo único que podía serenarlo.

Al día siguiente se despertó en el suelo junto al lienzo. Tenía el cuerpo dolorido, una sensación lo perturbaba: le dolía el engaño a Simonetta. Se levantó para mirar el dibujo y lo recorrió con los dedos.

Unas horas más tarde el sirviente le anunció la llegada de Giuliano, y se maldijo en voz baja por lo que iba a hacer.

—¡Sandro, estoy nervioso! —exclamó Giuliano entrando apresuradamente.

—Si habéis cambiado de opinión, todavía puedo pedir que la avisen —intentó desesperado.

—¡No, tengo que verla!

—Messer, la ponéis en peligro encontrándoos aquí.

El sirviente anunció la llegada de Simonetta. Botticelli miró a Giuliano suplicándole que no lo hiciera, pero este se mantuvo firme. Resignado, fue a recibirla a la entrada; Simonetta estaba de pie junto a su dama, Caterina. La luz de la mañana le acariciaba el rostro.

—Buenos días, Messer.

—Buenos días, Madonna —le dijo haciendo una reverencia—. Ha venido alguien que quiere veros.

Giuliano se acercó a ella.

—Messer Médici… ¿Qué hacéis vos aquí? —le preguntó confundida.

—Disculpad mi atrevimiento. Yo… quería hablar con vos —contestó perdiendo parte de su seguridad ante ella.

Simonetta miró a su dama y le indicó que los dejara solos. ¿Qué quería decirle? Botticelli salió detrás de Caterina.

—Madonna, desde que os vi en los jardines del palacio Lenzi, solo pienso en vos. Sois la razón por la que despierto cada mañana, la brisa fresca que me acaricia el rostro, la noche estrellada que me lleva a casa tras la batalla. Soy enteramente vuestro. Mi corazón, mi alma, no quiero nada en esta vida si no es con vos.

Simonetta se quedó conmocionada. Deseaba que las palabras de Giuliano fueran ciertas.

—Pero vos estáis con Fioretta… Y yo soy una mujer desposada… —respondió temblorosa.

—No, ella no… —Negó con la cabeza—. Ella no es vos. El otro día en la catedral imaginé una vida sin vos y no puedo adivinar un destino más miserable.

Giuliano se acercó a ella y la besó en los labios con dulzura.

—Deteneos… —pidió temerosa.

—Solo decidme que no sentís lo mismo que yo y me marcharé.

Simonetta no pronunció ni una palabra. Giuliano volvió a besarla y la abrazó como si quisiera retenerla para siempre.

San Gimignano, palacio Verini
1 de septiembre de 1970

Cuando salieron de la biblioteca vieron a los condes tomando un whisky en el sofá del salón con los últimos invitados. Graziela, conmocionada por lo que había ocurrido esa noche, a duras penas pudo agradecerles la invitación.

—¿Todo bien? —le preguntó Arnaldo de camino al aparcamiento.

Ella andaba en silencio, procurando que los tacones no se le clavaran en la tierra del jardín. No respondió. Arnaldo la cogió por los hombros.

—Ela, ¿estás bien?

Ella lo miró.

—Han pasado muchas cosas. Necesito algo de tiempo para asimilarlo.

—Perdona, no pretendía inquietarte —dijo mientras la ayudaba a subir al coche.

Dio la vuelta y, antes de sentarse en el asiento del conductor, se aseguró de que llevaba el estuche en el bolsillo. Sonrió y entró en el vehículo. Arrancó el coche y salieron de la finca por el camino de cipreses.

Recorrieron en silencio las tranquilas calles de San Gimignano. Arnaldo se dirigió hacia el centro hasta la via Costarella y aparcó allí.

—¿Qué hacemos aquí? —le preguntó Graziela, extrañada.

—Quiero mostrarte algo.

—¿Aún te queda algo por mostrarme hoy? —quiso saber con una sonrisa cómplice.

Arnaldo salió del coche y le abrió la puerta. La noche era clara. El ruido de los tacones de Graziela los acompañó hasta la piazza del Duomo. Con los dedos, Arnaldo jugueteaba con el estuche que llevaba en el bolsillo de la americana. Se detuvieron delante de la gran

escalinata de la fachada románica de la catedral, solo iluminados por la tenue luz de una farola.

En ese momento la miró a los ojos y se arrodilló delante de ella.

—Ela, eres la mujer de mi vida, te quiero con toda mi alma, con todo mi ser, con todo mi corazón. Me has despertado de mi sueño y me has hecho sentir vivo por primera vez. Contigo he comprendido el verdadero significado de la palabra «amor». —Metió la mano en el bolsillo de la americana, sacó el estuche y lo abrió mostrándole un anillo de diamantes con un zafiro azul—. Graziela Ferrara, ¿quieres casarte conmigo?

Graziela se quedó paralizada. En silencio, miró el anillo que Arnaldo sostenía delante de ella. Era precioso.

—Si no quieres, yo…

Graziela se abalanzó sobre él.

—¡Sí quiero, con toda mi alma!

Una oleada de felicidad lo invadió; se levantó y le puso el anillo en el anular muy despacio.

—¡Nos casaremos aquí, en Santa Maria!

Graziela miró el impresionante anillo colocado en su dedo. Estaba radiante de felicidad. Arnaldo la besó estrechándola con fuerza entre sus brazos.

San Gimignano, palacio Verini

Al día siguiente, Arnaldo se despertó exultante. Miró por la ventana; el sol brillaba con intensidad en un cielo muy azul. Fue al cuarto de baño y se desnudó para meterse en la ducha. Mientras el agua caliente se deslizaba por su cuerpo, recordó la imagen sensual y voluptuosa de Graziela apoyada en la pared. Ninguna otra mujer lo había fascinado de ese modo. Pensó en cómo les comunicaría a sus padres que se habían prometido. Sabía que no se lo pondrían fácil.

Cuando bajó, los encontró desayunando en la mesa del jardín. El conde leía los periódicos mientras la condesa reproducía las conversaciones de algunos invitados.

—Buenos días, Arnaldo, ¿qué tal has dormido? —le preguntó su madre con una sonrisa.

—Bien —respondió, y le dio un beso.

—Los Mancini nos felicitaron por tu incorporación a las bodegas. Están convencidos de que serás un buen gerente.

Arnaldo sonrió a su madre mientras se sentaba a la mesa y cogía una taza de café.

—Tu padre y yo estábamos comentando que Bianca se ha convertido en una mujer muy atractiva. ¿Sabes que se queda definitivamente en Florencia? Los estudios en Suiza le han ido muy bien.

—Sí, ayer me lo contó —se limitó a responder.

—Estaría bien que volvieras a introducirla en la sociedad florentina. Tantos años fuera la han dejado un poco descolgada.

—De acuerdo, madre, lo haré.

Sus padres seguían empeñados en emparejarlo con ella. Cogió una tostada y empezó a untarle mantequilla. Tenía que encontrar el momento para darles la noticia.

—No nos habías dicho que Graziela era tan guapa.

Arnaldo miró a su madre.

—¡No creía que fuera importante!

—No es necesario que te pongas a la defensiva, Arnaldo.

El conde intervino.

—¿De quién es hija? Su cara me resulta vagamente familiar.

—De los Ferrara, no creo que los conozcáis.

—San Gimignano no es un pueblo tan grande —comentó el conde.

—Sí, su madre es la hija de los maestros del pueblo, ¿verdad? Una mujer muy guapa. Su marido la abandonó —dijo su madre removiendo el café con la cucharilla.

Arnaldo comenzaba a ponerse nervioso.

—Comprendo… —dijo el conde apartando el periódico—. Arnaldo, debes empezar a pensar en tu futuro, ya tienes veintitrés años.

—¿Qué quieres decir?

Su padre le respondió irritado:

—Un día serás el conde Verini, y eso es un privilegio y una responsabilidad al mismo tiempo. Hasta ahora te hemos dejado hacer lo que has querido, estudiar esa absurda carrera y estar con quien quisieras, pero ha llegado el momento de que empieces a planificar tu vida, y el matrimonio es un elemento primordial.

Arnaldo apretó los puños encima de la mesa. No le gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación.

—Deberías casarte con una chica como Bianca. Es de buena familia, propietaria de una industria textil muy próspera.

No pudo aguantar más, tenía que detenerlo.

—Ayer le pedí a Graziela que se casara conmigo.

Sus padres se miraron.

—¿Que has hecho qué? —le preguntó el conde tirando el periódico —. ¡Ni se te ocurra!

—¡Pues ya lo he hecho, y ella ha aceptado! —los desafió.

—Sí, claro, casarse con un conde, ¡qué sacrificio! —dijo su madre con ironía.

—¡Madre, no, Graziela no es así! —exclamó molesto.

—Arnaldo, eres joven y no sabes lo que las personas están dispuestas a hacer para prosperar en la vida —insistió.

—He sido yo el que le he pedido matrimonio; ella ni se lo imaginaba.

—¡Está claro que aún tienes mucho que aprender de las mujeres! —dijo el conde en tono de suficiencia.

El corazón de Arnaldo latía cada vez más rápido. Se dio cuenta de que estaba intentando cruzar un muro de hormigón.

—El matrimonio tiene que fortalecer y consolidar la familia, y eso significa que debe ser entre iguales. ¿Qué puede ofrecerte ella?

Arnaldo negaba con la cabeza.

—Ella me hace feliz.

El conde soltó una carcajada.

—Hijo mío, pero ¡cómo puedes ser tan ingenuo! Ya estás anulando esa absurda promesa ahora mismo, y debes hacerlo antes de que se entere toda la Toscana y comprometa la reputación de la familia. ¡Te casarás con una mujer de nuestra posición, y no se hable más!

—¡No entendéis nada! —gritó levantándose de la mesa y tirando la taza de café.

Se apresuró hacia el coche como si se lo llevaran los demonios. Buscó la llave en los bolsillos, arrancó y salió de la finca a toda velocidad. Las palabras de su padre le retumbaban en la cabeza y pisó el acelerador a fondo. Cogió una curva, el coche se descontroló y se salió de la carretera. Sintió un fuerte impacto y todo se volvió negro.

Florencia, Galería de los Uffizi
27 de junio de 2023

Carla entró en los Uffizi cuando todavía no eran las siete y media. No había dormido en toda la noche; ver a Àlex admitiendo su infidelidad fue la estocada final. No sabía de dónde había sacado las fuerzas para levantarse de la cama. Pasó el control de seguridad; le pesaba el cuerpo. Mientras subía las escaleras del tercer piso, la cabeza empezó a darle vueltas y tuvo que sentarse en un escalón para no caerse. Sintió la fría piedra durmiéndole la piel. «¡Maldito Àlex! ¿Por qué has tenido que venir?». Una sensación de angustia la invadió. Necesitó un rato antes de poder levantarse e ir tambaleándose al lavabo. El cuerpo le dolía. Se mojó la cara bajo el grifo y el espejo le devolvió la imagen de una mujer rota. «¿Cómo he podido ser tan idiota?». Apoyó la espalda en la pared, se deslizó hasta el suelo y se echó a llorar. No tenía fuerzas para hacer la presentación.

Minutos después se incorporó y sacó el neceser del bolso para retocarse el maquillaje. No permitiría que ese idiota también le quitara su sueño. Cuando estuvo preparada, salió al pasillo y entró en la sala veinticinco. Se encontró a Max trabajando con el portátil. Estuvo a punto de dar media vuelta e ir a la cafetería, pero él levantó la cabeza.

—¡Buenos días, Carla!

—Buenos días —contestó con un hilo de voz.

Max la observó mientras se dirigía a su sitio. La sala estaba orientada al este y su mesa recibía la luz de la mañana. Se sintió incómoda bajo su mirada.

—Hoy no tienes buena cara.

—No he dormido muy bien.

Dejó el bolso en la mesa; sentía que cargaba con todo el peso del mundo.

—Vaya, ¿estás nerviosa por la exposición?

Carla ni siquiera lo oyó.

—¿Carla?

—¿Qué has dicho?

—Que si es la exposición lo que te quita el sueño.

Carla le contestó cortante, quería que la dejara tranquila.

—¡Son temas personales!

—Perdona, no quería parecer un cotilla.

Carla se sentó y abrió el bolso para sacar el portátil. Max siguió trabajando.

—Quiero pedirte disculpas, ayer fui un poco grosero.

—¿Un poco? —le preguntó Carla sin mirarlo.

El profesor Belletti entró.

—Qué bien, ya están los dos aquí. Hoy tengo reunión de la junta y no podré quedarme mucho rato —dijo, y se dirigió a la pizarra—. Carla, ¿puede desarrollarnos su propuesta?

Carla se levantó; le pesaba todo el cuerpo.

—Me gustaría… —Tomó aire—. Me gustaría presentar cronológicamente la obra de Botticelli y mostrar que, desde la aparición de Simonetta, incrementó su virtuosismo hasta llegar al nivel de *La Primavera* o *El nacimiento de Venus*.

Max intervino:

—Y según tú, ¿cuándo fue eso?

—Su primer retrato de Simonetta fue el estandarte que Giuliano de Médici le encargó para la Giostra de 1475. De hecho, las dos únicas veces que la retrató en vida fueron para este retrato y para el cuadro de *La Virgen y el Niño en un nicho*. Todos los demás cuadros los pintó cuando ella ya estaba muerta.

—¿Quieres decir que la pintaba de memoria? —preguntó Max.

—En parte sí, y en parte debía de tener los bocetos de las primeras veces que la había pintado.

—¿Se conserva ese estandarte?

—Por desgracia, no. Solo tenemos las descripciones que Poliziano y otros poetas hicieron en sus versos.

—Y según su teoría, ¿cuántos cuadros pintó de Simonetta? —le

preguntó el profesor.

—Unos trece, sin contar el estandarte. De hecho, estoy incluyendo *La Virgen y el Niño en un nicho*, que hasta el año 2009 Luciano Bellosi no certificó como obra de Botticelli.

—Debería preparar una proyección con las obras de Simonetta para que podamos ver esta evolución. ¿Cree que podrá tenerla para mañana? —le preguntó el profesor.

—Sí, me pongo ahora mismo.

—Perfecto. Max, usted puede ayudarla. —El profesor miró el reloj —. Señores, tengo que irme —les dijo, y salió de la sala en un abrir y cerrar de ojos.

Max se acercó a Carla.

—No acabo de ver tu teoría. No digo que no la pintara en sus dos grandes obras; de hecho, todos los estudiosos lo afirman, pero de ahí a que la retratase en trece cuadros me parece poco probable —dijo con aires de superioridad.

Carla estuvo a punto de mandarlo a paseo.

—Lo verás con tus propios ojos en la presentación de mañana —contestó molesta.

—Pues, si no te importa, me voy, que tengo trabajo atrasado del museo.

Cogió su cartera, se la colgó al hombro y salió de la sala. Carla lo imitó.

—Tengo trabajo atrasado del museo… ¡Será cretino!

Se sintió aliviada; solo le faltaba tener que aguantarlo pidiéndole que justificara todo lo que decía. Inspiró hondo antes de encender el ordenador. De repente le sonó el móvil; era su madre. Descolgó dispuesta a decirle de todo.

—¡Mamá!

—Hola, Carla, ¿te pillo en un buen momento?

Contó hasta diez antes de responder.

—Quizá habría sido mejor momento ayer, ¿no crees?

Isabella se quedó un instante en silencio.

—¿Ya lo has visto?

—Sí, ayer me lo encontré sentado en el sofá de casa de Francesca.

—¿Hablasteis?

—Sí.

—¿Cómo estás?

—Recogiendo los trocitos y asumiendo que es un sinvergüenza y un cabrón egocéntrico.

—Carla, Àlex se ha equivocado, pero te quiere. Espera que le des otra oportunidad.

—Pero ¿es que no ves lo que me ha hecho? ¿De parte de quién estás?

—Princesa, de tu parte, ya lo sabes.

—Entonces ¿por qué has tenido que decirle dónde estaba? —preguntó enfadada.

—Si no lo hubiera hecho, no os habríais visto.

—Pues habría sido lo mejor. Viniendo aquí, me ha roto del todo…

—Carla, eres joven, con el tiempo aprenderás que las cosas no son blancas o negras. A veces las personas nos hacen daño, pero debes tener en cuenta sus circunstancias y, sobre todo, sus intenciones.

No escuchaba las palabras de su madre.

—¿Qué dice papá?

—Que no lo perdonarás…

—Tiene razón.

Las dos se quedaron en silencio.

—Carla, solo quiero lo mejor para ti.

—Mamá, ahora mismo estoy demasiado dolida.

—Vale, hija…

Carla volvió a quedarse en silencio.

—Te quiero… —le dijo Isabella.

—Yo también…

Y colgó.

Esa tarde, después de salir de los Uffizi, se dirigió al palacio Verini para empezar la restauración del Ghirlandaio. El mayordomo de cara amable la hizo pasar al taller con una sonrisa. Estaba cansada; las pocas horas de sueño estaban empezando a pasarle factura. Había

dudado si ir al palacio, pero pensó que le iría bien centrarse en el trabajo; además, se había comprometido con el conde.

Al entrar dejó el bolso en la mesa de nogal oscuro y miró el lienzo, que estaba en el tablero de trabajo. No se vio con ánimos de empezar; tenía la sensación de estar escalando el Everest en solitario. Se quedó un rato con las manos apoyadas en el tablero, observando la tela, frágil y deteriorada. Cogió el móvil y seleccionó una lista de Spotify. Al instante, la voz de la divina Callas inundó la sala. Se puso la bata mientras miraba el jardín a través del ventanal, abrió la caja de óleos y se sumergió en el agradable olor de los barnices. Después impregnó una esponja con disolvente y la pasó con suavidad por encima de las manchas, insistiendo en la parte inferior de la pintura, donde la humedad más la había dañado. De repente le vino a la cabeza una imagen de Àlex abrazando a Marta. «¡Cómo he podido estar tan ciega!», gritó enfadada tirando la esponja al suelo. «Tú también estás rota», pensó mirando las grietas que habían hecho saltar la pintura. El aria frágil, misteriosa y profunda de «Casta Diva» la hizo llorar.

Poco después entró el conde.

—¡Buenas tardes, señorita Bas! Veo que ya ha empezado —le dijo contento de verla.

Carla se repuso, no quería que la viera de ese modo. El conde se acercó a ella con una sonrisa y dejó el bastón encima del tablero.

—Sí, pero hace solo una horita —le contestó mientras apagaba la música.

—Y qué, ¿cómo lo ve?

—Mejor de lo que creía. La tela está respondiendo bien, y eso me permitirá hacer una buena restauración —respondió observando el cuadro.

—Estaba convencido. —El conde miró la tela—. ¿Cómo avanza la exposición?

Carla se quedó en silencio pensando en qué decirle. No tenía la suficiente confianza para contárselo, pero se sentía extrañamente cómoda con él.

—El profesor Belletti ha elegido mi propuesta, pero eso ha hecho que el otro subcomisario se haya puesto en mi contra. Yo creía que

elegiría la suya y supongo que él también.

—Domenico me ha contado su idea; me parece muy interesante.

—Porque usted también cree que Botticelli estaba enamorado de Simonetta.

El conde se rio.

—¿Qué es lo que le hace gracia?

—Me recuerda a alguien.

Carla puso cara de no entenderle.

—¿Le han dicho alguna vez que se parece mucho a su abuela?

—Sí, pero no he sido consciente hasta que he vuelto a San Gimignano. La gente se queda impactada cuando me ve.

La miró con sus ojos pequeños.

—Su abuela y yo fuimos compañeros en la facultad de Bellas Artes de Florencia.

Carla dejó los pinceles en la mesa.

—¿En serio?

—Sí. Veo en usted su amor por la pintura.

Carla sonrió.

—Era una mujer increíble…

Se dio cuenta de la tristeza de sus palabras. Pensó que no era tan arisco como le había dicho Francesca.

—Me habría gustado conocerla más. Mi madre dice que parezco más hija de mi abuela que suya —comentó mientras tocaba el anillo que llevaba colgando de una cadena bajo el vestido.

—Señorita Bas, su teoría es muy acertada —insistió el conde.

—Ayer Max me hizo dudar.

—Siga su intuición y no se equivocará. Sin embargo, si quiere que la exposición sea un éxito, tendrá que esforzarse por entender la visión de Max.

—Puede que tenga razón. —Le sonrió y cogió los pinceles—. ¿Puedo pedirle una cosa? —le preguntó.

—Sí, claro.

—Me gustaría que me tuteara, ¿qué le parece?

—Me parece fantástico, Carla.

Carla pulsó el *play* de la lista de reproducción del móvil y volvió a la

tela.

Ya avanzada la tarde, el chófer del conde la dejó en la plaza del centro. Francesca la había convencido para ir a cenar a la *trattoria* del pueblo y distraerse un poco; la inesperada visita de Àlex la había dejado muy tocada.

Al llegar, echó un vistazo a las mesas de la terraza. Francesca aún no había llegado.

—Si estás sola, puedes sentarte con nosotros —le dijo un chico mostrándole una silla vacía en su mesa.

Carla miró a los dos chicos que estaban tomándose un vino y se dio cuenta de que uno de ellos era Max. Estuvo a punto de rechazar la invitación, pero pensó en lo que le había dicho el conde.

—Estoy esperando a mi prima, pero acepto la invitación —contestó con una sonrisa.

El chico se levantó veloz para acercarle la silla; Carla le sonrió y se sentó colocándose bien el vestido.

—¡Carla, qué casualidad! —le dijo Max.

—Sí, San Gimignano es muy pequeño. —Se puso tensa; las situaciones que no controlaba la incomodaban.

—¿Te alojas aquí?

—En casa de mi prima Francesca.

—Ah, sí, Francesca, la recuerdo.

El amigo no entendía lo que estaba pasando.

—¿Os conocéis?

Carla y Max se miraron y respondieron a la vez:

—Sí.

—¿Y se supone que eres mi amigo? —le preguntó a Max—. Permíteme que me presente, me llamo Luigi. —Le tendió la mano.

—Encantada.

—Estamos tomando un montalcino, Carla. ¿Te apetece?

—Es su vino preferido —se adelantó Max.

A Carla le sorprendió que lo recordara.

—Al menos antes te gustaba —dijo justificándose ante la mirada de

Carla.

Luigi le indicó al camarero que les trajera otra copa.

—Cuéntame, Carla, ¿de qué conoces a este tío?

—Es una larga historia —respondió mirando a la calle, deseando que llegara Francesca.

Max le indicó por señas a Luigi que se callara.

—Coincidimos hace unos años en el Erasmus y ahora estamos organizando una exposición juntos en los Uffizi —le resumió Carla.

—Pues este que se hace llamar amigo mío siempre me dice que no hay nadie interesante en el museo, que todos son unos viejos aburridos.

Max resopló.

—Entre tú y yo, Carla, creo que está tan obsesionado con el trabajo que no ve lo que tiene delante. ¡Y mira que es evidente!

Luigi le dedicó una sonrisa a Carla. Llevaba el pelo engominado hacia atrás y tenía el rostro bronceado. Se fijó en la cadena de oro que le rodeaba el cuello y pensó que Max y él eran muy distintos.

—Somos amigos desde secundaria, ¿y te puedes creer que nunca lo he visto con novia?

A Carla se le escapó una sonrisa.

—Caray, Max. Eso no lo sabía.

Max se removió en la silla; parecía incómodo.

—¿No tenéis otro tema de conversación? —les preguntó después de beber de su copa.

El móvil de Carla sonó. Era Francesca; tenía que resolver un problema en la cooperativa.

—Era mi prima. Me ha dicho que no podrá venir.

—Pero te quedas, ¿no? —le preguntó Luigi.

—Sí, claro —contestó pensando que intentaría acercarse a Max.

Este puso mala cara.

—¡Perfecto! ¿Me dejáis que pida?

Carla y Max asintieron.

—Alfredo, ¿nos traerías tres platos de espaguetis *a le vongole*?

Luigi no le quitaba los ojos de encima.

—Contadme, ¿de qué va la exposición que estáis organizando?

—Te lo contará mejor Carla. Han elegido su propuesta —contestó Max, y apuró la copa—. Tengo ganas de ver los cuadros que nos mostrará mañana…

Max no se lo estaba poniendo fácil.

—Así que ¿tienes familia en el pueblo? —le preguntó Luigi para cambiar de tema.

—Sí, mi abuela era de San Gimignano. Justo ayer conocí a un hombre que fue con ella a la universidad.

—¿En serio?

—Sí, el conde Verini.

—¿El conde? Es uno de los benefactores de los Uffizi —dijo Max, extrañado.

—Sí, estoy restaurando un Ghirlandaio en su palacio.

—¿De verdad? —le preguntó sorprendido.

—Me lo pidió Belletti.

Max dejó la copa en la mesa y se mordió el labio. Carla conocía esa expresión. Estaba enfadado.

—Lo siento, chicos, pero tengo que irme.

Luigi lo miró fijamente.

—¡Pero si aún no han traído la comida!

—Acabo de recordar que tengo que hacer una cosa.

Se levantó y sacó veinte euros del bolsillo.

—Ya nos veremos… —les dijo al tiempo que dejaba el billete en la mesa.

Carla, decepcionada, lo miró mientras se alejaba. Su intento de acercarse a él había sido un fracaso.

Florencia, Galería de los Uffizi
28 de junio de 2023

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, Carla estaba en la cafetería de los Uffizi revisando en el portátil los cuadros en los que aparecía Simonetta. No había conseguido volver a dormir más de seis horas seguidas desde su encuentro con Àlex y había tenido que recurrir a la teína para activar el cerebro. Miraba los cuadros una y otra vez, pero le costaba concentrarse. Tenía que dejarlo todo listo para la presentación ante el profesor Belletti y Max. Recordó lo mucho que se había enfadado con ella la noche anterior, dio un sorbo a la taza de té e inspiró antes de dirigir la mirada a la pantalla del ordenador.

—¿Está ocupada esta mesa?

Carla levantó la cabeza y vio a Àlex sonriendo con una bandeja en las manos.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó molesta.

—He venido a desayunar; me han dicho que hacen los mejores capuchinos de Florencia.

Quería que se marchara, pero aún no había tenido tiempo de decir nada cuando él ya había dejado la bandeja en la mesa.

—Para ti, un té verde —dijo acercándole la taza, y se sentó delante de ella.

Tenía mala cara, iba despeinado y se le marcaban las bolsas bajo los ojos. Se echó dos sobres de azúcar en el café y lo removió.

—¿Cómo estás?

Carla no le respondió. Cogió la taza y bebió; el sabor de las hojas de té la reconfortó.

—Àlex, ¿qué quieres? ¡Tengo una presentación muy importante!

—Necesitaba verte…

—¡Pues ya me has visto!

—Carla, he sido un idiota.

—No podemos estar más de acuerdo… —le dijo sin apartar los ojos de la pantalla.

—Carla, te quiero. Solo te pido que me dejes demostrártelo.

Lo miró sentado con la taza de café. Llevaba una camiseta blanca de manga corta que dejaba ver unos brazos trabajados en el gimnasio. Lo detestaba.

—Lo que necesito es alejarme de ti.

Max los interrumpió.

—¡Carla, Belletti te busca!

Eran las ocho y media.

—¡Ostras, se me ha hecho tarde! —exclamó al tiempo que recogía el portátil a toda prisa.

Max y Àlex se midieron.

—Max, te presento a Àlex. Es… un amigo de Barcelona.

Los dos chicos se estrecharon la mano.

—Tengo que irme —le dijo Carla a Àlex mientras se levantaba y cogía el bolso.

Se dirigieron hacia el ascensor bajo la atenta mirada de Àlex. Carla se alegró de que Max los hubiera interrumpido.

—¡Llego tarde, y mira que he venido temprano!

Max caminaba a su lado sin decir nada. Llevaba la cartera cruzada al hombro y estaba serio. Carla le pidió disculpas por no haberle dicho que estaba restaurando el Ghirlandaio en el palacio Verini.

—No lo pensé —le dijo.

Max se limitó a asentir.

Cuando entraron en el aula, encontraron al profesor Belletti leyendo unos papeles en su mesa. Les lanzó una mirada de reprobación, y Carla se adelantó:

—Lo siento, profesor. He perdido la noción del tiempo preparando la presentación.

—Señorita Bas, llevo media hora esperándola. Le digo lo mismo que le dije a Max el otro día: deben comprometerse con el proyecto; si no, ¡trabajaremos en vano!

Carla sintió que se le enrojecían las mejillas; no le gustaba quedar

en evidencia.

—No volverá a suceder —le aseguró dirigiéndose a su mesa. Sacó el portátil del bolso—. ¿Empiezo?

—¡Sí, sí, no perdamos más tiempo! —contestó el profesor moviendo las manos para indicarle que procediera.

Conectó el portátil al proyector. El corazón empezó a latirle con fuerza.

—Alessandro… —Un nudo en la garganta le bloqueaba la voz. Cerró los ojos e inspiró un par de veces—. Botticelli pintó entre ciento cincuenta y ciento ochenta obras a lo largo de su vida. Es difícil saber el número exacto, ya que no las firmaba, y por desgracia algunas no han llegado hasta nuestros días. Recuerden la cantidad de obras que se quemaron en las hogueras de las vanidades de la época de Savonarola. Lo que evidencian sus pinturas es la aparición de una mujer que influyó en él de forma considerable. Botticelli conoció a Simonetta Vespucci hacia 1473.

El profesor Belletti y Max la escuchaban con atención.

—En esa época ya había dejado los talleres de Lippi y Verrocchio, y se había establecido en su propio taller, junto al palacio de la familia Vespucci. Eso le dio la oportunidad de ver a menudo a Simonetta. Además, las fiestas del círculo de los Médici, del que Botticelli formaba parte, también eran una buena ocasión para coincidir con ella. Pero lo decisivo fue que Giuliano de Médici le pidiera que la retratara para el estandarte que llevaría en el torneo de la Giostra.

—¿La justa medieval que organizaban los Médici? —preguntó Max.

—Sí. En 1475 se celebró una justa en la piazza de la Santa Croce de Florencia para celebrar la alianza que Lorenzo de Médici había conseguido firmar con las ciudades de Venecia y Milán con el fin de acabar con las guerras que durante tanto tiempo se habían sucedido bajo el mandato de su padre, Piero II, y de su abuelo, Cosme de Médici. Giuliano llevó a Simonetta dibujada en su estandarte. Mi teoría es que Botticelli se quedó prendado de ella al retratarla. La veía como un ideal femenino de belleza y virtuosismo, y lo plasmó en madonas, ninfas y venus mitológicas. Simonetta fue la inspiración de muchos de los personajes femeninos de sus obras. —Carla gesticulaba

con las manos mientras hablaba. Proyectó las obras—. En 1476 pinta *La Virgen y el Niño en un nicho*, el único cuadro que pintó en vida de Simonetta. En 1478, *La Primavera*; en 1480 pinta un retrato de ella; en 1481, *Madonna del Magnificat*… ¿No ven el mismo rostro en todas ellas? —les preguntó señalando la figura de Simonetta con el láser—. Ese mismo año, Lorenzo lo envía a Roma para que pinte tres frescos de la capilla Sixtina. Simonetta aparece en uno de ellos, *Las pruebas de Moisés*.

Max intervino, incrédulo.

—¿Estás diciendo que Simonetta también está retratada en los frescos de la capilla Sixtina?

—Sí —le contestó con seguridad.

Max la interrumpió.

—Permíteme que lo ponga en duda —le dijo controlando su tono.

—Vale, te propongo que vayamos a Roma a ver el mural y preguntemos su opinión a los expertos de los Museos Vaticanos —lo desafió, harta de que cuestionara todo lo que decía.

—Cuando quieras.

—¿Qué te parece el viernes? Si usted está de acuerdo, claro —le dijo al profesor volviéndose hacia él.

—Si es durante el fin de semana y no interfiere en el ritmo del trabajo, me parece perfecto; será la manera de verificar su teoría. Simonetta en la capilla Sixtina… Esto se pone interesante.

Belletti sonrió.

Florencia, palacio Vespucci
22 de marzo de 1475

El día era gris y la lluvia caía con fuerza sobre los ventanales del palacio Vespucci. Marco y Simonetta desayunaban en el salón en silencio. Desde hacía unos días ella no se encontraba bien; el físico les había dicho que se trataba de un mal de aires y que debía guardar reposo en casa.

El ujier entró.

—Messer, un mensajero ha traído una carta —dijo sujetando una pequeña bandeja de plata en las manos.

Marco dejó los cubiertos, la cogió con las manos y le dio la vuelta para mirar el sello.

—¡La envían los Médici! —gritó con una sonrisa.

A Simonetta se le resbaló el tenedor entre los dedos.

—¿Estás bien, querida?

—Sí, me he atragantado —mintió intentando mantener la calma.

No había vuelto a ver a Giuliano desde su encuentro secreto en el taller de Botticelli. Marco leyó en silencio mientras Simonetta se moría por dentro.

—¡Nos convidan un par de días a las cacerías de la finca de Fiesole! —exclamó con una sonrisa de satisfacción—. Es la primera vez que lo hacen; será una buena oportunidad para hablar de negocios con Lorenzo.

Simonetta sonrió para sus adentros. Recordó el beso con Giuliano; nunca se había sentido tan viva, tan deseada. Su padre la había obligado a casarse demasiado joven creyendo que Marco sería un buen marido, pero había resultado ser un hombre mediocre que no estaba a la altura de su posición. Era muy ambicioso y no dudaba en utilizarla como mercancía para progresar en sus negocios. Además, se la había

llevado a Florencia, lejos de Génova y de su familia. No se sentía en su casa. No se sentía querida.

—Es dentro de cuatro días. ¿Crees que estarás en condiciones? —le preguntó preocupado.

Sabía que, sin Simonetta, no le dispensarían la misma bienvenida.

—Espero que sí. De hecho, hoy me encuentro un poco mejor.

—Qué gran noticia. Les confirmaré nuestra asistencia —dijo levantándose de la silla.

Marco era consciente de que la belleza de su mujer le había abierto las puertas de la nobleza florentina. Relacionarse con el privilegiado círculo nobiliario habría sido impensable si no se hubiera casado con ella. Simonetta había destacado desde el día en que se presentó en sociedad, y él le sacaba partido.

Se acercó, apoyó la mano en el respaldo de la silla de Simonetta y se inclinó para besarla en los labios. Después se sentó al escritorio y respondió a la misiva. Necesitaba conseguir más depósitos para su banco; en los últimos tiempos no había hecho muy buenas inversiones y eso lo había dejado con poca liquidez. Era fundamental jugar bien sus cartas con los Médici.

Simonetta se disculpó alegando que debía descansar y fue al dormitorio acompañada de su dama, Caterina. Necesitaba estar sola.

Una vez en la estancia, Caterina le quitó el vestido. Le desabrochó uno a uno los botones del corsé para que el aire le entrara libremente en los pulmones. Simonetta recordó el tacto de los labios de Giuliano sobre los suyos y se estremeció. Caterina le puso la camisola y le peinó el largo cabello mientras ella, sentada en la butaca, dejaba escapar la mirada por la ventana. Suspiró.

Fiesole, residencia Médici
26 de marzo de 1475

Lorenzo y Giuliano estaban con su madre en el salón esperando la llegada de los últimos invitados. Lorenzo revisaba la contabilidad de la finca en el escritorio mientras Lucrezia leía tranquila en una butaca roja. Levantó la cabeza y miró a su hijo menor, de pie ante la ventana, con la mirada perdida.

—Giuliano, ¿cuándo anunciarás tu compromiso con Fioretta?

—Cuando volvamos a Florencia, madre. Fiesole no me parece el lugar más adecuado para hacerlo —le respondió volviéndose hacia ella.

Lucrezia lo desafió con la mirada; sabía que lo estaba demorando.

El ujier llamó a la puerta.

—Los Vespucci ya han llegado; los hemos acomodado en sus aposentos.

A Giuliano se le iluminó la cara.

—Por fin —dijo contento—. Son los últimos en llegar. Iré a ponerme el traje de cacería. ¡Los campesinos me han dicho que este año hay muchos jabalíes!

Lucrezia lo observó mientras se marchaba; dejó la lectura y se acercó a Lorenzo, que seguía revisando el libro de gastos.

—Tu hermano nos oculta algo.

—¿Por qué lo decís? —le preguntó levantando la cabeza.

—Está demorando el anuncio del compromiso. Fioretta es una joven paciente, pero creo que el comportamiento de tu hermano roza la ofensa.

—Madre, solo han pasado dos semanas —comentó para calmarla.

—Giuliano es muy impulsivo. Si Fioretta le gustara, ya lo habría proclamado por toda Florencia.

—Debemos darle algo de tiempo —le sugirió Lorenzo, más

comprensivo con su hermano.

—¿Tiempo para qué? —se indignó Lucrezia.

—Madre, tiene que olvidar a Simonetta.

—¿Y crees que invitarla a Fiesole es la mejor manera?

—Simonetta es una fantasía; se dará cuenta cuando conozca más a Fioretta y vea a Simonetta con su esposo.

—Espero que tengas razón. ¡Necesitamos este matrimonio! —contestó mientras miraba por la ventana al grupo de mujeres que estaban en el jardín.

—Tranquila, madre, yo me ocupo. —Y se levantó para darle un beso en la mejilla.

Lucrezia suspiró antes de salir del salón para reunirse con las mujeres.

Cuando Lucrezia salió al jardín, vio a Simonetta hablando con las damas más jóvenes. El sol primaveral encendía los azules, verdes y rojos de sus vestidos. Estaban agitadas. Para muchas de ellas era su primera cacería y no tenían claro cómo comportarse. Lucrezia se acercó a ellas, y las damas se volvieron.

—Buenos días, señoras. ¿Preparadas? Los hombres ya están listos para empezar.

—Comentaban las señoras que les haría ilusión visitar el nuevo invernadero —le dijo Clarisa.

—Sí, había pensado en dar un paseo después del desayuno. Los crisantemos están en todo su esplendor.

Lucrezia miró a Simonetta.

—¡Madonna Vespucci, creíamos que os había sucedido algo! —comentó contemplando el vestido verde que le ceñía la estilizada cintura.

—Disculpad el retraso. Hemos tenido un problema con el carruaje. —Y le hizo una pequeña reverencia—. Quería deciros que mi esposo y yo estamos muy agradecidos de que nos hayáis invitado.

—Solo espero que la próxima vez no retraséis la salida de los jinetes —contestó Lucrezia mirándola fijamente.

Simonetta no esperaba una respuesta así, y las damas dejaron escapar una leve sonrisa.

Las trompetas anunciaron la salida de los caballeros en medio del griterío de los perros, ansiosos por empezar la caza. Los jinetes desfilaron acompañados por sus ayudantes. Simonetta buscó a Giuliano con la mirada; era el segundo de la cabalgata, detrás de Lorenzo. Se le aceleró el corazón.

Unos metros más allá, Clarisa se dirigió a Fioretta.

—A Giuliano le sienta muy bien el traje de cacería. ¿Sabíais que es un gran jinete? Seguro que vuelve con alguna pieza importante.

—¡La pieza más importante la tiene tan cerca que no es capaz de verla! —exclamó Fioretta, disgustada.

Giuliano se detuvo delante de Fioretta y se agachó para que le colocara la cinta en el brazo. De reojo, vio a Simonetta atándole la cinta a Marco; durante un instante, sus miradas se cruzaron. Giuliano sujetó con fuerza las riendas del caballo y lo dirigió al punto de encuentro. Cuando los hombres estuvieron reunidos, dieron la salida. Giuliano espoleó al caballo y se adentró en el bosque.

Ya en la cena, los comensales disfrutaban de los dulces y las malvasías que colmaban la alargada mesa del comedor de primavera. Había sido una buena jornada; la primera cacería de la temporada solía ser la mejor. Los hombres brindaban satisfechos por la abundante cantidad de piezas que habían capturado. Sin embargo, Marco se sentía incómodo; se había caído persiguiendo un jabalí y se había hecho daño en una pierna. No era un jinete hábil, al contrario que Giuliano, que aprovechó para mofarse de él.

—Marco, ¿qué os ha pasado? De repente os hemos perdido de vista.

Todas las miradas se posaron en él.

—He tomado otro camino para recortar distancia con el jabalí, pero el caballo se ha acercado demasiado a un terraplén y le han resbalado las patas traseras —respondió avergonzado.

Clarisa intervino.

—¡Virgen santa, qué susto! ¿Os habéis hecho daño?

—No os preocupéis, con un poco de reposo estaré como nuevo.

—¿Creéis que podréis venir a la salida de mañana? —insistió Giuliano con un rictus de satisfacción.

—El físico dice que mañana estaré en perfectas condiciones —le contestó irritado.

Lorenzo intervino para rebajar la tensión que estaba creando Giuliano.

—Hacía tiempo que no teníamos una cacería de este nivel.

Lucrezia se fijó en Fioretta, que no había dicho casi nada en toda la cena.

—Fioretta, es vuestra primera cacería. ¿Qué os ha parecido?

—Los florentinos sois muy valientes. Creo que es un entretenimiento peligroso.

—No sé si valientes o temerarios. ¡Marco podría haberse hecho mucho daño! —comentó Clarisa.

—Querida, la caza es un arte que los hombres practicamos desde hace miles de años. Mantiene la mente alerta y el corazón valiente —respondió Lorenzo.

Los hombres asintieron. Lorenzo se levantó de la mesa y los invitados lo siguieron. Marco le preguntó si podían hablar en privado y ambos se dirigieron a una sala mientras los demás salían al jardín.

El sol estaba poniéndose. Una bonita luz de color miel bañaba las colinas de los alrededores de la casa. Simonetta, conmovida por la belleza del lugar, se disculpó con las señoras y salió a dar un paseo. Admiró los jardines de robles altos y frondosos y la cerca de cipreses que, ordenadamente, rodeaban la finca. En un momento, se volvió hacia la casa y vio a Giuliano caminando con paso firme por el jardín hacia ella. Pensó que el jubón negro le favorecía mucho; no había podido dejar de mirarlo en toda la cena.

—Madonna, me hace muy feliz que hayáis venido. Hacía días que no sabía nada de vos; creía que os había sucedido algo.

La presencia de Giuliano le provocó una opresión en el pecho.

—He estado algo indispuesta y el físico me ordenó reposo.

—Creía que no queríais verme —comentó preocupado.

—No, eso no… —respondió ella pensando que era todo lo contrario.

Se pusieron a pasear y pronto se alejaron de las miradas de los demás invitados.

—Simonetta, no he dejado de pensar en vos desde nuestro encuentro —dijo Giuliano mirando el vestido, que se le ajustaba a la figura.

Se detuvo y le acarició el rostro con el dorso de la mano. Simonetta cerró los ojos. Él la cogió por la cintura y la acercó a él hasta sentir el movimiento agitado de su pecho. Unas voces los alertaron y se separaron intentando disimular su turbación. Clarisa y Fioretta se detuvieron delante de ellos.

—¡Giuliano, estáis aquí! ¡Os estábamos buscando! —exclamó Clarisa, enfadada.

—Estaba mostrando Fiesole a Simonetta. Su esposo está departiendo unos asuntos con Lorenzo —le contestó Giuliano.

Simonetta se excusó avergonzada. ¿Qué le estaba pasando?

—Disculpad, seguramente ya habrán terminado.

Dio media vuelta y se dirigió a la casa. Nunca se había visto en una situación tan comprometida. El sol se había escondido y a duras penas veía el camino de regreso. Pensó en lo que habría pasado si se hubieran quedado solos en el jardín y se estremeció.

Al día siguiente, después de la cacería, los invitados se reunieron en el salón principal para la cena de celebración. Llevaban ropas de gala y una llamativa máscara para ocultar su identidad.

Habían sido dos días intensos que habían llenado con opulencia la despensa de Fiesole. Lorenzo se sentía satisfecho porque había recibido la noticia de que las minas de alumbre de Volterra habían sido muy productivas, lo que aportaba ingresos considerables al banco de los Médici. Asimismo, durante su estancia en Fiesole, había cimentado alianzas con algunas de las familias más influyentes de la Signoria, entre ellas la alianza con Marco Vespucci a cambio de depósitos para su banco, que no pasaba por un buen momento. Sabía que Marco no era demasiado brillante, pero podría ser un fiel aliado si lo mantenía contento. Además, el encanto de su esposa no pasaba

inadvertido, y procuraba tenerla en todas las fiestas y celebraciones importantes.

Cuando terminaron de cenar, las violas y los laúdes desplegaron su música; de fondo, dio comienzo la lectura de versos. Las parejas llenaron la sala con las máscaras y empezó el baile. Giuliano se dirigió a Lorenzo.

—¡El «Triunfo del amor»! ¡De todos los «Triunfos» de Petrarca has tenido que elegir este! —le reprochó enfadado.

—Petrarca habla del amor como purificador de los seres humanos para acercarse a Dios. Esta noche disfruta de tu amor, hermanito; mañana cumplirás con tus obligaciones. —Y le mostró una sonrisa cómplice.

Raudo, Giuliano buscó a Simonetta entre los que bailaban; enseguida distinguió la elegancia de sus movimientos y su sonrisa infinita; pensó que no había disfraz que pudiera ocultar tanta belleza. Se unió al baile acariciándole la mano. Ella lo reconoció y lo miró a través del antifaz, deslumbrada por su sonrisa. Giuliano le cogió las manos y la acercó a él hasta que sus labios casi se tocaron. Simonetta sintió que la atravesaba con los ojos. Tuvo que dejar la danza y salir para recomponerse. Giuliano le hacía perder la cabeza.

Salió a pasear por el jardín siguiendo el rastro de la luna hasta el invernadero. Al entrar, el aroma de los crisantemos le impregnó los sentidos. Mientras miraba las hileras de rosales que se perdían hacia el fondo del vivero, unas manos detrás de ella le taparon los ojos.

—¿Qué hacéis aquí tan sola? —le preguntó una voz en tono misterioso.

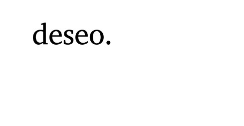
Simonetta se quedó en silencio; sentía su respiración en la nuca. Se estremeció.

—¡Messer, me hacéis perder la voluntad! —dijo alterada.

Giuliano apareció delante de ella, se quitó la máscara y la besó con pasión. La rodeó con los brazos y le besó el cuello hasta llegar al escote. Simonetta gimió. Lo deseaba, pero no podía ser de ese modo.

—¡Aquí no, Giuliano, no es el momento!

Se separó de él recomponiéndose el vestido, se arregló el cabello y tomó aire. Salió del invernadero dejando a Giuliano inflamado de



deseo.

Roma
30 de junio de 2023

La llanura del Lacio desfilaba veloz frente a la ventana de Carla. Los verdes y dorados del paisaje cambiaban de intensidad a medida que el sol perdía altura. El movimiento del vagón le hizo recordar el día en que cogió el tren después de marcharse de casa de Àlex. Se acordó de la rabia y el vacío que la acompañaron en aquel viaje.

Miró a Max con la cabeza apoyada en la ventana; esbozaba una expresión infantil. Apenas habían hablado; nada más salir de la estación de Santa Maria Novella se había quedado dormido. Recordó el primer día que lo vio en clase de restauración; sus ojos soñadores le resultaron irresistibles desde ese momento. Estaba imaginando cómo habría avanzado su relación si no hubiera vuelto a Barcelona, cuando la megafonía anunció la llegada a Roma-Termini.

—¡Ya hemos llegado! —dijo tocándole el hombro para despertarlo.

Max abrió los ojos.

—Eh, sí…

Estiró los brazos bostezando.

—No recordaba tu habilidad para dormir en cualquier sitio.

—He dormido en sitios mucho peores; esto es una cabina de lujo.

—Démonos prisa, que este tren sigue hasta Nápoles.

Max se levantó y cogió su mochila del compartimento superior.

—¿Me acercas mi bolsa? —le preguntó Carla.

—Sí, perdona —contestó—. ¿Qué llevas aquí? ¡Volvemos hoy!

—Nunca se sabe. Me gusta ir preparada.

Max le dio la bolsa y se dirigieron a la salida del vagón.

—Aún no me has dicho cómo entraremos —le recriminó Carla.

Max la miró y sonrió.

—Creía que ya te lo había contado. El jefe de Restauración de Pintura de los Museos fue compañero mío en la universidad. Nos está

esperando.

Lo miró satisfecha, siempre lo tenía todo organizado.

—¿Cogemos un taxi?

—Será lo mejor. El transporte público en Roma es un despropósito.

La estación de Termini estaba inundada de gente que se movía ajetreada cargando el equipaje hacia su destino. Se dirigieron a la parada de taxis; había más de veinte personas delante de ellos. Cuando llegó su turno, el taxista cogió la bolsa de Carla y le sonrió.

—Permítame, señorita.

Carla abrió la puerta del taxi y pasó al asiento trasero. Max dejó la mochila en el maletero y se sentó a su lado. Los dos se quedaron en silencio. Carla se sentía incómoda, le costaba encajar esa distancia.

Tras media hora de trayecto, el taxista se detuvo frente al monumental arco de piedra que daba entrada al recinto amurallado de los Museos Vaticanos.

Al salir del taxi, Carla se fijó en las dos gigantescas esculturas de mármol que coronaban el arco.

—¿Cómo vamos a entrar?

—Silvio vendrá a buscarnos.

Max se puso a hablar por el móvil mientras caminaba delante de la puerta de acceso. Cuando acabó, se volvió y asintió con la cabeza a Carla. Minutos después, un chico alto y delgado, con un traje gris oscuro y una acreditación colgada del cuello, se acercó a ellos. Al ver a Max, sonrió.

—¡Max!

Se dieron un fuerte abrazo.

—¡Silvio, cuánto tiempo!

Sus movimientos desgarbados le hicieron pensar en un jugador de baloncesto. Silvio se fijó en ella.

—¡No me habías dicho que vendrías tan bien acompañado!

—No, ella es… la otra subcomisaria de la exposición. Carla, te presento a Silvio, mi mejor amigo en la universidad.

Silvio le dio dos besos.

—¡Bienvenida al Vaticano, Carla!

Ella le sonrió.

—Poneos esto para entrar —les indicó sacando un par de acreditaciones del bolsillo.

Carla y Max se las colgaron del cuello.

—Bueno, así que queréis ver los frescos de Botticelli de la capilla Sixtina.

—Sí, nos interesa en particular *Las pruebas de Moisés*. Carla tiene una teoría sobre la que probablemente basaremos la muestra.

Silvio miró a Carla con curiosidad.

—¿Puedo preguntar cuál es esa teoría?

—Creo que uno de los personajes del mural es Simonetta Vespucci.

—Hay diferentes teorías al respecto. Por desgracia, no tenemos constancia escrita sobre la identidad real de los personajes. Vasari fue el que más documentó el trabajo de los artistas de la capilla Sixtina, y no la menciona. De hecho, él sostenía que Botticelli pintó todo el conjunto de frescos, pero en realidad solo fueron tres. En cualquier caso, son composiciones complejas con muchos personajes, y eso complica la identificación, pero mejor que lo veáis vosotros mismos. ¡Seguidme, por favor! —los alentó poniéndose en camino—. A esta hora, la última visita ya debe haber terminado.

Lo siguieron hasta detenerse delante de una puerta forrada con una plancha de hierro, con dos vigilantes de seguridad a cada lado. Silvio los saludó y pasó la acreditación por el escáner. Entraron por un pasillo no muy iluminado de poco más de un metro de ancho; a Carla se le hizo un nudo en el estómago; le daban pánico los espacios reducidos. A medida que avanzaban, el pasillo iba estrechándose; sintió que le faltaba el aire. Max se dio cuenta.

—¿Estás bien?

—No mucho, es muy estrecho…

Tuvo el impulso de dar media vuelta y volver por donde habían entrado cuando Max le cogió la mano.

—¡Respira, ya llegamos!

Siguieron avanzando. Carla apretaba con fuerza la mano de Max. Por fin vio una luz al fondo. Silvio, unos metros por delante, se volvió.

—¡Ya hemos llegado!

El pasillo se ensanchó hasta terminar en una amplia sala redonda

con paredes de madera y una puerta. La cruzaron y accedieron a la capilla Sixtina por el lateral derecho del altar mayor. Carla y Max levantaron la mirada frente al mural del *Juicio final*.

—¡No me puedo creer que estemos aquí!

Ella observó la monumental pintura dominada en el centro por el poderoso Cristo con la mano alzada y la espiral de cuerpos dirigiéndose hacia la Gloria o hacia el Infierno.

—Es una maravilla. ¡La restauración de 1980 descubrió una intensidad de colores de Miguel Ángel que no se sospechaba! —comentó Max, admirado.

Carla no podía dejar de mirar las pinturas de las paredes y los techos. En sus anteriores visitas, siempre multitudinarias, no había podido apreciar todo el esplendor del impresionante conjunto pictórico. Levantó la mirada hacia la bóveda para admirar *La creación de Adán* y sintió un escalofrío. Bajó despacio las escaleras y se situó en el centro de la sala para contemplar los cientos de figuras en una composición sobrecogedora. Habló en voz baja.

—Miguel Ángel tenía razón, fuera de la forma humana no hay belleza.

Max sonrió.

—Chicos, siento interrumpir, pero creo que habéis venido a ver otra obra.

Carla y Max miraron a Silvio impresionados por la belleza de ese lugar.

—Perdona, tienes razón.

Silvio se dirigió al penúltimo mural de la pared sur y lo señaló con el brazo.

—Aquí lo tenéis: *Las pruebas de Moisés*.

Carla levantó la cabeza y miró la pintura. Estaba situada a más de cinco metros de altura, lo que hacía imposible identificar los rostros. Silvio cogió la radio y enseguida entró un operario que conducía una pequeña plataforma elevadora.

—Adelante, señorita —le dijo abriendo la pequeña puerta de acceso.

Carla sonrió.

—Silvio, eres una joya.

—Lo que sea por Max.

Max subió detrás de Carla e indicó al operario que ya podía elevar la plataforma. Carla estaba nerviosa, pensaba en qué pasaría si no identificaban a Simonetta; su teoría perdería peso y quizá el profesor Belletti la descartaría.

El sistema hidráulico empezó a elevarlos despacio. De repente, a medio camino, se detuvo con brusquedad haciendo que Carla se abalanzara hacia delante. El corazón se le encogió y cerró los ojos esperando el impacto de la caída cuando un brazo la sujetó por detrás.

—¿Adónde vas, señorita? ¿No sabes que en una plataforma siempre debes agarrarte?

Carla estaba blanca como el papel.

—Se me ha ido la cabeza… —consiguió decirle con las manos en el pecho.

Silvio miró al operario, que había pulsado el botón de parada sin querer, y se disculpó. Max levantó el pulgar para indicarle que ya podía volver a ponerla en marcha. Carla se agarró a Max con el corazón a mil. Un minuto después estaban frente al colorido grupo que Moisés guiaba por las montañas hacia la tierra prometida. Carla miró a la joven del vestido malva, con un pañuelo blanco que le cubría el pelo dorado, que llevaba una cesta de mimbre en la cabeza. Sintió un escalofrío.

—Mira sus ojos. ¡Es ella!

Max se quedó en silencio observándola.

—Realmente parece Simonetta.

Carla sonrió agarrada al brazo de Max.

Horas después, Carla y Max fueron a cenar a la terraza de una pequeña *locanda* del Trastevere, donde pasarían la noche. Habían perdido el último tren a Florencia visitando los Museos Vaticanos de la mano de Silvio.

Carla estaba absorta mirando el plato de pasta.

—Creo que ya te los puedes comer.

Carla levantó la cabeza.

—¿Qué?

—Digo que ya te puedes comer los rigatoni. Llevas cinco minutos mirando el plato.

—Estaba recordando el momento en que hemos visto a Simonetta. ¡Ha sido increíble!

—Pero tú ya creías que se trataba de ella.

—Sí, pero necesitaba confirmarlo. Me habías hecho dudar.

Max levantó su copa.

—¡Por Simonetta!

Brindaron.

—Por curiosidad, ¿por qué te interesa tanto?

—Desde que conocí su historia, pienso que fue más que una simple modelo, mucho más que la Venus de Botticelli. Fue muy importante para él y, seguramente, para más gente de Florencia. El conde Verini dice que fue amante de Giuliano de Médici.

Max se rio.

—No jodas, ¿Simonetta amante de Giuliano de Médici? Lo que está claro es que sabía moverse entre las altas esferas.

Carla sonrió, empezaba a ver al Max que conocía.

—Max, siento que Belletti haya elegido mi propuesta. Sé que para ti era importante.

—Soy yo el que debe pedirte disculpas. Me he portado como un cretino desde que has llegado. —La miró a los ojos—. Cuando te vi en la sala el primer día, casi me da un infarto. Estabas impresionante con ese vestido azul.

Carla se ruborizó.

—No creía que siguieras viéndome de ese modo.

—El que no lo haga es idiota.

Carla sonrió.

—Nunca le estaré lo bastante agradecida a Silvio por la visita privada de hoy.

—Es un tío cojonudo. Nos hicimos muy amigos en la carrera, pero él decidió instalarse en Roma. Dice que es donde se toman las decisiones y que yo soy un romántico por quedarme en Florencia.

Max jugueteaba con el tapón de corcho de la botella de vino sin

dejar de mirar a Carla.

—Es una de las cualidades que me enamoraron de ti —dijo Carla.

Se dio cuenta de que había hablado de más. «El vino», pensó. Max echó el cuerpo hacia delante.

—¿Enamorar…? ¿Y por qué volviste a Barcelona?

—Fue lo que acordamos… No estaba previsto que ocurriera —reconoció Carla.

Max le acarició la mano por encima de la mesa, pero Carla la retiró rápidamente y la levantó para pedir la cuenta.

—Mejor que salgamos.

Max asintió con la cabeza. Cuando les llevaron la cuenta, Max pagó con la tarjeta de los Uffizi y se levantaron.

—Te llevaré a un sitio que te gustará —dijo todavía confundido.

Salieron y caminaron por las callejuelas del Trastevere; las terrazas estaban llenas de gente que mantenía animadas conversaciones. Doblaron por una calle estrecha y pasaron por debajo de un arco de piedra que les condujo a una plaza.

—La piazza de Santa Maria, uno de los pocos tesoros escondidos que quedan en Roma.

Carla miró la preciosa plaza empedrada con una fuente elevada, decorada con grandes conchas alrededor del surtidor.

—Es la fuente más antigua de Roma. A pesar de que la han restaurado varias veces, aún conserva su forma original —comentó Max acercándose.

Se sentaron en las escaleras de la fuente, de cara a la fachada de la iglesia.

—¿Sabes que Santa Maria fue la primera basílica de la ciudad? En el ábside de la cúpula hay uno de los mosaicos más antiguos y bonitos de Roma. Lástima que esté cerrada.

—Esta plaza es una pequeña joya. No entiendo cómo no es más conocida —le dijo Carla, admirada.

—Mejor, así no hay aglomeraciones.

Carla miró a la gente que paseaba. Le gustaba la Roma auténtica, sin la multitud de turistas que la inundaba.

—¿Puedo preguntarte quién era el chico que estaba contigo en la

cafetería de los Uffizi?

Carla se quedó unos segundos en silencio.

—Prefiero no hablar de eso —contestó—. ¡Ven, vamos a tomarnos un helado!

Cogió a Max de la mano y lo hizo levantarse de las escaleras para ir a la heladería de la esquina.

—Te invito yo. *Stracciatella*, ¿verdad?

—Aún lo recuerdas —comentó sorprendido.

—Igual que tú el montalcino —dijo Carla dándole el helado.

Fueron a dar un paseo. Empezaba a sentirse a gusto con Max.

—Dime, ¿cómo te va el trabajo en los Uffizi? Siempre habías querido trabajar ahí. ¿Es como te lo habías imaginado?

—No puedo quejarme. Me ha dado la oportunidad de trabajar con las obras de los grandes pintores que alberga el museo, pero lo que me gustaría es ocupar la plaza de Belletti ahora que se jubila.

—Jefe del Departamento de Restauración de Pintura, ¡no está nada mal!

Cuando Max sonreía se le formaban unos hoyuelos irresistibles.

—Y tú, ¿qué tal en Barcelona?

Carla resopló.

—No estoy contenta. Mi jefa me tiene relegada a tareas de conservación. Cuando el director me dijo que Belletti quería que viniera, se me abrió el cielo.

—Quizá el MNAC no era tu sitio.

El ruido de una moto que se acercaba a gran velocidad hizo que se volvieran. Max cogió a Carla y la llevó a la pared para esquivar el vehículo. Se quedaron uno delante del otro sintiendo el jadeo de sus cuerpos; sus miradas se lo dijeron todo. Se besaron sintiendo los labios que se reencontraban anhelantes, deseosos. Max la abrazaba con fuerza. De repente se separó, la cogió de la mano e hicieron el camino de vuelta a la *locanda* en silencio. Cuando llegaron, pidieron las llaves en la recepción y subieron las escaleras. Carla metió la llave en la cerradura mientras Max le besaba la nuca. Carla lo detuvo.

—Max, no…

Él la miró con pasión.

—¡No puedo! —dijo apartándolo con la mano.

—Como quieras, *bella*… —cedió. Dio media vuelta y salió por el pasillo.

Hacía tiempo que no la llamaba así. Cerró la puerta y se quedó en la habitación conmocionada. Max le había despertado unos sentimientos que creía extinguidos.

Estaba empezando a desnudarse cuando llamaron a la puerta. Fue a abrir con la camisa medio desabotonada. Era Max.

—Carla, yo…

Se fijó en el lunar de encima del pecho que dejaba entrever la camisa, entró y la besó mientras cerraba la puerta.

Florencia, Galería de los Uffizi
3 de julio de 2023

Esa mañana Carla se había levantado inquieta. No sabía nada de Max desde que habían vuelto de Roma el sábado a mediodía. Apenas habían hablado durante el trayecto de regreso, pero estaba claro que algo había cambiado entre ellos. Recordó las caricias y los besos en la habitación de la *locanda*. No se arrepentía de haber hecho el amor con él, pero no tenía claros sus sentimientos ni si se trataba de una especie de venganza hacia Àlex.

Oyó abrirse la puerta de la sala y el corazón se le aceleró. Levantó la cabeza, pero en lugar de a Max vio a Mauro con un montón de libros en las manos y cara de estar buscando a alguien.

—Hola, Carla, estoy buscando al profesor. ¿Lo has visto?

—No, pero no creo que tarde mucho. Tenemos sesión a las nueve y ya sabes cómo es con la puntualidad.

—¡Dímelo a mí, que me tiene frito! En fin, me pasaré por su despacho. Adiós, reina.

Justo cuando salía, se topó con Max y le tiró los libros encima.

—¡Joder, Mauro!

Al ver a Max, Mauro sonrió de oreja a oreja.

—Perdona, Max, iba un poco acelerado.

Carla miraba la escena desde su mesa. Max se agachó y, antes de entrar en la sala, le dio el último libro que quedaba en el suelo.

—Si se lo hubiera hecho yo, se habrían oído los gritos hasta en Roma —dijo Carla.

Max le lanzó una sonrisa traviesa.

—¿He dicho Roma? —preguntó Carla ruborizándose.

—Sí.

—No sé por qué … —se excusó.

Max sonreía divertido.

—Quizá porque es una ciudad muy bonita. Bueno, eso me han dicho.

Carla se sintió idiota. Max se acercó a ella. Llevaba unos Dockers azul marino y una camiseta blanca ajustada.

—¿Y cómo se supone que debemos saludarnos ahora? —le preguntó.

Carla pensó que era muy atractivo. ¿Por qué Max no le había dicho nada en todo el fin de semana?

—Como siempre —contestó Carla mostrando indiferencia.

—De acuerdo. Buenos días, Carla, ¿cómo te ha ido el fin de semana?

Max esbozó esa sonrisa que la volvía loca. Se habría lanzado a darle un beso. El profesor Belletti entró en la sala e interrumpió su conversación.

—Queridos, ¿qué tal su viaje a Roma? ¿Encontraron a la dama en cuestión?

—Carla tenía razón. En el mural *Las pruebas de Moisés*, entre el pueblo de Israel aparece un inesperado personaje. No cabe duda, es Simonetta.

Carla le mostró en el móvil las fotografías que había hecho del mural. El profesor se puso las gafas para observarlas con detenimiento.

—No se hable más, nos centraremos en la propuesta de Carla —dijo devolviéndole el móvil—. Tienen que decidir las obras que presentarán. Piensen que los trámites para las cesiones entre museos pueden durar meses.

Carla sonrió y recordó el consejo de seguir su intuición que le había dado el conde.

Hasta pasadas las ocho de la tarde no salieron de los Uffizi. Estuvieron decidiendo las obras que presentarían, el orden y la composición que debían tener para exponer al Botticelli que querían mostrar. Tuvieron algún momento de tensión, pero al final llegaron a un consenso que los satisfizo a ambos.

Bajaron las escaleras que daban a la calle comentando los últimos detalles. Era una tarde agradable; Carla sintió una ligera brisa

acariciándole el pelo. Se dio cuenta de que Max la miraba de otro modo.

—¿Nos tomamos una cerveza? —preguntó tocándole el brazo.

Le apetecía mucho.

—Estaría bien. —Sonrió.

Una voz los interrumpió.

—Hola, Carla.

Los dos se volvieron y vieron a Àlex en las escaleras.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Carla, descolocada.

—Quería darte una sorpresa —contestó acercándose con una sonrisa —. Hola, Max.

Max lo miró contrariado.

—Àlex…

Carla se disculpó con Max. Se sentía incómoda. No le había contado nada de Àlex.

—Max, nos vemos mañana.

—Sí, hasta mañana —contestó sin dejar de mirar a Àlex.

Dio media vuelta y se marchó.

—¡No puedes presentarte cuando te apetezca! —le dijo enfadada.

—Como el domingo no quisiste quedar, he pensado en invitarte hoy a cenar.

—Ya te dije que había quedado con el conde para trabajar en el Ghirlandaio. —Carla se preguntó por qué le daba explicaciones—. Me voy a casa. Estoy cansada.

—Venga, Carla, solo me gustaría estar un rato contigo —insistió.

Carla dudó. Seguía firme en su decisión de alejarse de él, pero de alguna manera sentía que, después de tres años, le debía algo.

—Vale, déjame avisar a Francesca —le dijo sacando el móvil.

Àlex sonrió.

—He reservado mesa en un restaurante cerca de aquí.

Después de unos minutos andando por las calles del centro, llegaron al restaurante. Carla miró la deslumbrante entrada con grandes lámparas que colgaban del techo y la suntuosa moqueta roja. Una amplia

bodega de acero inoxidable presentaba con orgullo la extraordinaria selección de vinos. Era uno de los restaurantes más lujosos de Florencia. Estaba claro que quería impresionarla.

El maître los recibió detrás de un gran atril de madera blanca lacada.

—¿Tienen reserva?

—Sí, señor Costa, para dos personas.

El hombre miró el ampuloso libro de reservas y asintió.

—Si son tan amables de seguirme…

Los condujo a una mesa reservada junto a la ventana y retiró la silla de Carla para que se sentara. Después les dio las cartas de letras doradas y les ofreció una copa de champán. Carla miró el mantel de hilo de un blanco infinito que contrastaba con los rojizos cortinajes de las ventanas.

—Muy bonito, ¿cómo lo has encontrado?

—Me lo ha recomendado el conserje del hotel.

—No era necesario un sitio tan lujoso —dijo mientras el camarero le llenaba la copa.

—Me apetecía cenar contigo en un sitio agradable.

Carla no se sentía cómoda, no le gustaban los lugares tan ostentosos.

—Bueno, ¿cómo os fue en Roma? ¿Encontrasteis a Simonetta?

Carla se tensó. El otro día, cuando la llamó, no debería haberle dicho que iba con Max.

—Sí, la encontramos y pude confirmar mi teoría.

—Qué buena noticia. ¿Ves como teníamos algo que celebrar? —dijo levantando la copa.

Carla lo miraba desde la distancia. Llevaba una camisa blanca impecable y el pelo cuidadosamente despeinado. Se preguntó quién había debajo de esa encantadora fachada.

—¿No brindas?

Levantó la copa sin ganas y Àlex le sonrió. El camarero los interrumpió para tomarles la comanda.

—¿Te parece que pidamos el menú degustación?

—Como quieras —contestó Carla dejando la carta en la mesa.

A los pocos minutos les llevaron los platos.

—Lo echaba de menos.

—¿El qué?

—Estar juntos.

Carla se sintió incómoda.

—Estoy pensando en instalarme una temporada en Florencia; al menos, mientras dure tu proyecto. ¿Qué te parecería?

No esperaba una propuesta así.

—¿Y qué harás?

—El otro día fui a ver a un amigo que estudió la carrera conmigo y que tiene un despacho penalista aquí. Me ha ofrecido la defensa de un caso de unas obras de arte extraviadas de un museo. Han acusado a dos trabajadores. Podrías ayudarme a identificar las obras.

Carla se dio cuenta de que le brillaban los ojos.

—Te encanta el derecho penal.

Àlex sonrió.

—Lo que me encanta eres tú.

Carla le rehuyó la mirada.

—No sé qué decirte, Àlex, la decisión es tuya. Yo sigo demasiado dolida para plantearme nada.

Àlex esbozó una media sonrisa.

—Vale, princesa, esperaré.

Carla miró su cuenco con la crema de erizos rojiza y cogió la cuchara.

Al terminar la cena, Àlex la acompañó con el coche hasta casa de Francesca.

La cena había sido fría y distante; no podía verlo como antes. No sabía por qué había aceptado; sentía una especie de vínculo invisible que no conseguía romper.

Cuando entró, se encontró a Francesca leyendo en el sofá.

—¿Cómo ha ido la cena? —le preguntó indicándole que se sentara a su lado.

Carla dejó el bolso en el recibidor. Pensó que Francesca no

entendería que hubiera ido con Àlex.

—He ido a cenar con Àlex —respondió con cara de circunstancias.

—¿Con Àlex?

—Sí, ha venido a los Uffizi.

—¿Y cómo ha ido?

—No sé por qué he aceptado. Lo que me apetecía era estar con Max.

Francesca la miró.

—¡Os habéis enrollado en Roma, lo sabía!

Carla se tocó el pelo, nerviosa.

—No, yo no…

—Eh, que me parece muy bien, no te juzgo. Pero cuéntame, ¿cómo fue?

—Tuve la sensación de que no había pasado el tiempo, de que estábamos en el mismo punto en que lo dejamos.

Francesca sonrió.

—¿Y qué harás con Àlex?

—Me ha dicho que va a alquilar un piso en Florencia. El muy cretino se presenta aquí y cree que se lo perdonaré todo. —Se quedó en silencio—. Lo que más rabia me da es que no quise ver quién era en realidad…

—Carla, no te mortifiques. No se lo merece.

—Me voy a dormir. Mañana quizá lo vea todo más claro.

Le dio las buenas noches y subió las escaleras hasta su habitación.

Florencia, taller de Botticelli
15 de abril de 1475

Simonetta observaba el rostro de la joven con la diadema de perlas y la capa roja que estaba sentada en el trono con una maza de hierro en las manos. Sus ojos desprendían una melancolía que no había visto antes. Acarició el rostro con los dedos. ¿Cómo la retrataría a ella? Botticelli era capaz de ver el interior de las personas como ningún otro artista. Miró las pinturas en las que estaba trabajando, dispuestas en los atriles. Paseó por el taller para observarlas una a una.

Cuando acabó, se volvió y miró la puerta. ¿Por qué Giuliano tardaba tanto? Días antes, cuando salía de la misa de Ognissanti, Botticelli le había dado discretamente una carta de Giuliano. Le pedía que se encontraran en secreto en el taller. Pensó que era una temeridad y estuvo a punto de quemar la carta, pero Giuliano conseguía que hiciera cosas impensables. Desde el encuentro en el invernadero se sentía más libre, más viva, quizá a causa de los sentimientos que le despertaba. Se sentó al escritorio y le respondió que en unos días Marco se iba a Volterra por negocios. Sería un buen momento.

Miró a su dama, Caterina, entretenida en una silla con su lectura. De vez en cuando la miraba y le sonreía; había venido con ella desde Génova y era la única persona en la que podía confiar. Al oír la puerta, se volvió y lo vio entrar vestido con una camisa blanca. El cabello mojado resaltaba sus facciones angulosas. Un calor le subió desde el vientre.

Giuliano sonrió complacido.

—¡No estaba seguro de si podríais venir!

—Sí, Marco se ha marchado hoy a primera hora —dijo nerviosa.

—Perdonad mi demora. Si hubiera dejado el entrenamiento, Lorenzo habría sospechado. Es la actividad más importante del día para los Médici —comentó quitándose la capa y la espada, que dejó en

la mesa.

—He estado entretenida mirando el trabajo de Sandro. Sus pinturas desprenden una sensibilidad que no he visto en ningún otro artista —dijo señalando el cuadro de la joven con la diadema.

—¡Lo único que desprende sensibilidad aquí sois vos! —respondió Giuliano, y la besó.

Simonetta sonrió. Giuliano le había quitado la inquietud.

—Os he traído un regalo. ¿Me acompañáis? —Y la cogió de la mano.

Simonetta se dejó llevar y subió las escaleras temblorosa. Cuando abrió la puerta, vio una cama cubierta de pétalos de rosa y rodeada de velas y lirios blancos. Encima reposaba el estandarte de Botticelli.

—Es para vos.

Sonrió. Giuliano la cogió en brazos y la dejó en la cama con mucho cuidado; toda ella temblaba. Se quitó la camisa y se acercó a ella para darle un beso acariciándole los labios.

—Siempre vuestro, señora mía —le susurró al oído.

Simonetta se estremeció.

Florencia, palacio Médici
23 de abril de 1475

Los invitados llenaban el patio porticado de columnas corintias del palacio Médici. Las mujeres, sentadas en los bancos dispuestos en las primeras filas, contemplaban el atrio, donde los actores revisaban el texto. Era la primera vez que se representaba una obra dramática en el palacio. Lorenzo había elegido a Séneca, uno de sus autores predilectos.

—Lorenzo, no sé si *Medea* es una obra apropiada —le comentó Lucrezia a su hijo.

—Madre, es una tragedia griega. ¿Qué daño puede hacer?

—Meter extrañas ideas en la cabeza. Infidelidades y venganza —contestó molesta por la elección de su hijo.

Se hizo el silencio y los dos hombres que estaban en el centro del patio empezaron a recitar. Giuliano, situado justo detrás de Fioretta, no dejaba de mirar a Simonetta, sentada unos bancos más allá. No podía quitarse de la cabeza la imagen de ella desnuda en la cama. Esa noche se marchaban de Florencia; lo había organizado todo para quedarse una temporada en Venecia. Su familia acabaría aceptándolo, y a Marco no le quedaría más remedio.

En la media parte, Simonetta se levantó y Giuliano fue a encontrarse con ella en el corredor.

—Amor mío, soy muy feliz. ¡No veo el momento de que llegue esta noche! —le susurró al oído.

—¡Giuliano, pueden vernos! —dijo mirando a su alrededor.

La cogió por la cintura y la besó. Simonetta se escapó y continuó su camino hasta el jardín.

Antes de que empezara el segundo acto, Lorenzo llamó a Giuliano a la biblioteca.

—Hermanito, ¿se puede saber qué haces? En Fiesole quedamos en

que te centrarías en tu matrimonio después del encuentro con Simonetta, pero Clarisa me ha dicho que todavía no le has declarado tus intenciones a Fioretta. Está muy defraudada.

—A mí no me ha dicho nada —respondió inexpresivo.

—¡Le aseguraste a nuestra madre que lo harías público después de Fiesole, y volvimos hace un mes! —exclamó Lorenzo, enfadado.

Giuliano no pudo resistirse. Tenía que decírselo.

—Lo he intentado, pero no puedo resignarme a tus encuentros efímeros con Madonna Donati. ¡Simonetta es mi alma, mi mitad!

—Pero ¿qué dices? —se sorprendió Lorenzo, negando con la cabeza.

—Esta noche nos vamos a Venecia.

Lorenzo dio un puñetazo en la mesa.

—¿Estás loco? ¡No puedes hacerlo!

—Ya está arreglado. He hablado con el dux —lo desafió.

—Traicionarás a tu familia, por no hablar de que a Simonetta la considerarán una adúltera. ¿Es eso lo que quieres? —le preguntó fuera de sí.

—En Venecia el adulterio no está castigado.

—¿Y piensas abandonar a tu familia y Florencia? —dijo todavía incrédulo.

Se hizo el silencio.

—¡Ahora ella es mi familia! —Y salió de la biblioteca.

Giuliano dejó a Lorenzo furioso. No estaba acostumbrado a que lo desobedecieran, y menos su hermano. Se quedó pensando en cómo salvar a la familia del desastre.

Florencia, Ponte Vecchio

Horas más tarde, Giuliano, montado en su caballo, esperaba inquieto la llegada de Simonetta, en la otra orilla del Arno. Un carruaje los esperaba frente a la iglesia de San Miniato al Monte para llevarlos a Prato, donde pasarían la primera noche. Levantó la mirada. Las nubes habían encapotado el cielo y soplaba viento de tormenta; el tiempo les complicaría la salida. Estaba oscureciendo y las pocas personas que había por las calles de Florencia se habían convertido en sombras casi invisibles.

Las campanas de la catedral dieron las ocho. Llevaba más de una hora esperándola. Hasta ese momento no se le había pasado por la cabeza que no llegara al punto de encuentro. Quizá le había sucedido algo. Espoleó al caballo y atravesó el Ponte Vecchio a gran velocidad; por primera vez fue consciente del peligro en el que la ponía.

Cuando llegó al palacio Vespucci, distinguió a través de la ventana dos figuras sentadas a la mesa del salón. ¿Por qué seguía allí? Se temió lo peor. Cabalgó alrededor de la casa intentando encontrar una respuesta. Estuvo a punto de llamar a la puerta y llevársela, aunque fuera a la fuerza. Pensar que estaba en manos de Marco lo ponía enfermo; ese necio estaba muy lejos de merecerla. De repente, el cielo empezó a descargar, y se quedó encima del caballo bajo la lluvia hasta que vio que Simonetta se levantaba y le daba un beso a Marco justo antes de salir del salón. La siguió a través de los ventanales y vio que llegaba a su estancia y se quitaba la ropa con la ayuda de Caterina. En un momento, Simonetta se acercó a la ventana y lo miró unos segundos antes de cerrar los postigos. Giuliano gritó como si le arrancaran el alma. Cayó un fuerte relámpago. El caballo levantó las patas y lanzó al suelo a Giuliano, que impactó contra los adoquines mojados. Veloz, volvió a montar y cogió las riendas clamando al cielo por su desgracia.

Florencia, Hospital General
4 de septiembre de 1970

Cuando Arnaldo despertó, vio a su madre sentada a los pies de la cama con la mirada perdida en la ventana. Observó la aséptica habitación de paredes blancas; estaba en un hospital, pero no recordaba cómo había llegado allí. Sintió un fuerte pinchazo en la cabeza que le hizo levantar las manos para detenerlo, pero la aguja que tenía introducida en la muñeca derecha se lo impidió. Siguió el tubo de plástico que le salía del brazo hasta un gotero situado junto a la cama. El aparato que le medía las constantes empezó a marcar la aceleración del ritmo cardiaco.

—Madre…, ¿qué ha pasado? —preguntó alarmado.

La condesa se abalanzó sobre él.

—¡Arnaldo, hijo!

El pinchazo volvió y se llevó la mano a la cabeza. Notó el vendaje que le cubría el cráneo. Se asustó.

—¡No te muevas! —Le cogió la mano y pulsó el botón situado junto a la cama—. Tuviste un accidente de coche.

—No recuerdo nada…

Se tocó el cuerpo dolorido. Enseguida entró una enfermera.

—¡Avise al médico, acaba de despertarse! —gritó la condesa.

La enfermera se acercó a él y comprobó las constantes que marcaba el aparato. Después pulsó el interfono.

—Avisad al doctor Salvini de que el paciente de la 116 ha vuelto en sí.

A los pocos minutos entró el médico. Pidió a la condesa que se apartara.

—Soy el doctor Salvini. ¿Cómo se encuentra?

—Me duele mucho la cabeza —contestó con la mano encima del vendaje.

Se sentía mareado. El olor de la habitación le provocó náuseas hasta hacerlo vomitar. La enfermera le acercó rápidamente un barreño para recoger el vómito. Cuando terminó, le secó la cara con una toalla húmeda y lo ayudó a apoyar la espalda en la cama.

—¿Se encuentra mejor?

—Creo que sí —contestó mareado.

—¿Recuerda lo que pasó? —le preguntó el médico.

Arnaldo estaba muy confundido.

—No…

—Tuvo un accidente de coche y perdió el conocimiento.

—¿Tuve? ¿Hace cuánto?

—Hace dos días.

Arnaldo se inquietó.

—¿He estado dos días inconsciente?

—Sí, el traumatismo fue muy fuerte.

Arnaldo miró a su madre, que estaba a los pies de la cama con las manos en oración. Parecía que el accidente había sido grave, pero no recordaba nada.

—Le haré una pequeña exploración.

El médico le miró las pupilas y le tomó la tensión. Después lo auscultó y le quitó el vendaje para examinarle la herida de la cabeza.

—¿Qué es lo último que recuerda?

—Yo…

—Vale, tranquilo, le haré preguntas más fáciles. ¿Cómo se llama?

—Arnaldo.

—¿Qué edad tiene?

—Veintitrés años.

—¿Dónde vive?

—En San Gimignano.

—¿Quiénes son sus padres?

Arnaldo miró a su madre, que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Los condes Verini.

La condesa respiró. El médico terminó la exploración y le pidió que saliera al pasillo.

—¿Está bien, doctor? —le preguntó preocupada.

—Arnaldo ha tenido mucha suerte. Está conmocionado y parece que sufre una pérdida de memoria a corto plazo, pero *a priori* no le veo más órganos afectados. La habilidad motora parece intacta, pero tendrá que quedarse ingresado para que podamos hacerle unas pruebas y controlar que se absorbe el hematoma de la cabeza. Si todo va bien, en unos días volverá a casa.

La condesa se santiguó dando gracias a Dios.

—¿Sabemos cuánta memoria ha perdido?

—Aún no podemos saberlo. El traumatismo ha afectado a las partes del cerebro que intervienen en los recuerdos más recientes, pero necesitamos unos días para conocer el alcance real de la lesión.

—Pero la recuperará, ¿verdad?

—No quiero engañarla, condesa. En algunos casos no se consigue volver a asentar todos los recuerdos.

Miró a través de la pequeña ventana la cama rodeada de aparatos en la que yacía su hijo.

San Gimignano, palacio Verini
8 de septiembre de 1970

Graziela estaba delante de la puerta de vidrio y hierro forjado del palacio Verini, muy angustiada. Había dejado el coche de su madre en el jardín y había subido corriendo la escalinata de mármol. Recuperó el aliento y miró al cielo; la tarde se estaba poniendo gris. Una ráfaga de aire la hizo estremecer.

Mientras pulsaba el timbre, las palabras del mayordomo resonaban en su cabeza. «El señor Arnaldo ha tenido un accidente», le dijo cuando llamó al palacio porque no había ido a buscarla a los Uffizi, como cada tarde. Fue al día siguiente de la fiesta de la vendimia. «Pero ¿está bien?», le preguntó. «Está inconsciente en el hospital», se limitó a responderle. El auricular se le había caído al suelo de la impresión.

El mayordomo abrió puerta.

—Señorita Graziela… —dijo sorprendido al verla.

—¿Cómo está? —preguntó inquieta—. ¡En el hospital me han dicho que ya ha vuelto a casa!

—El señor Arnaldo está descansando en su habitación. Avisaré al conde. Pase, por favor.

El mayordomo la acompañó hasta la biblioteca; sentía una presión en el pecho que le dificultaba respirar. Había ido todos los días al hospital, pero solo permitían visitas a los familiares cercanos. Ese día, una enfermera se había compadecido de ella y le había informado de que ya estaba en casa. El hermetismo de los condes la descolocaba; pensó que Arnaldo no había tenido tiempo de decirles que se habían prometido. Caminó nerviosa por delante de las estanterías de cedro; podía oír los latidos de su corazón.

Después de diez minutos de angustiosa espera, el conde entró y la

saludó con el rostro circunspecto. Tenía mala cara; parecía no haber dormido mucho los últimos días.

—Buenos días, Graziela. Supongo que has venido a ver a Arnaldo —dijo guardando las distancias.

—Sí, ¿cómo está? —le preguntó impaciente.

—Ha estado muy grave. A punto de morir —contestó severo.

—¡Madre mía! —exclamó, y se dejó caer en el sofá.

El conde se acercó a ella.

—¡Aurelio, trae un poco de agua!

El mayordomo entró rápidamente y le ofreció un vaso de agua, que Graziela se bebió de un trago.

—Pero ahora está bien, ¿no?

—Sí, pero necesita algo de tiempo para volver a ser el que era.

—¡Es terrible! —se lamentó apoyándose en el respaldo—. ¿Cómo ha podido pasar? Arnaldo conduce muy bien.

—Nosotros tampoco nos lo explicamos. ¿Sabes si le preocupaba algo? —le preguntó acercándose muy serio a ella.

Graziela se sintió intimidada.

—No, yo lo veía como siempre.

—Pues algo le preocupaba, eso está claro.

—¿Puedo verlo? —pidió mirando hacia la escalera que subía al primer piso.

—Me temo que no. Todavía está un poco conmocionado y el médico nos ha dicho que no puede recibir visitas.

—Pero me gustaría verlo —insistió.

—¡No podrá ser! —contestó taxativo.

Graziela sintió la negativa como una bofetada.

—De hecho, tenía pendiente una conversación contigo. —Se sentó a su lado en el sofá—. Como sabes, Arnaldo es mi heredero y, como tal, debe empezar a cumplir con las obligaciones del título y prepararse para administrar las propiedades y los negocios de la familia. Ahora no puede distraerse, y la verdad es que lo he visto muy poco centrado desde que está contigo.

Graziela se tocó el anillo con los dedos. Quería contárselo todo.

—Arnaldo siempre ha sido muy discreto con sus relaciones. De

hecho, nunca nos había presentado a nadie. Has causado una gran impresión en mi hijo, y eso lo está alterando sobremanera.

Graziela no pudo sostenerle la mirada.

—¿Quiere decir que ha sido culpa mía?

No podía creer lo que le estaba diciendo.

—Graziela, eres una buena chica, pero no podrás darle a Arnaldo lo que necesita. Su matrimonio no puede basarse en el amor ni en un capricho; debe tener otras cualidades que tú no puedes ofrecerle. En su fuero interno, Arnaldo lo sabe, pero ahora mismo está obnubilado por tu belleza. Graziela, acabarás haciéndolo infeliz.

Sus palabras la rompieron. Miró a través de los ventanales; necesitaba salir de esa habitación.

—No estoy a su altura… —dijo con los ojos vidriosos pensando que su madre tenía razón.

Se hizo el silencio. Sin decir nada más, cogió el bolso y se levantó del sofá mirando la estantería que daba acceso a la sala secreta. Pensó en lo que habían compartido allí la otra noche. El conde observó cómo iba rompiéndose a cada paso que daba.

—Graziela, no es nada personal —dijo.

Ella apretó los puños con rabia. Ese hombre la estaba alejando de lo que más quería. Se sintió impotente. Tenía ganas de gritar.

Cuando llegó al recibidor, Aurelio le abrió la puerta.

—¿Quiere un paraguas, señorita Graziela? Ha empezado a llover.

Pasó por delante de él como un fantasma. Al salir se encontró con Bianca, que llegaba acompañada de sus padres, y se miraron.

—¿No es la hija de los Ferrara? ¿Qué hace aquí? —preguntó la señora Bandini.

—Estudió con Arnaldo, son amigos —le contestó Bianca mientras la observaba alejarse.

Graziela bajó las escaleras y caminó por el césped bajo la lluvia sin poder contener las lágrimas. Se detuvo y levantó la cabeza buscando la ventana de su habitación. Lo vio de pie, observando el jardín. Sus miradas coincidieron unos segundos hasta que Arnaldo se volvió. Graziela cayó de rodillas. Quería morirse.

Florencia, palacio Médici
24 de abril de 1475

Giuliano estaba sentado a la mesa del comedor con la mirada perdida en los ventanales de la via Larga. No había dormido en toda la noche. ¿Por qué Simonetta había cambiado de idea? Cuando se vieron en el palacio, durante la representación de *Medea,* estaba convencida de fugarse con él. Le volvió la imagen de ella dándole un beso a Marco en el salón y cerrando los postigos, todo él tembló.

Lorenzo entró en el comedor y lo sacó de sus pensamientos.

—¡Buenos días! —exclamó satisfecho de que no se hubiera marchado.

No contestó. Lorenzo pensó que tenía mala cara.

—Me alegra que hayas cambiado de opinión.

—Fue ella… No vino.

Lorenzo se sentó frente a Giuliano y lo miró a los ojos.

—Ayer fui a verla —le confesó.

Al instante entendió lo que había sucedido.

—¿Fuiste tú? —le preguntó sin terminar de creérselo.

—Le hice ver que lo que os disponíais a hacer solo tenía sentido si te quería de verdad. Se arriesgaba a perderlo todo por ti —contestó muy serio.

Giuliano se abalanzó con rabia sobre su hermano, lo cogió de la camisa y lo levantó de la silla.

—¡Serás miserable! ¡Confié en ti!

Lo empujó al suelo, se lanzó encima de él y empezó a golpearlo en la cara. Lorenzo intentaba defenderse, pero Giuliano estaba fuera de sí. Los golpes salían con una violencia que nunca había empleado con su hermano. Lorenzo le sujetó el puño antes de que volviera a impactar contra su cara, ya enrojecida por la sangre, y le retorció la mano hasta que lanzó un grito de dolor. Lorenzo, más corpulento, lo

derribó y se colocó encima de él para bloquear los golpes.

—¡Giuliano, detente, nos haremos daño!

—¡No lo entiendes! ¡Ella lo es todo para mí! —gritó furioso.

Al final se detuvo y Lorenzo lo soltó; se quedó resoplando en el suelo. Descubrir que Simonetta no lo amaba lo suficiente para arriesgarse a huir lo había devastado.

—Simonetta debe seguir con Marco y tú tienes la responsabilidad de afianzar esta familia con tu boda —le dijo colocándose la mano sobre el labio ensangrentado.

Las palabras de su hermano se le clavaron como una daga. Se levantó vencido y salió del comedor.

Florencia, palacio Vespucci
16 de junio de 1475

Simonetta estaba sentada a la mesa del comedor esperando la llegada de Marco. Iba a darle la noticia. Temía su reacción; era un hombre al que no le gustaban las sorpresas.

Oyó que se abría la puerta de la calle; se levantó de la silla recolocándose el vestido y se puso la mano sobre el vientre. Marco entró malhumorado; pensó que no habría tenido un buen día.

—Querido, ¿ha ido todo bien en el banco? —le preguntó preocupada.

Marco le respondió sin mirarla; iba leyendo unos papeles que llevaba en las manos.

—Los depósitos que me había prometido Lorenzo todavía no han llegado. ¡La situación del banco empieza a ser insostenible!

—No te preocupes, los Médici siempre ayudan a sus amigos.

—Eso espero; ¡si no, tendremos problemas! —le dijo tirando los papeles en la mesa.

Simonetta esperó a que Marco se sentara para acompañarlo. Marco la miró; estaba pálida.

—¿Cómo estás? ¿Ya te encuentras mejor?

Simonetta se quedó en silencio, debía decírselo.

—Marco, tengo que darte una noticia.

—¿Una noticia? —le preguntó mientras cogía los cubiertos.

—Sí, estoy… embarazada.

Del susto, Marco volcó el vaso de agua encima de la mesa; con agilidad, el sirviente se acercó a recogerlo. Se quedó inmóvil; no se esperaba esa noticia. Veloz, calculó las consecuencias: Simonetta embarazada no sería tan útil para sus propósitos.

—¿En serio?

—Sí, hoy me lo ha dicho el físico. Los mareos que tenía por la

mañana los provocaba el embarazo —dijo temerosa con la mano en el vientre.

Marco forzó una sonrisa.

—¡Seguro que será un niño! —exclamó pensando que la criatura no llegaba en el mejor momento.

Simonetta suspiró.

—He pensado que podría irme una temporada a Génova, a casa de mis padres. El físico me ha dicho que los aires del mar me sentarán bien durante el embarazo. Además, mi madre podrá cuidarme.

—Me parece buena idea. Te acompañaré y, cuando estés instalada, volveré a Florencia; ahora no puedo dejar el banco.

Simonetta sonrió.

—Escribiré a mi madre para que lo prepare todo.

Se sentó en el escritorio y empezó la misiva. La decisión de no huir con Giuliano le había arrebatado las fuerzas para vivir. Alejarse de él era la única manera de apaciguar el amor que sentían. El tiempo haría lo demás.

Cuando la dama de Simonetta fue a su taller esa mañana, Botticelli se temió lo peor. Caterina le dijo que su señora se iba una larga temporada a Génova con sus padres y le dejó una carta que tenía que hacer llegar a Giuliano.

Cuando Caterina salió, se quedó con la carta en las manos paseando de un lado a otro del taller; no sabía qué hacer, al final decidió abrirla.

Simonetta le contaba que, con todo el dolor de su alma, no se había presentado en el punto de encuentro después de hablar con Lorenzo. Él le había hecho entender que Giuliano nunca sería feliz lejos de su familia y lejos de Florencia. Lo quería demasiado para pedirle un sacrificio como ese. Había decidido marcharse para que él siguiera su destino como Médici, donde ella, desgraciadamente, no tenía cabida.

Botticelli sintió un escalofrío. Habían planeado huir, suerte que Lorenzo lo había evitado. Enfadado, rompió la carta y se abalanzó sobre la mesa tirando los dibujos al suelo. Su musa se marchaba;

Giuliano la había alejado de él. La había puesto en peligro y él lo había ayudado. Se quedó sentado en medio de ese desorden con la cabeza entre las piernas. El dolor y la rabia lo rompían por dentro.

—¡Maldito Giuliano! —gritó desesperado.

Al día siguiente, Botticelli se dirigió al palacio Médici con los pedazos de la carta en el jubón. Llevaba un rato delante apostado, decidiendo si debía entrar, cuando vio a Giuliano salir abrazado a dos mujeres; de forma instintiva, tocó los pedazos de la carta con la punta de los dedos y se dirigió hacia él.

Lo vio desmejorado; tenía unas sombras violáceas bajo los ojos y el rostro enrojecido por el alcohol.

—Giuliano, tengo una noticia que daros.

—¿Qué queréis ahora? —le preguntó molesto.

El olor a vino le hizo echarse hacia atrás. Miró a las dos mujeres y decidió no darle la carta.

—Es un asunto privado —contestó muy serio.

Giuliano pidió a las mujeres que los dejaran solos.

—¿Qué es eso tan secreto? —Lo miró contrariado.

—Se ha marchado de Florencia.

El semblante de Giuliano se tornó grave.

—¿Se ha… marchado? —repitió incrédulo.

—Ha salido a primera hora con su esposo. Se va una temporada a Génova con su familia y me ha pedido que os lo comunicara —dijo apretando la carta dentro del jubón.

—Maldita sea, ¿por qué se va? ¿No le ha bastado con humillarme?

Entró en el palacio enfurecido, exigiendo que le prepararan el caballo. Lo montó y lo espoleó hasta llegar a la iglesia de San Miniato al Monte, donde debían encontrarse aquella noche. Tiró con fuerza de las riendas haciendo que el corcel se levantase sobre las patas traseras y relinchara.

San Gimignano, palacio Verini
4 de julio de 2023

El aria «Vissi d'arte», íntima, desesperada, conmovedora, inundaba el taller mientras Carla trabajaba en la pintura. Pensó que los colores no se parecían al original. Miraba la fotografía bajo la lupa, pero no conseguía reproducirlos en la tela. Llevaba más de media hora mezclando colores sin encontrar la tonalidad que buscaba. Cansada, lanzó los pinceles sobre la mesa.

El conde entró con una caja de madera trabajada de color caoba en las manos. La depositó con cuidado en la mesa.

—¿Cómo vas, Carla?

Carla se retiró el pelo del rostro y lo miró.

—No consigo reproducir la composición cromática de Ghirlandaio. Es como el ADN, única en cada artista.

El conde se acercó a la tela y la observó.

—Es el dorado, la ausencia de dorado. Ghirlandaio era un hombre sencillo que primaba el realismo frente a la exaltación; casi nunca lo utilizaba, solo de forma excepcional, como en el cuadro de la *Adoración de los Reyes Magos*.

Carla sabía perfectamente lo que acababa de decirle, pero no tenía la cabeza lo bastante clara para trabajar. Se avergonzó.

—¿Cómo he podido pasarlo por alto?

—A veces no vemos lo más evidente aunque lo tengamos delante.

Enseguida pensó en el engaño de Àlex. El conde se sentó en la butaca de la ventana apoyándose en el bastón.

—¿Te importa si me quedo viendo cómo trabajas?

—En absoluto.

Descartó la paleta con la mezcla de colores que había preparado y volvió a empezar. Cuando la tuvo lista, cogió los pinceles y pintó la tela. El conde la observaba; parecía como si estuviera interpretando

una melodía. Estuvo un rato trabajando hasta que terminó la figura de la Virgen.

—¡Sí, ahora sí! —dijo levantando la cabeza.

El conde se acercó al cuadro, miró los colores y pasó los dedos por encima sin llegar a tocar la pintura.

—¡Magnífico, realmente magnífico!

—¡Gracias! Hoy no puedo avanzar más. Tendré que esperar a mañana para que se seque.

Carla cogió el cuadro con delicadeza y lo dejó en el atril.

—¿Sabes que Ghirlandaio fue el primero que pintó a Simonetta? Hacía tres años que su esposo y ella habían llegado a Florencia. Solo tenía diecinueve años.

—¿En serio?

—Ghirlandaio era amigo de los Vespucci, y el patriarca de la familia le encargó el retrato para el mural de su capilla en la iglesia de Ognissanti. Aparecen todos los miembros de la familia arrodillados bajo el manto protector de la Virgen. También está el navegante Amerigo Vespucci.

—Creía que el único que la había retratado, además de Botticelli, era Piero di Cossimo.

—De hecho, también la retrató Leonardo da Vinci el día de su funeral.

—¿Leonardo la pintó? —preguntó descolocada.

—La dibujó cuando la llevaban en el féretro. Descansa tan plácidamente que parece que en cualquier momento va a abrir los ojos.

—¿Se conserva ese retrato?

—Está en el departamento de grabados y dibujos de los Uffizi, junto con más de ciento cincuenta mil piezas y esbozos del Renacimiento. Es un sencillo dibujo en carboncillo. Quizá por eso ha pasado inadvertido, incluso entre los especialistas. Hay piezas espléndidas. Puede verse el proceso creativo de los artistas, también bocetos de obras perdidas. Paseé más de una vez por allí cuando buscaba inspiración.

El rostro de Carla se iluminó.

—Mañana iré a verlo; podemos incluirlo en la exposición. Mostraremos cómo Leonardo veía a Simonetta —dijo contenta pensando que el conde era un pozo de sabiduría.

Carla limpió los pinceles y los dejó secar sobre un trapo. Se quedó pensativa.

—¿Sabe que aún no he visitado la tumba de Botticelli en Ognissanti? ¡No tengo perdón!

El conde se sorprendió.

—Tienes que ir. Botticelli pidió que lo enterraran en la iglesia donde estaba Simonetta. Quería pasar con ella toda la eternidad.

—Debió de sufrir mucho cuando ella murió.

—Para él y para Giuliano fue una tragedia.

Carla sintió lástima de su triste historia. Guardó los utensilios de pintura, se quitó la bata y la dejó en el perchero. El conde se levantó y se dirigió a la mesa de trabajo.

—Carla, antes de que te vayas me gustaría mostrarte una pertenencia familiar. Tienes que prometerme que guardarás el secreto. Ha pasado de generación en generación en mi familia, y solo lo compartí con tu abuela.

Carla asintió con la cabeza, curiosa. ¿Qué quería mostrarle? El conde se volvió hacia la caja de madera que había dejado en la mesa. Del interior sacó un pequeño cuaderno de piel marrón que parecía muy antiguo.

—Es un diario de Botticelli que narra los últimos días de la vida de Simonetta y Giuliano.

Se quedó de piedra pensando que le estaba tomando el pelo.

—¿Un diario de Botticelli?

—Sí, escrito en primera persona.

Lo cogió con cuidado; era del tamaño de un DIN-A5. Se lo acercó para oler la piel húmeda.

—Pero… no existe ningún diario de Botticelli —dijo descolocada.

—Léelo, por favor. Te ayudará a entender el hombre que era.

Carla se sentó en la butaca con el diario en las manos, abrió la tapa y acarició el papel desvaído. Un escalofrío la recorrió. Fue pasando las páginas con cuidado para no estropearlas. Faltaban algunas; se veía

que las habían arrancado. Al llegar a las últimas hojas vio, emocionada, cuatro esbozos del rostro de Simonetta. Miró sus ojos tristes y su sonrisa melancólica, y se estremeció. Era consciente de que tenía en las manos una pieza única de un valor extraordinario. Inspiró profundamente antes de empezar a leer. El conde salió de la habitación.

17 de julio de 1476

Debo finalizar este cuadro, fue vuestro último deseo, tengo que entregárselo a Giuliano. Hace más de dos meses que no estáis aquí y todavía soy incapaz de pintar. Me vienen imágenes de vuestro rostro mientras os llevaban camino de la iglesia. El féretro abierto para que todo el mundo pudiera contemplar vuestra inconmensurable belleza. Hacíais majestuosas las palabras de Petrarca: «La muerte parecía bella en su bello rostro». En la muerte superasteis la belleza, que cuando estabais viva parecía insuperable. En un momento en que el carruaje se detuvo por la multitud, que quería veros, Leonardo memorizó vuestro rostro y, al llegar a su taller, os retrató. Parecíais dormida, pero en realidad descansabais en vuestro sueño eterno.

¿Cómo puede dolerme tanto vuestra ausencia? Añoro vuestra belleza, la que despertaba mi arte. Debo aprovechar lo que queda de vuestra luz para seguir pintando. Estrella mía, no os apaguéis nunca. Aún resuenan en mi cabeza los versos de Pulci que Giuliano le encargó:

> *Vence el feroz dolor que te traspasa*
> *para que el llanto ya no llegue al cielo*
> *a turbar a aquella que siempre fue amada.*
> *Que la lloras y no está muerta,*
> *viva está; libre del velo terrestre,*
> *solo piensa en ti y en el cielo te espera.*

Elegisteis amar porque no podíais contentaros viviendo una vida desvaída. Elegisteis a Giuliano. Ahora vaga como un muerto en vida soportando vuestra dolorosa ausencia y buscando por toda Florencia lo que queda de vuestros recuerdos. Dadnos fuerza, Dios mío, para soportar este vacío.

3 de septiembre de 1476

Esta mañana he descubierto el cuadro; lentamente, he retirado las telas que lo cubrían como si os estuviera desnudando. Vuestra presencia casi me duele. Me he lamentado por no haberlo terminado a tiempo; vos ya sabíais que os estabais apagando… Os había cambiado la mirada, ¿cómo no me di cuenta? La felicidad me visitó esos días en que os pinté. El amor en su estado más puro se desplegó majestuoso y desveló a la mujer que estaba detrás de esa sonrisa. Me confesasteis que nunca habíais amado a Marco y que dudabais de que él os hubiera amado. Visteis al hombre que estaba detrás de la opulencia de los Médici y os enamorasteis. Renunciasteis a vuestra felicidad por salvarlo, ¿puede haber mayor grandeza? Me pedisteis que pintara vuestro amor, y yo vi en él a Venus y Marte. Venus, la diosa del amor, casada con Vulcano, no dejó pasar su amor por el dios de la guerra. Igual que vos, Simonetta, eligió amar. Contemplo la escena, tumbada con el vestido blanco en la hierba poblada de flores mientras observáis el sueño despreocupado de Giuliano, que yace desnudo a vuestro lado, rendido después de hacer el amor.

Hoy es un buen día para trabajar.

26 de abril de 1478

Me duele escribir estas palabras, me duele profundamente. ¡Han asesinado a Giuliano! ¡Poliziano ha venido a mi casa con la mirada de un loco y las manos y la ropa manchadas de sangre! Los traidores lo han atacado por la espalda cuando el cardenal levantaba el cáliz durante la misa de Pascua en la catedral. Bernardo Bandini le ha dado la primera estocada, y después Francesco Pazzi ha descargado más de diez veces su puñal. Marco Vespucci, cobarde, ha perpetrado su venganza clavándole la daga hasta el final.

Poliziano ha protegido a Lorenzo encerrándose en la sacristía mientras la gente corría despavorida entre gritos y lamentos. Cuando por fin han podido salir, Poliziano ha encontrado el cuerpo de Giuliano tendido en el suelo sobre un mar de sangre. La visión ha sido tan terrible que no ha tenido ánimos ni para cubrir el cadáver, y ha tomado otro camino para evitar que Lorenzo viera muerto a su hermano. El cruel destino ha querido que la muerte fuera a buscarlo el mismo día que a vos, dos años después. ¿Qué me queda ahora? Soy huérfano en esta lastimosa vida en la que me ha correspondido ser testigo de vuestra tragedia. Mi fe se tambalea y siento un aterrador vacío. Giuliano, mi amigo y protector, está muerto, muerto… Ya no tenía ganas de luchar; en caso contrario, no se habría dejado matar. Espero que en el cielo podáis encontrar lo que en la tierra se os negó. Poliziano se ha marchado entre lágrimas; dice que Florencia no volverá a ser la misma. Las campanas han sonado avisando del peligro y las puertas de la ciudad se han cerrado. El pueblo busca venganza, busca pagar sangre con sangre.

10 de mayo de 1478

Esta mañana Lorenzo ha venido a buscarme. Lo he visto cambiado, con la mirada perdida y agotado. Se siente culpable por no haber sido capaz de proteger a su hermano. Una carga demasiado pesada incluso para el señor de Florencia. Lorenzo siempre ha querido la paz, pero en su nombre ha legitimado actos sangrientos. Al final, la víctima de sus acciones ha sido Giuliano, él, que nunca se había metido en política ni había intentado acomodar los acontecimientos a los objetivos familiares. Las guerras surgidas en Florencia no estaban marcadas con su nombre; él, que siempre le había sido leal.

Dice que tiene una deuda con vosotros. Quiere que pinte el cuadro más prodigioso que haya hecho jamás. Me ha traído el poema que escribió Poliziano para la justa de Giuliano, los versos del amor que sentía por vos. He aceptado en honor a vuestro amor y a todos los ideales que reinaban en Florencia y que nos hicieron tan grandes.

15 de mayo de 1510

El físico dice que mi hora se acerca; me voy tranquilo, no dejo nada aquí abajo. Estoy cansado de luchar contra el dolor que domina mi cuerpo; he tenido una vida plena acompañado de mi arte. Pediré confesión al sacerdote y expiaré mis culpas; confío en él. Le daré el cuadro para que se lo haga llegar a vuestro hijo. Nos veremos pronto, querida, aunque nunca he dejado de soñar con vos. La vejez ha sido dura conmigo. No pinto desde hace tiempo; la enfermedad ha ido apagándome. Espero pintaros en el cielo, allí no me dolerán las manos. Temo encontrarme con Dios; no sé si estará satisfecho con mi trabajo.

Hasta pronto, Simonetta, hacedme un sitio a vuestro lado.

Carla cerró el cuaderno. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas con un terrible sentimiento de impotencia por la desdichada historia de Simonetta y Giuliano. Leer los pensamientos y sentimientos de Botticelli la había conmocionado. El dolor por la pérdida de Simonetta y el terrible vacío que sintió. Cómo el mundo se le derrumbó con la muerte de Giuliano.

Salió del taller preguntándose cómo el conde había conseguido el diario y por qué había querido compartirlo con ella. En el pasillo se encontró con Aurelio, que le indicó que el conde estaba en la biblioteca. Al oírla entrar, levantó la cabeza.

—¿Cómo estás?

Carla tenía la mirada perdida.

—Conmocionada… —contestó mirando el diario que llevaba en las manos.

El conde le indicó que se sentara.

—No es una lectura fácil de asimilar.

—¡Es que incluso contiene retratos de Simonetta!

El conde sonrió.

—Sí, eso lo hace aún más especial.

—Lástima que falten páginas. ¿Qué debían contar? —le preguntó Carla, intrigada.

—Me temo que nunca lo sabremos, pero las que se han conservado confirman tu teoría sobre la importancia de Simonetta en su obra.

—No sabía que Botticelli no había querido retratarla en el estandarte.

—En aquel momento creía que pintar un estandarte rebajaría su obra.

Carla volvió a hojear el diario.

—Hay algo que no entiendo. ¿Por qué dice que Lorenzo tenía una deuda con ellos dos?

—No creo que Lorenzo permitiera que Giuliano estuviera con una mujer casada. No debió de ponérselo fácil.

—Claro… ¿Puedo preguntarle cómo ha conseguido el diario?

—Mi familia siempre ha estado muy bien relacionada, también en épocas oscuras de la historia de este país. Hemos tenido privilegios y acceso a bienes que, de otra forma, nos habría sido imposible.

Carla lo escuchaba con atención, casi sin parpadear.

—Los Verini somos descendientes de los Vespucci de decimocuarta generación. El diario lo descubrió un antepasado mío, gran coleccionista, en un lote de obras de arte y libros antiguos que adquirió de un monasterio cerca de Florencia que cerró en el siglo XVIII. Puedes imaginarte lo que sintió cuando encontró el diario. Lo que nunca hemos podido descubrir es cómo fue a parar a ese monasterio. Pese al fervor cristiano de su última época, Botticelli nunca llegó a ingresar en una orden religiosa.

—¿Usted es descendiente de los Vespucci? —le preguntó incrédula.

—Sí.

Se llevó la mano a la frente y se apoyó en el sofá.

—¿Descendiente de Simonetta y Marco Vespucci? —insistió sobrepasada.

—Sí, querida.

No podía salir de su asombro.

—Imagino que es demasiada información.

—¡Es que es increíble! —exclamó Carla negando con la cabeza—. ¿Por qué no ha hecho público el diario? Tantas teorías sobre el origen de *La Primavera* y usted tiene la respuesta.

—No quiero que el diario salga a la luz. Además, está el cuadro.

—¿Qué cuadro?

—El que Simonetta le pidió que pintara para inmortalizar su amor por Giuliano.

—¿*Venus y Marte*?

—No, *Venus y Marte* lo pintó en 1483. No encaja con las fechas que aparecen en el diario.

—¿Qué quiere decir?

—Que se trata de otro cuadro que pintó con anterioridad.

—¿Quiere decir un cuadro desconocido?

—Por cómo lo describe en el diario, quizá sea otra versión de *Venus y Marte* en la que también aparecen Simonetta y Giuliano.

Carla sintió un cosquilleo en el estómago.

—Botticelli le dio el cuadro a su confesor antes de morir para que se lo entregara al hijo de Simonetta. Pero nunca llegó a mi familia; seguramente, se lo quedó el confesor.

—Pero el diario no dice quién era.

—Sabemos que Botticelli era miembro de la iglesia de Ognissanti. Deberíamos buscar en los archivos de la parroquia para descubrir quién era el párroco en aquella época. A las personas importantes solía darles la extremaunción el párroco. ¿Te gustaría ayudarme?

A Carla se le iluminó el rostro.

—¡Me encantaría! —exclamó. Pero aún tenía otra pregunta—: Hay algo que me intriga. ¿Cuál es el secreto que Botticelli debía contarle a Giuliano?

—Querida, creo que la respuesta la encontraremos en el cuadro.

Florencia, palacio Vespucci
12 de marzo de 1476

El carruaje de los Vespucci llegó al palacio después de un largo viaje de varios días desde Génova. El zarandeo del coche había molestado muchísimo a Simonetta durante el trayecto y los había obligado a hacer más paradas de las previstas. No estaba en las mejores condiciones para viajar, ya que había dado a luz hacía pocas semanas, pero Marco había insistido mucho en que volviera. La quería en Florencia.

El cochero les abrió la puerta. Marco fue el primero en salir. Le ofreció la mano para ayudarla a bajar. Regresar a las calles de Florencia le causó una fuerte impresión. Miró el taller de Botticelli, junto al palacio; los besos y las promesas que había compartido con Giuliano quedaban muy lejos. Detrás de ella bajó la dama de cría, que llevaba en brazos al bebé de ojos azules y piel clara. Su madre le dio un beso.

El ruido de un carruaje hizo que se volvieran. Simonetta reconoció el coche que se detuvo justo donde estaban y sintió un escalofrío.

—¡Madonna Vespucci, habéis vuelto! —exclamó Lorenzo desde la ventana.

Al verlo, recordó la conversación que habían mantenido y el dolor de su decisión.

—Sí, quería estar con mi esposo en Florencia —le respondió mientras Lorenzo bajaba del coche.

—Como debe ser, si me lo permitís. —Miró al bebé que la dama de cría llevaba en brazos—. La naturaleza es sabia, el niño tiene vuestra belleza.

—Cierto, yo no hacía más que rogar a Dios que se pareciera a su madre —dijo Marco con una sonrisa.

—¡Pues el Señor ha escuchado vuestras plegarias! —le respondió Lorenzo, socarrón.

Lorenzo miró a Simonetta y dudó si invitarlos a la fiesta de Giuliano.

—Madonna, las fiestas de Florencia no han sido las mismas estos meses sin vuestra presencia.

—Gracias, Messer. —Y le dedicó una sonrisa cortés.

—Llegáis justo a tiempo para asistir a la celebración del compromiso de Giuliano y Fioretta: será mañana, en el palacio de la via Larga.

Simonetta sintió que le faltaba el aire.

—Creía que ya se habían prometido —comentó desconcertada.

—La grave enfermedad de la madre de Fioretta no nos ha permitido celebrarlo antes.

Se quedaron en silencio.

—¡Asistiremos encantados! —le contestó Marco.

—Perfecto. —Se despidió y subió al coche—. ¡Os felicito por la buena nueva!

Simonetta se quedó inmóvil frente a la entrada del palacio; no estaba preparada para ser testigo del compromiso de Giuliano. Marco la cogió de la mano y la llevó dentro.

Florencia, palacio Médici
13 de marzo de 1476

El gran salón del palacio Médici exhibía su esplendor ante la nobleza y la burguesía de Florencia, Venecia y Milán. Lucrezia había pedido los tapices más bellos, las sillas y las butacas se cubrieron con las sedas más refinadas y había llenado de lirios blancos y velas todos los rincones del palacio. Los sirvientes llevaban bandejas con los mejores vinos, mazapanes y galletas dulces de la Toscana. Lucrezia miraba satisfecha a su alrededor. Después de tantos inconvenientes, por fin había llegado el día.

El matrimonio Vespucci subió las escaleras ataviado con las galas de fiesta. Simonetta llevaba un vaporoso vestido de seda blanco con una corona de perlas en la cabeza. Se subía inquieta los guantes; habría querido quedarse en Génova y ahorrarse este trance. Marco, en cambio, sonreía satisfecho; le encantaba estar allí y formar parte de ese círculo.

Al entrar, Simonetta buscó a Giuliano; lo vio al lado de Fioretta, saludando sonriente a los invitados.

Sintió una punzada en el corazón. Fioretta lucía majestuosa con un traje del color verde de sus ojos que llegaba hasta el suelo.

Cuando el ujier anunció a los Vespucci, Giuliano levantó la mirada. La vio avanzar hacia él más hermosa que nunca; el mundo se detuvo.

Simonetta inclinó la cabeza y le ofreció la mano. El corsé no la dejaba respirar. Él la miró a los ojos antes de besarla y sintió el olor de su piel.

—¡Nuestra enhorabuena por el compromiso! ¡Sois muy afortunado, Giuliano! —lo felicitó Marco.

Giuliano estaba conmocionado.

—Sí, gracias por venir… Espero que disfrutéis de la fiesta —

contestó sin poder apartar los ojos de ella.

Marco y Simonetta los saludaron una vez más antes de entrar en el salón. El desfile de invitados siguió avanzando, pero Giuliano ya no estaba allí.

—Creía que la esposa de Marco seguía fuera de la ciudad —comentó Fioretta mirando a Simonetta.

—Lorenzo se encontró con ellos ayer cuando llegaron de Génova.

—No la recordaba tan bella —dijo impresionada.

—Nada que ver con vos —mintió Giuliano besándola.

Fioretta sonrió. La fiesta continuó y empezaron la música y las danzas. Los asistentes disfrutaban de la celebración y felicitaban a la familia por el feliz compromiso.

Ya entrada la tarde, los invitados abandonaron poco a poco el festejo. Simonetta se retiró discretamente al jardín y se acercó a la fuente para refrescarse. Se quitó los guantes y se mojó la cara; verlo con ella la había alterado.

De repente vio a Giuliano dirigiéndose hacia ella.

—¿Por qué habéis tenido que elegir este día para volver? —le preguntó fuera de sí.

—¡Podéis estar seguro de que, si hubiera sabido que hoy celebrabais vuestro compromiso, no habría vuelto! —exclamó.

Giuliano dio una patada a la fuente.

—¿Por qué no vinisteis? ¿Tan poco me queríais? —le preguntó furioso.

—¡Os lo conté en la carta! —se defendió.

—¿Qué carta?

Al ver los ojos de Giuliano, se dio cuenta de que no sabía de qué le estaba hablando.

—Os escribí una carta. Lorenzo vino a hablar conmigo y me hizo darme cuenta de que no podía apartaros de vuestra familia y de Florencia. Os habría hecho infeliz para siempre.

Por un momento, Giuliano se quedó confundido.

—¿Estáis diciéndome que no vinisteis para protegerme?

—Claro, qué otra razón podía haber… —contestó dejando escapar una lágrima.

Giuliano se acercó a ella.

—Entonces ¡me amáis!

—Claro que os amo, como nunca he amado ni amaré a nadie.

Giuliano se estremeció, le cogió el rostro con las manos y la besó en los labios. El corazón de Simonetta estalló. ¿Por qué la vida les daba tan pocos momentos de felicidad?

—Amor mío, vos tenéis que hacer vuestro camino con Fioretta —dijo sabiendo que no podrían estar juntos.

—¡No tengo camino si no es con vos!

—Un día entenderéis que hay cosas más grandes que nosotros dos.

Simonetta se separó de él y dio media vuelta con el corazón encogido. Giuliano, en el fondo, sabía que ella tenía razón.

—¡Esperad, concededme al menos un último baile! —le suplicó.

Simonetta se acercó a él y le pasó los dedos por el cabello al tiempo que sentía el aroma a lavanda de su perfume.

—¡Lleváis el perfume! —dijo recordando el día que pasearon juntos por el mercado.

—Me lo pongo cada día pensando en vos.

Giuliano la rodeó con los brazos y empezaron a moverse lentamente envueltos por la dulce melodía de los laúdes y las violas que llegaba hasta el jardín. Se miraban en silencio, se deseaban tanto que temblaban. Él sintió el tacto suave de su mano, miró su sonrisa infinita y buscó su boca. Simonetta cerró los ojos y sintió sus labios cálidos y húmedos fundiéndose con los suyos. Una lágrima le rodó por la mejilla. Dios mío, hubiera querido que ese instante fuera para siempre.

Florencia, Galería de los Uffizi
5 de julio de 2023

Al día siguiente, Carla entró en la sala veinticinco con una gran sonrisa. La lectura del diario de Botticelli le había proporcionado una visión más real y cercana de su obra, un privilegio que jamás habría imaginado.

No se fijó en que el profesor Belletti y Max estaban hablando con una chica; al oírla entrar, los tres se volvieron.

—Carla, ya está aquí. Le presento a Marina; se encargará de coordinar la cesión de las obras con los otros museos.

Marina se acercó y le estrechó la mano; sus ojos rasgados la miraron de arriba abajo.

—El profesor Belletti me ha hablado de ti, tenía ganas de conocerte.

Era una chica muy atractiva de mediana estatura, con el pelo largo y castaño y la piel extremadamente clara; parecía una muñeca de porcelana. El profesor se dirigió a Carla y a Max.

—Deberían procurarle a Marina la lista de los cuadros para que empiece a trabajar. Los trámites entre los museos son largos.

—Queríamos pedirle un par de días más. Tenemos algunas dudas sobre los cuadros del periodo de Savonarola, ¿verdad, Max? —dijo Carla mirando a Max, distraído con Marina.

—Eh, sí… Un par de días más…

El profesor los reprobó con la mirada.

—¿Se puede saber qué han estado haciendo estos dos días? ¡Han tenido tiempo de sobra para terminarla!

Mauro entró en la sala.

—Profesor, lo llaman del despacho del director.

—¡Hagan el favor de dársela hoy a Marina! —gritó antes de salir.

La sala se quedó en silencio.

—Será mejor que nos pongamos, Max.

—¿Te importa si antes me tomo un café con Marina? Hacía tiempo que no nos veíamos.

—¿Y no podéis tomároslo cuando acabemos?

—¡Te lo devuelvo enseguida, guapa, no sufras! —dijo Marina guiñándole el ojo.

Carla dio media vuelta y se dirigió a su mesa; se la llevaban los demonios.

—Qué ilusión que nos hayamos encontrado en este proyecto, Max. Cuando Belletti me lo ofreció, pensé que quizá coincidiríamos.

—¿Dónde trabajas ahora?

—Te lo cuento todo mientras nos tomamos el café.

Marina cogió a Max del brazo y salieron de la sala. Carla sintió un pinchazo en el estómago.

—Te lo devuelvo enseguida —la imitó—. Pero ¿quién se ha creído que es?

El sonido del móvil la distrajo. Era un número desconocido. Respondió.

Florencia, palacio Pitti, Mando de la Unidad de los Carabineros para la Tutela del Patrimonio Cultural

A medida que el taxi avanzaba por la orilla sur del Arno, Carla pudo admirar la imponente fachada de piedra almohadillada de tres alturas del palacio Pitti. Siempre le había impresionado esa colosal construcción que le recordaba a un acueducto romano. Divisó el ocre reluciente de la piedra con más de seiscientos años de historia y pensó que el edificio se encontraba en su máximo esplendor.

Cuando llegó, vio a Àlex delante de la puerta. La había convencido para que fuera a identificar una de las piezas robadas en el museo del caso que estaba llevando. Al verla, se alegró.

—¡Creía que no vendrías!

—No he podido salir antes. Belletti nos ha pedido que termináramos la lista de cuadros de la exposición y Max me ha dejado tirada para ir a tomarse un café con Marina —le dijo cerrando de golpe la puerta del taxi.

—Después me lo cuentas con calma. Vamos antes de que el secretario judicial se marche.

Carla volvió a mirar el edificio antes de entrar.

—No sabía que los carabineros tenían su sede en el palacio Pitti. ¿Sabes que Luca Pitti quiso desbancar en magnificencia al palacio Médici? El pobre no lo consiguió.

—No debía de ser fácil competir con los Médici.

Subieron las escaleras y accedieron al edificio; Àlex caminaba con paso firme delante de ella indicándole el camino. Entraron en un pequeño despacho de la segunda planta con paredes blancas y una gran mesa alargada de madera rodeada por ocho sillas. Carla miró al hombrecillo que estaba sentado con una cartera en el regazo.

—Ah, por fin han llegado. Estaba a punto de dejarlo correr —les

dijo, y abrió la cartera.

Carla se disculpó.

—Siento el retraso. No he podido salir del trabajo hasta ahora.

El hombre se quedó impresionado al ver a Carla. Àlex destapó la tela blanca que protegía un tríptico de grandes dimensiones pintado al temple que casi ocupaba toda la mesa.

Carla dejó el bolso en una silla y se acercó.

—¡Qué maravilla!

Sacó un pequeño estuche del bolso y lo abrió para coger una lente de aumento. Después acercó la lámpara de encima de la mesa y examinó la pintura en silencio. Al instante sacó un pequeño bisturí, recogió una muestra de la pintura y la metió en una bolsita de plástico. Àlex y el secretario la observaban hipnotizados. Al final, los miró y asintió.

—Señores, a falta de analizar la muestra de pintura, podría asegurarles que se trata del tríptico de *San Giovenale*, de Tommaso Masaccio. Fíjense en que está fechado con letras humanistas modernas —dijo mostrándoles la parte inferior derecha con una sonrisa—; el tríptico fue la primera obra en Europa no inscrita con caracteres góticos.

El secretario, sin los conocimientos necesarios para apreciar el detalle que Carla acababa de comentar, se apresuró a rellenar el acta con la declaración y se levantó para fotografiar el tríptico.

—Señorita, necesitaré su confirmación en cuanto tenga los resultados de la muestra —le pidió admirado.

—Sí, por supuesto. Le enviaré el informe certificado del laboratorio.

—Perfecto. Ahora solo necesito hacer constar su identificación.

Carla sacó el pasaporte del bolso y se lo dio.

—Una firma y listos. —Y señaló la parte final del acta—. ¡Muchas gracias, señorita!

El secretario le entregó una copia a Àlex y guardó el original en la cartera. Salió del despacho sin dejar de mirar a Carla.

Carla y Àlex se rieron.

—¡Lo has deslumbrado!

—Exageras.

—Si desde que has entrado no ha dado pie con bola… Se le ha caído el bolígrafo tres veces —dijo Àlex riéndose—. Le llegas a decir que es un Leonardo y te dice que sí.

Carla cogió el pasaporte.

—¡Pero es que es un Masaccio!

Entraron un par de policías.

—Ya os lo podéis llevar —les dijo.

Carla y Àlex se dirigieron a la salida.

—Te acerco a casa, que tengo el coche en el aparcamiento.

—No es necesario. Cogeré un taxi.

—Insisto. Es lo mínimo que puedo hacer.

Carla aceptó; era mejor que ir en taxi hasta San Gimignano.

El coche serpenteaba suavemente por la sinuosa carretera de San Domenico. Carla cerró los ojos y dejó que la cálida brisa que entraba por la ventana le acariciara el rostro. Àlex había recurrido a todos sus encantos para que aceptara ir a cenar a casa de su amigo, en el pueblo de Fiesole.

—¡No sé cómo me he dejado convencer! —dijo mirándolo.

—Es una preciosa villa en la Toscana, rodeada de viñedos. Te encantará. Además, por fin conocerás a Marco.

Pensó que poco le importaba Marco en esos momentos. Inspiró y miró el sol por encima de las colinas.

—¡La luz de la Toscana es inigualable! —comentó recordando el primer día que pisó Florencia.

—De ahí debe salir la intensidad de los colores de las pinturas, como en el tríptico de Masaccio —le dijo Àlex.

—¿Sabes que lo descubrieron en pésimas condiciones en el muro de la iglesia? Quizá fue su primera obra, ni Vasari la menciona.

—Me maravilla el trabajo que hacéis los restauradores, que seáis capaces de revivir una tela.

Carla esbozó media sonrisa, sacó el brazo por la ventana y acarició el viento con los dedos. Lo observó mientras conducía. Àlex miró el reloj y pisó el acelerador.

—¿Tenemos prisa?

—Marco me ha insistido en que lleguemos antes de que se ponga el sol.

A los veinte minutos cogieron un caminito de tierra que los llevó hasta una elegante entrada ajardinada custodiada por dos columnas de granito. Al fondo vieron una antigua casa de piedra con contraventanas de madera roja, rodeada de viñedos. Àlex dejó el coche bajo un umbráculo con el techo de madera. Carla bajó. Un chico vestido con camisa blanca y americana les dio la bienvenida. Llevaba un pañuelo en el bolsillo de la solapa, parecía un marqués. Los dos chicos se dieron un fuerte abrazo. Marco la miró.

—Hola, Carla. Àlex me ha hablado mucho de ti. ¡Tenía ganas de conocerte! —la saludó cogiéndole la mano para besársela.

Carla pensó que venía del siglo XVIII.

—Debo decirte que Àlex no hace justicia a tu belleza.

Carla se ruborizó.

—No le hagas caso. Marco, como buen toscano, lleva la adulación en los genes.

—Vamos, que todavía estamos a tiempo de ver la puesta de sol. Es uno de los encantos de este lugar.

Marco los llevó al jardín trasero de la casa, bajo una pérgola de jazmín donde resplandecía una mesa con un mantel blanco. Una chica salió con una copa de vino en la mano.

—Ornella, te presento a Àlex y a Carla.

—¡Encantada! —Y les dio dos besos—. Àlex, tenía ganas de conocerte. Marco no deja de contarme anécdotas de vosotros dos.

Marco les ofreció un par de copas.

—A ver qué os parece, es el orgullo de la casa.

Carla olió el vino antes de probarlo; los aromas afrutados le despertaron los sentidos. Lo probó y entraba ligero, aunque tenía cuerpo. Miró hacia los viñedos y vio que el sol se ocultaba detrás de las colinas dejando el cielo anaranjado.

—Qué lugar más maravilloso. ¡No me extraña que los Médici tuvieran aquí una de sus residencias! —comentó Carla, cautivada.

—Si queréis, mañana podemos ir a verla —propuso Marco.

—Me encantaría, pero mañana tengo que estar en los Uffizi a primera hora.

—Sí, Àlex me ha dicho que estáis preparando una exposición.

Ornella los interrumpió.

—¡Chicos, ya podéis sentaros! ¡La cena está lista! —exclamó saliendo con una bandeja de *antipasti*.

Carla se sentó en un banco de madera de pino cubierto de cojines azules y verdes. Contempló la casa.

—¿Vivís aquí? —le preguntó a Marco.

—Sí, solo hay media hora hasta Florencia, que es donde tengo el despacho.

—¡Es un lugar increíble!

—¿Verdad? Estoy convenciendo a Àlex para que se asocie conmigo. Muy cerca de aquí hay una villa en venta. Podríais veniros a vivir aquí.

Carla pensó que Àlex no le había puesto al día de su situación.

—Siempre he querido trabajar con él, pero no había manera de sacarlo de Barcelona. Has tenido que venir a Florencia para que me hiciera el honor de visitarme.

—Sí, me ha dicho que eres un gran penalista. ¿Qué tipo de casos llevas?

—En Florencia tengo muchos casos de museos y fundaciones artísticas. De hecho, he trabajado en un par de casos para los Uffizi. Son buenos clientes —contestó, y dio un trago de vino.

Carla contempló el jardín de naranjos y buganvillas que rodeaba la casa y se embriagó con el olor del jazmín. Marco contaba historias que ponían en evidencia a Àlex y la hacían reír. Por un momento, deseó que no la hubiera engañado. Cogió la copa y se la bebió de un trago.

Fiesole
6 de julio de 2023

Al día siguiente notó el brazo de Àlex rodeando su cuerpo desnudo en la cama. No reconocía la habitación, que dejaba entrar la feroz claridad de la mañana. Le vino a la mente el paseo nocturno por los viñedos, el olor de la tierra húmeda, los besos de Àlex… Qué cojones había hecho. Le entraron ganas de gritar.

Le apartó el brazo con cuidado para no despertarlo y se levantó para ir al baño. La cabeza le daba vueltas. En la ducha se enjabonó hasta enrojecerse la piel. Quería que el agua se llevara las caricias y promesas de esa noche; era exactamente lo que no quería que ocurriera. ¿Cómo había sido tan idiota?

Cuando salió, Àlex le sonrió desde la cama. Se le revolvió el estómago.

—Buenos días, princesa. Creía que tendría que ir a buscarte a la ducha.

—Me he quedado medio dormida —mintió mientras recogía su ropa tirada por la habitación.

—¡Demasiadas emociones ayer! —dijo divertido.

Carla lo miró muy seria; tenía que salir de allí.

—¡Àlex, tengo que estar en los Uffizi a las nueve!

—Vale, me doy una ducha rápida y nos vamos.

Se acercó para darle un beso en los labios, pero Carla lo rechazó.

—¿Estás bien?

—¡Esto no debería haber pasado!

Àlex la miró a los ojos.

—Si necesitas más tiempo, lo entiendo.

Entró en el baño y abrió la ducha justo después de mirarse al espejo y esbozar una sonrisa triunfal.

Florencia, Galería de los Uffizi

Recorrieron el camino de vuelta en silencio. Carla tenía la mirada perdida en la carretera mientras pensaba en las consecuencias de lo que había pasado. Cuando llegaron cerca de la piazza de la Signoria, Àlex le propuso ir a desayunar. Carla le dijo que no. «¿No ve que llego tarde? ¡Cree que lo dejaré todo por él!», pensó mientras bajaba del coche a toda prisa.

—¿Cuándo nos veremos?

—¡No lo sé, Àlex! —respondió exasperada.

Llegó a los Uffizi a las diez menos cuarto. Entró apresuradamente en la sala veinticinco y vio con alivio que el profesor Belletti no estaba. Max estaba trabajando en su portátil; al verla, sonrió.

—Estás de suerte, hoy Belletti tenía una reunión con la junta —dijo mirándola de reojo.

—¡Me he dormido! —mintió mientras se sentaba y abría el portátil.

—¿Cómo fue la identificación? ¿Era un Masaccio?

—Sí, falta el análisis del laboratorio, pero estoy segura de que era el tríptico de *San Giovenale*. Àlex no cree que hayan sido los trabajadores.

—Claro, son sus clientes.

¿Por qué había mencionado a Àlex? Cambió de tema. No quería que Max le preguntara nada.

—¿Avanzasteis ayer Marina y tú?

—Hoy hará la solicitud de los cuadros. Ella cree que no tendremos problemas para las cesiones. Deberíamos ir pensando en cómo presentarlos. ¿Tienes alguna idea?

No tenía la mente clara. El día anterior había bebido demasiado y estaba de mal humor por lo que había pasado.

—Perdona, Max, no me encuentro bien. Voy un momento a la

cafetería.

—¿Quieres que te acompañe?

—Prefiero estar sola, gracias.

Se levantó y salió de la sala pensando que todo se le había ido de las manos.

Florencia, taller de Botticelli
17 de marzo de 1476

Botticelli estaba en el taller repasando unos bocetos para un trabajo que le habían encargado en la Signoria, cuando el sirviente anunció a Madonna Vespucci. Se alegró de volver a verla; no esperaba su visita.

—Querido Sandro, ¿cómo estáis?

Estaba muy pálida y se le marcaban unas sombras violáceas bajo los ojos.

—Madonna, qué alegría teneros en Florencia. El otro día vi vuestro coche llegando al palacio.

—Sí, Marco me necesitaba a su lado.

—¿Cómo estáis? —le preguntó preocupado por su aspecto.

—Un poco cansada; debe de ser por el viaje.

Dudó si hablarle de Giuliano.

—Supongo que ya sabéis que Giuliano se va a casar con Fioretta.

—Sí, ayer fuimos a la fiesta de compromiso; se les ve muy felices —le dijo de espaldas, con la mirada perdida en la ventana. De repente se dio la vuelta—. Sandro, tengo que preguntaros algo.

—Vos diréis.

—¿Por qué no le disteis la carta?

Sabía que algún día llegaría esa pregunta.

—Si Giuliano hubiera sabido que lo amabais, no os habría dejado marchar.

—Pero tenía derecho a saberlo, ¿no os parece?

No respondió. Su prioridad siempre había sido ella. Simonetta se quedó mirando los dibujos que había en la mesa.

—Sandro, me gustaría que pintarais un cuadro.

—¿Un cuadro sobre qué?

—Sobre nuestro amor. Me gustaría que, de alguna manera,

perdurara para siempre —respondió con la mirada centelleante.

Se quitó la capa y la dejó caer al suelo; se reclinó en la butaca con el vestido blanco de ribetes dorados y negros. Llevaba el pelo recogido en una trenza alta que dejaba caer unos mechones sobre los hombros. Lo miró.

—¿Os parece bien así?

Botticelli se quedó turbado con la verdad de su belleza. Al instante, cogió el carboncillo y empezó a dibujar su figura, su rostro y los mechones dorados que le caían por el pecho. Trazó sus ojos profundos y su sonrisa melancólica. Volvía a tenerla ante sí en todo su esplendor. Se detuvo un momento y miró al cielo dando gracias a Dios por haberle devuelto a su musa. Simonetta posó para él como no lo había hecho nunca.

Florencia
25 de septiembre de 1972

El propietario de la pequeña joyería de la via Lambertesca estaba colocando con cuidado los relojes en el mostrador. Era la joyería más antigua de Florencia, su taller artesanal era el más prestigioso de la Toscana, y tanto los Verini como otras familias acomodadas le confiaban la creación de piezas únicas. El sonido de la campanilla de la puerta de entrada le hizo levantar la cabeza. Miró a Arnaldo con sus ojos serenos y sonrió.

—Arnaldo, ¿cómo estás? Me enteré de tu accidente.

—Buenos días, Ricardo. Ya estoy recuperado. Fue un aviso para que tuviera cuidado con el coche.

—Me alegro. ¿En qué puedo ayudarte?

Arnaldo miró las vitrinas donde Ricardo guardaba las piezas más exclusivas.

—Busco un anillo de compromiso.

El joyero frunció el ceño.

—¿No te gustó el que elegiste?

—¿El que elegí? —repitió desconcertado.

—Sí, el anillo de brillantes con el zafiro azul de Cachemira, una pieza única. Recuerdo que me dijiste que ella no merecía menos —dijo quitándose las gafas.

Arnaldo se quedó descolocado. No recordaba haber comprado ningún anillo.

—¿Cuándo fue eso?

El joyero se tocó el frondoso pelo blanco con la mano y puso cara de no entender por qué se lo preguntaba.

—Hará un par de años…

Arnaldo pensó que había sido antes del accidente.

—Estaba convencido de que ya se lo habrías dado. Parecías muy decidido.

Hacía dos años Bianca acababa de volver de Suiza. Aún no habían afianzado su relación para casarse. ¿Para quién habría comprado un anillo? No tenía sentido.

—¿Te conté algo de ella?

El joyero se quedó pensativo.

—Lo llevabas en secreto. Me pediste que no dijera nada a tu familia y así lo hice —contestó guiñándole el ojo.

Arnaldo se quedó helado.

—¡Ricardo, volveré otro día! —dijo saliendo de la tienda a toda prisa.

En la calle intentó asimilar lo que acababa de decirle el joyero. ¿A quién le había comprado un anillo hacía dos años y por qué tenía que ser un secreto? Caminó por las tiendas de la via Lambertesca buscando una explicación. ¿Quién podría saber algo? ¡Claro, Domenico!

Media hora más tarde, Arnaldo llamaba nervioso a la puerta de casa de Domenico, una antigua planta baja situada en el barrio del Oltrarno con un pequeño patio interior de naranjos. Pensó que, con los años que hacía que se conocían, no había ido muy a menudo; a Domenico no le gustaba mostrar los orígenes humildes de su familia. Pulsó tres veces el timbre de la puerta de madera envejecida. Domenico abrió.

—Arnaldo, ¿qué haces aquí? —le preguntó sorprendido al verlo.

Arnaldo entró como alma que lleva el diablo. Había estado todo el camino dando vueltas a lo que acababa de decirle el joyero.

—¿A quién cojones le regalé un anillo de compromiso? —exclamó moviendo las manos enérgicamente delante de su amigo.

Domenico se quedó blanco como el papel.

—Pero ¿se puede saber qué te pasa? —le preguntó descolocado junto a la puerta.

—¡Maldita sea! ¡Estoy a punto de prometerme y me entero de puñetera casualidad que ya había comprado un anillo hace un tiempo!

Domenico no entendía nada. Tras la pelea en la fiesta de graduación, Arnaldo lo alejó de su vida. Hacía mucho tiempo que solo sabía de él por lo que le contaban sus amigos y conocidos.

—¿Y se puede saber por qué me lo preguntas a mí? —quiso saber, enfadado.

—¿Quizá porque eres mi mejor amigo? —le contestó irónico.

Domenico pasó del enfado a la perplejidad. Arnaldo actuaba como si no hubiera sucedido nada entre ellos. Tragó saliva y cerró la puerta. Lo guio por el estrecho pasillo lleno de cuadros desvaídos hasta el comedor y le indicó el sofá para que se sentara.

—A ver, ¿me cuentas lo que ha pasado? —le preguntó intentando entender algo.

—Hoy he ido a comprar el anillo de Bianca y el joyero me ha dicho que ya compré uno hace dos años.

—¿En serio? ¿Para quién? —quiso saber todavía tenso.

—Pues ese es el problema, que no lo recuerdo. Creía que tú lo sabrías.

—¿Cómo que no lo recuerdas?

Arnaldo cayó en la cuenta de que su familia no había comentado nada de su amnesia.

—Desde el accidente no recuerdo algunas cosas… —dijo avergonzado.

A Domenico se le abrió el cielo. Se acercó y se sentó junto a él.

—Arnaldo, cuando terminamos la universidad nos distanciamos.

Arnaldo se quedó estupefacto.

—¿Y por qué?

—No fue culpa de nadie, tenía que pasar. Tú estás ocupándote de los negocios familiares y yo estoy buscándome la vida para empezar a trabajar en un museo. Tenemos vidas diferentes, eso es todo —respondió esbozando una sonrisa de resignación.

Arnaldo se levantó del sofá.

—¡Maldito accidente! ¡Me ha hecho perder una parte de mi vida! —gritó enfadado.

Domenico lo miraba mientras caminaba de un lado a otro del comedor; debía aprovechar esa ocasión que la vida le presentaba.

—¡Domenico, tienes que ayudarme a encajar las piezas que me faltan!

—¿Qué es lo que no te encaja? Diriges las bodegas Verini y estás a punto de casarte con una mujer maravillosa.

—¿A quién pude comprarle un anillo?

—Arnaldo, no has estado con ninguna otra mujer de forma lo bastante seria como para casarte —mintió.

Arnaldo lo miró.

—Quizá el anillo era un regalo para tu madre o tu abuela; no sería la primera vez que les compras una joya. Ricardo está haciéndose mayor y se habrá confundido.

—Puede que tengas razón.

—Claro que la tengo. Además, todos sabíamos que acabarías casándote con Bianca. Estáis hechos el uno para el otro.

Arnaldo sonrió.

—Domenico, siento que nos hayamos distanciado.

Lo miró; llevaba barba de días y el pelo descuidado. No debía de estar pasando por un buen momento.

—¿Puedo compensarte de alguna forma?

Domenico se quedó pensativo.

—Hombre, las influencias de tu padre siempre son una ayuda.

—El director de los Uffizi le debe varios favores.

Domenico sonrió.

—He presentado varias solicitudes, pero no me han respondido.

—¿Por qué no me lo habías pedido antes?

—Quería conseguirlo por mí mismo —mintió de nuevo.

—¡Y decías que era yo el orgulloso! —contestó, y le dio un puñetazo en el hombro.

—¡Vamos a tomarnos una cerveza! ¡Tenemos que celebrar este compromiso! —exclamó Domenico intentando dar el tema del anillo por zanjado.

Cogió las llaves de la mesita del recibidor y salieron de la casa.

Florencia, palacio Médici
25 de abril de 1476

Botticelli llegó sudoroso al palacio Médici; había corrido todo el camino desde su taller en Ognissanti. Cuando Giuliano lo recibió, lo encontró caminando nervioso de un lado a otro de la sala.

—¡Messer, perdonad que os moleste, pero es importante! —le dijo secándose el sudor de la cara con un pañuelo.

—¿Qué ocurre, Sandro?

—¡Es Simonetta! ¡Está muy enferma y no sé si el físico de los Vespucci está atendiéndola bien!

Giuliano lo miró preocupado.

—¿En qué os basáis para decirlo?

Botticelli le mintió, no quería decirle que había estado pintándola.

—La he visto en la iglesia estos días y cada vez está más desmejorada. Sus mejillas apenas tienen color. Hoy ya no ha asistido a misa, y sabéis que ha de estar muy indispuesta para no acudir.

—Estáis preocupándome, Sandro —dijo muy serio.

—He pensado que podríais enviar a vuestro físico; es el mejor de la ciudad.

—Marco no lo aceptará.

—Si lo que me temo es verdad, estará demasiado desesperado como para rechazar vuestra ayuda.

Giuliano asintió y pidió al servicio que enviaran al físico a casa de los Vespucci.

—Sandro, espero que os equivoquéis. Si le pasa algo, yo… —Giuliano no pudo continuar.

—Debemos tener fe.

—¡Dios os escuche! —dijo Giuliano santiguándose.

Pasaron un par de horas hasta que oyeron detenerse el coche delante del palacio. Giuliano corrió a la ventana y vio al físico saliendo circunspecto del carruaje. Botticelli caminaba nervioso por el fondo del salón.

—¡Ya está aquí!

Unos minutos después entró con el semblante serio.

—Decidme, ¿cómo está? —preguntó Giuliano, angustiado.

—Lamento ser portador de malas noticias. Madonna Vespucci está grave; la enfermedad le ha bajado a los pulmones y no tiene buen pronóstico. La he atendido lo mejor que he sabido, pero a estas alturas el mal está demasiado avanzado para esperar una mejoría.

Giuliano se desmoronó.

—Piero, ¿qué estáis diciendo?

—Lo siento, Messer Giuliano, no podemos hacer nada por ella —respondió bajando la cabeza.

—¿Decís que se está muriendo? —le preguntó enfurecido.

—Sí… No le quedan muchos días.

—¡Escuchadme bien, Piero! ¡Si tenéis en estima vuestra vida, buscaréis la manera de salvarla! —gritó encendido.

—Messer Giuliano, no conozco a nadie que haya curado este mal cuando ya estaba tan avanzado. Si la hubiera tratado antes, habría podido salvarla, pero ahora no podemos hacer más que encomendarnos a Dios.

Giuliano salió como alma que lleva el diablo, bajó a las cuadras y pidió que le prepararan el caballo.

A los pocos minutos llegaba al palacio Vespucci con el corazón desbocado. Bajó veloz del caballo y dio fuertes golpes en la puerta hasta que abrieron. El sirviente le dijo que Simonetta estaba indispuesta y que no podía recibir visitas. Giuliano gritó delante de la puerta como un loco hasta que apareció Caterina.

—Messer Médici, ¿qué hacéis aquí? —le preguntó alarmada.

—¡Necesito verla! ¡Sé que está muy enferma!

—No podéis. Messer Vespucci no está en casa, sería una gran imprudencia.

—¡Caterina, os lo imploro! ¡Tengo que hablar con ella!

La sirvienta vio la desesperación en sus ojos y se apiadó de él. Lo hizo pasar y lo condujo hasta la habitación de Simonetta.

Giuliano entró muy despacio. La estancia estaba en penumbra. La vio en la cama adormilada y se arrodilló a su lado. Estaba pálida y tenía el cabello pegado al rostro por el sudor; le acarició la frente. Simonetta abrió los ojos.

—Giuliano, ¿qué hacéis aquí? —preguntó con un hilo de voz.

—Amor mío, deberíais haberme dicho que estabais tan enferma —contestó impresionado por su estado.

—No es prudente que estéis aquí. Si Marco os encuentra…

Simonetta tosió. Giuliano le cogió la mano. Sintió deseos de llevársela de allí.

—No me importa Marco, no me importa nada. ¡Quiero estar con vos!

Simonetta sonrió. Giuliano le apartó con cuidado el cabello que le caía por el rostro y le secó la frente con su pañuelo.

—¡Deberíamos habernos marchado y empezado una vida juntos en Venecia! —dijo con los ojos vidriosos.

—Giuliano, sois un Médici. No podía quitaros eso.

—¿Es que no lo entendéis? Soy vuestro desde el primer día que os vi, seguramente incluso desde mucho antes; nuestras almas ya se conocían antes de encontrarnos.

Giuliano la besó.

—Haberos amado… me ha dado toda la felicidad que podía desear. No pido más en esta vida.

—¡Todo lo que soy está en vuestros ojos! ¡No dejéis de mirarme! —dijo desesperado al ver que la perdía.

Simonetta lo acarició.

—Mi Giuliano…

Tosió, le costaba hablar, la luz de los ojos se le apagaba. Giuliano se tumbó a su lado y le cogió la mano.

—Siempre vuestro, señora mía —respondió conteniendo las lágrimas.

Simonetta volvió la cabeza para mirarlo, sintió su mano y sonrió antes de cerrar los ojos.

A la mañana siguiente Florencia despertó con las campanas de Ognissanti tocando a muerto. Los mensajeros salieron cabalgando veloces desde el palacio Vespucci con las misivas, difundiendo la tragedia por toda la ciudad. Florencia entera lloró la pérdida de la más bella y bajó su cabeza orgullosa para vestirse de luto y llenar las calles, las ventanas y los balcones de silencios y crespones.

Botticelli estaba desolado. Su musa, su diosa se había marchado y lo había dejado en el más absoluto desconsuelo. Se vistió sin fuerzas; se puso la ropa para intentar cubrir su dolor.

Desde la ventana, fue desdichado testigo de las apresuradas entradas y salidas de la familia y de los amigos de los Vespucci en el palacio.

En unas horas, el carruaje tirado por dos caballos blancos engalanados con plumas negras partió. El silencio fue apoderándose del barrio de Ognissanti mientras la comitiva seguía el lento y doloroso recorrido hasta la iglesia. La multitud que abarrotó las calles para llorarla dificultaba el paso de la procesión. Nunca el pueblo había sentido tanto dolor y tanta rabia por una injusta y prematura muerte.

Botticelli salió al balcón para ver el paso del féretro. Simonetta yacía sobre una sábana blanca rodeada de flores y tenía la cabeza apoyada en un pequeño cojín. Los rizos dorados le caían de la frente acariciándole el rostro; incluso muerta, era tal su belleza que hacía estremecer. Buscó a Giuliano, que caminaba detrás de la familia sin ánimo, sin consuelo, muerto en vida. Sintió lástima por él.

Siguió el ataúd con la mirada hasta que desapareció por las estrechas calles. Las piernas le fallaron y cayó de rodillas al suelo. Se levantó como pudo y entró en el taller. Destapó el cuadro que estaba en el atril. La observó tumbada en la hierba con el vestido de seda blanco, serena y tranquila. Se llevó las manos al rostro y lloró su desgracia. ¿Por qué Dios se lo había arrebatado todo? Sin ella, nada volvería a ser lo mismo.

Florencia, iglesia de Ognissanti
6 de julio de 2023

Al salir de los Uffizi, Carla se dirigió a la iglesia de Ognissanti. El conde la había llamado para decirle que el custodio del archivo la recibiría esa misma tarde. «El nombre del párroco puede darnos el primer indicio sobre el cuadro», le dijo.

Fue paseando por la orilla del Arno para despejarse con la brisa del atardecer. Estaba enfadada consigo misma por haberse liado con Àlex. Miró el cielo; la tarde estaba poniéndose gris y soplaba viento de lluvia. Cuando pasó por delante del Ponte Vecchio, se detuvo a contemplar los puestos de joyeros poblados de turistas. Siempre le había maravillado la decadencia de las casas que mantenían el equilibrio en una arquitectura de espacios imposibles sobre el río.

Cuando llegó a la piazza de Ognissanti, miró la fachada blanca con la luneta de terracota azul de la iglesia barroca. Al entrar, vio un monumental crucifijo en un pedestal de dos pisos; se quedó impresionada. No había nadie dentro; pensó que habría acabado ya el último servicio. Se dirigió a la capilla de los Vespucci para contemplar el fresco de Ghirlandaio donde aparecía Simonetta, la *Virgen de la Misericordia*, con toda la familia bajo su capa. Le costó reconocerla; estaba arrodillada junto a la Virgen con un manto rosa. Observó su rostro con dificultad. La iglesia estaba precariamente iluminada y el cielo se oscurecía por momentos.

Se adentró por el pasillo y se dirigió al altar mayor, ya casi en penumbra. Unos pasos detrás de ella hicieron que se volviera, le pareció ver una sombra que se deslizaba hacia el claustro. Aceleró el paso. Estaba a punto de gritar cuando una voz se dirigió a ella.

—Usted debe de ser la señorita Bas —le dijo.

Carla se volvió sobrecogida y vio a un cura con un hábito negro

deshilachado.

—Sí, yo misma —le respondió aliviada al verlo.

—Estaba a punto de marcharme. ¡Creía que ya no vendría! —dijo de mala gana.

—Perdone, no he podido venir antes.

—En fin, si me hace el favor de acompañarme, la llevaré a los archivos.

No parecía muy contento de su visita. Carla tuvo que acelerar el paso para seguirlo mientras caminaba decidido en dirección al claustro. Cuando llegó, no vio rastro de la sombra y se tranquilizó.

—Desde fuera no parece tan grande —comentó Carla deteniéndose.

—¿No había estado nunca en Ognissanti?

—Me avergüenza reconocerlo.

—Es una de las iglesias más antiguas de Florencia —le explicó el custodio.

—Tengo que decirle que no parece una iglesia franciscana; tiene una riqueza arquitectónica atípica.

—Eso es porque Ognissanti fue fundada por la Orden de los Humiliati.

—¿Los humiliati? —se extrañó Carla—. He oído hablar de ellos, pero no conozco demasiado esa orden.

—Provenían de Lombardía. En la Edad Media se extendieron por Florencia y Milán hasta que el papa los expulsó de la Iglesia.

—No entiendo cómo no había venido nunca —se lamentó admirando el magnífico mural de cuatro por ocho metros de *La última cena* de Ghirlandaio en la pared del claustro.

—Dicen que fue la inspiración de *La última cena* de Leonardo —le contó el cura con un rictus de satisfacción.

—No lo pongo en duda. Es una obra maestra —contestó mirando la mesa alargada con los doce apóstoles y Jesús sentado en el centro.

El cura siguió su camino hacia el primer piso.

—¿Puedo preguntarle dónde está la tumba de Botticelli? No la he visto al entrar.

—Está en la última capilla, pero no espere ver un gran monumento.

El cura sacó un manojo de llaves y abrió la primera puerta; una

inmensa hilera de archivadores cubiertos de polvo recorría la pared.

—¿Qué época busca? El conde no me lo dijo.

—La época de Botticelli.

El corazón de Carla se aceleró al pensar que la respuesta que buscaban podría estar en esos archivadores.

Carla llegó al palacio con buenas noticias. Cruzó el vestíbulo y se dirigió directamente a la biblioteca; desde el pasillo vio al conde caminando frente a las estanterías repletas de libros. Aún no se había hecho a la idea de que era descendiente de Simonetta y Marco Vespucci. Sonrió. Al oírla, el conde volvió la cabeza.

—¿Cómo te ha ido en Ognissanti?

Carla dejó el bolso en la mesa.

—Tienen el registro de todos los rectores de la iglesia desde su creación. El custodio me ha mostrado una habitación entera llena de archivos. Menos mal que están bien organizados; si no, todavía estaría buscando. —Sacó una pequeña libreta y empezó a leer las notas que había tomado—. Según el archivo, el párroco de Ognissanti desde 1475 hasta 1512 fue el padre Amadeo Sorvino.

Al conde le brillaron los ojos.

—¡El confesor de Botticelli! —exclamó esbozando una gran sonrisa.

—Teniendo en cuenta que Botticelli murió en 1510, probablemente fuera él —dijo Carla revisando sus notas—. ¿Usted sabía que Ognissanti fue fundada por los humiliati?

—Sí, fue una orden religiosa muy poderosa en la Edad Media. Tenían un origen oscuro y a menudo los comparaban con los cátaros. La mayoría de las obras de Ognissanti, incluidas las de Botticelli y Ghirlandaio, fueron comisionadas por miembros de la orden. —Miró a Carla y entrecerró los ojos, como si estuviera pensando—. ¡Claro, el padre Sorvino era un humiliati!

Carla no entendía lo que estaba diciendo.

—¿Es importante?

—Los humiliati eran fervientes amantes de las artes y tenían un vasto patrimonio artístico. ¿Y si el padre Sorvino, al encontrarse con

una pintura de Botticelli en las manos, decidió incorporarla al patrimonio de la orden?

—¿Quiere decir que incumplió el cometido que Botticelli le pidió en su lecho de muerte? —preguntó incrédula.

—Aquí deberíamos ver qué era más importante para él, si los votos cristianos o la orden.

Se quedaron en silencio.

—Lo que no me encaja es que, cuando el papa suprimió la orden en el siglo XVI, les confiscó todos los bienes y se los dio a otras comunidades religiosas. El cuadro debería haber salido a la luz.

—¿Y si no los entregaron todos? ¿Y si mantuvieron algunas obras ocultas? —propuso Carla.

El conde se volvió hacia la librería.

—Deberíamos descubrir en qué comunidad de los humiliati podrían haberlo escondido.

—¿Por qué el papa suprimió la orden?

—Empezaron a mostrar actitudes contrarias a Roma y el papa pidió al arzobispo de Milán, Carlo Borromeo, que los investigara. Este aplicó tanta dureza en la investigación que, en venganza, unos miembros de la orden intentaron asesinarlo. El papa se enfadó muchísimo y los expulsó de la Iglesia católica, lo que provocó la desaparición de la orden.

El conde se volvió y cogió un libro de la estantería: *From Giotto to Botticelli: The Artistic Patronage of the Humiliati in Florence*.

—Llegaron a tener una gran red de monasterios en Italia —dijo hojeando el libro y deteniéndose en una página en la que aparecía un mapa con los edificios monacales.

—¡Hay más de cien! —resopló Carla mirando el dibujo.

—Si quisieras esconder obras de arte muy valiosas, ¿dónde lo harías?

—¿En la sede central? —preguntó Carla.

El conde movió el índice sobre el mapa hasta señalar una abadía situada cerca de Milán.

—¡Viboldone! —exclamó.

Carla sintió una punzada en el estómago.

San Gimignano, palacio Verini
25 de septiembre de 1972

Cuando Arnaldo llegó al palacio se encontró con Fabio, que bajaba por la escalinata de mármol. La noche era clara y estrellada.

—Primito, ¿cómo va todo? ¡Me han dicho que pronto dejarás de ser el soltero más deseado de la Toscana!

Arnaldo negó con la cabeza.

—Te lo ha dicho la abuela. ¡No puede evitar ir contándolo por ahí!

—Al menos, de ti habla —comentó Fabio mientras se sentaba en el murete que coronaba la escalera.

Parsimonioso, sacó un cigarro del bolsillo de la americana y se lo encendió. Arnaldo lo miró; a pesar de sus diferencias, siempre le había caído bien. Se sentó a su lado.

—¿Cómo sigues después del accidente? Creímos que te perdíamos —le dijo muy serio.

—Asumiendo que he olvidado una parte de mi vida.

—¿Aún no has recuperado la memoria?

—Tengo dos años en blanco, o más bien en negro, porque no consigo recordar nada. ¡Es frustrante!

—Lo entiendo —le dijo dando una calada al cigarrillo.

Arnaldo miró al cielo.

—¿Recuerdas cuando el abuelo nos enseñaba a encontrar la estrella polar? Decía que un hombre siempre debe saber dónde está su norte.

—¡Tú siempre eras el primero en encontrarla! —le reprochó Fabio.

La nostalgia le arrancó una sonrisa.

—Pues ahora tengo la sensación de que he perdido mi norte.

—Pero ¿qué dices? Tienes la vida muy bien orientada. Dentro de poco estarás al frente de las bodegas y casado con una mujer increíble. Casi me muero cuando la vi con el vestido blanco en la fiesta de la

vendimia.

—¿Sabes que no recuerdo nada de ese día?

—Aparte de Bianca, no te perdiste nada interesante.

Los dos se quedaron en silencio mirando al cielo. Desde donde estaban, oían el canto de los grillos. Arnaldo le cogió el cigarrillo de la mano y le dio una calada.

—Fabio, tengo la sensación de que me falta algo.

—¿Como qué?

—Hoy he ido a comprar el anillo para Bianca y Ricardo me ha dicho que ya había comprado uno hace un par de años.

A Fabio se le cayó el cigarro al suelo.

—¿A quién querría comprarle un anillo?

—¿Cómo quieres que lo sepa? ¡A mí no me cuentas tu vida! —exclamó levantándose súbitamente.

Arnaldo lo siguió. Conocía lo suficiente a su primo para saber que le ocultaba algo.

—¡Fabio, tú lo sabes!

—¡No, yo no sé nada! —respondió dándose la vuelta.

Arnaldo lo cogió del brazo y lo miró a los ojos. Fabio se quedó unos segundos en silencio.

—¿Ibas a casarte con ella? —preguntó por fin.

—¿Con quién? ¡Maldita sea! —gritó desesperado.

Fabio se quedó pensando.

—Será mejor que me acompañes. Tengo algo para ti.

Bajó la escalinata y se dirigió al coche. Arnaldo lo siguió.

—¿Adónde vamos?

—¡A mi casa!

Subieron al coche. Arnaldo sintió la adrenalina recorriéndole el cuerpo.

—Fabio, ¿con quién iba a casarme?

—Prefiero que lo veas tú mismo —contestó pisando el acelerador.

Diez minutos después, Fabio detuvo el coche en una de las calles del centro de San Gimignano. Arnaldo no había conseguido sacarle nada

en todo el camino.

—Espérame aquí, ahora vuelvo.

—¡Te acompaño! —contestó mientras buscaba el tirador de la puerta.

—Mejor que no. No quiero que te vean mis padres.

Arnaldo asintió y se quedó en el coche mirando cómo Fabio entraba en el portal de su casa. ¿Con quién iba a casarse? ¿Por qué Domenico no sabía nada? Su cabeza no dejaba de hacerse preguntas. Tras unos minutos que se le hicieron eternos, Fabio apareció con una libreta en las manos y subió al coche.

—Creo que esto es lo que buscas.

Arnaldo la cogió, abrió la rígida tapa negra y empezó a pasar páginas. Eran retratos a carboncillo del rostro de una chica; tenía los ojos almendrados y una sonrisa deslumbrante. Reconoció los trazos, pero no recordaba haberlos hecho, y tampoco la recordaba a ella. Se quedó observando ese bello rostro.

—Es muy guapa. ¿Quién es?

Fabio se encendió otro cigarrillo.

—Lo mejor que te ha pasado en la vida —contestó tirándole el humo a la cara.

—No la recuerdo… —dijo desalentado—. ¿El anillo era para ella?

—Supongo…

Se quedó en silencio pasando las páginas. De repente la vio sentada en el césped del paseo del Arno mientras la dibujaba. La chica lo miró y le preguntó qué haría con tantos dibujos suyos. Le respondió que quería capturar cada uno de sus gestos para no olvidarla, e hizo un último trazo antes de cerrar la libreta. Se acercó a ella para besarla dulcemente. «¿Te he dicho alguna vez que te quiero?». Ella sonrió.

Fabio le tocó el hombro.

—¡Arnaldo, te estoy hablando!

—¡Fabio, acabo de recordarla! —exclamó sorprendido.

—¿A ella?

—Sí, es preciosa…

—Sí que lo era.

—¿Lo era?

—Bueno, supongo que todavía lo es.

—¿Cómo se llama?

—Graziela.

—¿Graziela? Era una compañera de la facultad, pero no recuerdo…

—Pues parece que querías casarte con ella. Solo la vi el día de la fiesta de la vendimia, pero nunca te había visto tan feliz.

—Dime dónde está. ¡Tengo que verla!

—Arnaldo, tus padres me matarán.

—Como si te hubiera preocupado alguna vez…

—De todas formas, si quieres mi opinión, era demasiado buena para acabar en esta familia.

—Lo último que necesito ahora es tu ironía.

Fabio echó el humo por la ventana.

—¿De dónde has sacado la libreta?

—Mi madre llegó a casa con una caja de cosas que tus padres no querían que vieras después del accidente. No sé por qué la guardé. Soy un sentimental.

—¿Qué más había en la caja?

—No lo recuerdo y, antes de que me lo preguntes, no sé lo que ha hecho mi madre con ella.

—¿Por qué me lo han escondido? —preguntó indignado.

—Porque no era la adecuada.

Se quedaron un instante en silencio.

—¡Fabio, tengo que verla!

—Lo único que sé de ella es que se marchó a Génova, a casa de una tía.

—¿A Génova?

—Eso parece. Puedo darte la dirección de su madre en San Gimignano. Ella podrá contarte más.

Arnaldo acarició los dibujos con los dedos.

—¿De verdad no la recuerdas?

—No… Y lo más inverosímil de todo es que parece que la quería.

Arnaldo se quedó mirando las páginas de la libreta.

San Gimignano
7 de julio de 2023

El sonido de la alarma del móvil la despertó a las seis y media de la mañana. Miró por la ventana; todavía no había salido el sol. Había pedido un día de fiesta en los Uffizi para ir a la abadía de Viboldone con el conde. Sabía que las probabilidades de encontrar el cuadro del diario eran ínfimas, pero el mero hecho de participar en la búsqueda con él la entusiasmaba. Eligió un vestido azul Klein por debajo de las rodillas que creía adecuado para visitar la abadía.

Estaba en el jardín terminándose el té cuando vio el Maserati entrando por el caminito de tierra. Miró el reloj; faltaban cinco minutos para la hora a la que habían quedado. Dio el último sorbo y dejó la taza en la encimera de la cocina.

El chófer bajó para abrirle la puerta.

—¡Buenos días, Amadeo!

Entró y sonrió al conde.

—Buenos días. Veo que es tan puntual como el profesor Belletti.

—Buenos días… —respondió impresionado al verla.

Carla se sentó a su lado y dejó el bolso.

—Quería agradecerle que me deje participar en la búsqueda del cuadro. Me siento una privilegiada.

El conde la miraba sin decir nada.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó preocupada.

—Con el pelo recogido aún te pareces más a tu abuela…

Carla se pasó la mano por el moño que se había hecho hacía un momento.

—He querido vestirme adecuadamente para ir a la abadía.

El conde sonrió.

—Te he traído unas lecturas para amenizar el viaje. Tenemos algo

más de tres horas hasta Viboldone.

Carla miró los libros que estaban en el asiento. Cogió el de los humiliati y empezó a hojearlo.

—Es maravilloso que todavía se conserve la abadía.

—De vez en cuando hacen algo bien en este país.

—¿De qué congregación son las monjas que viven allí?

—Benedictinas. Después de la supresión de los humiliati, la abadía pasó a la congregación de los benedictinos olivetanos, pero, cuando Lombardía cayó en manos del gobierno austriaco, los obligaron a desocuparla. Viboldone estuvo muchos años abandonada, hasta que en 1940 el cardenal Schuster se la ofreció a las monjas benedictinas.

—¿Cree que conservarán algún registro de las obras que tenía la abadía en la época de los humiliati?

—Es muy probable. Aún no le he adelantado nada a la abadesa, pero la he visto dispuesta a ayudarnos. No hay nada como recibir la llamada adecuada —dijo con una sonrisa malévola.

—¿Qué llamada?

—La del obispo auxiliar de Milán.

—¿En serio?

—Mateo me debe algún favor.

Carla prefirió no preguntar y continuó hojeando el libro.

Abadía de Viboldone, San Giuliano Milanese

La silueta de la imponente abadía se distinguía mucho antes de llegar al pueblo de San Giuliano. El chófer cruzó la verja que rodeaba el complejo y accedió por el camino de grava hasta la iglesia. Carla miró la fachada de ladrillos vistos con el gran rosetón de mármol blanco y las esculturas de la Virgen y los santos sobre el arquitrabe. Dos monjas con hábito negro los esperaban al pie de la iglesia.

El chófer bajó a abrirles la puerta. La primera en salir fue Carla. El conde bajó apoyándose en el bastón; miró a su alrededor y se puso el sombrero.

—Bienvenidos a la abadía de San Pietro y San Paolo —los saludaron formalmente.

—Muchas gracias —respondió el conde inclinando ligeramente la cabeza.

—La madre abadesa los está esperando. Si son tan amables de seguirnos…

Las monjas empezaron a caminar con paso ligero; la más joven se volvía de vez en cuando para mirar de reojo el vestido azul de Carla. Cruzaron el jardín que había junto a la iglesia, antes de entrar en el claustro.

Dentro solo se oía el murmullo del agua de la fuente. Carla miró los rosales floridos, el verde césped iluminado por el sol y los pequeños arbustos cuidadosamente podados. Se respiraba una calma absoluta. Siguieron el camino hasta detenerse frente a un despacho del primer piso del claustro. La monja de más edad les abrió la puerta. La abadesa estaba sentada detrás de un gran escritorio de madera; debía de tener unos setenta años. De rostro serio, las gafas de montura fina que llevaba le agrandaban los ojos. Carla se fijó en los labios delgados que les hablaban.

—Bienvenidos a Viboldone. Espero que hayan tenido un buen viaje —les dijo muy seria—. Siéntense, por favor. ¿En qué podemos ayudarles?

La abadesa les señaló las dos sillas delante del escritorio.

—Quisiera agradecerle que nos haya recibido con tanta celeridad. Soy consciente de que llevar la abadía debe de requerir una gran dedicación —dijo el conde.

—El trabajo forma parte de la espiritualidad benedictina —contestó esbozando media sonrisa.

Carla pensó que no parecía entusiasmada con su visita.

—Permítame que la felicite por este lugar tan maravilloso —intervino Carla—. Se respira una paz indescriptible.

—Gracias, es mérito de Viboldone. Los que la proyectaron hicieron un trabajo extraordinario.

—Justo de eso queríamos hablarle. No sé si monseñor Gratacoso le ha comentado el motivo de nuestra visita.

—Monseñor me pidió que los ayudara en lo que me fuera posible.

El conde apoyó las manos en el bastón y se inclinó hacia delante.

—Estamos buscando un cuadro que podría haber pertenecido a la Orden de los Humiliati y creemos que podría estar aquí, en Viboldone.

Los miró extrañada.

—¿Un cuadro? ¿Qué cuadro?

—Lo único que sabemos es que pertenecía al párroco que había en la iglesia de Ognissanti de Florencia en el siglo XV, el padre Amadeo Sorvino. —No quiso decir que se trataba de un Botticelli.

—¿Están hablándome de un cuadro de hace quinientos años? —La abadesa negó con la cabeza y apoyó las manos en el escritorio con los dedos entrelazados—. Cuando los humiliati abandonaron la abadía en el siglo XVI, sus bienes fueron donados a otras comunidades religiosas. En Viboldone no quedó nada.

Carla miró al conde decepcionada.

—¿Sabe a qué comunidades se los dieron? —preguntó Carla, que no se daba por vencida.

—Principalmente a los barnabitas y a los jesuitas, pero no se sabe a qué emplazamiento las enviaron. Me temo que han hecho el viaje en

vano.

—Al menos nos servirá para conocer la abadía —dijo Carla sin acabar de creerse sus palabras—. Ya que hemos venido, podemos visitarla.

—Lo lamento mucho, pero esta mañana tengo otros menesteres que no puedo abandonar.

—Monseñor Gratacoso insistió mucho en que la conociéramos —perseveró el conde sosteniéndole la mirada.

La abadesa se quedó en silencio.

—Claro, les organizaré una visita —acabó cediendo a regañadientes.

Pulsó un timbre que había sobre la mesa. La monja más joven entró.

—Hermana Delfina, acompañe a nuestros invitados. Les gustaría visitar la abadía.

—Sí, por supuesto —asintió—. Si son tan amables de seguirme, empezaremos la visita por la iglesia.

Se despidieron y siguieron los pasos de la monja deshaciendo el camino por el que habían llegado. Carla se fijó en una sala en la que un grupo de monjas trabajaba con libros colocados encima de unos grandes escritorios.

—¿Qué hacen?

—Nuestra comunidad se dedica a restaurar libros antiguos de bibliotecas y archivos eclesiásticos.

—¿Han restaurado libros sobre el patrimonio artístico de la abadía?

—Sí, hemos trabajado en más de uno de Viboldone.

—¿Sabe si en alguno de esos libros figura el detalle de lo que había en la abadía en la época de los humiliati?

La monja se quedó pensando.

—Una relación detallada, no. Había un gran patrimonio artístico en aquella época, pero algunos libros mencionan que, cuando se suprimió la rama masculina de los humiliati, trasladaron algunas obras a los conventos femeninos de Milán. Las mujeres eran muy consideradas en la orden, pertenecían a las mejores familias de la zona.

Al conde se le iluminó la mirada.

—¡Claro, la rama femenina!

La monja siguió hablando.

—Las monjas humiliati tuvieron varios monasterios en Milán, pero, cuando suprimieron la orden masculina, muchos conventos femeninos, aunque no les afectaba la bula papal de supresión, tuvieron que cerrar por falta de apoyo económico.

—¿Se sabe a qué monasterio enviaron las obras de Viboldone? —preguntó Carla, esperanzada.

—No tenemos constancia. Lo único que puedo decirles es que, en el siglo XIX, todavía quedaban algunos en activo.

Carla sonrió y miró al conde. Quizá el viaje no había sido infructuoso.

Por la noche, Carla y el conde cenaban en la terraza del hotel de Milán con vistas a las elegantes fachadas del barrio de Monforte. Les habían procurado una mesa tranquila junto a la cúpula de cristal que dejaba ver el interior del magnífico edificio histórico.

—Tenemos que averiguar cuáles eran los monasterios de la rama femenina y si todavía se conservan. ¡Si no llega a ser por la novicia, no nos habríamos enterado del traslado de las obras a los conventos femeninos! —dijo molesta.

—A la Iglesia no le gusta que se metan en sus cosas —comentó el conde mientras se terminaba el filete.

—¿Cómo podemos identificar cuáles eran los monasterios de las monjas?

—El único sitio donde pueden estar documentados es en el archivo histórico de Milán.

Carla se quedó pensativa. El conde sonrió.

—¿Qué es lo que le hace gracia?

—Veo en ti la misma pasión que en tu abuela.

—Fueron muy amigos, ¿verdad? —No pudo evitar preguntárselo.

—Al principio no. Yo era un poco altivo y no me interesaban las chicas de la universidad, hasta que la conocí… —se sinceró.

Carla dejó los cubiertos en la mesa y lo miró.

—… y me enamoré como nunca me habría imaginado.

Se quedó helada. Sospechaba que su abuela y el conde habían sido

más que amigos, pero nunca había pensado que se hubiera enamorado de ella.

El conde siguió hablando con la mirada perdida en las fachadas de Monforte.

—Graziela era una mujer increíble. No he conocido a nadie como ella.

Se le humedecieron los ojos. Carla le había hecho revivir los sentimientos por su abuela.

—¿Qué pasó? —le preguntó tocándose el anillo que llevaba colgado del cuello.

—No era lo bastante buena para la familia Verini y la perdí. Ahora haría las cosas de otra forma.

Carla lo miró con ternura. Entendió el dolor de su mirada.

El conde, sintiéndose incómodo, sacó el reloj del bolsillo del chaleco.

—¿Puedo preguntarle por qué no ha buscado el cuadro hasta ahora?

Él se quedó en silencio.

—Tenía que hacerlo con tu abuela, pero, cuando la perdí, el cuadro dejó de tener interés para mí. No podía hacerlo sin ella.

—Perdone mi indiscreción.

—Mejor que nos vayamos a dormir si quieres visitar el archivo mañana. Le diré a Amadeo que te acompañe. Yo tengo unos asuntos en Milán.

—De acuerdo —respondió mientras se levantaba.

El conde sacó una pipa y la encendió.

—Me quedaré un rato.

Dio las primeras caladas mirando al infinito.

—Buenas noches, Arnaldo.

El conde no le respondió.

Al día siguiente, el vigilante de la entrada le pidió que dejara el bolso, el móvil y el pasaporte para acceder al archivo. Comprobó la fotografía, miró a Carla asintiendo ligeramente con la cabeza y después le dio una ficha redonda con el número veintitrés.

Al entrar, le sorprendió la actividad que había en el interior; creía que a primera hora estaría más tranquilo. Se acercó al mostrador de información para presentar el formulario que había rellenado con su consulta. Tenía a tres personas delante. Recorrió con la mirada las alargadas mesas de madera llenas de gente y las interminables librerías metálicas que forraban la pared norte.

Cuando le llegó su turno, la funcionaria leyó la solicitud, se quedó un rato pensando e hizo una búsqueda en el ordenador. «Es lo único que encontrarás», le dijo con cierta condescendencia devolviéndole el formulario. Carla leyó lo que había escrito y miró el largo pasillo con la hilera de ordenadores que llegaba al fondo de la sala.

Avanzó entre el sepulcral silencio siguiendo la numeración y se sentó en el número veintitrés para teclear las indicaciones que le había dado. Al momento aparecieron en el monitor unos pergaminos en italiano antiguo. Eran registros de los siglos XIV y XV de transacciones comerciales, compraventas de fincas y terrenos de la Orden de los Humiliati en el pueblo de Cassano d'Adda, en la provincia de Milán. Había más de cien páginas escaneadas con muy poca calidad; tomó aire antes de empezar a leer.

Después de treinta tediosas páginas de anotaciones notariales, encontró la mención a un monasterio que se cedió a las monjas humiliati, San Matteo, en el mismo pueblo de Cassano. Sintió una punzada en el estómago y rápidamente buscó el monasterio en Google, pero comprobó que San Matteo había sido derruido. No sería fácil. Continuó con la lectura y fue pasando las páginas con el ratón. Después de más de una hora le bailaban todas las anotaciones que había realizado.

Se levantó para estirar las piernas y despejarse; no había encontrado ninguna otra mención a las monjas. Dio un paseo por la sala y fue a la cafetería. Pensó en llamar a Max; era mejor que ella investigando documentos antiguos, leía rápido y establecía conexiones que para ella no eran tan evidentes, pero recordó que el conde quería mantener la búsqueda en secreto y no lo hizo.

Al rato volvió al ordenador. Sentía los ojos cansados. Encontró una mención a tres monasterios de las monjas ubicados en Milán y

provincia. Al instante los buscó en internet. El primero, Santa Caterina di Brera, el principal convento de las monjas humiliati, lo habían demolido en el siglo XVIII. El segundo, el convento de Legnano, que había tenido un hospital anexo donde las monjas cuidaban a los enfermos, también estaba derruido. Golpeó la mesa con el puño. Se le cerraban todas las puertas. Pensó que, después de doscientos años, lo más probable era que no quedara ninguno en pie. Tecleó el último nombre con pocas esperanzas, a los pocos segundos el monitor le mostró la imagen de un claustro antiguo. Gritó, el vigilante le lanzó una mirada de advertencia desde su silla. Le pidió disculpas y envió rápidamente la imagen a imprimir. Sus ojos devoraban con avidez el artículo de la web. Se trataba del claustro del monasterio de Santa Maddalena al Cerchio. El corazón le latía con tanta fuerza que creyó que el vigilante volvería a llamarle la atención. «¡Lo he encontrado!», se dijo. Apagó el ordenador y fue corriendo al mostrador de información para recoger la fotografía. La funcionaria la miró con curiosidad. «Has tenido suerte», le dijo.

Carla miró la fotografía del claustro, intacto en el centro de Milán. Estaba eufórica.

Veinte minutos después, Marina entró en el archivo y se acercó al mostrador de información. Se identificó con su acreditación de los Uffizi y le explicó a la funcionaria que estaba trabajando en un proyecto con Carla y que había olvidado buscar una información que necesitaban. La mujer la recordaba perfectamente. Cogió de la bandeja el formulario que Carla había rellenado, se lo dio y le indicó el ordenador donde se había sentado. Marina se dirigió al número veintitrés y escrutó el historial de navegación. Al ver la imagen del monitor, sonrió.

El descubrimiento del claustro de las monjas humiliati había hecho plausible la teoría que había elaborado con el conde. Nada más salir del archivo, Carla lo había llamado para contárselo. «Iremos a verlo

mañana con un guía», le dijo.

Estaba en la habitación del hotel, a punto de ducharse antes de ir a cenar, cuando le sonó el móvil. Miró la pantalla y sonrió.

—Hola, Max, ¡qué sorpresa!

—¿Cómo estás? Me quedé preocupado el otro día en los Uffizi.

Max se había dado cuenta de su incomodidad después de liarse con Àlex.

—Estoy bien. No había dormido mucho, eso fue todo —mintió.

—¿Qué te parece si quedamos para cenar esta noche?

—Me encantaría, pero estoy en Milán.

Se moría de ganas de hablarle del descubrimiento del claustro y de la búsqueda del cuadro.

Al otro lado se hizo el silencio.

—Perdona, no quería molestarte…

—Max, tú nunca me molestas. Podemos quedar cuando vuelva. ¿Qué haces este fin de semana? No me digas que vas a trabajar, que me harás sentir culpable.

—Me voy al pueblo de Luigi con unas amigas.

A Carla no le gustó.

—Ah, dale recuerdos…

—Lo haré. Hasta el lunes, Carla.

—Hasta el lunes.

Se quedó pensativa tumbada en la cama. ¿Por qué le había molestado que Max se fuera de fin de semana con unas amigas? El móvil volvió a sonar; era el número del hotel de Àlex y decidió no cogerlo. Desde que se habían liado en Fiesole, lo evitaba. No tenía claro qué había significado para ella.

El teléfono de la habitación sonó. Era el conde. Quedaron media hora después en el restaurante del hotel. Se apresuró a meterse en la ducha.

Al día siguiente el chófer los dejó en el número siete de la via Cappuccio. Carla estaba nerviosa, se había pasado la noche elaborando teorías sobre qué podrían encontrar en el claustro. Miró la

calle estrecha y poco cuidada con la fachada llena de grafitis.

—¡Nadie diría que aquí dentro pueda haber un claustro! —comentó el conde apartando unos papeles del suelo con el bastón.

Carla volvió a mirar la fotografía que había impreso en el archivo.

—Pues según esto, es aquí… —dijo sin tenerlas todas consigo.

Apareció un hombre regordete con el pelo rizado y gafas redondas que se secaba el sudor de la frente con un pañuelo. Llevaba un traje chaqueta claro que le palidecía el rostro.

—¡Disculpen el retraso! ¡Aparcar por esta zona a veces es imposible! —les dijo poniéndose el sombrero que llevaba en la mano.

Carla pensó que era el guía que habían contratado.

—No se preocupe, acabamos de llegar. Soy Carla. Hablamos por teléfono. Le presento al conde Verini.

—Encantado. Me llamo Paolo. Hoy seré su guía en Santa Maddalena.

—Ya dudábamos de que fuera aquí —comentó Carla mirando la fachada.

—Sí, desde fuera cuesta creerlo. La historia es que, en 1915, el ingeniero Guido Ucelli se hizo cargo de la recuperación del claustro y lo convirtió en el centro de su casa; por eso tiene esta insólita ubicación. Les prometo que, una vez dentro, no los decepcionará. Si son tan amables de seguirme…

Entraron y avanzaron por un estrecho pasillo. Ante sus ojos se erigía una construcción de dos plantas alrededor de un patio rectangular con columnas de piedra, arcos ovalados y tejado inclinado. La luz del sol iluminaba el césped del jardín, con un pozo de piedra en un pedestal. Carla miró la hiedra que envolvía las columnas del soportal, ajena al paso del tiempo. Se quedó sin palabras.

—Impresiona, ¿verdad? —les dijo el guía.

—¡Es como viajar en el tiempo!

—Es el último testimonio que queda del monasterio de Santa Maria Maddalena al Cerchio, construido en el siglo XV sobre las ruinas del circo romano. Aquí vivieron monjas de la Orden de los Humiliati desde el año 1000 hasta 1810, cuando el monasterio fue suprimido por orden de Napoleón. Fue el verdadero momento oscuro del

complejo: vendido y utilizado como almacén, se dividió en pequeños apartamentos y en gran parte fue demolido.

Carla estaba absorta por la belleza atemporal del lugar.

—El ingeniero Guido Ucelli, junto con su esposa Carla, llevaron a cabo una restauración muy respetuosa, hasta el punto de que en 1923 lo declararon monumento nacional. Síganme, los llevaré al primer piso.

Subieron por la escalera de piedra y avanzaron por el alargado corredor porticado. Carla admiró el extraordinario trabajo de restauración del edificio; parecía como si lo hubieran conservado quinientos años en una caja fuerte. Durante la visita no vieron ningún cuadro en las salas abiertas al público. Carla le preguntó al guía:

—Paolo, estamos haciendo una investigación sobre unos cuadros que, en el siglo XVI, enviaron a los conventos femeninos. ¿Sabe si Santa Maddalena fue uno de los conventos que recibieron las obras?

El guía sacó el pañuelo para volver a secarse el sudor del rostro.

—Es cierto que se derivaron algunas obras a los monasterios femeninos, pero no hay constancia de cuáles. Una orden llena de secretos, los humiliati. Lo que sí puedo decirles es que, en la actualidad, en Santa Maddalena no se conserva ninguno de los cuadros que hubo, y lamentablemente no creo que haya ningún registro de dónde fueron a parar. —Se quedó un instante en silencio antes de continuar—: Me temo que no puedo ayudarles…

Las palabras del guía fueron un jarro de agua fría para Carla.

—Siento no poder serles de más ayuda —les dijo mientras los acompañaba a la salida.

El conde y Carla se despidieron de él y subieron al coche.

—Creía que estábamos cerca… —se lamentó Carla mirando la fotografía.

—Nuestro punto de partida es el confesor de Botticelli. Debemos volver a Ognissanti —dijo el conde.

Carla asintió.

San Gimignano
25 de septiembre de 1972

Esa misma noche, Arnaldo fue a la dirección que le había dado Fabio. Cuando llegó, vio una casa de piedra con un pequeño jardín rodeado de cipreses. Bajó del coche y avanzó por el caminito de adoquines bordeado de rosales silvestres sin tener claro cómo afrontaría la situación. La casa no le resultaba familiar. Llamó al timbre. La señora Ferrara abrió la puerta. Al verlo, se quedó helada.

—Buenas noches, señora —dijo descolocado por lo mucho que se parecía a la chica de los dibujos.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó cortante.

—He venido a ver a Graziela.

La mujer lo miró con desagrado. Arnaldo pensó que iba a mandarlo a paseo.

—¿Dos años después de desaparecer de su vida? ¿Qué pretendes? —le preguntó indignada.

Arnaldo tragó saliva antes de hablar.

—Me gustaría contarle lo que pasó.

La señora Ferrara soltó una sonora carcajada.

—¿Qué pasó? Que los Verini utilizáis a las personas y las tiráis en función de vuestras conveniencias. ¡Qué valor tienes presentándote ahora! —Y le cerró la puerta en las narices.

Arnaldo se sintió impotente. La mujer lo acusaba de cosas que ni siquiera sabía que hubiera hecho.

—¡Señora Ferrara, olvidé a su hija! ¡El accidente me hizo perder la memoria! —gritó delante de la puerta.

A los pocos segundos, la mujer abrió.

—¿La olvidaste? ¿Qué quieres decir? —preguntó incrédula.

—Pues que para mí Graziela solo era una compañera de clase, nada

más.

Ella se quedó en silencio.

—¡Entra! —le dijo por fin.

Arnaldo pasó al pequeño recibidor y miró las paredes con cuadros de flores y las dos sillas de madera. No recordaba haber estado allí.

—Esto es lo único que tengo de ella —dijo mostrándole la libreta con los dibujos que llevaba en las manos.

La mujer se puso las gafas para mirarlos. Arnaldo pensó que estaba decidiendo si creerle.

—Se parece mucho.

—Yo todavía no soy capaz de verlo…

Le acercó una fotografía del aparador en la que aparecían las dos abrazadas y sonrientes en los jardines de la universidad el día de la graduación. Arnaldo la observó.

—No puedo recordarla…

—Es mejor así. Graziela ha rehecho su vida.

—Me gustaría contarle lo que pasó.

—¿Qué sentido tiene remover el pasado? Además, he oído que estás a punto de prometerte.

—No puedo dejar que crea que la olvidé sin más. Siento que fue importante para mí —dijo sosteniéndole la mirada.

—Entonces ¿no recuerdas nada de ella?

—Después de estar dos días en coma, los médicos me dijeron que la pérdida temporal de memoria era lo mejor que podía haberme pasado. Yo no sabía que…

—Estabas saliendo con Graziela…

—Todos esos días desaparecieron. Hoy, al ver los dibujos, me ha venido un recuerdo suyo por primera vez.

La señora Ferrara tuvo que sentarse en la silla del recibidor.

—Ahora lo entiendo. Aprovecharon tu pérdida de memoria para deshacerse de Graziela. ¡Malditos sean!

Sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente. Se quedó mirando la fotografía de ellas dos abrazadas.

—Arnaldo, ¿por qué has venido?

—Algo dentro de mí me dice que lo que sentía por ella era

auténtico. Nos merecemos una conversación.

—Es demasiado tarde. Ahora ella es feliz. Ha vuelto a empezar en Génova, y tiene una plaza en la facultad de Bellas Artes —contestó sin darle opción.

—¡Merece saber lo que pasó! —protestó Arnaldo.

—Quizá más adelante. Volver a verte solo le causará más dolor, no tiene sentido —dijo negando con la cabeza, y abrió la puerta invitándolo a marcharse.

Arnaldo miró al suelo y se resignó. Le dio las gracias por haberlo escuchado y se marchó decepcionado hacia el coche.

Florencia, Hotel Pitti Palace
9 de julio de 2023

Por la tarde, de vuelta a Florencia en el coche, Carla estuvo dando vueltas a la visita al claustro por si habían pasado por alto algún indicio. El conde la miró.

—Debemos volver a Ognissanti. Puede que hubiera alguien más, aparte del padre Sorvino, en la confesión de Botticelli. No solían ir solos a dar la extremaunción a un feligrés.

—¡Claro, cómo no lo había pensado! Mañana volveré al archivo.

Pensó que el conde tenía la serenidad que otorgan los años para ver las cosas con perspectiva. Lo miró y sonrió.

Cuando llegaron a Florencia, pidió al chófer que la dejara en el hotel de Àlex. Tenía que descubrir por qué había vuelto a liarse con él. Quizá todavía sentía algo. Después de dejar al conde en el palacio, el chófer la llevó al hotel.

—Ya hemos llegado, señorita Carla.

—Muchas gracias, Amadeo —dijo, y bajó del coche.

Antes de entrar en el pequeño hotel junto al Ponte Vecchio, envió un mensaje a Francesca en el que le decía que iba a ver a Àlex y que no la esperara para cenar.

Dentro vio a un chico detrás de un desgastado mostrador de madera que cubría la pared del fondo. Se fijó en la gran rosa negra pintada en el suelo de mármol y en las antiguas lámparas de cristal amarillo de las paredes. Le sorprendió el aire decadente; no era el tipo de hotel en el que Àlex solía alojarse.

—Buenas noches. Estoy buscando a Àlex Costa.

El recepcionista sonrió.

—Acaba de salir. Si quiere esperarlo, puede sentarse en la sala —le dijo amablemente señalándole una sala con cuatro sillones de piel

descolorida y un antiguo televisor.

Desde allí, vio que la observaba, sus miradas se cruzaron; el chico salió de detrás del mostrador.

—Perdone que se lo pregunte, señorita, usted es Marta, ¿verdad?

Carla se quedó helada.

—Soy Mario. Hemos hablado varias veces estos días.

Sintió un puñetazo en el estómago que la dejó sin respiración. Se levantó y salió de allí a toda velocidad. «¡No me lo puedo creer! ¡Maldito seas!», gritó tirando la tarjeta del hotel al suelo.

Caminó apresurada por las calles del centro sin saber adónde ir; el corazón le latía rápido. Recordó la noche en los viñedos de Fiesole, sus caricias, sus palabras, todo mentira. Se sentó en un banco, se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar. «¡Cómo he podido ser tan idiota!».

El móvil sonó; era el hotel de Àlex. Lo silenció y se levantó del banco.

Cruzó el Ponte Vecchio y caminó en shock por el *lungarno* en dirección a las estrechas calles de Ognissanti.

Se detuvo ante una verja metálica que daba entrada a un pequeño patio ajardinado. Entró y subió las escaleras hasta el segundo piso; no tenía claro si era la casa.

Se secó las lágrimas antes de llamar al timbre.

—Carla, ¿qué haces aquí? —le preguntó Max, sorprendido de verla.

Intentó hablar, pero no le salían las palabras. Se aguantó las lágrimas.

—Pasa, ponte cómoda. No es muy grande, pero es acogedor.

Carla miró el pequeño recibidor con un bufet de haya y un espejo plateado con fotografías pegadas en el marco. Max la acompañó a la sala de estar de paredes blancas y techos altos con un sofá rojo. Una gran fotografía en blanco y negro de la fuente de Neptuno adornaba la pared de enfrente. Recordó los ratos que habían pasado allí al salir de los Uffizi. Se sentó en el sofá. El corazón le latía rápido. No tenía claro por qué había ido.

—¿Estás bien? No esperaba tu visita —dijo sentándose a su lado, y apartó unas revistas desordenadas de la mesa.

—Sí —mintió apoyándose en el sofá—. Acabo de llegar de Milán y me apetecía pasear por Ognissanti.

—Pues me alegra que hayas venido —añadió con una sonrisa.

—No tenía claro si aún vivías aquí.

—Sí, lo he ido arreglando durante estos años. No es gran cosa, pero para mí solo está bastante bien.

—¿Tus padres todavía viven en Siena?

—Sí, en casa de mis abuelos. Mi madre no quiere irse de allí.

—Recuerdo que me llevaste una vez. Es una finca muy bonita.

—Allí están tranquilos. Cada vez que vienen a verme a Florencia, se agobian. Prefieren las ciudades pequeñas. Mi padre vivía en una ciudad pequeña del condado de Kent hasta que se enamoró de Siena y de mi madre.

—Pues llevaron bien que te marcharas a estudiar a Florencia.

—Porque sabían que era importante para mí y lo mucho que me costó conseguir la beca.

—Todo un mérito, no sé si te lo había dicho alguna vez.

Max sonrió complacido. Carla miró la gran fotografía de la pared.

—¿Es tuya? Es impresionante la luz que desprende.

—Sí, la hice hace años.

—Me trae recuerdos.

—Qué jóvenes e idealistas éramos —dijo levantándose, y fue hacia la cocina—. ¿Te apetece un poco de vino?

—Sí, perfecto. —Pensó que le iría bien.

Max volvió unos minutos después con una botella y dos copas.

—¿Cómo ha ido por Milán?

—Decepcionante, la verdad. Seguro que tu fin de semana ha sido mucho mejor —dijo por cambiar de tema.

—Fui por Luigi. Le gusta una chica y tenía que hacer de acompañante de su amiga.

A Carla le sonó el móvil; volvía a ser Àlex. Le entraron ganas de estamparlo contra la pared.

—¿No lo coges?

—No —contestó rotunda, y lo silenció.

—¿Qué te parece si te preparo algo de cena?

—Me parece una gran idea.

No le apetecía estar sola.

—A ver qué encuentro en la cocina. No suelo tener invitados en casa.

—¿Por qué no me lo creo?

—Bueno, alguna visita que otra, pero sin importancia.

—¿Es verdad lo que dijo Luigi de que no habías tenido pareja estable?

—¡No hagas caso a Luigi!

Abrió la nevera y sacó unos tomates San Marzano, un trozo de parmesano envuelto en papel film y unas hojas de albahaca.

—¿Quieres que te ayude? —se ofreció Carla entrando en la cocina.

—No tengo nada más. —Se volvió y le mostró lo que acababa de sacar de la nevera.

—¡Cómo huelen estos tomates!

Max se puso a enjuagarlos junto con la albahaca, llenó una cazuela de agua y la puso al fuego. Carla lo observaba.

—¿Sabes que Luigi sigue preguntándome por ti? Le causaste muy buena impresión —dijo ofreciéndole un trozo de parmesano.

—No como a ti. ¡Menudo recibimiento me hiciste! —le recordó bebiendo de su copa.

Max se acercó a ella.

—Ya te pedí disculpas. Belletti no me había dicho que habría otro subcomisario, y además tú…

—¿Qué pasa conmigo?

Se la quedó mirando.

—Me intimidas, Carla…

—¿Te intimido?

—Sí, siempre lo has hecho.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque me importas.

Se miraron. Carla sintió el deseo de darle un beso. «Te he tenido todo el tiempo delante», pensó. Se acercó a él y lo besó entreabriendo

los labios. Max se retiró.

—¿Estás segura?

—Sí.

Apagó el fuego antes de cogerla por la cintura y subirla a la encimera. Carla lo rodeó con los brazos y lo estrechó con fuerza contra su pecho.

San Gimignano
10 de julio de 2023

A la mañana siguiente, cuando llegó a casa, encontró a Francesca desayunando en la cocina. Vio la maleta del viaje a Milán en el recibidor; el chófer del conde debía de habérsela llevado la tarde anterior.

—¡Buenos días, primita! ¡No has venido a dormir!

—He estado en casa de Max —le dijo pensando que no entendería nada.

—Pero ¿no ibas a ver a Àlex?

—Sí, y mientras lo esperaba en su hotel, el conserje va y me pregunta si soy Marta…

Francesca se llevó las manos a la cabeza.

—¡No me lo puedo creer! ¡Qué cabrón!

Sonó el timbre de la puerta.

—Será la vecina; tenía que devolverme unas copas. Enseguida vuelvo y me lo cuentas.

Francesca se dirigió a la entrada. Al abrir la puerta, se encontró con Àlex.

—¡Cómo te atreves a venir! —le gritó Francesca.

Carla salió de la cocina alertada por el grito y vio a Àlex en la puerta con un ramo de rosas blancas. Se le revolvió el estómago.

—¿Se puede saber qué quieres? —le espetó mirándolo con rabia.

Francesca los dejó solos.

—No me coges el teléfono…

—¿Y te extraña? —le preguntó indignada.

—Lo del conserje ha sido un error.

—¡El error ha sido que no te funcionara el móvil y que Marta tuviera que llamarte al hotel! —gritó enfadada.

—¡Carla, te quiero!

—¡Tú solo te quieres a ti mismo!

Àlex negó con la cabeza. Sostenía las rosas boca abajo dejando caer los pétalos al suelo.

—Es que no lo entiendes. No puedo perderte. ¡Tú me haces mejor persona!

Le resultaba patético.

—¿Y no crees que merezco algo más?

Se hizo el silencio.

—Es tu naturaleza, Àlex. El escorpión muere ahogado porque no puede evitar clavarle el aguijón a la rana antes de que lo lleve al otro lado del río.

—¡Es por Max! ¡Estás liada con ese italiano!

Carla estalló.

—¡Basta, ya está bien! Me dijiste que te quedarías en Florencia hasta que tomara una decisión. ¡Pues ya la he tomado! —dijo señalándole la puerta.

La cara de Àlex se transformó, dio media vuelta, salió de la casa y tiró el ramo en medio del jardín.

—¡Te arrepentirás! —gritó con rabia.

Carla cerró de un portazo y resopló.

A la mañana siguiente la despertó el sonido del móvil. No sabía ni qué hora era. Miró la pantalla; era un número desconocido. Decidió no cogerlo y se tapó con la sábana. Apenas había dormido; el enfrentamiento con Àlex la había alterado muchísimo.

A los pocos minutos volvió a sonar; era el mismo número. Lo cogió.

—¿Sí?

—¿Señorita Bas?

—Yo misma —respondió medio dormida sin reconocer la voz.

—Soy Paolo, su guía de Milán.

¿Qué quería aquel hombre? Se arrepintió de haberlo cogido.

—Dígame, Paolo —dijo de mala gana.

—Perdone que la moleste, señorita, pero creo que sé dónde puede

estar lo que están buscando.

Se incorporó en la cama sujetando el móvil con fuerza.

—¿Qué quiere decir?

—El otro día, cuando me preguntaron por los cuadros de los humiliati, no caí, pero hoy, cuando he llevado a un grupo al monasterio de Sant'Erasmo y he visto los cuadros de la biblioteca, he pensado en ustedes.

—¿Dónde está ese monasterio?

—En Milán. Solo queda el claustro, como en Santa Maddalena. También perteneció a las monjas humiliati; si quieren, puedo acompañarlos.

—Sí, por supuesto. ¿Mañana podría? —le preguntó al instante.

—A las once estoy libre.

—¡Perfecto, pues hasta mañana!

Cuando colgó, llamó al conde. «¡Tenemos que volver a Milán!», le dijo.

Florencia
25 de septiembre de 1972

De camino al palacio, Arnaldo recordó que hacía un par de semanas había reservado mesa en uno de los mejores restaurantes de Florencia para darle el anillo de compromiso a Bianca.

La repentina aparición de Graziela lo había descolocado hasta el punto de olvidarse de esa cena. Miró la hora y dio la vuelta con el coche.

Cuando llegó a casa de Bianca, se quedó sentado en el vehículo. No podía seguir con ella sin saber qué había significado Graziela para él. Bajó y se dirigió a la puerta. Llamó al timbre. El mayordomo abrió.

—Buenas noches, señor Arnaldo.

—Buenas noches. ¿Puede avisar a Bianca de que he llegado?

—Sí, la señorita estaba esperándolo, pase.

Arnaldo se quedó de pie en la entrada. No acababa de entender qué lo empujaba a hacer todo eso; era como si otra persona dirigiera sus actos.

Al cabo de unos minutos, Bianca apareció con un vestido burdeos hasta los tobillos, el pelo recogido y los labios del mismo color que su atuendo. Iba deslumbrante.

—Creía que ya no venías. ¿Dónde estabas? —preguntó, y le dio un beso en los labios.

—Perdona, he tenido unos asuntos familiares —mintió.

—¡Estoy tan emocionada! ¡Tu madre me ha dicho que iremos a cenar a La Giostra!

Arnaldo se quedó en silencio. No sabía cómo decirle que no irían. Bianca lo miró de arriba abajo.

—¿Vas a ir vestido así? —le preguntó extrañada.

—Bianca, mañana a primera hora tengo que marcharme de

Florencia por un asunto urgente.

Bianca dejó de sonreír.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No creo que sea el mejor día para ir a cenar a La Giostra.

Bianca frunció el ceño.

—Arnaldo, ¿pasa algo?

—No, un problema con unas propiedades que tengo que resolver en persona, eso es todo.

—¿Y no puedes ir otro día? —le preguntó con una encantadora sonrisa.

Arnaldo dudó unos segundos.

—¡No, es inaplazable! —contestó categórico.

A Bianca le cambió la cara.

—¡Lo primero es lo primero, y está claro que no soy yo!

—No, Bianca, no es eso.

—¡Déjalo, Arnaldo! —Y subió las escaleras hasta su habitación.

—Créeme que lo siento —dijo en voz baja.

Arnaldo salió de la casa confundido y frustrado. Se sentía mal por haberle mentido. Subió al coche.

Cuando llegó al palacio, se dirigió a la biblioteca y entró en la sala secreta. La lectura del diario conseguía serenarlo. Se sentó en el sofá y empezó a leer.

De pronto le vino a la mente una imagen de Graziela apoyada en la pared mientras él la besaba con pasión. Sintió un ardor que lo recorrió de arriba abajo dejándolo sin aliento. Se quedó conmocionado en el sofá.

Poco después se levantó y guardó el diario en la caja fuerte. Subió a su habitación decidido a encontrarla en Génova.

Milán, claustro de Sant'Erasmo
12 de julio de 2023

Durante el viaje a Milán, Carla se sintió liberada; había conseguido romper los vínculos que la habían unido a Àlex durante tres años. Miró al conde mientras leía el *Corriere della Sera* a su lado. Él se había enamorado de su abuela y, tantos años después, todavía se emocionaba al recordarla. Pensó que el amor verdadero debía de ser algo muy parecido a eso.

El chófer avanzó por la via dei Giardini, en el Borgo Nuovo. Al doblar a la derecha apareció ante sus ojos una antigua fachada porticada cubierta de una frondosa vegetación de hiedra. A Carla se le cayó el libro de los humiliati de las manos.

—¡Qué maravilla!

Miró el claustro de dos alturas con pilares y arcos ovalados en la planta baja. El tejado inclinado descansaba ligero sobre los arquitrabes de madera de las delgadas columnas del primer piso.

El chófer detuvo el coche y bajaron. El guía ya estaba esperándolos. Les sonrió.

—Buenos días, señores. No sé cómo no lo vi antes. ¡Sant'Erasmo es uno de los edificios más antiguos y emblemáticos de la ciudad!

—Lo importante es que estamos aquí —dijo Carla mirando la fachada cubierta de hiedra.

—En unos minutos terminará la otra visita y podremos entrar.

—¿Podemos empezar por la biblioteca? —preguntó impaciente, pensando que el cuadro podría estar allí.

Paolo sonrió.

—Como quieran.

Carla lo miró.

—El otro día olvidé preguntarle a qué se dedicaban las monjas

humiliati.

—Su ocupación principal era cuidar a enfermos y leprosos en diferentes hospitales de la ciudad, pero han aparecido evidencias de que llegaron a ocupar cargos institucionales muy importantes en la orden, toda una excepción en una sociedad y una Iglesia dominadas por los hombres.

—Sin duda, unas avanzadas a su tiempo. ¿Sabe si todavía quedan miembros? —preguntó el conde.

—Por desgracia, la orden femenina también se extinguió. Si no fuera así, seguramente podrían contarnos cosas interesantes. —El guía vio que el grupo de delante terminaba la visita—. Ya han salido. Si son tan amables de seguirme, los llevaré a la biblioteca.

Cruzaron por debajo del arco ovalado de la planta baja y subieron las escaleras que llevaban al primer piso. El claustro, pese a su deterioro, todavía traslucía el esplendor de una época pasada.

Arriba, el guía les abrió la segunda puerta del pasillo porticado y entraron en una gran sala rectangular iluminada por la hilera de ventanas de la fachada. Habían mantenido las dos mesas alargadas y los bancos de madera empleados para la lectura. Carla miró las enormes pinturas de motivos religiosos colgadas en la pared del fondo. El corazón se le aceleró y avanzó por la sala observando los cuadros. De repente sintió un escalofrío e hizo un gesto al conde para que se acercara.

—Podría ser…

No se atrevió a decirlo. El conde examinó la pintura.

—Si fuera de Botticelli, se habrían dado cuenta.

—No es fácil identificar sus temas religiosos. Todavía queda algún cuadro en el que la autoría no está clara —comentó Carla.

Se quedaron los dos observando la *Virgen con el Niño en su regazo*. Carla analizaba los trazos, la perspectiva y los colores. Se volvió hacia el guía.

—Paolo, ¿se conoce el origen de estos cuadros?

—La verdad es que no, pero si están aquí y no en un museo es porque no tienen un gran valor artístico.

Carla avanzó observando los demás. Cuando llegó al final de la sala,

volvió a situarse frente a la Virgen.

—Se parece a la *Virgen del libro*, pero en un formato mayor —le dijo al conde.

—El que buscamos debería parecerse a *Venus y Marte*.

—Lo sé, pero podría ser de Botticelli. Deberíamos llevárnoslo para analizarlo.

El conde se quedó pensativo.

—Sé cómo podemos conseguirlo —le dijo.

El guía los avisó.

—Deberíamos ir saliendo. Ya ha llegado la siguiente visita.

Carla hizo varias fotografías del cuadro y abandonaron la biblioteca. Le brillaban los ojos.

—¿Y si es un Botticelli? En el museo nacional de Cardiff descubrieron que el cuadro de la *Virgen de la granada*, que creían que era una imitación, tenía debajo de la pintura un esbozo de la cara de un hombre hecho por Botticelli.

—Debemos ser prudentes, Carla. Primero tenemos que analizarlo.

Se despidieron del guía y subieron al coche, que los esperaba delante del claustro. El conde cogió el móvil y marcó un número.

—Hola, Mateo. Necesito que me hagas otro favor.

Carla miraba la bonita fachada de Sant'Erasmo. ¿Y si era el cuadro que estaban buscando? Se le puso la piel de gallina.

La sede del arzobispado era un monumental palacio de dos plantas y fachada de color piedra ubicado en la encantadora piazza Fontana, justo detrás del Duomo.

El obispo, un hombre robusto de pelo negro y ojos grandes y profundos, los recibió en su despacho con sotana negra y una gran cruz en el pecho que colgaba de una cadena de oro.

Carla pensó que en persona todavía impresionaba más que cuando había leído su nombre en la puerta. Se fijó en el anillo que llevaba en la mano derecha.

—¡Querido Arnaldo, cuánto tiempo! —lo saludó con una sonrisa.

—¡Ciertamente, mucho tiempo! —le contestó el conde, y le besó el

anillo.

—Sentaos, por favor —dijo señalándoles el sofá situado delante de la librería que cubría la pared.

El obispo miró a Carla antes de sentarse en su butaca.

—Dime, Arnaldo, ¿qué te trae por Milán? Sé que te cuesta abandonar tu querida Florencia.

—Una buena causa. —Miró el amplio despacho con las ventanas que daban a la plaza—. ¿Recuerdas el cuadro que estaba buscando?

—¿El que me dijiste que podría estar en Viboldone?

—Sí, el mismo.

—¿Lo has encontrado?

—Quizá sí, pero no en Viboldone, sino en el claustro de Sant'Erasmo.

—¿El monasterio de Borgo Nuovo? ¿Y cómo puedo ayudarte? —le preguntó extrañado.

—Me gustaría llevármelo para analizarlo.

El obispo sopesó lo que le estaba pidiendo.

—No lo entiendo. ¿Por qué quieres analizarlo?

—Porque puede tratarse de un Botticelli —contestó el conde, y esperó a ver su reacción.

El obispo se inclinó hacia delante.

—¿Estás diciéndome que has encontrado un Botticelli abandonado en el claustro de Sant'Erasmo? —preguntó con incredulidad.

—Podría ser —respondió circunspecto.

—Y suponiendo que fuera verdad, ¿por qué debería dejártelo a ti? —quiso saber mirando a Carla.

—No te preocupes, es de confianza.

—¡No puedo hacerlo! —gritó tocándose el anillo.

—En los Uffizi estamos organizando la mayor exposición que se ha hecho jamás sobre Botticelli. Imagínate lo que significaría que presentáramos un cuadro que no ha salido a la luz.

—Aun así, lo que me pides es imposible.

—Mateo, ¿recuerdas las llamadas a Roma que hice hace cinco años?

El obispo se removió en la butaca y miró incómodo a Carla.

—¿Estás cobrándote el favor?

—Estoy haciendo que aportes a la Iglesia un cuadro de valor incalculable. Quién sabe si te abrirá alguna puerta hacia la titularidad del obispado.

Se quedó en silencio y se tocó el anillo con el pulgar y el índice de la otra mano.

—¡Veré lo que puedo hacer! —dijo por fin.

Carla dejó ir un suspiro que hizo que el obispo volviera a posar los ojos en ella.

Marina, desde el coche, observó cómo el conde y Carla salían hablando y sonriendo del arzobispado. Inmediatamente, llamó con el móvil.

—¿Tienes novedades? —dijo una voz al otro lado del teléfono.

—Aún no acabo de creérmelo, pero han encontrado una pintura. Podría ser un Botticelli…

Se hizo un silencio.

—¿Dónde?

—En el claustro de un antiguo monasterio de las monjas humiliati.

—¿Lo has visto?

—Sí, es una Virgen con el Niño. Se parece mucho a sus pinturas religiosas. Acaban de salir del arzobispado. No sé qué hacían allí.

—Buscaban la autorización para llevarse el cuadro.

—¿Qué hacemos?

—Esperar a que den el siguiente paso.

Marina colgó y los siguió con el coche después de que el chófer los recogiera delante del arzobispado.

Florencia, piazza de Ognissanti
13 de julio de 2023

Esa mañana, en los Uffizi, Carla le había pedido a Max que la acompañara a la iglesia de Ognissanti a la hora de comer; en su primera visita, cuando fue a encontrarse con el custodio del archivo, no había tenido tiempo para ver la tumba de Botticelli. Salieron de los Uffizi y siguieron el recorrido del Arno hasta la piazza de Ognissanti. Estaba entusiasmada con el descubrimiento del cuadro de Sant'Erasmo y se moría de ganas de contárselo. Max la miró.

—Podíamos haber cogido unos *panini* para el camino. ¡Me muero de hambre!

—Eres un cascarrabias. Cuando salgamos de Ognissanti, te invito a comer.

Max sonrió.

—Cuando he salido, Marina me ha preguntado adónde íbamos.

—¿En serio? Creo que le gustas —dijo Carla.

—¿Qué dices? Solo somos amigos. ¡No me digas que estás celosa! —exclamó rodeándola con el brazo, y la acercó a él.

Carla se apartó.

—¿De Marina? Si parece una muñeca de porcelana… —dijo negando con la cabeza.

Max se rio.

—Oye, todavía no me has hablado de tus misteriosos viajes a Milán. ¿Qué haces allí?

No pudo mantener el secreto por más tiempo.

—He ido a una abadía a buscar un cuadro perdido de Botticelli —contestó sabiendo que no la creería.

—Hay que reconocer que imaginación no te falta.

—Es verdad, he ido con el conde —insistió.

—Me tomas el pelo.

—No, el conde tiene un diario de Botticelli en el que habla de ese cuadro —le contó muy seria—. Puedo confiar en tu discreción, ¿verdad?

Max se dio cuenta de que hablaba en serio. Se detuvo.

—¿Un diario de Botticelli? ¿Cómo sabes que es auténtico? —le preguntó incrédulo.

—Contiene dibujos de Simonetta firmados por él. Además, dice cosas que solo sabría él o alguien muy cercano a él.

—Carla, puede que sea una falsificación.

—No, es auténtico. Deberías leerlo.

—Te conozco. Te hace tanta ilusión que no verías lo evidente.

—¡Es que hemos encontrado el cuadro! —le espetó enfadada.

—Perdona, ¿qué?

—Sí, en la biblioteca de un claustro.

—Venga ya. ¿No crees que alguien se habría dado cuenta de que era un Botticelli?

—Sabes perfectamente que hay cuadros sin una autoría clara. Estamos intentando que nos dejen analizarlo —contestó indignada.

—No te enfades, Carla. Es que no quiero que te hagas ilusiones.

—Bueno, ¡a ver qué nos dicen en el laboratorio! —lo desafió.

Max la miró con escepticismo.

—¡Vamos, que se nos hará tarde y tenemos que volver a los Uffizi! —Le urgió tendiéndole la mano.

Caminaron hasta la iglesia.

—¿Por qué querías venir a Ognissanti? —le preguntó Max.

—Porque aún no he visto su tumba.

—¿En serio? Tratándose de ti, es casi un sacrilegio —dijo riéndose.

Carla lo ignoró y entró. Avanzó por el pasillo hasta detenerse en la capilla de los Vespucci, delante del fresco de Ghirlandaio, para admirar el rostro de Simonetta. Era muy joven, aún no había alcanzado la belleza de los retratos de Botticelli. Max se puso junto a ella.

—Señorita, la obra más notable de Ghirlandaio es el fresco de *La última cena* del refectorio —dijo indicándole la dirección.

Carla no apartaba los ojos de Simonetta.

—La chica con el manto rosa es Simonetta.

—¿Sí? No parece ella.

—Solo tenía diecinueve años. Se la ve tan ajena a lo que iba a sucederle…

—¡Mira que he estado veces aquí, y tienes que venir tú a contarme los secretos de Ognissanti! —exclamó Max.

Carla sonrió. Avanzó por la nave hasta el transepto derecho, donde se anunciaba la tumba: CAPPELLA DI SAN PIETRO D'ALCANTARA.

La pequeña capilla seguía el estilo decorativo de la iglesia, con paredes de mármol rosado y pintura dorada. Observó las paredes con manchas de humedad y las baldosas rotas del suelo. Se dirigió al altar, pero no vio ninguna tumba. Al darse la vuelta, en un rincón de la pared lateral, vislumbró una losa circular de mármol blanco con el escudo azul de un león con lengua y garras de dragón; un sencillo cordón rojo la delimitaba. Leyó la inscripción: SEPULCRUM MARIANI FILIPEPI. Se le erizó la piel; era una tumba muy humilde. Sabía que había muerto en la más absoluta miseria, pero lo que más le afectó fue el estado de deterioro en el que se encontraba la capilla.

Cuando Max llegó, Carla lo miró indignada.

—Ahora entiendo lo que me dijo el custodio del archivo. Pero ¿cómo puede estar tan abandonada?

—Ognissanti es una iglesia poco considerada en Florencia.

—¡Pero no es justo! ¡Todo el mundo haciendo cola para admirar su obra y nadie tiene la decencia de cuidar su tumba! —exclamó Carla, negando con la cabeza.

—¿Quién ha dicho que sea justo?

Carla resopló.

—Al menos, está donde quería, cerca de Simonetta.

Fotografió la tumba y salieron de la iglesia.

—Me pregunto si ella llegó a enterarse.

—¿De qué? —le preguntó Max.

—De que Botticelli estaba enamorado de ella.

—Seguramente no.

Mientras caminaban, Carla miraba decepcionada las fotografías de

la tumba. Max la rodeó con el brazo.

Unos días después, Carla oyó el ruido del transporte que entraba en los jardines del palacio. El conde la había llamado para avisarla de que ese día le llevarían el cuadro de Sant'Erasmo. El obispo les había conseguido la cesión sin tener que realizar los largos y complicados trámites que requerían esos casos. Carla había pedido fiesta en los Uffizi; no había podido pensar en nada más desde la llamada del conde a primera hora.

Salieron a la entrada mientras Aurelio hablaba con el chico que conducía el furgón; este bajó con un compañero y, siguiendo sus indicaciones, descargaron una gran caja de madera que llevaron hasta el taller. El conde y Carla iban unos pasos por detrás observando cómo dejaban la caja en la mesa de trabajo.

—¿Me haces los honores? —le preguntó el conde.

Carla sonrió.

—¡Por supuesto!

Desabrochó las correas de seguridad y levantó la tapa. El corazón le latía con fuerza mientras retiraba los protectores de corcho y levantaba la tela que protegía la pintura. Entre los dos la subieron a la mesa, muy despacio. Carla pensó que las medidas parecían más las de un cuadro planteado en horizontal; se abstrajo mirando las pinceladas de colores.

—Si no se trata de un Botticelli, lo pintó alguien que quería imitarlo.

—Bueno, ahora empieza tu labor. Te dejo trabajar —le dijo el conde, y salió del taller.

Carla observó la tela antes de empezar, sintió un hormigueo en el estómago. Con suavidad, alargó la mano para acercar la lámpara del techo e iluminar la pintura. Estaba muy malograda. Pensó que debía de llevar mucho tiempo en aquella biblioteca. Cogió los pinceles y disolventes y empezó a aplicarlos con mucho cuidado. Tras unas horas de trabajo, recurrió al microscopio para examinarla. Aunque parecía obra de Botticelli, no reconoció sus trazos delicados, ni su dominio del

color y de la perspectiva. Cuanto más avanzaba en el análisis, más convencida estaba de que era obra de un aprendiz de su taller. La decepción fue invadiéndola mientras recordaba las palabras de Max en Ognissanti. «¡Mierda!», gritó apartando la lámpara de un golpe y volviéndose hacia la ventana.

¿Cómo le daría la noticia?

Salió del taller dando un portazo y se dirigió al jardín para tomar el aire. Max tenía razón; las probabilidades de que fuera un Botticelli eran mínimas. Se sentía idiota por haberse hecho ilusiones y, de alguna manera, por haber defraudado al conde.

Fue a la biblioteca. Al entrar, lo observó en silencio. El conde se le adelantó.

—No es de Botticelli.

Carla se mordió el labio.

—Creo que se trata de alguien de su taller. Es un cuadro de la época, de eso no cabe duda, pero no lo pintó él —contestó dolida, sabiendo lo que eso significaba—. Creía que podría ser de Botticelli…

—Carla, estamos buscando un cuadro de hace más de quinientos años que nadie sabe que existe. No es una empresa fácil.

—¿En qué nos hemos equivocado?

—Seguramente en los motivos del padre Sorvino.

—¿Qué otros motivos podría tener para incumplir su promesa?

—Quizá lo que mostraba el cuadro.

—¿Se refiere a algo que atentara contra la Iglesia?

—Era el cuadro de una mujer casada yaciendo con otro hombre. No creo que estuviera bien visto por la Iglesia. Puede que lo destruyera. Hacía solo unos años que el predicador dominico Girolamo Savonarola, en su cruzada por la restauración de la moral religiosa, había hecho quemar cuadros y libros que consideraba impuros en las hogueras de las vanidades que se sucedieron por toda la ciudad.

—Cierto, incluso Botticelli quemó algunos de sus cuadros cuando se convirtió en su seguidor —lamentó Carla.

—Fueron momentos convulsos para Florencia. Tenemos suerte de

que *La Primavera* y *El nacimiento de Venus* se salvaran de la destrucción; representaban todo lo que persiguió Savonarola.

Carla se sentó a su lado, le dolió ver la decepción en sus ojos.

Al día siguiente, antes de ir a los Uffizi, Carla fue al palacio a primera hora de la mañana. Se había pasado la noche repasando mentalmente en qué había podido equivocarse.

Entró en el taller y retiró la tela que protegía el cuadro. Al acercar la lámpara del techo para iluminar la pintura, volcó de forma accidental una pequeña botella de disolvente, que rápidamente se esparció por una esquina de la tela. Se apresuró a secarlo para no estropear el lienzo, pero, cuando retiró el trapo, se dio cuenta de que había saltado un poco de color. Acercó el microscopio para comprobar los daños y le pareció ver unos colores diferentes debajo de la pintura. Limpió la zona con un pincel, impregnó una esponja con el disolvente y sintió un escalofrío.

—¡Estás aquí! —chilló.

Se levantó y salió corriendo con el corazón latiéndole a mil.

—¡Arnaldo, lo tenemos! —gritó entrando en la biblioteca.

El conde la observó sorprendido sin entender lo que estaba pasando.

—¡El cuadro está debajo! ¡El padre Sorvino no lo destruyó! ¡Hizo pintar otra composición encima!

El conde sonrió, cogió el bastón y acompañó a Carla al taller. Cuando llegaron, ella le mostró los colores que se veían debajo.

—¡No hay ninguna duda, es otra pintura! —exclamó complacido.

—Tendremos que eliminar la que ahora hay encima. Es un trabajo complicado, pero se puede hacer —dijo emocionada.

—Primero tenemos que comprobar que el auténtico Botticelli está debajo —comentó el conde.

—Podemos analizarlo con las técnicas de rayos X e infrarrojos. Dan muy buenos resultados en estos casos. —Sonrió—. ¡Arnaldo, lo hemos encontrado! —exclamó sin poder contenerse, dándole un abrazo.

El conde se quedó quieto mientras Carla lo rodeaba con los brazos. No estaba acostumbrado a las muestras de cariño.

Florencia, Estudio de Conservación de Arte Stefano Messina
20 de julio de 2023

Stefano no había querido adelantarles nada por teléfono. Al llegar al estudio de conservación, los hicieron pasar a una gran sala de paredes azules decorada con fotografías de trabajos del taller. Carla caminaba nerviosa de un lado a otro de la sala.

—Si fuera de Botticelli, ya nos habría dicho algo, ¿no?

—Stefano es muy cuidadoso. Quiere contarnos las conclusiones en persona —contestó el conde mientras hojeaba una revista.

Carla pensó que parecía demasiado tranquilo.

—Supongo que no es muy apropiado decirle a alguien que ha descubierto un Botticelli por teléfono.

El conde se rio. Entró un joven y les pidió que lo acompañaran. Stefano los recibió sonriendo detrás de un gran escritorio de madera. Llevaba una camisa de hilo blanca y una americana azul con un pañuelo en forma de flor en el bolsillo superior. A Carla le recordó a un lord inglés.

—Hola, Arnaldo, ¿cómo estás?

—Disfrutando de la tranquilidad de San Gimignano.

—Nadie lo diría, con las piezas que me traes.

Carla sonrió. Los ojos azules de Stefano la miraron desde detrás de las sofisticadas gafas de pasta.

—¿Fue ella la que descubrió la pintura?

—Efectivamente.

—No parece una restauradora.

Carla esbozó una sonrisa forzada. Se sentía incómoda cuando hablaban de ella como si no estuviera presente.

—Pero sentaos, por favor. ¿Queréis tomar algo?

—No, gracias. Hemos tomado un café antes de venir.

—Entonces ¿qué ha visto? ¿Hay otra pintura debajo? —preguntó Carla, ansiosa.

Stefano le lanzó una mirada de reprobación.

—¡No seas tan impaciente! —exclamó.

—Perdone, es que son muchas emociones —se disculpó.

Stefano asintió con la cabeza aceptando la disculpa. Carla contenía la respiración.

—El aparato de rayos X que tenemos en el estudio no es lo bastante grande para un cuadro de estas dimensiones. En estos casos, los llevamos a un centro radiológico especializado, pero las imágenes que hemos visto nos muestran a una mujer y un hombre tumbados en lo que parece un prado. Me recuerda al cuadro de…

Carla no lo dejó terminar.

—*Venus y Marte*. Ella tumbada en la hierba poblada de flores, mientras mira a Giuliano desnudo a su lado, rendido después de hacer el amor —dijo parafraseando el diario.

Stefano palideció.

—¿Cómo…?

Carla miró al conde y sonrió.

—Efectivamente, parecen Simonetta y Giuliano de Médici en la misma composición que en el cuadro del Museo Británico, pero es demasiado pronto para afirmar que él es el autor. Además, en este hay un detalle diferente.

—¿Cuál? —preguntó Carla.

—Ella está embarazada.

—¿Embarazada? ¿Por qué la pintó embarazada? Ya había dado a luz… —dijo Carla frunciendo el ceño.

Miró de nuevo al conde intentando entender las implicaciones de ese hallazgo.

—Os aseguro que he sido testigo de grandes descubrimientos, pero, si se confirma que es un Botticelli, será el más importante que haya visto jamás.

Stefano pulsó el interfono. «Tráenos el champán», le pidió a su ayudante. Lorenzo no se hizo esperar y entró con una bandeja con un Moët & Chandon y tres copas.

—¡La guardaba para las grandes ocasiones!

El ayudante la abrió haciendo salir la espuma y les llenó las copas hasta el borde. Carla estaba exultante.

—Devolver la vida a este cuadro es un gran reto. ¡Qué regalo acabas de hacerme, Arnaldo!

—Me gustaría que Carla participara.

—Claro, ¿qué me dices, Carla? ¿Trabajarías con mi equipo?

—Para mí será un honor —dijo con una sonrisa.

—Tu abuela estaría orgullosa de ti. Estaba convencida de la existencia del cuadro —le dijo el conde, emocionado. Levantó la copa —. ¡Por ti, Graziela!

Génova
26 de septiembre de 1972

El tren llegó a Génova con treinta minutos de retraso. Esa mañana había ido a la estación sin tener claro si la encontraría en la universidad. Se había pasado el viaje mirando los dibujos de la libreta e intentando capturar algún recuerdo. No podía quitarse de la cabeza las imágenes de ellos dos haciendo el amor en la sala secreta. ¿Cómo había podido olvidarla? La azafata lo avisó de que ya llegaban a su destino. Lo acompañó al andén y, con una sonrisa, le indicó la ubicación de la parada de taxis.

Después de veinte minutos de trayecto, el conductor lo dejó en el centro histórico de Génova, frente a un edificio de cuatro plantas con un gran balcón que recorría la fachada de lado a lado. Al entrar, leyó el cartel: DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS ITALIANOS, ESTUDIOS ROMÁNICOS, ANTIGÜEDADES Y ARTES. UNIVERSIDAD DE GÉNOVA. Con el corazón en un puño, preguntó por ella a la señora del mostrador de la entrada. La mujer se puso las gafas, consultó las fichas en un pequeño archivador situado en la mesa y lo dirigió al despacho ciento catorce de la primera planta. Arnaldo sonrió, subió las escaleras y recorrió el largo pasillo del primer piso sintiendo los acelerados latidos de su corazón. Llamó a la puerta.

—Adelante —respondió una voz femenina.

Una vez dentro, la vio dibujando ante un gran lienzo junto a la ventana. Miró su delicado perfil bañado por la luz del sol. En ese momento recordó la fiesta de graduación, la sensualidad de su vestido rojo y la poderosa atracción que les hizo acompasar sus cuerpos en ese baile. Sintió un pinchazo en el estómago.

—Ela, ¿cómo estás? —le preguntó conmocionado.

Graziela, sobresaltada, se echó hacia atrás y se topó con el taburete.

—Perdona, no pretendía asustarte —le dijo con ternura.

Graziela lo miraba desconcertada. Se recompuso la bata y se retiró un mechón que le caía en la cara.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber, descolocada.

—Creo que te debo una disculpa.

No podía dejar de mirarla; tenía las mejillas sonrojadas y se tocaba el pelo, nerviosa. Recordó ese gesto.

—¿Te presentas aquí después de dos años? —le preguntó enfadada.

Arnaldo la interrumpió.

—Graziela, ese maldito accidente te borró de mi vida.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Perdí la memoria, y con ella todo lo que significabas para mí.

Graziela tuvo que apoyarse en el taburete. No podía creer lo que le estaba diciendo.

—Tus padres no me lo contaron… —musitó intentando encajar las piezas.

—Era la única manera de hacerte creer que no te quería.

Sintió un pinchazo y se cubrió el rostro con las manos.

—Pues lo consiguieron…

Se echó a llorar. Arnaldo la abrazó; se moría por besarla.

—Fui cada día al hospital, pero nunca me dejaron verte —dijo entre lágrimas.

—Perdóname, Graziela, perdóname por el daño que te he hecho.

Se le rompía el corazón al verla llorar. Graziela levantó la cabeza.

—Creí que no volvería a verte.

Arnaldo besó su rostro húmedo por las lágrimas y recordó el sabor de sus labios, el olor de su pelo. Pensó que iba a volverse loco.

—Graziela, te quiero. ¡Te he querido siempre! —le confesó cogiéndola de las manos—. Ven conmigo a Florencia. Teníamos muchos planes, ¿recuerdas?

Graziela se rompió. ¿Por qué la vida se lo ponía tan difícil? Su amor, su vida; él lo era todo.

—Lo he pensado todos los días desde que llegué aquí —se sinceró.

Sonó el teléfono. Graziela se quedó mirando a Arnaldo hasta que el

timbre dejó de insistir. Fue hasta la ventana y miró a la calle.

—Arnaldo, es demasiado tarde… —le dijo volviéndose con lágrimas en los ojos.

—¿Demasiado tarde para qué?

—Para nosotros. Estoy con otra persona.

Arnaldo sintió una punzada en el estómago.

—¡No me importa!

—Es mi marido…

La punzada se intensificó; se doblaba por el dolor.

—¡Abandónalo y ven conmigo! —la alentó, desesperado.

Graziela tragó saliva antes de hablar. Tenía que decírselo.

—Tenemos una hija.

Arnaldo la cogió por los hombros con fuerza.

—¿Por qué no me esperaste? —gritó exaltado.

—Desapareciste dos años. Creí que me querías fuera de tu vida. Tu padre me lo dejó muy claro el día que fui a verte cuando saliste del hospital.

—¿Mi padre? Maldito sea. ¿Qué te dijo?

—No fue solo lo que me dijo. Te vi desde el jardín y vi también que Bianca entraba con sus padres. Ese día entendí lo que me decía mi madre: no formo parte de vuestro mundo.

Una lágrima le resbaló por la mejilla. Arnaldo se quedó en silencio.

—La chica bajo la lluvia… ¡eras tú!

—Sí.

—No sabía quién eras… Yo…

—Arnaldo, ya no importa —dijo conteniendo su dolor.

Quería contárselo todo, que se marchó de Florencia destrozada, que pensó que no lo superaría, pero que tenía un motivo para seguir adelante, y que su tía, preocupada, le presentó a un hombre que no se parecía en nada a él, pero que la cuidaba y la quería, y que decidió casarse con él porque la familia Verini nunca la aceptaría y Arnaldo, por ella, acabaría renunciando a su destino.

—¡Graziela, no puedo volver a perderte!

Se arrodilló delante de ella y la cogió de las manos. Graziela sintió que se rompía.

—No me lo pongas más difícil… Debes volver a Florencia con los tuyos. Allí serás feliz —le dijo reprimiendo las lágrimas.

Arnaldo la soltó. Graziela dio un paso atrás y se desabrochó la bata; cada botón se le clavaba como una puñalada.

Cogió el bolso de la mesa, trémula, y salió del despacho sin darse la vuelta.

Por la ventana, Arnaldo vio que un hombre la besaba y la abrazaba mientras caminaban juntos por la calle. Los seguía una niñera con un cochecito.

Golpeó con rabia la ventana rompiendo el cristal; la sangre caliente le brotó de los dedos. Se apoyó de espaldas en la pared y se dejó caer al suelo agarrándose la mano ensangrentada. Gritó de impotencia.

Florencia
20 de julio de 2023

Lorenzo salió del estudio de Stefano pasadas las ocho de la tarde. Se dirigió veloz al bar de la esquina donde quedaba todos los jueves con sus amigos. Cuando llegó, los encontró sentados a la mesa de siempre tomando unas cervezas. Francesco y Claudio levantaron sus vasos y le dedicaron una sonrisa.

—Ya llevamos dos rondas. Sabes que el último paga.

Lorenzo hizo una mueca y abrió la cartera para ver si llevaba dinero.

—Hoy tengo excusa, estábamos de celebración en el estudio.

—¿Y se puede saber qué celebrabais?

—Hemos descubierto un cuadro.

—¿Qué quieres decir?

—Sabéis que no puedo hablar mucho, pero es un cuadro de uno de los grandes.

—Seguro que Stefano te lo pagará bien. ¡La tercera también va por tu cuenta! —dijo Claudio, que no dejaba pasar una.

Se resignó y sacó el último billete que le quedaba en la cartera.

Poco después, Marina entró en el bar con un elegante y ajustado vestido rojo. Al detenerse delante de la barra, los tres amigos se volvieron. Después de un intercambio de miradas, Lorenzo tomó la iniciativa.

—¿Podemos invitarte a una copa? —le preguntó desde la mesa.

—Sí —contestó sonriendo.

Se levantó de inmediato pensando que la diosa fortuna le había sido favorable.

—¿Qué quieres tomar?

—Lo mismo que tú —respondió mirando el vaso que llevaba en la

mano.

Pidió una cerveza en la barra mientras ella movía ligeramente las caderas al ritmo de la música.

—Aquí tienes —dijo acercándole el vaso y mirando sus ojos rasgados—. No te había visto nunca por aquí.

—Trabajo en un despacho cerca. Me llamo Carola —mintió.

—Encantado, Carola. Me llamo Lorenzo.

Chocaron los vasos.

—¿Celebráis algo? —preguntó mirando hacia la mesa donde estaban Claudio y Francesco con los vasos vacíos.

—La verdad es que sí. Trabajo en un estudio de conservación y hoy hemos hecho un descubrimiento importante.

Quería impresionarla.

—¡Te felicito! —exclamó ella levantando el vaso para brindar, dedicándole una caída de ojos.

Lorenzo decidió atacar.

—¿Por qué no nos sentamos? —le propuso señalando una mesa apartada.

Marina asintió. Él la acompañó y le retiró la silla perdiendo la mirada entre las curvas de su vestido. Se sentó a su lado.

—Tu trabajo debe de ser muy emocionante.

—No creas, la mayoría de los días no pasa nada interesante. Lo de hoy es extraordinario.

Marina se inclinaba hacia delante mostrando un generoso escote.

—Háblame de ti. ¿A qué te dedicas?

—Trabajo en un despacho de arquitectura a dos calles de aquí.

—No te había visto nunca por el barrio. Si no, seguro que te recordaría.

—Suelo salir por el centro con mis amigas. Hoy había quedado con un chico, pero el muy cretino me ha dicho en el último momento que no vendría.

—¡Ese tío es idiota!

Marina sonrió.

—Sí, él se lo pierde, la verdad. Y vosotros, ¿venís a menudo?

—Es el sitio que nos queda más cerca a los tres. Venimos cada

jueves después del trabajo. La cerveza es buena y hacen unas *focacce* fuera de lo común.

—Cuéntame qué haces en el estudio. La conservación siempre me ha parecido un trabajo fascinante —dijo Marina intentando establecer un vínculo.

—Me dedico a la restauración de obra pictórica. Puedo decir con orgullo que somos el mejor taller de Florencia. Mi jefe, Stefano, es una especie de genio, y está muy bien considerado en el gremio.

—¿Has estudiado Bellas Artes?

—Sí, y he hecho un máster de conservación. Ahora ya hace un año que trabajo con Stefano. Me está enseñando muchísimo. Quizá algún día abra mi propio estudio.

—Un hombre con ambición, me gusta.

Lorenzo sonrió. En ese momento se acercó Claudio con un par de cervezas en las manos.

—¡Invitamos nosotros! —dijo dejando las bebidas en la mesa y guiñándole el ojo a Lorenzo.

—Muy majos, tus amigos.

—Sí, no tenían otros en la tienda y me los quedé. Son buena gente.

Marina se rio y dio un trago a la cerveza. Lorenzo la miró.

—Me sorprende que un tío deje colgada a una chica como tú.

—Mira, gracias a eso nos hemos conocido —contestó ella colocándose sensualmente un mechón detrás de la oreja.

—Es verdad, un gran golpe de suerte. —Sonrió.

—Me gusta cuando sonríes —le dijo Marina acercándose.

Lorenzo no pudo evitar darle un beso. Ella se retiró.

—Quizá estamos yendo un poco rápido… —dijo pasándose los dedos por los labios.

—Perdona, he pensado que…

—Será mejor que me vaya… —Marina se levantó de la mesa y cogió el bolso.

—¡Dame al menos tu número! —le pidió Lorenzo.

—Mejor dame tú el tuyo.

—¡Claro que sí!

Marina anotó el teléfono en su móvil y dio media vuelta.

—¡Te llamaré! —le dijo volviéndose y guiñándole el ojo.

Lorenzo se la quedó mirando mientras se iba. Lo había puesto muy caliente. Se dirigió a la barra y pidió otra cerveza antes de volver con sus amigos.

Al día siguiente le sonó el móvil mientras estaba recogiendo en el estudio. Eran las siete y media de la tarde, justo la hora de volver a casa.

—¿Sí?

—Hola, Lorenzo. Soy Carola.

—Hola, Carola —la saludó muy contento. Creía que no lo llamaría —. ¿Cómo estás?

—Perdona que ayer me marchara tan precipitadamente. No suelo liarme con un hombre en la primera cita. No sé qué me pasó…

—Debe de ser mi sonrisa.

—Quizá…

—¿Quedamos en el bar de ayer? Estaba a punto de salir.

—Me dijiste que el estudio donde trabajas estaba cerca, ¿no? ¿Qué te parece si voy a verte?

Se quedó pensando. A Stefano no le gustaba que llevaran a nadie, pero solo quedaba Piero, y estaba recogiendo las cosas.

—Vale, está en el número veintisiete de la via Malcontenti. Te espero.

Media hora después, Marina llamó al timbre de la puerta. Lorenzo se aseguró de que no quedara nadie. Piero le había dejado el cuadro para que lo metiera en la caja fuerte. Dudó si guardarlo, pero pensó que mostrárselo le haría ganar puntos con Carola.

De camino a la puerta, se peinó y se recolocó el cuello de la camisa.

Al abrir, se quedó sin respiración. Marina llevaba un vestido negro de cuello *halter* hasta los pies y el pelo recogido en un moño.

—¿No piensas dejarme entrar?

—Sí, perdona, me has dejado helado. ¡Estás impresionante! —

contestó, y cerró la puerta detrás de ella.

—Así que aquí es donde trabajas…

Marina echó un vistazo rápido al local de techos altos y paredes azules llenas de fotografías enmarcadas.

—¿Me lo enseñas? Tenía ganas de verlo.

Lorenzo le hizo un recorrido por todas las estancias del estudio. Empezaron por la sala de reuniones, con la gran mesa ovalada de madera maciza, y continuaron con las cuatro salas de trabajo y el despacho de Stefano.

—No imaginaba que fuera tan grande. ¿Cuántos trabajáis aquí?

—Seis, pero ya se ha ido todo el mundo —dijo lanzándole una sonrisa canalla.

—Mejor, así tendremos más intimidad.

Lorenzo estaba nervioso.

—Quería enseñarte el descubrimiento de ayer. ¿Me acompañas? —preguntó pensando que sería la jugada definitiva para liarse con ella.

Marina asintió con la cabeza. Se dirigieron a uno de los talleres y accedieron a otra sala más pequeña. Él abrió la puerta hermética introduciendo una clave numérica en el panel de la pared y entraron. El cuadro estaba en una mesa de trabajo. Se acercaron.

Marina sintió un escalofrío y se quedó en silencio contemplándolo.

—Perdona mi desconocimiento, pero no soy capaz de ver la importancia de este cuadro —mintió.

—Estamos quitando la pintura de encima porque la que buscamos está debajo. Ha sido todo un hallazgo.

—¿Y sabéis de quién es la que hay debajo?

—Creemos que podría tratarse de un Botticelli.

—¿En serio?

Marina observó la parte superior del lienzo, donde empezaba a verse la pintura original.

—Ahora mismo me parece un desastre —afirmó, como si no conociera el proceso.

—Acabamos de empezar. Tardaremos meses en retirar toda la pintura que lo cubre. Nos ayudará la chica que participó en el descubrimiento del cuadro. Me han dicho que es muy buena.

Marina pensó que se trataba de Carla.

—Debéis de tener mucha paciencia para hacer este trabajo. Yo no podría.

—Hay que ser tranquilo, no te lo niego.

—Perdona, ¿puedo ir un momento al servicio? —lo interrumpió.

—Sí, claro.

La acompañó fuera y le indicó una puerta del pasillo. Marina entró e hizo una llamada. Cuando colgó, se miró al espejo y se colocó bien la peluca. Siempre había pensado que el pelo rojo la favorecía.

Antes de salir, sacó un frasco pequeño del bolso y se dirigió hacia el pasillo. Vio a Lorenzo con dos copas de champán en la sala de reuniones y entró con su mejor sonrisa.

Giancarlo condujo las tres horas de trayecto hasta Génova a gran velocidad. Debían alejarse de Florencia antes de que Lorenzo despertara y alertara del robo a la policía. La droga solía tener un efecto narcotizante de varias horas, pero sabía que no era igual en todas las personas. Este punto lo inquietaba porque no podía controlarlo.

Echó un vistazo por el retrovisor. Hacía rato que no tenían ningún coche detrás. Al ver el cartel de entrada a Génova, se relajó. Fue siguiendo las indicaciones del navegador, que en menos de quince minutos los llevó al puerto viejo. Conocía bien la zona de los almacenes de mercancías por otras entregas anteriores. Se detuvo frente al número seis y apagó el motor de la furgoneta. Despertó a Marina, que se había dormido a mitad de trayecto.

—¡Despierta, ya hemos llegado!

Marina abrió los ojos y vio el muelle. Se desperezó.

—Hemos ido muy rápido — dijo mirando el reloj, todavía medio dormida.

—Las tres horas de rigor —contestó sin darle importancia.

—Olvido que ahora eres un profesional —dijo lanzándole una pequeña sonrisa.

—Y tú porque no quieres, ya lo sabes.

—Una vida demasiado acelerada para mí. No podría vivir siempre con esta tensión.

—Marina, creo que estás hecha para este trabajo. No quieres reconocerlo, pero en el fondo te gusta. Has dejado al tío ese fuera de juego en dos horas.

—Ya te dije que no. Una cosa es hacer cuatro tonterías en la universidad, pero lo tuyo es otra cosa.

—Tenía que intentarlo —dijo sacando la llave del contacto—. Cuando me llamaste para proponerme el trabajo, pensé que solías hacerlos. Estar en los Uffizi es una gran puerta de entrada. Nos iría muy bien.

—Solo lo hago porque ahora necesito el dinero. —Y zanjó el tema.

Bajaron del vehículo y Giancarlo pulsó el timbre de la persiana metálica. Marina observaba nerviosa la fachada de ladrillos de los antiguos almacenes, escasamente iluminada por una hilera de luces desbaratadas. La persiana empezó a levantarse y apareció un hombre gordo con cara de pocos amigos.

—Traemos el cuadro —dijo Giancarlo.

—Adelante, os estaba esperando.

Volvieron a la furgoneta, sacaron la caja de madera y la metieron en el oscuro y desordenado almacén lleno de mercancía. El hombre los llevó a una pequeña sala acondicionada para trabajar las obras que llevaban. Abrió la puerta aislante y los dejó pasar para que depositaran la caja en la mesa.

—Tengo un posible comprador —les comentó.

Marina sonrió y abrió la caja muy despacio.

—¿Me ayudas, Giancarlo?

Entre los dos sacaron el cuadro y lo dejaron en la mesa. Marina lo levantó un poco para examinar el trabajo que habían hecho en el taller de Stefano. Aún quedaba mucho por hacer. Le dio la vuelta y examinó la parte de detrás.

—Puedes descubrir muchas cosas mirando el revés de un lienzo.

Acarició la tela con los dedos sintiendo el valor de la obra que tenía entre las manos. De repente notó una rugosidad en la parte inferior izquierda.

Extrañada, volvió a pasar la mano. Había algo adherido a la tela. Se acercó y orientó la lámpara para verlo bien. Sintió una punzada en el vientre. Parecía un sobre. Cogió una espátula y disolvente para separarlo del lienzo. Tardó unos diez minutos en despegarlo sin que se rompiera. El corazón le latía muy rápido. Lo abrió; dentro había una hoja amarillenta escrita a mano. Le temblaron las piernas y tuvo que sentarse por la impresión.

—¿Qué es? —le preguntó Giancarlo, curioso.

Marina leía la hoja con avidez.

—Es una carta dirigida a Alessandro Vespucci, el hijo de Marco y Simonetta Vespucci.

Acababa de descubrir una carta que podría ser de Botticelli. Pensó en su incalculable valor. Veloz, se levantó y se dirigió a las estanterías para buscar una caja hermética. No podía dañarse; una pieza como esa daba más peso a la autenticidad del cuadro.

—¿Cómo no la han encontrado en el taller? —preguntó extrañado Giancarlo.

—Creo que ese tal Lorenzo no es muy cuidadoso con el trabajo. Ni siquiera habrá mirado la parte de atrás del cuadro.

—Pero te dijo que lo habían escaneado con rayos X… Se habría visto el sobre.

—Es un cuadro bastante grande. Los equipos de estos estudios son para piezas más pequeñas. Se les puede haber pasado.

Nerviosa, sacó el móvil del bolso e hizo una llamada.

—¡Hemos encontrado una carta oculta tras la tela! —dijo mirando la caja.

—¿Una carta? —preguntó la voz.

—Sí, parece la letra de Botticelli y lleva su firma. Está dirigida al hijo de Simonetta; le dice que su padre no es Marco, sino Giuliano de Médici.

La voz del teléfono se quedó en silencio.

—¡Iré mañana por la mañana! —contestó unos segundos después, antes de colgar.

Marina sonrió y pensó que, en adelante, ya no necesitaría volver a trabajar.

Florencia
21 de julio de 2023

Al día siguiente, Carla pulsó cuatro veces el timbre de la puerta de casa de Max. Estaba muy alterada. Max se levantó de la cama, no sabía lo que estaba pasando. Miró por la mirilla; al verla, abrió.

—¿A qué viene tanta urgencia? ¡Son las siete de la mañana! —le recriminó.

—¡Se han llevado el cuadro del estudio de Stefano! —gritó exasperada levantando las manos en el rellano.

—¿Qué cuadro? ¿De qué estudio? —No sabía de qué le estaba hablando.

—El cuadro que encontramos en el claustro de Sant'Erasmo. Estábamos analizándolo en el taller de un amigo del conde para certificar si era de Botticelli. ¡Ha desaparecido! —Lo miró con el rostro desencajado.

Max se pasó los dedos por el pelo alborotado.

—Ven, entra —dijo acompañándola con la mano por detrás de la espalda.

—¡Es que no me lo puedo creer! —se lamentó Carla llevándose las manos a las sienes—. El conde me ha llamado esta mañana y he venido corriendo.

—Pero ¿qué te ha dicho? —La miró sin entender lo que había pasado.

—Parece que uno de los ayudantes del taller no guardó el cuadro en la caja fuerte. Esta mañana, cuando Stefano ha llegado al estudio, el cuadro había desaparecido.

Hablaba tan rápido que se quedaba sin aire.

—Carla, cálmate. Voy a prepararte una infusión —dijo llevándola al sofá.

—Es que es muy grave. ¡Lo han robado!

No le contestó. Fue a la cocina para encender el hervidor de agua. En unos minutos apareció con dos tazas humeantes.

—Ahora veremos las cosas más claras. —Dejó las tazas en la mesa y miró a Carla, que por fin se había sentado—. ¿Solo se han llevado ese cuadro?

—Sí… Es evidente que era lo que querían.

—Hay cámaras de vigilancia, supongo.

—La policía está revisando las grabaciones.

—Carla, es un tema de la policía. No podemos hacer nada.

—Pero, Max, nadie sabía de la existencia del cuadro. ¿Cómo ha podido pasar?

—Bueno, el personal del estudio lo sabía…

—Son profesionales, siempre trabajan con pinturas de gran valor. No se la jugarían. Serían los primeros sospechosos. Por no hablar de que Stefano es amigo del conde.

—La tentación de tener un Botticelli en las manos puede ser muy perversa —dijo muy serio.

—Pero ¿qué dices? ¡Stefano no ha podido ser! —Negó con la cabeza.

—Pensemos. ¿Quién más lo sabía?

Carla se quedó dándole vueltas.

—El obispo auxiliar de Milán. Gestionó la salida del cuadro de Sant'Erasmo.

—¿Crees que podría ser él?

—Que el cuadro sea un Botticelli le daría puntos de cara al obispado. Es un hombre ambicioso y tiene claros sus objetivos. No lo arriesgaría todo por un cuadro.

—Vale, ¿a quién más tenemos?

—A Paolo, el guía de Sant'Erasmo, pero él no sabe que hemos encontrado el Botticelli debajo.

Estaba sobrepasada, no encontraba respuestas. Se apoyó en el respaldo del sofá y miró a través de la ventana. De repente cayó.

—Tú también lo sabías…

—¿Lo dices en serio? —dijo moviéndose en el sofá.

—Ya no sé qué pensar… —Su cabeza no dejaba de hacer conjeturas —. ¿Por qué pueden hacerlo un restaurador de renombre y un obispo, y no un trabajador de los Uffizi que siempre ha querido prosperar? —preguntó mirándolo a los ojos.

Él torció el rostro.

—Entiendo que estés preocupada y que te sientas culpable por haberme hablado del cuadro, pero de ahí a creer que haya sido yo…

Carla no pensaba ceder.

—¿Dónde estabas anoche?

Él negaba con la cabeza, no podría creer lo que le estaba diciendo.

—Me fui a dormir temprano.

—Justo el día del robo.

Max saltó del sofá.

—Vale, hasta aquí. ¡Por favor, vete!

Carla se levantó y salió de casa de Max con el corazón a mil. Él estrelló la taza contra la pared y ensució la fotografía de la fuente de Neptuno.

Gritó de rabia.

Max caminó exasperado por la sala de estar buscando una explicación. ¿Cómo podía pensar Carla que había sido él? Daba vueltas mientras repasaba la información que le había dado. ¿Quién más podría tener motivos para robar el cuadro? De repente pensó en el conde. Hacía mucho tiempo que tenía el diario escondido y que buscaba ese cuadro. Ahora que lo había encontrado, no querría de ningún modo que se lo quedara el Estado, querría tenerlo para él. Era una gran jugada, digna de alguien como él. Pensó que debía investigar su teoría antes de decírselo a Carla. En caso contrario, no lo creería.

Se metió en la ducha, abrió el grifo y dejó que el agua resbalara sobre su piel; lo ayudaba a pensar con claridad. Bajó la cabeza y cerró los ojos.

Cuando salió del baño, recordó que había quedado con Marina en los Uffizi para que lo informara de las dos últimas cesiones que les quedaban para cerrar la exposición.

Desayunó, se vistió y salió de casa.

El conde se presentó en el estudio a las siete y media de la mañana. Stefano lo había llamado a primera hora, al enterarse del robo. Lorenzo le había confesado que la noche anterior había invitado a una amiga al estudio y que no había guardado el cuadro en la caja fuerte. Se había despertado por la mañana en el suelo de la sala de reuniones con dolor de cabeza y sin tener claro qué había pasado. Cuando se dio cuenta de que la chica no estaba, corrió a la sala hermética, pero el cuadro había desaparecido de la mesa de trabajo. El mundo se le cayó encima.

Stefano le echó la gran bronca antes de llamar al cuerpo de carabineros. Sabía que estos asuntos no tenían buena solución. No quería que lo recordaran como el estudio que perdió un Botticelli antes de autentificarlo. Al pensarlo, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo; su reputación quedaría destrozada.

El conde entró apretando con fuerza el pomo de la puerta de cristal del estudio. Desde la recepción, vio a Stefano hablando por el móvil de pie, en la sala de reuniones.

Entró hecho una fiera.

—¿Se puede saber qué demonios ha pasado? —le preguntó fuera de sí.

—Arnaldo, lo siento muchísimo. ¡Nunca me había ocurrido algo así! —se disculpó volviéndose hacia él con el rostro desencajado.

—Pero ¿cómo se lo han podido llevar? ¿Han abierto la caja fuerte? —gritó sin terminar de creerse lo que había sucedido.

—El bobo de Lorenzo invitó ayer a una amiga para mostrarle el estudio y parece que la chica lo drogó —se lamentó negando con la cabeza—. Los inspectores están interrogándolo en mi despacho. Le han sacado una muestra de sangre para comprobar si quedan restos de alguna sustancia. Según él, se quedó inconsciente hasta las seis de esta mañana, cuando se ha dado cuenta del robo.

El conde se sentó intentando procesar lo que le estaba diciendo.

—Pero ¿con qué tipo de gente trabajas? ¡Creía que tenías más

cuidado con estas cosas!

—¡Siempre lo hacemos! ¡No sé cómo se ha dejado enredar así! Parece que la conoció hace un par de días —dijo caminando por la sala—. Arnaldo, ¿qué puedo hacer para compensarte?

—¡Recuperarlo! ¡Llevo cincuenta años buscando ese cuadro!

—Me siento desolado, estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario. ¡Mi reputación está en juego! —dijo pasándose la mano por el frondoso pelo.

—¿Tu reputación? ¡Acabas de perder un cuadro de un gran valor sentimental para mí, por no hablar de que íbamos a presentar al mundo una obra desconocida de Botticelli! —le contestó indignado.

—Perdona, estoy de los nervios. —E intentó calmarse.

—Tenemos que encontrar a la chica. ¿Has visto la grabación de las cámaras de seguridad? —preguntó al rato el conde.

—Me la han confiscado. No me dejan verla.

—¿Eres sospechoso?

—Ahora mismo todos lo somos, incluso tú.

—¡No digas tonterías! —exclamó. Se levantó de la silla y cogió el bastón.

—Los inspectores quieren hablar contigo. Cuanta más información les demos, más probabilidades habrá de que encuentren a los culpables. Las primeras cuarenta y ocho horas son clave.

—¡Ahora no estoy de humor! —contestó, dio media vuelta y salió del estudio.

No estaba dispuesto a aguantar el absurdo interrogatorio de dos policías.

Max entró en la sala veinticinco de la tercera planta de los Uffizi pasadas las nueve. Miró de reojo la mesa de Carla. No había llegado. El profesor Belletti entró justo detrás de él.

—Buenos días, Max.

—Buenos días. —Forzó una sonrisa.

—¿Dónde está Carla?

—Me ha pedido que le dijera que no se encontraba bien —mintió

para encubrirla.

El profesor Belletti se lo quedó mirando.

—Se han hecho muy amigos ustedes dos, ¿no? —dijo en tono inquisitivo.

—Sí, siempre nos hemos llevado muy bien —contestó molesto por el comentario. ¿A él qué le importaba?

Sacó el portátil y se instaló en la mesa.

—Profesor, Marina tenía que confirmarme la cesión de los dos cuadros que nos faltaban para la exposición: las tres tablas de *Nastagio degli Onesti* del Museo del Prado y *Retrato de una joven* del Instituto Städel de Frankfurt. He ido a Conservación, pero me han dicho que no estaba.

—Esta mañana tenía que ir a Roma por un asunto de su madre. Creo que está bastante enferma. Le ha dejado su trabajo a Mauro.

—Ah, pues lo hablaré con él.

A Max le extrañó que Marina no le hubiera dicho que se iba. La llamó al móvil discretamente, pero saltó el buzón de voz. Algo no encajaba.

De repente cayó en la cuenta de que también había estado fuera las dos veces que Carla había ido a Milán con el conde y en que siempre tenía mucho interés por todo lo que hacía. Decidió ir a buscarla a su casa. Tenía que hablar con ella.

Max llamó por quinta vez al timbre sin que nadie abriera la puerta. Había subido los cuatro pisos a pie e intentaba recuperar el aliento. Era un edificio antiguo, no muy bien conservado y sin ascensor del barrio de la Santa Croce. La insistencia de Max hizo salir al vecino de enfrente.

—Se fue anoche. Por el tamaño de la maleta, creo que no volverá hasta dentro de unos días.

Furioso, dio un puñetazo en la puerta. Se volvió y miró al chico, que lo observaba en el rellano con la puerta entreabierta. Llevaba un batín de seda azul hasta media pierna y sujetaba una taza de café.

—Vaya, te ha dejado colgado. Lo siento, guapo.

—¿Tienes idea de dónde ha ido? —le preguntó sujetándose la mano por el dolor del impacto.

—No habla mucho, la verdad. Es bastante reservada. Había un tío abajo esperándola en un furgón.

Max se volvió.

—Lo que me extrañó fue el espectacular vestido negro que llevaba puesto para subirse a una furgoneta destartalada. En fin, siempre he pensado que era un poco rara —le dijo, y volvió a entrar en su casa.

Max bajó las escaleras maldiciendo en voz alta, la llamó al móvil y volvió a saltar el buzón de voz. Estaba claro que algo había hecho. ¿Cómo no lo vio venir?

—¡Marina, vuelvo a ser yo, cógeme el teléfono! —gritó cabreado.

Se quedó en mitad de la calle sin saber qué hacer. Al rato fue a buscar el coche.

Media hora después entró en los Uffizi y se dirigió al Departamento de Restauración, en la tercera planta. Encontró a Mauro en su puesto trabajando con el ordenador.

—Hola, Mauro. Me han dicho que estás haciendo el trabajo de Marina.

—Sí, la señora estará unos días fuera, ¿te lo puedes creer? Ha contado no sé qué historia de su madre, pero me juego lo que quieras a que se ha ido con algún tío.

—Es injusto que tengas que cubrirla. Además, seguro que después tampoco te lo reconocerán.

—¡Max, eres el único que me valora aquí! —exclamó con una sonrisa.

—Se me ocurre una cosa. Si miramos su ordenador, seguro que encontraremos la reserva del hotel romántico donde pasará estos días y podremos demostrarle a Belletti que es una impresentable.

—Pero no podemos entrar en su ordenador.

—¡Tú sí, eres el administrador! —dijo Max con una sonrisa maquiavélica.

—Ay, Max, despiertas mi parte más oscura. ¡Me encanta!

Mauro se levantó del mostrador y caminó con Max por el pasillo hasta el Departamento de Conservación. No había nadie. Se sentó al ordenador de Marina y tecleó la contraseña.

—¡Date prisa! Tienes diez minutos. Están desayunando —dijo mirando el reloj.

Max empezó a buscar en el Outlook de Marina. Al rato encontró un mensaje con el título de «Viboldone» enviado a una dirección desconocida de Gmail. Al abrirlo vio unas fotografías de Carla y el conde en lo que parecía un claustro de la Edad Media. Se estremeció. En otro mensaje vio una foto de Carla y el conde en el palacio Verini mirando cómo un camión descargaba una gran caja de madera. Debía de ser el cuadro. Hizo fotos con el móvil. Después filtró los mensajes de la bandeja de entrada por el nombre del destinatario y encontró una dirección de correo electrónico que le enviaba a Marina unos billetes de tren a Milán. Dio un puñetazo en la mesa. Había sido ella.

—¿Todo bien? —le preguntó Mauro asomándose por el hueco de la puerta.

—No, después te lo cuento todo.

Apagó el ordenador y se levantó rápidamente. Tenía que advertir a Carla.

Carla estaba sentada en la cafetería de la terraza de los Uffizi con la mirada perdida en la torre del reloj de la Signoria. Había estado paseando por las calles del centro intentando encontrar respuestas. No se veía capaz de soportar otra traición, y menos de Max.

Le sonó el móvil; era él. Dudó si contestar, pero necesitaba aclarar lo que había pasado.

—Hola —respondió muy seria.

—Creo que sé quién ha robado el cuadro.

—¿Quién? —preguntó impaciente.

Max se quedó en silencio.

—Dime dónde estás y te lo cuento todo.

—En los Uffizi, en la cafetería de la terraza.

—Espérame, ahora subo. Estoy en la tercera planta.

Max llegó al cabo de cinco minutos, que a Carla se le hicieron eternos.

—¿Quién ha sido? —le preguntó sin darle tiempo a hablar.

Él se sentó a su lado y sacó el móvil.

—¡Mira esto!

Le mostró las fotografías de ella y el conde en Viboldone. Carla sintió un escalofrío. Fue pasando las imágenes con el dedo.

—¿De dónde las has sacado? —quiso saber, sobrepasada.

—Estaban en el ordenador de Marina. Se las enviaba a alguien por correo electrónico.

—¿Marina? —preguntó frunciendo el ceño—. ¿Qué tiene que ver con esta historia?

—Me temo que todo. Cuando Belletti me ha dicho que esta mañana había tenido que irse a Roma, he empezado a sospechar. He recordado que, durante tu viaje a Viboldone, ella tampoco vino a trabajar y que, cuando volvisteis, no dejaba de hacerme preguntas sobre ti y el conde. He ido a buscarla a su casa, pero ya no estaba. Y entonces he pensado en meterme en su ordenador.

Carla se quedó helada.

—Nos siguió hasta Viboldone… Seguramente era ella la que se escondía en la penumbra de Ognissanti. ¡Creía que estaba volviéndome loca! —dijo mirando las fotografías—. Marina nunca me ha caído bien.

—La verdad es que siempre ha sido un poco turbia. Durante la carrera, vendía piezas de arte que conseguía de forma sospechosa. Yo la acompañé alguna vez a un anticuario del Oltrarno; se sacaba un dinerito. Lo que no imaginaba era que fuese capaz de algo así.

—¿A quién le enviaba las fotografías?

—A una dirección de Gmail con una numeración; puede ser cualquiera.

—Tenemos que descubrir de quién se trata.

—He hablado con Luigi, que es un *geek* de la informática, y me ha propuesto enviarle un troyano.

—¿Un qué?

—Un correo electrónico que lleva un virus que leerá la dirección IP y las credenciales del usuario del ordenador al que Marina envía esos

correos.

—¿Funcionará?

—Tenemos que intentarlo, pero quizá no te guste la respuesta.

—¿Por qué lo dices?

—Esta mañana, mientras buscaba culpables, he pensado en el conde.

—¿Has perdido la cabeza? —Lo miró atónita—. ¿Por qué iba a robar su descubrimiento?

—Para quedárselo. Ahora sería del Patrimonio Cultural Nacional, y creo que considera que el cuadro es suyo. Si no, ¿por qué ha tenido escondido el diario durante tanto tiempo?

—Max, no. ¡Él no es así! —Negaba con la cabeza.

—Carla, tú solo ves el lado bueno de las personas, pero el conde desprende una megalomanía peligrosa.

Carla se indignaba por momentos. Max recibió un mensaje en el móvil.

—Lo sabremos pronto. Luigi ya le ha enviado el virus.

Carla se quedó tocada. La mera idea de que hubiera podido ser el conde le revolvió el estómago.

Media hora después, Carla fue al palacio Verini con las fotografías que le había enviado Max para mostrárselas al conde. Estaba muy alterada. De ninguna manera podía dar por buena la teoría sobre su implicación en el robo.

Aurelio le abrió la puerta con su amable sonrisa y la acompañó hasta la biblioteca. El conde estaba de pie hablando por el móvil; entró despacio para no molestarlo. Al verla, le indicó con un gesto que esperara. Ella se sentó en el sofá y sacó el móvil para volver a mirar las fotografías que le había enviado Max. Se le ponían los pelos de punta cada vez que las veía; quizá habían estado en peligro.

El conde colgó.

—Disculpa, estaba hablando con un anticuario amigo mío. Quiero saber dónde pueden ofrecerse obras de arte robadas de gran valor en el mercado internacional de coleccionistas. No pienso dejarlo todo en

manos de la policía.

—Yo tampoco puedo quedarme esperando sin hacer nada. Esta mañana Max ha encontrado unas fotografías que me han dejado helada.

—¿Qué fotografías? —preguntó sentándose a su lado.

Carla se acercó y le mostró el móvil. El conde se quedó blanco.

—¡Somos nosotros en Viboldone! ¿De dónde las ha sacado?

—Del ordenador de Marina, una compañera de los Uffizi. Las enviaba por correo electrónico.

—¿Sabéis a quién? —preguntó preocupado.

—No, y la chica se ha ido de Florencia. Todo esto pinta muy mal. No sé si recuperaremos el cuadro.

—Las fotos demuestran que nos seguían, que no ha sido un robo fortuito. La clave aquí es cómo esta chica sabía que se trataba de un Botticelli —dijo sin dejar de mirar las fotografías.

Carla no le dijo que ella le había contado a Max el hallazgo del cuadro el día que fueron a Ognissanti.

—No lo sé, pero tendríamos que decirle a la policía lo que hemos encontrado en el ordenador de Marina.

—Esta mañana los carabineros estaban interrogando al ayudante de Stefano en el estudio; quizá estaba conchabado con esa chica. —Se quedó pensativo mirando por la ventana—. ¿Y si Stefano tiene algo que ver? Es muy raro que haya pasado algo así en su taller. Es muy cuidadoso.

—Ahora mismo ya no sé qué pensar —admitió Carla.

Sentía que la cabeza estaba a punto de explotarle; la situación la superaba. Se quedó mirando las fotografías en el móvil.

Al rato, decidió marcharse. Por alguna extraña razón, no le contó la trampa que Max había preparado con Luigi.

San Gimignano
23 de julio de 2023

Luigi llegó a las diez de la mañana a la terraza de la *trattoria* del centro donde había quedado con Max. Lo vio en una mesa con un café y un bocadillo y se sentó a su lado.

—¿Lo tienes? —le preguntó Max, nervioso.

—¡Atrapado como una rata! —contestó triunfal, y sacó una hoja doblada del bolsillo de la chaqueta.

Max cogió el papel con tensión.

—Me ha costado más de lo que esperaba; hasta esta madrugada no ha abierto el archivo que activaba el virus. Este tío tomaba muchas precauciones, es muy desconfiado.

Al leer el nombre, Max se quedó de piedra.

—¡Joder!

—Tenía esta cuenta para hacer fechorías. He encontrado cosas muy interesantes. ¿Lo conoces?

—Sí, perfectamente.

Max se quedó pensando con el papel en las manos.

—¿No es quien esperabas?

—Es que no sé cómo decírselo a Carla.

—Ya se lo diré yo; no me importaría volver a verla —dijo sonriendo.

—No, tengo que hacerlo yo. ¿Puedo utilizarlo como prueba ante la policía?

—No, pero al menos sabes dónde buscar.

—Sí, y tengo que darme prisa —dijo levantándose de la silla—. ¡Gracias, Luigi, te debo una!

Dos horas antes, el profesor Belletti se despertó en la antigua casa del barrio del Oltrarno, la única herencia que había recibido de sus padres.

Desde la cama, observó por la ventana el pequeño patio de envejecidos naranjos. Se levantó, se puso las zapatillas y entró en el cuarto de baño. Se miró al espejo y vio su rostro senil, con bolsas hinchadas bajo los ojos. Cogió la máquina de afeitar para repasarse la barba canosa y se dedicó una sonrisa antes de meterse en la ducha.

Cuando salió, se puso el albornoz, se acercó al viejo tocadiscos situado delante de la ventana y colocó la aguja sobre el LP. El aria del segundo acto de *Otello* inundó la habitación con la ira y el desprecio de Yago. Sintió un escalofrío que le erizó la piel. Cuánto tiempo llevaba esperando ese momento…

Mientras se ponía la camisa, recordó el día de la fiesta de graduación en los jardines de la universidad. La conversación con Arnaldo en la que le decía que quería buscar un cuadro desconocido de Botticelli citado en un diario secreto. Recordó cómo lo encontró bailando con Graziela, la pelea en el aparcamiento, el puñetazo que le rompió el labio y cómo lo avergonzó delante de todo el mundo. Lo había humillado. Había despreciado su amistad. Aún podía sentir su rostro impactando contra el suelo y la rabia mezclada con el sabor de la sangre.

Terminó de vestirse y fue a la cocina, sacó un plato de *prosciutto* de la nevera y cortó queso sobre la madera en la encimera. Salió al patio y puso la mesa con el mantel de hilo y la vajilla de porcelana. Recogió el *Corriere della Sera* del buzón de la entrada y volvió al patio para sentarse tranquilo. Quería dedicarse tiempo y disfrutar de cada instante de ese día en el que todo iba a cambiar.

Cuando terminó de desayunar, se levantó, se dirigió por el pasillo hasta el recibidor y miró los viejos cuadros que lo habían acompañado todos esos años. No volvería a verlos.

Cogió la americana del perchero y cerró la puerta, triunfal.

A esa hora, la luz del jardín entraba abundantemente a través del

amplio ventanal del taller. Carla estaba intranquila. Había llegado al palacio a primera hora de la mañana para preparar la presentación del Ghirlandaio. No lo consideraba terminado, pero el profesor Belletti había insistido en verlo. Miró la tela encima del atril. Había conseguido devolverle la viveza de los colores y eliminar las grietas y los daños provocados por la humedad.

Al llegar, Aurelio le había dicho que el conde estaba en su despacho desde primera hora de la mañana y que había pedido que no lo molestaran hasta que viniera el profesor. No quiso interrumpirlo.

Miró el antiguo reloj de madera de pared; marcaba las diez. Belletti debía de estar a punto de llegar. Cogió el pincel con el que había repasado el manto de la Virgen y dio un paso atrás para mirarlo desde la distancia. Debía centrarse en el cuadro. No podía quitarse de la cabeza la posibilidad de que el conde estuviera implicado en el robo.

Oyó abrirse la puerta, se volvió y lo vio entrar acompañado del profesor, que llevaba una americana azul muy vistosa, más elegante que de costumbre.

—Buenos días. —Sonrió nerviosa.

—¡Buenos días, Carla! —la saludó el profesor—. Tengo muchas ganas de ver el Ghirlandaio, Arnaldo me ha dicho que estás haciendo un gran trabajo.

—Espero estar a la altura.

Los hombres se situaron delante de la tela. Carla se tensó; sabía lo exigentes que eran.

—¡Magnífico trabajo, Carla, qué viveza! ¡Has conseguido un gran parecido con los colores originales! —la felicitó el profesor.

Miró la pintura, orgullosa.

—Gracias.

—¡Sin duda, un trabajo excelente! —confirmó el conde.

—¿Ya ha pensado dónde lo pondrá? —preguntó Carla.

Su móvil empezó a vibrar en la mesa. Lo había dejado en silencio para trabajar.

—En el comedor de verano.

—Pero así solo podrá disfrutarlo usted.

—Y mis invitados.

—¿Y no cree que una obra de esta relevancia debería llegar a más gente? Siempre la ha tenido en una sala privada.

El conde la miró sorprendido por su comentario. Carla empezaba a ver la megalomanía de la que hablaba Max. Lo observó mientras miraba el cuadro con esos ojos pequeños. Quizá la había engañado desde el principio. Al acercarse a la mesa para dejar el pincel, notó la vibración del móvil. Lo miró y vio cuatro llamadas perdidas de Max. Le extrañó.

—¿Me permiten un momento? —se disculpó, salió por el ventanal y se dirigió al jardín.

El profesor miró al conde.

—Te veo algo nervioso, Arnaldo. ¿Va todo bien?

—No es nada, un problema con las bodegas —mintió.

Había estado toda la mañana contactando con los marchantes que le había facilitado su amigo anticuario. Parecía que uno de ellos podía saber algo de una pieza del Renacimiento de gran valor que había entrado en el mercado negro. Habían quedado en que lo llamaría en una hora.

—¿No tendrá algo que ver con el cuadro? —le preguntó el profesor.

El conde lo miró sin entender lo que estaba diciendo.

—¿Hablas del Ghirlandaio? Estoy muy contento con el trabajo de Carla. Nunca te agradeceré lo suficiente que la trajeras de Barcelona.

—Soy yo el que te estoy agradecido.

—¿A mí? —preguntó el conde frunciendo el ceño.

—Sabía que ella dejaría al descubierto tu talón de Aquiles, Graziela, y bajarías la guardia.

El conde intentó procesar el significado de esas palabras. De repente, todo encajó. Apretó el mango del bastón pensando en el alcance de lo que le estaba diciendo. Había caído de lleno en su trampa. ¿Cómo no había pensado en Domenico? Las piernas le flaquearon y tuvo que sentarse en el taburete de delante del atril.

—Has sido tú. ¡Tú has robado el cuadro! —exclamó perplejo.

El profesor sonrió.

—Ha sido más fácil de lo que creía. Carla te ha hecho sacar el diario y empezar la búsqueda del cuadro como si la vida te diera una

segunda oportunidad. Eres un sentimental, siempre lo fuiste —dijo con desprecio.

Al conde se lo llevaban los demonios. Estaba furioso consigo mismo por haber subestimado a Domenico. Sabía muy bien hasta dónde podía llegar.

—¿Tanto rencor me guardas?

—Para ti siempre ha sido todo muy fácil. Ser el conde Verini te ha abierto todas las puertas. Es muy frustrante tener talento y que tu máxima aspiración sea una plaza de profesor en la universidad y conservar un puesto en un departamento de los Uffizi. ¡Me merecía mucho más! —contestó levantando la cabeza con orgullo.

—¡Un puesto en los Uffizi que tienes gracias a mí, bastardo! —dijo levantándose y mirándolo fijamente—. ¿Se puede saber por qué has venido, si ya tienes el cuadro? ¿Para saborear tu triunfo?

—Aún me queda algo por hacer —contestó con complacencia—. He venido a por el diario.

El conde sintió un pinchazo.

—¡Por encima de mi cadáver! —gritó rabioso.

—Arnaldo, no quería llegar hasta aquí.

Sacó una pistola de la americana y lo apuntó.

—¿Es que no tienes límite? —preguntó el conde, que no podía creerse lo que estaba pasando.

—Dámelo y me marcharé sin que nadie sufra daño alguno. No querrás ponerla en peligro… —dijo mirando hacia la puerta por la que había salido Carla.

El conde sopesó sus opciones.

—¡No te atrevas a tocarla! —gritó indignado.

—Depende de ti…

Se miraron en silencio, midiéndose.

—¡Sígueme! —cedió el conde por fin.

Salieron del taller y recorrieron el pasillo hasta llegar a la biblioteca. El conde desbloqueó el mecanismo de apertura de la habitación secreta de la librería y abrió la caja fuerte que había detrás del cuadro. Tenía que darle el diario antes de que Carla volviera. No quería ponerla en peligro.

—Ya tengo un comprador para el cuadro. Hoy me marcharé de Florencia y empezaré la vida que merezco —se jactó.

El conde negaba con la cabeza.

—No saldrás impune de esto. Pienso denunciarte.

—No lo harás. Sé lo que hizo tu familia durante el régimen fascista. Tengo pruebas irrefutables de todos los bienes e inmuebles de los que os apropiasteis de manera ilegal aprovechándoos de vuestra posición. He pasado mucho tiempo recopilando los documentos que lo demuestran, pero ha merecido la pena. Puedo conseguir que te hagan devolver todo el patrimonio que tu familia consiguió de forma ilícita. Sabes que sería un duro golpe para tus finanzas y que el nombre de tu familia quedaría manchado para siempre —soltó con un rictus de satisfacción, sabiendo que era la jugada definitiva.

Al conde le hervía la sangre.

—¡Eres un malnacido! —exclamó cerrando la caja fuerte, exasperado.

El profesor sonrió. Lo tenía donde quería.

—Por cierto, Arnaldo, hoy no todo serán malas noticias. He encontrado una carta oculta detrás del cuadro —le confesó mientras se acercaba a él para coger el diario.

El conde lo miró.

—Una carta de Botticelli dirigida al hijo de Simonetta. Le decía que su padre no era Marco Vespucci, sino Giuliano de Médici.

Se quedó en shock. Se le cayó el diario de las manos.

—¡Arnaldo de Médici, ahora entiendo tanta arrogancia! —dijo el profesor mientras se agachaba para recoger el cuaderno sin dejar de apuntarlo con la pistola.

El conde se abalanzó sobre él, lleno de rabia. Se oyó un ruido fuerte y seco que resonó en toda la estancia. Durante el forcejeo, el arma se disparó y la bala le atravesó el torso, cerca del corazón.

—¡Arnaldo, no!

El conde cayó hacia atrás por el impacto y sintió que le explotaba el pecho. El profesor lo cogió intentando que no se cayera.

—Domenico, sabías que no lo permitiría…

Se miró las manos manchadas de sangre y dejó caer al conde y la

pistola al suelo.

A los pocos segundos, Aurelio y Carla entraron alertados por el disparo. Vieron al conde tendido en el suelo, manchado de sangre, y al profesor de pie, paralizado. Aurelio rápidamente cogió la pistola del suelo.

—¡Carla, llama a la policía!

Nerviosa, sacó el móvil del bolsillo y marcó el 112.

—Estamos en el palacio Verini, es una emergencia. Un hombre ha disparado al conde. ¡Está herido, vengan y llamen a una ambulancia!

Carla colgó, corrió hacia el conde y le colocó la mano sobre la herida intentando controlar la hemorragia. El conde aulló por el dolor. Carla sintió la sangre caliente entre los dedos. Tuvo miedo.

—¡Arnaldo, todo irá bien!

La miró. Perdía el conocimiento por momentos.

—Graziela… —le susurró.

Carla pensó que moriría en sus brazos. De fondo, oyó el ruido lejano de una sirena acercándose.

La ambulancia sorteaba el tráfico de Florencia camino del Hospital General. El sonido de la sirena resonaba con fuerza en su cabeza. Estaba aterrada. Iba sentada al lado de la camilla y lo cogía de la mano. El conde la miraba con sus ojos pequeños; ella le hablaba para que no se durmiera y le acariciaba la mano.

Recordó el primer día que lo vio en los Uffizi frente al cuadro de *La Primavera*, con el traje azul y el bastón con el mango de plata. Cuánto la impresionaron su prestancia y sus conocimientos, y la conexión que tuvieron desde el primer momento. Ahora se sentía terriblemente culpable por haber dudado de él.

El conde le habló.

—El hijo de Simonetta era… —Tomó aire.

Carla ató cabos.

—… de Giuliano, ¡por eso la pintó embarazada a su lado! —exclamó sabiendo lo que eso significaba—. ¡Arnaldo, usted es un Médici!

El conde sonrió. Se fijó en el anillo que le había salido de la blusa colgando de una cadena. Extendió la mano para cogerlo. Al sentirlo entre los dedos, lo reconoció.

—Es un regalo que mi abuelo biológico le hizo a mi abuela. Es lo único que le quedó de él.

La interrogó con la mirada.

—Mi abuela se casó embarazada de otro hombre.

Al conde le cambió la expresión. Se le humedecieron los ojos. Entendió por qué Graziela se había casado tan rápido.

—Se lo regalé yo… —murmuró antes de perder el conocimiento.

Carla sintió un pinchazo.

—¡Haga algo! —gritó desesperada al enfermero sentado al otro lado de la camilla.

El sanitario se apresuró a tomarle el pulso y a ponerle la máscara de oxígeno. Abrió la ventanilla para avisar al conductor de que fuera más rápido. Miró a Carla.

—Está perdiendo mucha sangre. Hay que extraer la bala. ¡Aquí no puedo hacer más!

Carla miró al conde y le apretó la mano. Sintió pánico. Unos minutos después se detuvieron delante de la entrada de urgencias del hospital. Los enfermeros abrieron la puerta y entraron para sacar la camilla. Carla le soltó la mano. Bajó y lo siguió hasta la entrada del hospital, pero un enfermero la detuvo.

—Solo familiares, señorita.

—¡Es mi abuelo! —exclamó orgullosa.

Lo llevaron a un box mientras Carla los seguía con el corazón a mil. La dejaron esperando fuera, mirando por las ventanas de las puertas batientes. Vio al personal sanitario corriendo hacia él, colocándole la máscara de oxígeno y buscando una vena para ponerle una vía. Se estremeció. Quería a ese hombre de mirada triste.

Se retiró y se apoyó en la fría pared de ese inhóspito pasillo sintiendo los acelerados latidos de su corazón. Estaba sobrepasada y le costaba respirar. Quería gritar. No podía perderlo. Había encontrado a su abuelo, su linaje. Ella era descendiente de Simonetta Vespucci, era nacida de Venus.

Inspiró profundamente y cerró los ojos intentando buscar un momento de calma. Lo visualizó sentado en el taller mientras ella trabajaba en el Ghirlandaio, lo vio caminando por el claustro de Viboldone y encarándose con la abadesa para que les mostrara el monasterio. Lo recordó en la terraza del hotel de Milán confesándole que se había enamorado de su abuela. Ese hombre le había llegado al alma. Una lágrima le resbaló por el rostro.

De repente se dio cuenta de con quién quería compartir todo aquello, la única persona que siempre había visto quién era ella en realidad. Temblorosa, sacó el móvil del bolso y llamó.

—Estoy en el hospital. Te necesito, Max.

Agradecimientos

A todos los lectores que habéis llegado hasta estas páginas, gracias por leerme y por darme la oportunidad de llegar a vuestro corazón.

Un especial agradecimiento a mis padres, Josep y Magda, por estar siempre ahí y apoyarme en todos mis caminos. Gracias también a María Dolores, por escuchar con paciencia mis sueños e ilusiones.

A Yago, por tener el valor y la paciencia de apoyarme en mi primera aventura literaria, por darme una visión diferente y por ayudarme a construir una trama atrevida y a veces complicada. Por acompañarme a Florencia a visitar museos, palacios, iglesias y monasterios e ilusionarse como un niño. Por creer en mí y en la novela tanto o más que yo misma.

A Èric y Arnau, que me han acompañado y han disfrutado conmigo de este viaje.

A mis poco coaccionados lectores cero: Marta, Inés, Diana y Pep. Fuisteis los primeros ojos en ver si la criatura podía andar sola. Gracias por vuestras valiosísimas aportaciones.

A Mireia Lite, despierta y ejecutiva editora de Rosa dels Vents, que creyó y se entusiasmó con la novela desde el primer momento. Por ayudarme, orientarme y aconsejarme para mejorarla. Lo has hecho todo fácil, emocionante y divertido. Gracias.

A Toni Hill, mi vivaz editor de Grijalbo que me ha acompañado con ilusión y paciencia en esta nueva versión de *Nacida de Venus*. Gracias.

A Pilar Clemente, por acompañarme en este proceso y confrontarme con la historia, con los personajes y conmigo misma. Por animarme a publicarla.

A mis dos profesores del Ateneu, Mar Tomàs y Eduard Márquez, por abrirme el camino y por enseñarme con oficio y paciencia el complejo y maravilloso arte de escribir. Espero haber mostrado algún punto de

lucidez.

A mis amigas yoguis: Pilar, Diana, Anna, Raquel, Marta, Montse y Simona. Y por todos los retiros de yoga en los que me habéis visto desaparecer discretamente a escribir en mi portátil. Me habéis animado y habéis creído en mí desde el principio. No sería lo mismo sin vosotras y nuestros chaturangas. Sois unas guerreras.

Cristina y Gemma, amigas desde que tengo memoria, gracias infinitas por apoyarme siempre. Quién lo habría dicho cuando las monjas nos castigaban fuera del aula por no seguir la clase en silencio.

A Carlos, amigo generoso y gran abogado, inspiración y documentación de toda la parte legal, de derecho penal, procesos judiciales, crímenes y penas, todos ajenos y desconocidos para mí.

A Mercedes, por explicarme los procesos de restauración de pinturas y los intríngulis de los museos.

A Muntsa, mi amiga incondicional; tú ya sabías que esto acabaría así.

A Arantxa, desinteresada y con un corazón gigante, gracias por confiar en mí y darme la oportunidad de presentar el libro.

A Mag, por cómo te brillaban los ojos mientras leías las primeras páginas y por animarme y ayudarme en todo momento.

A Bea, Ramon, Toni, Paula, Rut, Víctor y Paula, por el apoyo incondicional de la familia.

A Clara, Esther, Paco y Fede, por escucharme y alentarme, y por compartir y celebrar los éxitos conmigo.

A todos los que os habéis ilusionado y habéis creído en esta aventura. Muchas gracias por vuestro apoyo.

Bibliografía

Arciniegas, Germán, *El mundo de la bella Simonetta*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1962.

Brasher, Sally M., *Women of the Humiliati: A Moral Response to Medieval Civic Life (Studies in Medieval History and Culture)*, Londres, Routledge, 2003.

Cassinotti, C., *I quaderni del portavoce (n. 26 C. Valli)*, F. Gilli, «Documenti: Cassano dalle origini al 1500», Archivio Storico di Milano.

Graham, J. H., *La Bella Simonetta*, Bloomington, Estados Unidos, Xlibris Publishing, 2002.

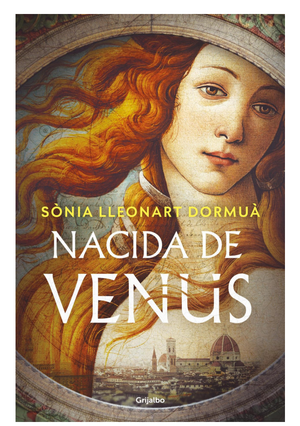
Losada Liniers, Teresa, «Botticelli y Poliziano en el círculo de Lorenzo», en *Cuadernos de filología italiana* (n.º 6: 81-101), Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1999.

Manzi, Attilio, «Las parábolas ficinianas del bosque y el jardín en las "Stanze per la Giostra" de Angelo Poliziano» [pp. 323-331]. Trad. de Manuela Matas. *Cuadernos sobre Vico*, (7-8), 2020.

Santi, Bruno, *Botticelli (I grandi maestri dell'arte)*, Scala Group, 1998.

Vasari, Giorgio, *Las vidas de los más excelentes arquitectos, pintores y escultores italianos desde Cimabue a nuestros tiempos*, selección y edición de Ana Ávila, Madrid, Cátedra, 2011.

Tres historias de amor unidas en el tiempo por la obra de Sandro Botticelli y un secreto que podría cambiarlo todo.



Un apasionante retrato de la Florencia del Renacimiento y de una de las familias más poderosas que ha existido jamás: los Médici.

Florencia, 1510. En el lecho de muerte, el gran maestro Sandro Botticelli le pide a su confesor que entregue una carta y un cuadro secreto al hijo de su musa, la hermosa Simonetta Vespucci. Pero el sacerdote no cumplirá su promesa y el lienzo jamás llegará a su destino.

Barcelona, 2023. Carla, una joven licenciada en Bellas Artes que trabaja como restauradora, recibe una propuesta para ser subcomisaria en una exposición sobre Botticelli en la galería de los Uffizi. Después de sufrir un desengaño amoroso, decide marcharse a Florencia, la tierra de su abuela materna, donde conocerá a un venerable conde italiano y terminará implicada en la búsqueda del cuadro perdido. La aventura la llevará a descubrir su verdadera esencia y un secreto que ha permanecido oculto durante siglos.

Pasión, misterio y fascinación por la belleza se dan cita en este deslumbrante debut literario que nos acerca a uno de los

momentos más sublimes de la historia del arte.

Sònia Lleonart Dormuà (Mataró, Barcelona, 1971) se licenció en Ciencias Empresariales y Relaciones Públicas en la Queen's University del Reino Unido. También se ha formado en distintos programas de dirección, marketing y liderazgo. Emprendedora, innovadora y gran comunicadora, es cofundadora y directora comercial y de marketing de una empresa de desarrollo de software líder en España. Apasionada desde siempre de la literatura, del arte y de la fotografía, *Nacida de Venus* es su debut literario.



Título original: *Nascuda de Venus*

Diseño de portada: Adaptación de la cubierta original de José Luis Paniagua / Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: Depositphotos

ISBN: 978-84-253-6830-1

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



[1] Angelo Poliziano, *Stanze per la giostra de Giuliano de' Medici*, traducción al español a cargo de la traductora.

Índice

Nacida de Venus

Florencia, barrio de Ognissanti. 17 de mayo de 1510
San Gimignano, palacio Verini. 21 de marzo de 2023
Barcelona, Sant Gervasi. 20 de junio de 2023
Florencia, palacio Médici. 3 de enero de 1475
Madrid, Audiencia Nacional. 20 de junio de 2023
Barcelona, Museo Nacional de Arte de Cataluña
Madrid, Hotel Wellington
Barcelona
Florencia, Academia de Bellas Artes. 20 de junio de 1970
Madrid, Hotel Wellington. 21 de junio de 2023
Sant Pol de Mar
Barcelona. 22 de junio de 2023
Sant Pol de Mar
Barcelona
Florencia, piazza de la Santa Croce. 28 de enero de 1475
Florencia, iglesia de Ognissanti. 2 de febrero de 1475
Florencia, jardines de San Marco. 28 de febrero de 1475
Florencia, aeropuerto Amerigo Vespucci. 24 de junio de 2023
Florencia, Galería de los Uffizi
San Gimignano, palacio Verini. 1 de septiembre de 1970
Florencia, palacio Médici. 1 de marzo de 1475
Florencia, taller de Botticelli. 4 de marzo de 1475
Florencia, palacio Médici. 12 de marzo de 1475
San Gimignano. 1 de septiembre de 1970
26 de abril de 1476
Florencia, Galería de los Uffizi. 26 de junio de 2023
Florencia, barrio del Oltrarno
San Gimignano
Florencia. 13 de marzo de 1475
Florencia, taller de Botticelli. 15 de marzo de 1475
San Gimignano, palacio Verini. 1 de septiembre de 1970
San Gimignano, palacio Verini
Florencia, Galería de los Uffizi. 27 de junio de 2023
Florencia, Galería de los Uffizi. 28 de junio de 2023
Florencia, palacio Vespucci. 22 de marzo de 1475
Fiesole, residencia Médici. 26 de marzo de 1475
Roma. 30 de junio de 2023
Florencia, Galería de los Uffizi. 3 de julio de 2023
Florencia, taller de Botticelli. 15 de abril de 1475
Florencia, palacio Médici. 23 de abril de 1475

Florencia, Ponte Vecchio
Florencia, Hospital General. 4 de septiembre de 1970
San Gimignano, palacio Verini. 8 de septiembre de 1970
Florencia, palacio Médici. 24 de abril de 1475
Florencia, palacio Vespucci. 16 de junio de 1475
San Gimignano, palacio Verini. 4 de julio de 2023
17 de julio de 1476
3 de septiembre de 1476
26 de abril de 1478
10 de mayo de 1478
15 de mayo de 1510
Florencia, palacio Vespucci. 12 de marzo de 1476
Florencia, palacio Médici. 13 de marzo de 1476
Florencia, Galería de los Uffizi. 5 de julio de 2023
Florencia, palacio Pitti, Mando de la Unidad de los Carabineros para la Tutela del Patrimonio Cultural
Fiesole. 6 de julio de 2023
Florencia, Galería de los Uffizi
Florencia, taller de Botticelli. 17 de marzo de 1476
Florencia. 25 de septiembre de 1972
Florencia, palacio Médici. 25 de abril de 1476
Florencia, iglesia de Ognissanti. 6 de julio de 2023
San Gimignano, palacio Verini. 25 de septiembre de 1972
San Gimignano. 7 de julio de 2023
Abadía de Viboldone, San Giuliano Milanese
San Gimignano. 25 de septiembre de 1972
Florencia, Hotel Pitti Palace. 9 de julio de 2023
San Gimignano. 10 de julio de 2023
Florencia. 25 de septiembre de 1972
Milán, claustro de Sant’Erasmo. 12 de julio de 2023
Florencia, piazza de Ognissanti. 13 de julio de 2023
Florencia, Estudio de Conservación de Arte Stefano Messina. 20 de julio de 2023
Génova. 26 de septiembre de 1972
Florencia. 20 de julio de 2023
Florencia. 21 de julio de 2023
San Gimignano. 23 de julio de 2023
Agradecimientos
Bibliografía

Sobre este libro
Sobre Sònia Lleonart Dormuà
Créditos
Nota